
MÓNICA STELLER
El misterio de Cursed Manor
BLACKWOOD III

El misterio de Cursed Manor

Primera edición
ISBN: 9798275666939
Copyright © 2025 Mónica Steller
Todos los derechos reservados.
Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

El misterio de Cursed Manor



Blackwood III

Mónica Steller

Para mi abuela,
quien siempre me ha dado alas;
sin ellas, saltar al vacío y volar
no sería posible.



Capítulo 1

Elizabeth, condesa de Surrey, andaba de aquí para allá volviendo un poco loca al ama de llaves, que contestaba a todas sus preguntas con una calma que para nada tenía en sus huesos. Su señora estaba más nerviosa de lo habitual, quería que todo estuviera tan perfecto que empezaba a rayar lo obsesivo.

—¿Otra vez comprobando las habitaciones? —preguntó Eleanor.

—En unos días empezarán a llegar los invitados y quiero asegurarme de que he hecho un buen reparto.

—Solo son habitaciones, a mí todas me parecen iguales.

—¿Acaso no te he enseñado nada? —preguntó Elizabeth, molesta. Había estado instruyendo a las gemelas desde que se mudaron. Con Heida no tuvo mucho tiempo, pero a Eleanor le había enseñado todo lo que sabía.

—Aquello de la elección perfecta para cada invitado, sí, lo sé —dijo con hastío.

Eleanor no entendía por qué su cuñada le daba tanta importancia a eso, al fin y al cabo, casi todos los invitados eran familia o amigos, excepto los hermanos Campbell, los únicos extraños.

Edward estaba empeñado en convencer al escocés, ya lo intentó y fracasó, pero el conde no era de los que se rendía, y con una nueva propuesta, lo había invitado a pasar las fiestas con ellos. Eleanor aún recordaba la cara de sorpresa y susto que puso su cuñada cuando su esposo, ya creyéndose victorioso, le informó de que había aceptado la invitación.

—Ya creía que no me escuchabas.

—¿Cómo puedes decir eso? Has elegido las habitaciones del ala antigua para Heida, Jamie, Alice y Colin, porque son de la familia. El resto en la nueva ala, cada uno en una habitación independiente. Los escoceses en las más alejadas para darles privacidad. Dani en la habitación rosa y Cillian en la contigua. Harry irá a la única que ha quedado libre, un poco femenina, pero no quedaba otra. ¿Me he equivocado en algo?

Elizabeth había barajado la posibilidad de mover a *lady* Danielle al ala familiar, pero no le serviría de mucho y dejaría a la señorita Campbell sola y rodeada de hombres; aunque dos de ellos fueran sus hermanos, no le parecía correcto, y tampoco quería llevar a una desconocida al ala familiar. No servía de nada darle más vueltas, el reparto actual era el más adecuado, ya había contemplado todas las opciones y esa era la mejor. Cuando le expresó su desasosiego a su esposo, este se rio: «Harry sería capaz de dormir hasta en el establo», le dijo riendo. Aun así, esa era su casa y ella la responsable de que todo estuviera perfecto.

—Cambiaremos algunos muebles de la habitación de Harry —le dijo a Mary, el ama de llaves—. Retiraremos el baúl bajo los pies

de la cama y cambiaremos los sillones frente a la chimenea por dos orejeros del salón granate. Sí, creo que con eso será suficiente.

Eleanor se aguantó la risa al ver la cara que ponía Mary, ya no recordaba cuantos cambios había realizado en los últimos días.

—Quizá también deberíamos cambiar la alfombra y las cortinas —añadió Eleanor de broma, pero su cuñada se lo tomó muy en serio y empezó a dilucidar por cuál podría intercambiarlas.

—*Milady*, ¿no cree que es demasiado? El servicio ya está sobrecargado con todos los preparativos, añadir más trabajo los dejará exhaustos.

—Está bien, solo cambiaremos los sillones y el baúl.

El ama de llaves se retiró rauda antes de que su señora cambiara de opinión.

—Todo saldrá bien —dijo Eleanor tratando de convencerla.

—Algún día sentirás la presión que supone ser anfitriona, entonces me comprenderás.

«Eso será si me caso, si no, tendré que seguir viviendo aquí y quizá nunca llegue a comprenderlo». Eleanor se mordió la lengua, no era el momento de mostrar sus inquietudes, nunca lo era.

—¿Dónde está Susan? —preguntó para cambiar de tema.

—Con la niñera.

—Podríamos sacarla un rato al jardín.

—Sí, le vendrá bien un poco de luz.

Enlazaron los brazos para ir en su busca, cada una perdida en sus pensamientos y preocupaciones.

—Cada día está más bonita —dijo Eleanor sin apartar la mirada de la pequeña Blackwood.

—Se parece más a su padre —dijo la condesa con orgullo.

—Tiene tus ojos.

—Lo sé, pero todo lo demás es de Edward.

—Quizá el próximo se parezca más a ti.

—Oh, me malinterpretas. Estoy encantada de tener una mini Edward.

Eleanor asintió sin mucha convicción, ella sí quería que sus hijas se parecieran a ella. Si llegaba a tenerlas, porque al ritmo que iba, se quedaría solterona y sin descendencia.

—¿A qué viene esa cara? —preguntó su cuñada.

Eleanor no era tan buena como Heida ocultando sus sentimientos. A diario se esforzaba por no delatar sus anhelos, pero había momentos, como ese, en que se olvidaba de que estaba siendo observada.

—No sé de qué hablas —respondió con una sonrisa falsa mientras se inclinaba para tomar en brazos a su sobrina—. ¿Quién es la cosita más bonita de Inglaterra?

Elizabeth lo dejó estar, llevaba un tiempo notándola diferente, pero no quería presionarla. Todo había ido cambiando muy deprisa: la muerte de su padre, el ingreso de su madre en el hospital psiquiátrico, la boda de Heida y la traición de Enid. Todas las

personas que habían formado parte de su vida ya no estaban, se carteaba con asiduidad con su gemela, pero Elizabeth sabía por experiencia propia que no era ni parecido a vivir bajo el mismo techo.

La observó con su hija, la soltura con la que la acunaba y la dulzura con la que le hablaba y cantaba, nada quedaba de la Eleanor temerosa de hacía unos meses, a la que le aterraba la sola idea de sostenerla. No la culpaba, al nacer era tan pequeña y delicada que incluso ella misma se sorprendió del poco temor que albergaba.

«Será una madre maravillosa».

Pensar en Eleanor como madre la llevó a Heida, ya estaba casada, lo más probable es que fuera la siguiente en alumbrar un bebé. Se le elevaron las comisuras al imaginarla dándoles la buena nueva en persona. Eleanor no sería capaz de callarse, enviaría cartas el mismo día de enterarse, pero Heida, ella era más paciente. Sería una grata sorpresa para todos.

Aún se sentía fascinada por los detalles de la genética, como dos personas tan iguales en apariencia podían ser tan opuestas en personalidad. Eleanor era parlanchina y cotilla, mientras que Heida era algo hermética y reservada. La moda, vestidos, telas, encajes, guantes y zapatos eran la perdición de Eleanor; podría pasar todo un día volviendo loca a la modista para confeccionar el vestido perfecto. Por más que intentó que su hermana sintiera un interés tan genuino como el suyo, no lo consiguió.

—Me aterra cuando me observas así —dijo Eleanor llenando el silencio.

Los pájaros que solían sobrevolar el jardín y los alrededores habían migrado llevándose con ellos sus alegres cantos, señal de que el frío no tardaría en asomar.

—No seas exagerada, solo me he quedado pensando con la mirada perdida en tu cara.

—Seguro, ¿no será del golpe de ayer?

El día anterior, Elizabeth había tenido un accidente con el carruaje al volver de visitar a su amiga Ana. Se llevó un buen susto, la rueda se salió del eje y el carruaje arqueó hacia un lado con tan mala suerte de chocar con un árbol justo en el lado donde estaba la puerta.

El cochero no pudo moverlo él solo, por lo que tuvo que regresar a por ayuda. Edward puso el grito en el cielo, y Eleanor, quien se quedó en casa en ascuas a la espera de que ambos volvieran sanos y salvos, pasó un suplicio.

—Estoy perfectamente —dijo Elizabeth.

Eleanor dejó a la pequeña en el carro, esta se acurrucó entre las mantas y se metió el dedito en la boca.

—Nos llevamos un buen susto, al final voy a tener que creerme que esta casa está maldita de verdad —dijo Eleanor.

La tarde anterior había estado dándole vueltas; el accidente de su cuñada; la enfermedad estomacal que asoló a su hermano y la mitad del servicio, el médico corroboró que habían comido algo en mal estado, y el incidente con el andamio hacía un par de meses. Cayó de repente, sin causa alguna ni nada que lo propiciara. Por fortuna, solo causó daños estéticos, aunque retrasó el final de las obras, lo que alteró bastante a Elizabeth, que creyó que tendría que cancelar las celebraciones navideñas; sin esa parte terminada, no podría alojar a todos los invitados.

—No digas tonterías, estas cosas pasan continuamente —dijo muy bajito mientras tapaba con la manta a su hija, que se había

quedado dormida.

—Si tú lo dices. A mí no me parece normal.

Ya no hablaba del accidente, sino del rosal que la tenía intrigada desde mitad de otoño. Con el frío, casi todas las plantas del jardín habían perdido sus flores, algunas estaban hasta deshojadas; sin embargo, ese rosal seguía intacto. No lucía con el mismo esplendor que durante el verano, pero no entendía por qué era el único que conservaba las rosas.

Llevaba semanas observándolo, apuntando en su cuaderno, que casi siempre llevaba consigo, todo lo que se le ocurrió que podía ser la causa. Comprobó y descartó algunas.

Había reflexionado mucho sobre el tema y la influencia de las estaciones y el paso del tiempo. Había llegado a la conclusión de que no afectaba solo a las plantas, también a las personas, no sabía muy bien por qué, aunque tenía otra hoja de su cuaderno para esas teorías.

Igual que las plantas pierden sus flores en otoño, las personas perdían color y motivación. En verano, ella misma había estado más activa, pero en cuanto los días empezaron a acortarse, surgió una morriña que antes solo era ocasional. Su cuñada seguía exactamente igual, aunque claro, ella se echaba una siesta cada día para reponer fuerzas y recuperar las horas de sueño que perdía con Susan de madrugada.

Se había adaptado de maravilla a esa nueva etapa, hasta tenía una luz diferente en el rostro. Algo que tenía en común con el misterioso rosal, el cambio de estación tampoco parecía causar efecto en ella.

—Aquí os escondéis, llevo un rato buscándoos —dijo Edward a unos pasos de ellas.

—Disfrutamos un poco del sol. ¿Ha pasado algo? —preguntó su esposa, preocupada.

No es que fuera nada extraordinario que el conde la buscara durante el día, pero las inminentes festividades la tenían altamente nerviosa. Se presionaba demasiado a sí misma.

—Nada en absoluto. Solo quería ver a mi esposa.

—Y comprobar que no te ha salido ningún morado o un tercer ojo —dijo Eleanor levantándose—. Os dejo solos.

Depositó su cuaderno y el carboncillo a los pies del carrito de Susan y se marchó, llevándosela consigo. Le gustaba sacarla a pasear, disfrutar de los rayos del sol y la brisa fresca, aunque no tan gélida como en pleno invierno.

Se acercó al rosal, lo observó de cerca, no tenía nada especial, era un rosal común.

«¿Por qué estás intacto?».

«Quizá Heida encuentre la solución».

Solo faltaban unos días para volver a verla, anhelaba el reencuentro. Quería saber cómo se había adaptado a su nueva casa y posición. Si el duque seguía tan enamorado de ella como cuando se marcharon de Hederfield.

Se abrazó a sí misma con melancolía, apenas unos días y volvería a estrecharla entre sus brazos. Estaba siendo más difícil de lo que imaginó vivir alejada de su gemela. Toda una vida juntas, acostumbrarse a su ausencia era imposible.

«¿Estará siendo tan difícil para Heida como para mi?, o ¿estar perdidamente enamorada de su esposo le habrá ayudado a superar

nuestra separación?».

Tras años soñando con ese amor tan intenso que hacía enloquecer a sus poetas favoritos, solo se había encontrado con desilusión. Dos temporadas, muchos caballeros, incontables bailes y unos pocos besos habían sido suficiente para medrar su espíritu romántico y aventurero.

Su hermano, sin buscarlo, había encontrado el amor, un amor puro e intenso que casi le cuesta la felicidad y la vida, y ella, ¿qué había conseguido? Casi pierde su honor cuando la que creía su mejor amiga la dejó en evidencia contando en los salones que había besado al que se convirtió en su cuñado. Fue un duro golpe, uno que aún le pesaba. Ella, que se las daba de perspicaz, había confiado durante años en alguien de quien todos la advertían, y creyéndose más inteligente que nadie, no escuchó. Si su hermana hubiera perdido la oportunidad de casarse con Jamie por su culpa, jamás se lo habría perdonado. Aún sentía la culpabilidad en sus hombros a pesar del feliz desenlace.

Le cayó una gota en la punta de la nariz, miró al cielo.

«¿Cuánto tiempo ha pasado?».

Bajó la mirada hasta llegar a Susan, seguía plácidamente dormida.

«No parece que haya pasado mucho».

Giró el carrito en dirección contraria, Edward y Elizabeth ya no estaban en el jardín. Otra gota impactó en su mano. Suspiró derrotada.

«Quizá sea yo quien está gafada».



Capítulo 2

El gran día llegó, la casa se llenaría con sus esperadísimos invitados. Elizabeth estaba nerviosa, Eleanor impaciente, para Edward era un día como otro, aunque debía reconocer que esperaba el momento de volver a reunirse con sus amigos, a los que llevaba meses sin ver.

Los primeros en llegar fueron Alice y Colin, una pequeña desilusión para Eleanor y una gran alegría para Elizabeth, sobre todo, al ver la abultada barriga de su hermana.

—¿Cómo se te ocurre viajar así? —preguntó, preocupada, recordando que el médico le desaconsejó encarecidamente viajar en los meses de embarazo.

—No te preocupes, el doctor me ha dicho que no había problema —dijo antes de plantarle un sonoro beso en la mejilla.

—Salimos dos días antes para hacer los trayectos más cortos y las paradas más extensas —dijo Colin, quien hubiera preferido no hacer ese viaje, pero, al igual que su cuñado, era incapaz de negarle nada a su esposa.

Cuánta suerte habían tenido ambas hermanas al casarse con hombres que las amaban tan profundamente como ellas a ellos, algo de lo más extraño en los de su clase. Colin no tenía título, pero era sobrino de un duque, heredero en caso de que sus primos sufrieran alguna tragedia, y el único heredero de su padre, un terrateniente muy bien posicionado.

—Habrá sido horrible, tantos días en los caminos —dijo Edward expresando su animadversión a los viajes.

—El destino merecía la pena —dijo Alice ensanchando su sonrisa.

—No puedo creer que no me hayas contado que estabas embarazada —reprochó su hermana, uniendo sus brazos para subir la escalinata.

—Me habrías retirado la invitación —afirmó Alice subiendo el primer peldaño.

Eleanor observó cómo subían las escaleras sin reparar en su ausencia, no le molestó en absoluto, ya había previsto dejarles espacio, ella mejor que nadie sabía de la importancia de tener intimidad con una hermana.

—Voy a dar un paseo —dijo para despedirse de Edward y Colin, que aún seguían a su lado; y sin esperar respuesta, empezó a caminar sin rumbo fijo, pero sin perder de vista el portón de entrada. Quería ver el siguiente carruaje en llegar, y si su visión le permitía ver el blasón de este, mejor que mejor.

El siguiente en llegar fue Harry, uno de los amigos de Edward. Llegó a caballo, por lo que fue muy fácil de identificar. Eleanor no acudió a su recibimiento, se quedó vagando por el jardín delantero, contando las rosas que aún seguían intactas. No era una tarea muy divertida, pero la entretenía lo suficiente como para

distraer su mente de la espera. La paciencia no era una de sus virtudes, tampoco era extremadamente impaciente, tenía la justa, insuficiente para una señorita de su categoría.

El ruido de las ruedas girando sobre el camino de tierra la sacó de sus cavilaciones, se irguió y amusgó los ojos con intención de identificar el emblema familiar del carruaje desde su posición, fue inútil, estaba demasiado alejada.

Se levantó del banco de piedra donde había pasado sentada la última hora, reflexionando si su vida cambiaría tan drásticamente como lo había hecho la de su hermana tras contraer nupcias.

A paso ligero, sin llegar a correr, emprendió el camino hacia la entrada. Vio cómo su hermano y cuñada descendían por tercera vez la escalinata de la entrada antes de que el carruaje llegara a su posición.

Aún le faltaban unos metros cuando vio la puerta abrirse y bajar a Cillian, amigo de su hermano. Una sonrisa se le instauró en el rostro, no por verle a él, sino por quien le acompañaba y bajó segundos después. Danielle.

—Dani —dijo al llegar a su altura. Se fundieron en un abrazo que duró más de lo estipulado, a nadie le importó—. ¿Te apetece dar un paseo?

—*Lady* Danielle estará cansada del viaje, Eleanor, querrá instalarse primero.

—En absoluto, me gustaría estirar las piernas un rato después de estar tanto tiempo sentada.

—Está bien, me ocuparé de que lleven tus cosas a tu habitación —dijo la condesa, conocedora de los motivos que llevaban a Eleanor a querer permanecer en el jardín. Desconocía si

Danielle también lo sabía y por eso había aceptado la invitación de su cuñada, o si de verdad le apetecía pasear.

—¿Vas a quedarte ahí? —preguntó Edward a su esposa, a mitad de la escalera. Harry los esperaba en su despacho para seguir con la conversación que habían dejado a medias, y que ahora contaría con otro orador más.

—No. Iré a asegurarme de que todo marcha como debería —dijo esto último más para sí que para su marido, mientras observaba cómo Eleanor y Danielle se alejaban con los brazos entrelazados, rumbo al banco predilecto de su cuñada, el que estaba junto al único rosal en flor. Sonrió, suponiendo que pronto Danielle sería consciente de por qué a Eleanor le gustaba tanto ese lugar.

—¿He sido la primera en llegar? —preguntó Danielle, una vez que se habían alejado lo suficiente.

—No, ya han llegado Alice, su marido y Harry.

—Heida estará al llegar —dijo Dani tratando de calmar la impaciencia de su amiga. Si ella las había extrañado terriblemente, no podía aventurar cómo habría sido para Eleanor estar tanto tiempo separada de su hermana tras toda una vida juntas.

—Sí. Lo cierto es que pensé que quizá vendríais juntos.

—Se lo propuse a Heida, pero me dijo que debían pasar por Londres antes de venir y partieron unos días antes.

Eleanor se sorprendió, su hermana no le había dicho nada. Seguramente sería algún asunto del duque. Se sintió algo decepcionada, podría haberse quedado en Cursed Manor el tiempo que su marido estuviera en Londres, así habrían compartido más tiempo juntas, ¿acaso su gemela no la extrañaba tanto como ella?

—No sabía nada —dijo sincera—. Y ¿qué tal se ha tomado la duquesa que pases aquí las Navidades? En tu carta solo decías que no se lo había tomado bien, ¿se ha enfadado mucho?

—Pues un poco sí. No somos los únicos que no estaremos en Navidad. Paul no va porque no puede ausentarse del proyecto en el que está trabajando, y Charlie tampoco. Este no le ha dado más explicaciones, lo que tiene a la duquesa muy preocupada. Andrew sigue en su gran *tour*, James está en altamar, y con nosotros aquí, estarán solo los duques, Alexander y Dave.

—Entiendo que esté molesta, pasar las Navidades casi solos con una familia tan grande.

—Sí. Además, anhela pasar las fiestas rodeada de niños. Dice que con sus hijos adultos no es lo mismo.

—Pronto tendrá tantos nietos que no tendrá habitaciones donde alojarlos.

—Imposible —dijo Dani riendo—. Hardwild Park es enorme.

—Y tanto que es enorme, me perdí un par de veces la última vez que estuve allí.

—Yo tardé meses en aprender a moverme con soltura —dijo recordando aquel tiempo en que se perdía continuamente y a menudo terminaba donde no debía. Menos mal que el servicio de la casa fue considerado y no se enfadaba cada vez que irrumpía desorientada en sus zonas. Todos en esa casa siempre se mostraron amables y gentiles con ella, nada que ver con su antiguo hogar. Alejó esos pensamientos de su cabeza y se centró en su acompañante—. Pero no hablemos más de mí. ¿Cómo llevas tu preparación para ser la señora de la casa?

A Eleanor no le apetecía nada hablar de sus lecciones, que en las últimas semanas habían girado en torno a los preparativos; en cambio, le habló del místico rosal frente al que estaban sentadas. No pudo contener su efusividad al narrarle todas sus alocadas teorías. Danielle ni siquiera se había percatado, había estado tan centrada en su amiga que no se paró demasiado a observar el jardín. No era tan espléndido como el de Hardwild Park, pero era grande, bonito y frondoso en las zonas que no se habían secado.

—Quizá solo sea más fuerte —especuló Dani—. En el bosque hay árboles altísimos y otros no tanto, algunos sobreviven a grandes ventiscas y otros no; esto podría ser igual.

Eleanor meditó sus palabras, no estaba de acuerdo, era una opción muy aburrida, aunque debía reconocer que sería perfectamente posible.

—Estás muy pensativa —dijo Danielle.

—Lo siento, últimamente estoy tanto tiempo sola que me he acostumbrado a vivir en mis pensamientos.

Danielle entendió que no estaba siendo fácil para ella vivir sin Heida. La intentó animar diciéndole la suerte que tenía de tener una sobrina con la que disfrutar, y un hermano y cuñada tan buenos que la querían y consentían. No todas las mujeres tenían la suerte de tener una familia así. Ella misma se sentía triste por no tener una propia. Aunque consideraba a los Rickman su familia, era muy consciente de que no lo eran y llegado el momento debería formar la suya propia, ¿qué pasaría entonces? Aun así, se sentía afortunada, igual que debería sentirse Eleanor. Ambas vivían en hogares llenos de alegría y felicidad, no como la pobre Primrose, que vivía un infierno con sus tíos y su prima. Ambas eran conscientes de lo mal que lo pasaba y que su única escapatoria sería encontrar un buen esposo, algo que dudaban que la duquesa le permitiese, no al

menos hasta que su propia hija consiguiera el mejor de los candidatos disponibles.

Las dos expresaron sus miedos porque le pasara algo terrible si seguía viviendo con ellos, pero no podían hacer nada. Heida la había invitado a pasar con ella una temporada, no obstante, los duques se negaron, igual que se negaron a dejarla pasar las festividades en Cursed Manor.

—La ayudaremos, esta temporada Prim se casará y saldrá de esa casa —dijo Danielle con optimismo y una sonrisa en el rostro.

Eleanor asintió sin más, ella sabía lo difícil que era conseguir esposo, ya eran dos temporadas fallidas las que acarreaba, pero no desilusionaría a su amiga, su hermana se había casado, y muchas otras señoritas, quizá solo fuera ella la que tenía mala suerte.



Capítulo 3

Kendrick apartó la cortinilla para observar el paisaje, no era muy diferente al de Escocia, lo que le irritaba aún más.

—Aún no sé cómo me he dejado convencer —escupió malhumorado.

—Será bueno para la familia, tener a unos condes como amigos siempre es bueno —dijo Leah entusiasmada. Era la primera vez que viajaba a Inglaterra y nada más y nada menos que al hogar de los Blackwood.

—Condes ingleses, hermanita. Dime, ¿para qué nos servirán estas amistades en Golspie?

—No todos tenemos nuestro futuro arraigado a esas tierras —dijo Leah, que soñaba con vivir en una gran ciudad.

—Son las tierras de nuestros ancestros, no hay lugar mejor para ti.

—No discutáis ahora, llegaremos en cualquier momento —dijo Clyde, ganándose una mirada asesina de su hermano mayor.

Él era el culpable de todos los males de Kendrick. Había respondido a la invitación de Surrey que iba dirigida a él personalmente y nunca debió leer.

Clyde no entendía la fijación de Kendrick por mantener el negocio fuera de Inglaterra, ya había intentado convencerlo en varias ocasiones para vender en suelo inglés, pero su hermano se negaba una y otra vez por una estúpida promesa que le hizo, obligado, a un padre enfadado y dolido, solo preocupado por su ego. Por eso, cuando leyó la invitación del conde, dejando claro que pretendía plantear un negocio muy lucrativo, no pudo más que aceptar en su nombre a sabiendas de que se enfadaría; aun así, sabía que no faltaría a su palabra, aunque no fuera él quien la dio.

—No es muy diferente a Escocia —dijo Leah, admirando el frondoso paisaje cubierto de nubes grises. Hacía ya un tiempo que había dejado de llover, pero sus hermanos habían descartado la idea de volver a sus monturas, pues la llegada a Cursed Manor ya era inminente—. ¿No os intriga el nombre del hogar de los condes?

—Quizá te cuenten de dónde viene en la cena.

—No seáis impertinentes —dijo Clyde, el más responsable y serio de los tres, a pesar de que ese papel le correspondía al mayor.

Kendrick y Clyde tenían muchas diferencias, y no solo en el ámbito laboral. Mientras Kendrick prefería estar en Golspie y trabajar en la destilería, Clyde vivía en Edimburgo y se encargaba del trabajo de oficina. Visto desde fuera, eran un gran equipo, el equipo perfecto, pero no era así. A menudo discutían porque no compartían ideas, ninguno apoyaba las propuestas del otro y así, el negocio, a pesar de ser lucrativo, no prosperaba. Permanecía estancado justo en el mismo lugar que estaba cuando lo heredaron.

Kendrick quería probar una nueva fórmula, y hacer un *whisky* especial, más añejo. Clyde sabía que era una buena idea, pero se negaba una y otra vez. Si él no tenía libertad de actuación en cuanto a ventas, su hermano tampoco la tendría en la producción. Y así estaban, en una guerra interna y silenciosa que había ido mermando tanto su relación como socios como la fraternal. Leah mediaba entre ellos siempre que podía, por eso Clyde la incluyó en su visita, necesitaba una aliada para contener a Kendrick y su mal humor.

—A diferencia de otros —dijo con retintín—, poseo buena educación y sé comportarme como es debido.

—Quizá en casa, pero no aquí —sentenció Kendrick—. Te aseguro que esta gente es más estirada que los palos de escoba que esconde Lysa en la despensa.

—Es cierto que los ingleses son más rectos. Nuestra hermana ha recibido todas las enseñanzas en cuanto a protocolo, que en el castillo no tenga que usarlas no significa que no las conozca —dijo Clyde, intentando justo lo contrario de lo que consiguió, asustar a Leah.

—No debería importarte tanto lo que opinen de ti, Leah —dijo Kendrick—. Solo serán un par de semanas y nos marcharemos para no volver. No volveremos a ver a esta gente.

Clyde se mordió la lengua, no discutiría justo antes de llegar, su humor ya era bastante malo. Con eso no podía hacer nada, así que se centró en tranquilizar a su hermana, que apretaba demasiado el libro que sostenía sobre su regazo. Estaba nerviosa y asustada. No le gustaba verla así, le dijo palabras tranquilizadoras, y ambos ignoraron los bufidos de Kendrick expresando su disconformidad y molestia.

Leah consiguió calmarse lo suficiente como para no meter la pata durante el recibimiento de los condes, que esperaban al pie de

las escaleras de la propiedad. Fue la última en bajar, observó con detenimiento la construcción, tan diferente a su hogar, mientras se aproximaba hasta sus anfitriones. No llegaba a ser ni la mitad del tamaño del castillo; aventuró que tampoco sería tan antigua como Cairn Donn; aun así, le pareció preciosa.

Tras las presentaciones, Elizabeth acompañó personalmente a los invitados escoceses hasta sus habitaciones.

—Espero que haya sido un viaje cómodo —dijo la condesa a Leah.

—Sí, *milady*. Salvo la pequeña llovizna de hoy, nos ha acompañado un tiempo de lo más favorable para viajar —respondió un tanto cohibida.

Los hermanos Campbell seguían a las damas admirando lo bien que se desenvolvió a pesar de su falta de costumbre.

—Es estupendo, recuerdo una vez que la lluvia nos retuvo en una posada durante dos días. Fue horrible —dijo Elizabeth, intentando conectar con la pobre muchacha, que le recordó un poco a ella cuando, recién casada, tuvo que afrontar su primer baile en casa de los duques prácticamente sin conocer a nadie. Siendo su hermano tan reacio a los ingleses, era más que de esperar que la hubiera mantenido alejada de ellos y sus costumbres, y ahora estuviera perdida ante tal reto.

—Nosotros hemos tenido suerte, todas las posadas eran bastante adecuadas.

—Adecuadas —murmuró Elizabeth—. No sé si es un buen adjetivo para una posada, suena a que no era del todo malo, pero tampoco bueno. Espero que encuentre su estancia en mi hogar mucho mejor que adecuada, señorita Leah.

—Oh. Estoy segura de ello, *milady*.

—Esta es vuestra alcoba —dijo Elizabeth mientras abría la puerta del que sería su refugio allí—. Está junto a la de sus hermanos. —Señaló las dos puertas del fondo, dejando claro cuáles serían sus habitaciones.

—Si nos disculpa, *milady*, estoy seguro de que tendrá cosas más urgentes que hacer que acompañarnos —dijo Kendrick antes de hacer una pequeña inclinación de cabeza e iniciar el paso hasta una de las puertas que acababa de señalar.

A Clyde no le quedó más remedio que seguir los pasos de su hermano, ya que este lo había incluido en su propósito.

—Es preciosa, *milady* —dijo con admiración—. Disculpe a mis hermanos, para ellos el viaje ha resultado ser algo tedioso. Kendrick no lleva bien estar en espacios cerrados mucho tiempo —añadió tratando de exculparlo.

—El conde también detesta viajar —dijo la condesa restando importancia—. Desde la ventana puede ver los jardines, no es la mejor época para disfrutar de ellos; no obstante, forman un paisaje muy hermoso. El personal subirá enseguida con sus baúles, y mandaré que le traigan agua para un baño antes de la cena. Si no necesita nada más, la dejo descansar.

Leah se tumbó en la mullida cama, y por fin respiró con normalidad. Los condes la habían impresionado más de lo que se imaginaba, no eran solo ellos, era la casa, su forma de hablar y comportarse, el personal iba vestido con los mismos colores y el emblema familiar, todo en conjunto era imponente.

Sus hermanos, lejos de estar impresionados, se relajaban cada uno a su forma. Kendrick aprovechó la espera hasta que le llevaran sus baúles para sacar uno de sus *whiskies* y relajarse frente

a la chimenea, que había estado caldeando la estancia desde primera hora de la mañana. Clyde, por el contrario, se recostó en la cama repasando uno de sus libros de cuentas.



Capítulo 4

Los duques de Harmont llegaron con las últimas luces del día, calmando la ansiedad que experimentaban las mujeres Blackwood por el exceso de preocupación. Eleanor no pudo más que abrazar a su hermana y acompañarla hasta su habitación, pues aunque ambas hubieran preferido quedarse en la cama sin protocolos ni invitados, debían prepararse para la cena.

—He estado muy preocupada, ya pensábamos que os habría pasado algo en el camino.

—Nada de eso, es que partimos más tarde de lo previsto —dijo Heida sin dar ninguna explicación sobre su retraso. Jamie las seguía a un par de pasos para darles un poco de privacidad.

—No me contaste que teníais pensado pasar por Londres antes de venir —dijo sin pretender que sonara a reproche, aun así, lo pareció.

—Fue una decisión de última hora. —Eleanor la miró interrogante, pero sin llegar a pronunciar las preguntas que bullían en su mente—. Hemos ido por Prim, con su última carta me dejó

muy preocupada. Creí que podríamos persuadir a los duques, pero nada ha surtido efecto —terminó de explicar frente a la puerta de su habitación.

—Se hace tarde. Ya me contarás con más detalle —dijo su hermana, intranquila, aunque Prim era más amiga de Heida que de ella, le tenía un gran aprecio y era una bellísima persona, digna de su amistad.

Entre cábalas se alejó a su dormitorio, donde Anais, su doncella, impaciente, la esperaba desde hacía una hora. El agua para el baño estaba completamente helada y tampoco quedaba el tiempo suficiente para ello.

Perdida en sus pensamientos, se desvistió, no fue hasta que vio el vestido que había elegido para la ocasión que salió de su ensimismamiento.

—No, no, no, ese no —dijo.

Con la determinación que la caracterizaba, se dirigió hasta su armario, donde, uno a uno, fue contemplando todos hasta dar con el adecuado, de una suave muselina rosa empolvada. Era perfecto para una cena de bienvenida: sutil, elegante y muy favorecedor a sus facciones.

Lo complementó con unos guantes del mismo tono, hacía un tiempo que no se acicalaba de esa manera, pues la casa había estado solo habitada por la familia y la formalidad no era requerida ni apreciada.

Sentía una ilusión especial por volver a prepararse como solía hacer para los grandes bailes de la capital, se colocó las perlas con una sonrisa. Pronto empezaría la temporada y, aunque su esperanza de matrimonio había mermado en consideración, le entusiasmaba volver a participar en bailes y eventos. Ese año sería diferente, Enid

no sería su cómplice y compañera, pero tendría a su hermana y amigas. Heida no se libraría de la temporada a pesar de estar recién casada, se había comprometido a presentar y acompañar a *lady* Violet hasta conseguir un buen esposo.

Salió de su habitación tan perfecta como siempre, se paró frente a la puerta de su hermana, elevó la mano para tocar y bajar juntas, pero no llegó a golpearla. Heida ahora era una mujer casada y debería presentarse con su esposo, no con ella. Bajó la mano y continuó su camino hasta llegar al salón donde los anfitriones y muchos de los invitados esperaban para pasar al comedor. Faltaban los duques, que aún estarían preparándose, y los hermanos escoceses.

Eleanor fue directa a Danielle, que estaba junto a Elizabeth y Alice con la expresión confusa, y no era de extrañar. Hablaban de síntomas de embarazo, malestar y cansancio eran los menos perturbadores.

Se alejaron un par de pasos con disimulo.

—Es aterrador —dijo Danielle recordando lo que acababa de escuchar.

—Solo tratan de competir para ver que embarazo fue peor —dijo restando importancia.

—No es eso lo que me ha parecido.

—Bah —resopló agitando la mano—. Las náuseas solo son los primeros meses, y solo por la mañana. El cansancio te hace dormitar durante el día, nada que no puedas controlar con un par de siestas. No todas sufren de desmayos. Y la hinchazón aparece los últimos meses. Lo peor es el parto. —Eleanor calló al ver el rostro cada vez más pálido de su amiga—. Mejor hablemos de otra cosa. Heida me

ha dicho que han pasado por Londres con intención de convencer a los duques para que Prim les acompañara, no han tenido éxito.

—Aún no conozco a los duques de Whitebell y ya los detesto. ¿Cómo está Prim?

—No me ha dicho nada más; seguramente está viviendo un calvario.

Danielle negó con tristeza, había notado cómo las cartas de Prim se iban ensombreciendo una a una, sus tíos apagaban su luz día a día.

—Ahí están los escoceses —dijo Eleanor inclinando la cabeza en dirección a la entrada.

—Es preciosa —dijo Dani refiriéndose a Leah, que encajaba a la perfección con el estereotipo escocés: melena pelirroja, que había aprendido a domar con el paso de los años, piel lechosa salpicada de pecas, labios llenos y ojos verde musgo tan vivos y expresivos como las propias tierras a las que pertenecía.

—Sí que lo es, y de estar en un salón de Londres, se vería relegada a la zona de las florero por no encajar con los estándares ingleses.

—Qué estupidez —dijo Danielle, quien tampoco encajaba del todo con lo que se consideraba una rosa inglesa. Su cabellera castaña, herencia, que lucía con orgullo, de su madre, la alejaba de la considerada belleza del momento.

—Acerquémonos para que Elizabeth haga las presentaciones.

—Deberías llamarla por su título en presencia de los invitados —susurró para que solo ella la escuchara mientras se acercaban a los recién llegados.

Eleonor no tenía el menor interés en conocer a los dos fornidos caballeros, uno con semblante tranquilo y amable y el otro como si acabara de llegar a las trincheras. A este último ya lo había visto en la boda de su hermana, ya entonces le pareció un insípido antipático. Estaba segura de que, de cambiar de parecer, sería para pensar algo todavía peor.

La condesa hizo las pertinentes presentaciones, y la conversación, de lo más anodina, no duró demasiado, pues el conde tuvo la consideración de llevarse a los caballeros para tomar una copa y amenizar la espera hasta que los duques bajaron.

Eleanor no tardó en mostrar su poca paciencia, preguntó a Leah por el viaje, su hogar, qué le parecía Cursed Manor, si había ya debutado. Se sorprendió bastante al saber que aún no, que solo había visitado Edimburgo para pasar unos días con su hermano Clyde. Descubrió que ella vivía en Cairn Donn, el castillo familiar en las Tierras Altas, con su hermano mayor Kendrick, su tío y primos, mientras que Clyde vivía en la capital escocesa.

Leah se mostró abierta y amigable, no sentía que estuviera desvelando ningún secreto, solo hablaba de su vida y familia, pero Kendrick, quien no le quitaba ojo desde el fondo de la habitación, no pensaba lo mismo y, a pesar de no escuchar la conversación, no le gustaba que su hermana fuera el centro de atención de aquellas damas que escuchaban embobadas. ¿Qué sería tan interesante?

—Debe de ser grandioso si vive tanta gente allí —dijo Danielle.

—Como si Hardwild Park no fuera enorme —apuntó Eleanor, recordándole a su amiga que su casa albergaba a una familia de siete varones, los duques y ella.

—Sí que es bastante grande. Si alguna vez pasáis por Golspie, podríais visitarme. Estaré encantada de enseñároslo —dijo

Leah con una sonrisa genuina, imaginándose rodeada de todas ellas. Sus amigas apenas visitaban el castillo, siempre era ella la que bajaba hasta el pueblo. Puede que eso fuera un poco culpa suya, se sentía muy sola allí rodeada de hombres, y tanto su hermano como sus primos se negaban a casarse y darle la compañía femenina que tanto anhelaba. Aunque debía reconocer que como casamentera no tenía ningún futuro, ninguna de sus ideas o planes había dado fruto, solo consiguió que sus amigas dejaran de visitarla.

La llegada de los duques puso el punto final a la espera e inició el pase al comedor, donde todos tomaron asiento. No se respetó el protocolo, los asientos estaban dispuestos para favorecer las conversaciones. Edward presidía la mesa, a sus lados se encontraban sus amigos y los escoceses a los que trataba de persuadir. Las gemelas, junto a Danielle y Leah, quedaban en el centro, y en el otro extremo, la condesa junto con su hermana y cuñado.

A excepción de los escoceses, todos se conocían y eran como una gran familia, lo que no tardaron en averiguar Clyde y Leah, que se sintieron cómodos enseguida. Kendrick estaba demasiado malhumorado como para relajarse, se pasó toda la cena pendiente de sus dos hermanos y que ninguno dijera nada que no debía, al fin y al cabo, su única misión allí era impedir que su hermano cerrase un trato con aquellos estirados ingleses.

Tras la cena, los hombres se retiraron a un salón y las mujeres a otro, donde esperarían la llegada de los caballeros. Elizabeth y Alice se sentaron en uno de los sofás y no tardaron en perderse en sus historias. Las gemelas y Dani no dejaron sola a Leah, las cuatro se acomodaron al otro extremo del salón, no era su intención alejarse, pero era la zona más amplia y donde más cómodas estarían. Tanto Eleanor como Dani estaban impacientes por preguntar a Heida sobre Prim y qué había pasado, pero se contuvieron y la conversación volvió a girar en torno a la nueva incorporación al grupo de amigas, salvo que esta vez, Leah no se

limitó a contestar y también les preguntó a ellas todo cuando quiso. Todas contestaron con la misma sinceridad que lo había estado haciendo ella.

No tardó en aparecer una especie de camaradería entre las cuatro, llegando a plantearse incluso sacar el tema que las tenía inquietas en su presencia. No llegaron a ello, pues los hombres hicieron su entrada en el salón y Kendrick se apoyó en el reposabrazos del sofá justo al lado de su hermana. Esta no se tomó bien la incursión, no eran muchas las ocasiones en las que podía confraternizar con las de su mismo sexo y la presencia de Kendrick había enrarecido el buen ambiente que tenían. Molesta, se levantó y dirigió hacia su otro hermano, Kendrick la siguió sin ni siquiera despedirse del resto de damas presentes.

—Ya no soy una niña pequeña —dijo Leah una vez los tres hermanos estuvieron lo suficiente alejados para no ser escuchados.

—No es por ti, solo trata de evitar que hables sobre la destilería con los ingleses —dijo Clyde.

—No me importan tus motivos, pero no quiero que incomodes a mis nuevas amigas.

Kendrick levantó las cejas en su máximo asombro.

—¿Amigas? Esas inglesitas no son tus amigas.

Clyde suspiró cansado de la absurda inquina que sentía. No tenía motivos para tamaña aversión, nunca había tratado con ellos, solo se dejaba arrastrar por los pensamientos rencorosos de su padre, que se había ocupado de que arraigaran con fuerza, como las profundas raíces de un árbol pastor.

—Déjala disfrutar —pidió Clyde, sintiéndose responsable de la situación; al fin y al cabo, él lo orquestó todo.

—¿Y dejar que airee nuestros secretos? No me fío de esas mujeres, ya puestos, tampoco de ellos. Solo nos han invitado y nos tratan con respeto porque quieren algo de nosotros. En cuanto comprendan que no vamos a hacer negocios, nos echarán de su casa.

Leah negó con la cabeza, apenada, Clyde estaba furioso, ni siquiera había escuchado su propuesta y ya había decidido. Su terquedad a veces rozaba la estupidez, pues solo la estupidez llevaría a alguien coherente y sensato como su hermano a impedir que su negocio floreciera.

No dijo nada acerca de la empresa, no discutiría con él, no allí, pero sí le echó una mano a su hermana, a la que alentó a volver con las damas mientras le explicaba a su hermano lo mal que había actuado al evidenciar la poca confianza que tenía en Leah. Ya casi era una mujer, y se merecía su espacio y respeto. Se había criado sin madre, rodeada por completo de hombres rudos y tercos, aun así, había conservado su bondad y amabilidad.

Heida interrumpió su relato de súbito al ver que la escocesa volvía, tendrían que dejarlo para más tarde, cuando contaran con intimidad. Eleanor estaba inquieta, no le gustaba estar con la incertidumbre, más aún sabiendo que su hermana no pasaba ni una sola noche alejada de su duque. Tendría que esperar hasta el día siguiente como poco.

Heida conocía bien a su hermana, no aguantaría mucho, así que tuvo buen tino en decirles que se reuniría con ellas en su habitación.

Ambas quedaron más que satisfechas, solo debían aguantar un poco más. Danielle no era demasiado curiosa, pero estaba preocupada; Eleanor tenía ambos sentimientos bullendo en su interior, palió su curiosidad preguntando a Leah por su tierra, más concretamente por un mito relacionado con la estructura más

famosa de escocia, sobre la que había leído recientemente, aunque tal parecía que sabía más que la propia escocesa, a la que nunca le habían entusiasmado en demasía las leyendas. Eran muchas las que circulaban por su tierra, la cocinera se encargaba de asustarla con ellas cuando era pequeña. «No te acerques a las ventanas o te llevarán los duendes», «no abandones el castillo si no quieres que los *trolls* te cuelguen del puente». Surtió efecto durante unos años, hasta que comprendió su propósito y dejó de creer, pues solo eran historias inventadas para atemorizar, o al menos así pensaba ella.

Los invitados no tardaron en empezar a abandonar la sala, excepto los anfitriones, todos habían llegado ese mismo día y necesitaban descansar. Alice y Colin fueron los primeros, Elizabeth se retiró también con la excusa de ver a Susan antes de dormir. Edward se quedó para el último acompañado de Harry y Cillian.

Dani acompañó a Eleanor a su dormitorio, juntas esperaron la llegada de Heida, que se había retirado con su esposo unos minutos antes.

—¿Crees que Leah se habrá dado cuenta de que hemos estado esperando que se fuera para irnos sin ella? —preguntó Eleanor pensativa.

—No lo creo.

—Me gusta —dijo Eleanor—. No está tan encorsetada como las damas londinenses.

—Sí, parece muy natural y sincera.

—Sí que lo parece —añadió Eleanor recordando que, a veces, es mejor no dejarse llevar por las impresiones; a veces, no todo es como parece y la vida nos sorprende de la peor manera posible. Era una lección que había arraigado muy hondo en ella, y desde hacía poco tiempo la tenía siempre presente.

Un suave golpe interrumpió sus pensamientos. La puerta se abrió apenas unos centímetros, por los que se coló Heida antes de volver a cerrar sin hacer ruido. Ya se había deshecho de su vestido y peinado, casi no logra escapar de las garras de su esposo, pero sabía que la estaban esperando y no quería tener a su hermana y amiga más tiempo en ascuas, ya compensaría al duque más tarde.

Las tres se acurrucaron en la cama y Heida empezó su relato de cómo había sido su inesperada visita a la mansión de los Whitebell, la habían recibido como la duquesa que era y aunque le pusieron mil y un impedimentos para ver a Prim, al final consiguió verla; sin embargo, su tía no consintió dejarlas un momento a solas, por lo que no pudieron hablar sin tapujos. Su aspecto no era demasiado bueno, parecía cansada, lucía unas feas ojeras, su pelo parecía haber perdido el poco brillo que tenía y sus ojos se habían apagado casi por completo. Heida estaba muy preocupada, no sabía qué estaba pasando dentro de esa casa, pero no auguraba nada bueno, la malicia con la que hablaba su prima le daba escalofríos, y la frialdad de la duquesa era conocida en toda la alta.

—Tenemos que conseguir que se case y escape de esa casa —dijo Dani con optimismo mientras las hermanas se dedicaban una mirada cómplice.

—No es tan fácil —dijo Eleanor.

—Su tía no dejará que se case antes que *lady* Caroline, la gran mayoría ya la conoce y la rehúyen.

—La ayudaremos, algo se nos ocurrirá —insistió Dani.

Eleanor suspiró con fuerza. La próxima temporada iba a ser realmente complicada si, además de ser su última oportunidad de encontrar esposo, tenía que ayudar a Prim y a su hermana con Violet. Dani estaría bien arropada entre la duquesa y todos sus hijos.

—¿A ti qué te pasa? —le preguntó su hermana.

—Nada, solo de pensar en la temporada me da urticaria.

—Jamás imaginé escuchar algo así de ti. Tú, que adoras los bailes, los paseos por Hyde Park, las tardes de té con pastas, las visitas a la modista; en definitiva, adoras Londres y la temporada.

—No negaré que me encantará volver a la modista, y las tardes de té son de lo más estimulantes, pero… —cogió aire para infundirse fuerza— la presión para no convertirme en una solterona me resulta asfixiante.

Dani eligió mantenerse al margen. Heida podía entender la presión que se estaba ejerciendo sobre sí misma, el destino no le había sido propicio y todo cuanto había acontecido en los últimos años había sido un obstáculo para ellas. Ella misma no se habría casado de no ser por un error de cálculo de su esposo y su perseverancia por conquistarla.

—Todos saben que los últimos años han sido complicados para la familia, pero eres hermana de un conde y de una duquesa, nadie te considerará una solterona, verán en ti una gran oportunidad para emparentar con dos lores, no te faltarán propuestas.

—Quizá lleves razón —dijo apesadumbrada, con la mirada perdida en sus manos.

—¿Por qué lo dices como si fuera algo malo? —preguntó Danielle, curiosa, pues no entendía por qué saber que tendría muchas propuestas la entristecía de ese modo.

—No solo quiere un marido, quiere amor —respondió Heida por ella.

Desde que vieron en primera persona la relación que tenía su hermano con su cuñada, ambas hermanas habían ansiado tener un matrimonio igual, lleno de amor, capaz de superar todas las adversidades que el camino o ellos mismos se habían interpuesto. Eran muchas las ocasiones en las que uno mismo, siendo incapaz de ver sus errores, se convertía en su propio enemigo. Heida encontró el amor, y deseaba con todas sus fuerzas que su hermana también lo lograra.

—Y lo tendrá, estoy segura de ello. Todas nosotras tendremos lo que tú —le dijo Dani a Heida con el entusiasmo que la caracterizaba. Sin ella hubieran acabado llorando, pero su positividad y alegría eran contagiosas y las llevó a imaginar situaciones de lo más variopintas de cómo conocerían y caerían rendidas ante sus futuros esposos, y ellos ante ellas, por supuesto.

Heida se retiró con la esperanza de que Jamie aún estuviera despierto, esas historias le habían recordado su propio comienzo y cómo, cada vez que lo rememoraba, las ganas de fundirse en los brazos de su amado duque se habían convertido en una necesidad.

—Te acompañaré a tu habitación —le dijo Eleanor a Dani una vez se quedaron solas. Esta había rechazado su propuesta de dormir con ella, aún estaba completamente vestida y no tenía sus enseres personales, podría usar una camisola de su amiga, pero a la mañana tendría el mismo problema, todas sus cosas estaban en la otra parte de la casa.

—No es necesario —dijo no muy convencida de llegar a su habitación sin perderse. Era la primera vez que se hospedaba en Cursed Manor y hasta esa noche no había entrado en esa parte de la casa.

—¿Y arriesgarme a que te pierdas o te equivoques de habitación? ¿Te imaginas que entras en la de uno de los escoceses por error?

Danielle se llevó las manos a la boca para contener la risa, aunque de ocurrir algo parecido, no reiría, más bien se quedaría blanca como la nieve del susto.

—Prefiero no imaginarlo —respondió con la voz entrecortada.

Esperaron a estar totalmente calmadas y serias para salir, no querían despertar a nadie, no era excesivamente tarde, pero tampoco era pronto y muchos ya estarían durmiendo.

Despacio y con paso firme, Eleanor fue guiando a Danielle por toda la casa hasta llegar a la nueva ala, donde se encontraba su habitación. No entró con ella, se despidieron en el umbral con susurros.

Se disponía a volver directa a su alcoba cuando un estruendo llamó su atención, procedía del fondo del pasillo, aventuró que de uno de los dormitorios de los escoceses. La curiosidad la invadió de inmediato, miró a ambos lados del pasillo, no había nadie y estaba oscuro, la vela que portaba apenas emitía luz suficiente como para ver más allá de un metro de distancia.

Despacio y con sigilo se acercó al fondo del pasillo.

Silencio.

Miró una puerta tras otra.

Todo seguía en completo silencio.

Quizá se lo hubiera imaginado, o solo se había caído algo al suelo. No era fácil andar a oscuras por la habitación, ella misma había tirado algún que otro objeto cuando se había levantado en mitad de la noche a orinar o beber agua, qué difícil resultaba verter agua en un vaso sin luz.

Dio dos pasos en dirección contraria cuando una de las puertas se abrió dejándola totalmente paralizada.

Kendrick había estado desde que se retiraron discutiendo con Clyde en su habitación, la paciencia nunca fue una de sus virtudes y le había exigido saber qué habían propuesto los ingleses. Clyde aún no había tenido oportunidad, e intuía que el conde, en su desconocimiento por el poco agrado de su hermano a hacer negocios con ellos, plantearía la cuestión con ambos presentes. Pero Kendrick no era estúpido y sabía que su hermano aprovecharía la mínima para mostrarle a su anfitrión su buena predisposición, al fin y al cabo, él era el culpable de que estuvieran allí.

No le costó reconocer a la hermana del conde, aunque esta estuviera en un ángulo que no dejaba visible el rostro, la poca iluminación la delataba, llevaba el mismo atuendo que en la cena y ¿quién si no merodearía por los pasillos espiando conversaciones ajenas?

—¿Te manda tu hermano a espiar o simplemente es una afición tuya? —preguntó una vez hubo cerrado la puerta. Su mal humor era más que notorio.

Eleanor no se esperaba que le hablara de ese modo, pero tampoco fue una gran sorpresa, era sabido por todos su falta de modales.

—Escuché un golpe —se limitó a decir mientras se volvía para encararlo.

—Eso no explica qué hace aquí, su habitación está en la otra punta de la casa. ¿Qué ha escuchado? —preguntó dando por hecho que los había estado espiando desde el otro lado de la puerta.

Eleanor no se inmutó porque la tratara de cotilla, llevaba toda la vida aguantando ese tipo de comentarios. Se planteó explicarle

que estaba allí porque había acompañado a su amiga hasta su habitación para que no se perdiera, no lo hizo; en cambio, se encogió de hombros y girando sobre sí misma para iniciar la vuelta hasta su habitación, dijo: «Esta es mi casa, puedo pasear por donde quiera», aumentando las sospechas y el mal humor del escocés.

—Además de fisgona, impertinente y descarada.

—No soy la única que anda por los pasillos a altas horas de la noche —dijo.

—Salvo que yo tengo excusa y tú no.

Eleanor no estaba acostumbrada a que un desconocido la tuteara, pero eso no la amedrentó.

—¿Cuál es su excusa? —preguntó volviéndose para enfrentarlo.

—Te la contaré cuando me digas por qué estás aquí.

Eleanor abrió la boca para comenzar su relato, pero vio en sus ojos la mentira. Él no le contaría nada, solo era un truco, o eso pensó ella.

—Buenas noches, señor Campbell, nos veremos en el desayuno —dijo antes de girarse por completo y emprender su camino.

Contra todo pronóstico, las comisuras de su boca se elevaron y su mal humor ya no era tan evidente, había escuchado hablar sobre las grandes virtudes que rodeaban a las damas inglesas, todo rectitud y cordialidad, al parecer, esa dama no compartía dichas cualidades con las de su género.

Siempre le habían gustado las guerras dialécticas, aún más si eran con una mujer. La mayoría no solían hacerle frente, ni siquiera las duras escocesas a las que conquistaba con unas pocas palabras.

Quizá hubiera encontrado un entretenimiento para su estancia. Sacudió su cabeza con enfado, no debía mezclarse con esa gente, y mucho menos con una joven soltera.

Fue hasta su habitación, de nuevo malhumorado, sospechaba que ese sería su estado durante el tiempo que permanecieran allí, se maldijo a sí mismo por hacer honor a la palabra que dio su hermano en su nombre. Qué más le daba la opinión que tuvieran de él unos extraños, podría irse al día siguiente sin demora, volver a su hogar y disfrutar de las Navidades en familia. Su madre siempre decía que las fiestas eran para pasarlas con la familia, ni eso había respetado su hermano, Leah apenas la conoció, pero Clyde sí, solo se llevaban un par de años.

Se sentó a los pies de la cama y suspiró profundo. No se marcharía, una de las cosas que escoceses e ingleses compartían era el honor a su palabra, no faltaría a ella por más que lo deseara. Se dejó caer sobre la cama, al menos era cómoda.

Al otro lado de la casa, otra persona también se dejaba caer sobre su mullida cama mientras se preguntaba sobre qué habrían estado hablando para enfadarse tanto.

—Condenado escocés, ¿cómo se atreve a llamarme fisgona impertinente? —murmuró exasperada.

Mariah entró sin llamar, excusó a Anais, que solía encargarse de ella, y la ayudó a desvestirse.

—Puedes irte, ya terminó yo de peinarme, es tarde —dijo Eleanor.

De no serle imposible desvestirse sola, no hubiera llamado, a pesar de ser hija y hermana de un conde, a ella y a Heida les gustaba tener cierta privacidad y eran muchas ocasiones en las que prescindían del servicio y se atendían la una a la otra. Siempre encontró de lo más placenteras sus charlas mientras trenzaban su cabello antes de dormir. Siempre se hacía dos trenzas desde la raíz a las puntas, su cabello era muy lacio y trenzarlo era la única manera de ondularlo y conseguir el volumen que tanto le gustaba.



Capítulo 5

Elizabeth se sintió afortunada observando, con su pequeña en brazos, cómo el sol daba paso a un nuevo día precioso y soleado. Su esposo aún dormía, igual que su hija, que se había quedado dormida en apenas unos minutos tras darle de comer.

Se levantó y la dejó en su cunita, pero fue incapaz de separarse de ella y se quedó a su lado, observándola dormir, tenía mucho de su padre y de ella, se sentía pletórica contemplando sus pequeños movimientos mientras dormía, cómo su pecho se elevaba una y otra vez al tomar aire, o cómo sus labios se encogían como si fuera a dar un pequeño beso.

—Otra vez mirándola dormir. Tú también necesitas descansar, esposa —la regañó Edward, un poco preocupado por las pocas horas de sueño de su condesa. Antes de que la casa se llenara, podía echarse una siesta en la mañana, sin embargo, aventuraba que con tantos invitados no podría, y eso, día tras día, le pasaría factura.

—La acabo de dejar —se excusó—. Ya está amaneciendo, sabes que nunca fui una mujer ociosa.

—Lo sé, pero…

—Pero nada —lo interrumpió—. Tengo muchos planes para hoy, quiero aprovechar el buen tiempo para hacer algunas actividades en el exterior.

Edward se incorporó, conocía bien a su mujer, no volvería a la cama, al menos no para dormir, aunque tenía en mente algunas cosas mucho más divertidas que podrían hacer aprovechando que Susan dormía.

No le costó mucho esfuerzo arrastrarla de nuevo entre las sábanas, pues desde aquellos lejanos primeros besos robados, Elizabeth siempre se perdía en ellos y era incapaz de separarse de él.

—Si seguimos así, pronto le daremos un hermanito a Susan —dijo, tumbada sobre el pecho de su marido, mientras esparcía pequeños besos por su esternón.

—Siempre quise tener una gran familia —añadió Edward con una sonrisa enorme.

La condesa no era la única que se quedaba embobada con su hija, el conde también lo hacía más de lo que admitiría, y deseaba llenar de niños la casa. En Susan habían encontrado un amor muy distinto al que encontraban el uno en brazos del otro, la felicidad era casi plena para los condes.

—Ya tienes una gran familia que te proporciona grandes dolores de cabeza —dijo en tono burlón, pues desde hacía un tiempo, su esposo no dejaba de reprocharles a ella y su cuñada que no hacían más que darle dolores de cabeza.

—Todo será más sencillo cuando Eleanor esté tan bien casada como Heida.

—Te has dado cuenta, siempre has sido muy perspicaz.

—¿De qué me he dado cuenta exactamente? —preguntó acariciando su cadera desnuda.

—Es feliz. Tenía dudas, todo pasó tan rápido y se casaron de esa manera tan precipitada. Temía que después de un tiempo conviviendo hubieran aparecido los problemas, pero ver el brillo en sus ojos ha disipado toda preocupación. Espero que Eleanor encuentre un buen hombre.

—No daré mi permiso si no es así.

—Lo sé, pero hay tantos lobos disfrazados de corderos que hasta que no te muerden no ves los dientes…

Edward le dio la razón, y prometió que indagaría muy bien al hombre que pretendiera a su hermana, con Jamie lo tuvo muy fácil, era el mejor amigo del hermano de Cillian, sabía de buena tinta que su honor y reputación eran intachables. Intuía que esta vez no le sería tan sencillo.

En el desayuno, la condesa anunció las actividades para ese día, todas en el exterior.

La mañana fue agotadora, y decidieron pasear por los jardines hasta que el almuerzo estuviera servido.

Eleanor mostró su interés por el misterioso rosal en flor, nadie supo responder por qué, de entre todos, era el único que seguía intacto. Alice le habló entonces de un claro en el bosque cerca de su hogar, que, al igual que ese rosal, se mantenía todo el año como si fuera primavera. Se quedaron un buen rato observándolo y

comentando las teorías que ambas habían discurrido para cada suceso.

Mientras, a excepción de Elizabeth, que se había retirado para llevar a Susan dentro, se esparcieron por todo el jardín, Heida y Danielle paseaban por uno de los laterales intentando tener un poco de intimidad.

—La duquesa me ha propuesto retrasar mi debut un año más —dijo Danielle con la mirada perdida.

—Supongo que tendrá algún motivo —dijo con el ceño ligeramente fruncido. No era muy habitual retrasar la presentación en sociedad de una dama, pues cada temporada era crucial para encontrar matrimonio, y retrasarla te acercaba más a la edad de una solterona.

—Sí, cree que es mejor esperar hasta haber cumplido la mayoría de edad y arreglado todo el asunto de la herencia de mi padre.

Era la primera vez que Danielle mencionaba a su padre o la herencia, realmente, Heida sabía poco de su familia o situación, salvo que era la pupila de los duques de Hardwild.

—Entiendo —dijo, aunque no entendía nada. Se alegró de que Eleanor no estuviera presente, pues estaría acosando a su amiga con un sinfín de preguntas. Prefería darle su espacio, que ella misma decidiera qué contarle y hasta dónde llegar. Recordó algo de pronto—. Creí que cumplías años en primavera.

—A principios de junio, casi verano, y la temporada casi ha terminado.

—¿Lo has decidido entonces? —preguntó con la mirada fija en ella.

—Realmente no, me hace mucha ilusión unirme a vosotras este año, pero la duquesa siempre me ha dado buenos consejos y no se fía de que… —calló de súbito, haciendo que Heida frunciera el ceño hasta arrugar la frente. El cambio en el rostro de su amiga fue drástico.

Permanecieron en silencio hasta que Heida cambió de tema, a uno fácil y animado para dejar atrás el regusto amargo que tenían.

En el otro extremo del jardín, Edward, Harry, Cillian, Colin, Jamie y Clyde conversaban de nada en particular.

En el pasillo central, Leah reprendía a Kendrick por su actitud.

—Podrías ser un poco más amable —dijo molesta.

—¿Para qué? Una vez nos vayamos, no volveremos a verlos.

Caminaban en la misma dirección, y a cada pocos pasos paraban, Leah se volvía para mirarlo, él hacía lo mismo.

—No entiendo por qué eres tan desagradable con ellos —hizo una pequeña pausa, estaba cansada de la actitud prepotente y chulesca de su hermano mayor—, tú no eres así, Kendrick. Si no lo estuviera viendo con mis propios ojos, no me lo creería.

Kendrick se volvió para mirarla, con las manos en los bolsillos y el mentón apretado

—Ellos no son como nosotros, son unos embaucadores traicioneros, fingen tener honor, pero carecen de él, te lo aseguro. No se merecen mi respeto.

Leah negaba con la cabeza, no podía creer lo que escuchaba. Los Blackwood les habían abierto las puertas de su casa, eran amables y los trataban como al resto de invitados, quienes eran

familia y buenos amigos. ¿Cómo podía no ver su hermano que eran buenas personas?

—¿Acaso has conocido a muchos ingleses? —preguntó airada. Se estaba dejando guiar por los absurdos de su padre, sus palabras eran las de él.

—Ni falta que hace —dijo. Golpeó una de las piedras del camino mandándola unos metros hacia el frente.

—Estás siendo absurdo. Al igual que no todos los escoceses son honorables, los ingleses tampoco lo serán, pero estoy segura de que estás juzgando mal a nuestros anfitriones y sus invitados.

—Eres demasiado ingenua, Leah.

—O tú demasiado ciego, Kendrick —concluyó, y sin esperar respuesta, volvió a iniciar el paso.

—Aún eres muy joven para comprender la maldad humana. —Con una zancada, la alcanzó—. ¿Te crees que porque ese par de damitas sean amables contigo te aprecian? Solo fingen porque sus maridos se lo habrán ordenado para que tú estés contenta.

Leah se volvió de nuevo para enfrentarlo, no sabía de dónde había sacado su hermano tal afirmación.

—¿Por qué habría de importarles tal cosa a sus maridos? Además, Eleanor y Danielle son solteras.

—Quieren hacer negocios, por eso se esfuerzan en tratarnos bien, a todos, y eso te incluye a… —Kendrick interrumpió su discurso al escuchar el crujir de una rama demasiado cerca—. ¡Tú otra vez! —replicó muy molesto al ver a Eleanor a apenas unos pasos de ellos.

Iba distraída, no había estado muy atenta hasta escuchar su nombre.

—Yo no pretendía escuchar, solo venía a…

—No te molestes —la interrumpió—. No se escucha una conversación privada sin pretenderlo.

Leah le dio un nada disimulado puntapié a Kendrick en la espinilla.

—Disculpa a mi hermano, aún no se ha acostumbrado… a este tiempo —dijo lo primero que se le ocurrió.

Eleanor asintió como gesto de aceptación.

—Me preguntaba si querrías dar un paseo conmigo —preguntó Eleanor. Alice acababa de retirarse a descansar, estaba exhausta de tanta actividad.

—Creía que la educación de las damas inglesas era sublime —dijo Kendrick sin reprimirse en absoluto.

Leah se puso roja como un tomate, la estaba avergonzando.

—Tanto como la de los caballeros escoceses —replicó Eleanor.

Hizo una genuflexión, esa que las institutrices le habían hecho practicar hasta la saciedad. No era algo que hiciera fuera de Londres, en el campo no había mucha aristocracia y los protocolos eran más laxos. Aun así, la hizo tan perfecta como si delante estuviera el mismísimo rey Jorge.

No esperó contestación alguna, se despidió de Leah y siguió adelante con su camino.

—¡No os lo vais a creer! —dijo en cuanto llegó hasta Heida y Danielle, interrumpiendo así su conversación.

Ambas escucharon cómo les contaba lo que había oído, y cómo despotricaba del guapo escocés, porque si algo estaba claro era que, por mucho que su actitud le restara atractivo, seguía siéndolo.

—No deberías haber escuchado —la reprendió su hermana.

—No era mi intención —no mintió. Solo pretendía invitar a Leah a que la acompañara, pensó que quizá se sintiera excluida, era la única extraña en la casa.

Heida alzó una ceja, la conocía muy bien y su hermana era la cotilla por excelencia, le costaba creer que había escuchado por accidente.

—Lo digo en serio, ¿por qué querría yo escuchar qué tiene que decir ese bruto escocés?

—¿Curiosidad? —preguntó Danielle.

—La curiosidad mató al gato, deberíais recordarlo las dos —dijo Heida, provocando la risa de sus acompañantes.

—Nadie se muere por escuchar tras las puertas.

Con el humor renovado, las tres se reunieron con los demás. Leah no tardó en unirse a ellas para emprender el camino hasta la casa y comenzar el almuerzo.

No fue hasta mucho más tarde, en el salón azul, donde solo se encontraban las mujeres tomando el té, que Leah sacó el tema. Esperó hasta quedarse a solas, no quería incomodar a Eleanor, pero Kendrick le contó que la había sorprendido la noche anterior en

mitad del pasillo junto a la puerta de Clyde y necesitaba saber por qué su hermano la había pillado dos veces escuchando conversaciones ajenas.

—Anoche Danielle estuvo un rato en mi habitación, teníamos mucho que contarnos, y después la acompañé hasta la suya; solo me acerqué al fondo del pasillo porque oí un ruido, no escuché nada más; cuando me disponía a irme, tu hermano abrió la puerta y me vio, le habría explicado la situación si no me hubiera acusado de estar espiando para mi hermano. Esta mañana me acercaba a vosotros para invitarte a acompañarme, quizá tendría que haber hecho algún ruido para avisar de mi presencia, no lo pensé —explicó Eleanor.

Leah se quedó conforme, aunque estaría atenta, le parecía demasiada casualidad.

—Mi hermano está convencido de que eres una especie de espía al servicio de tu hermano —dijo Leah en tono burlón.

—Espero que no se lo diga, mi hermano no sabe nada, se enfadará mucho conmigo si se entera —dijo con ojos suplicantes.

Si Edward se enteraba de que el hombre con el que pretendía hacer negocios pensaba así de ellos por su culpa… No quería ni imaginarlo, seguro que la castigaba sin vestidos nuevos para la próxima temporada. Si ya lo tenía difícil, con vestidos anticuados sería imposible encontrar marido.

—Hablaré con él, aunque no creo que sea necesario. Mi hermano no es nada chismoso, y no creo que quiera revelar que habéis estado solos en un pasillo oscuro —dijo la última parte en un susurro casi inaudible.

Eleanor abrió la boca con intención de decir que eso no fue así. No lo hizo porque fue exactamente así, los dos solos en la

penumbra. Le dio las gracias y guio la conversación a un tema mucho más insustancial e interesante para ella, la moda. Desde que hacía unos meses *lady* Agnes afirmó que las modistas londinenses no tenían nada que envidiarles a las de Edimburgo, sentía mucha curiosidad, y los vestidos que hasta ahora había lucido Leah eran preciosos.

Esta le reveló que todos ellos habían sido confeccionados en la capital escocesa por una de las modistas más prestigiosas de la ciudad, pero le gustaban más sus vestidos de siempre, los que le hacía la modista de Golspie, mucho más cómodos y cálidos.

—Imagino que, para las Tierras Altas, la calidez es algo indispensable en la ropa.

—En el castillo todas las chimeneas están siempre encendidas, no pasamos frío ni mucho menos, y los días soleados el sol calienta nuestra piel y disfrutamos en el exterior.

—No veo mucha diferencia con cómo pasamos aquí los inviernos, en el interior, con las lluvias, apenas podemos salir —dijo Eleanor.

Estaban tan ensimismadas en su conversación que no escucharon cómo la puerta principal se abría y varios caballeros pasaban al salón.

—Sí, bueno, allí no nos da miedo mojarnos, el problema es la nieve.

—Aquí no nieva mucho.

—Allí tampoco, estamos al lado de la costa, pero cuando lo hace, nos deja casi incomunicados con el pueblo, y mi primo se molesta mucho porque no puede entrenar bien a los caballos.

—¿Tu primo entrena caballos?

—Sí, mi abuelo lo empezó como afición, adora la equitación, pero con los años lo convirtió en un negocio, casi hay más caballos que ovejas en Cairn Donn. —Eleanor frunció el ceño—. Las ovejas son el negocio familiar.

—Creí que el negocio familiar era el *whisky* —dijo desconcertada.

—No exactamente, el negocio de los Campbell siempre ha sido las ovejas. Padre adquirió la destilería cuando se casó con mi madre. Ella no tenía hermanos, la destilería fue su dote.

Un carraspeo sonó tras Leah, haciendo que ambas miraran al emisor. Kendrick mantuvo los ojos fijos en Leah durante unos segundos sin decir nada, solo hacía unas pocas horas que la había advertido sobre esa chiquilla inglesa, le había hecho prometer que no revelaría ninguna información sobre ellos, y allí estaba, hablándole sobre su historia familiar.

El buen y cálido ambiente se deshizo, tal parecía que la mirada penetrante de Kendrick tenía el poder de bajar la temperatura de la sala a medida que los minutos sucedían. Eleanor no se atrevía a interrumpir ese duelo de miradas, aunque sabía que la dulce mirada de Leah no tenía nada que hacer contra la dura y despiadada de su hermano mayor. Ni siquiera parecía ablandarlo. Fue Clyde quien, desde el otro lado del salón, se acercó para interrumpir.

—No sabía que te interesara escuchar conversaciones sobre lazos y encajes —le dijo Clyde a su hermano como si ese, junto con el tiempo, fuera el único tema del que hablasen las mujeres.

Kendrick cambió el receptor de su mirada, un hermano por otro, salvo que este ni se inmutó. A él no lo intimidaría. Si bien

Kendrick había heredado la mirada gélida de su padre, Clyde aprendió a recibirla por partida doble, por suerte, no heredó la frialdad dentro de su pecho, aunque claro, quizá su padre tampoco nació con esa peculiaridad y fue la vida quien se la proporcionó.

—Nuestra hermana le hablaba a su nueva amiga de madre —dijo Kendrick con una mueca indescifrable en la cara.

—No es cierto —dijo Leah acongojada. Ella no guardaba recuerdos de su madre, solo había podido conocerla a través de las historias que todos le contaban, desde las criadas hasta su padre, aun así, nunca se atrevió a hablar de ella, no quería empañar su memoria, mucho menos frente a sus hermanos.

—Solo ha dicho que la destilería fue su dote, ha sido un simple comentario —explicó Eleanor intentando restarle importancia, no había que ser demasiado inteligente para darse cuenta de que era un tema delicado.

—Entiendo —dijo el escocés—. Vamos, Kendrick, una copa te sentará bien.

El mayor de los Campbell no tenía ninguna intención de dejar sola a su hermana con la que consideraba la espía de su anfitrión. Cada averiguación alentaba sus sospechas de que la había enviado a obtener información que le ayudara a negociar y quién sabe si coaccionarlos. No se fiaba de los ingleses.

Clyde comprendió que no tenía nada que hacer, su hermano no se alejaría, así que hizo lo que creyó más oportuno y le pidió a su acompañante que le hablara sobre el curioso nombre de su hogar. Eleanor no tardó en revelar toda la información que había estado recabando desde que se instaló en Cursed Manor hacía poco más de un año.

—Los lugareños creen que está maldita porque sus dueños no duran más de cinco años, todos mueren antes de este tiempo. No hay ningún factor común, no he averiguado cómo murieron todos, eso sería imposible, pues se remonta hasta hace bastante tiempo, pero los últimos parece que murieron en condiciones normales.

A ninguno de los oyentes se le escapó la pasión con la que hablaba ni el brillo de su mirada. Estaba claro que era un tema que le interesaba y que le había llevado muchas horas de investigación y muchas preguntas incómodas a los habitantes de la zona. Kendrick endureció su expresión, sin duda, no había errado en su primera impresión sobre la muchacha, pero sí que la había subestimado, no le quitaría el ojo de encima.

—¿Qué considera condiciones normales, *lady* Eleanor? —preguntó Clyde realmente interesado. Era una historia cuando menos peculiar, tantas muertes en tan poco tiempo, interesante y extraño, sin duda.

—No sé si es un tema apropiado para un salón —dijo Eleanor mirando hacia ambos lados, comprobando si alguien más, además de los tres escoceses, estaba escuchando; al comprobar que no, decidió continuar—: El último murió mientras dormía, su familia pasaba una temporada en Londres, lo encontró el servicio, por lo que este fue bastante fácil de averiguar. Al anterior se le paró el corazón, no he averiguado más. Otro se volvió loco de un día para otro, mató a su esposa y después se ahorcó, esto ocurrió hace bastante tiempo y fue el que hizo comenzar los rumores sobre la maldición. Hubo un barón hace años, murió asesinado cuando unos ladrones entraron a robar.

—Creo que voy a tener pesadillas esta noche —murmuró Leah con la cara desencajada.

—Oh —dijo Eleanor poniendo una mano sobre la suya—. Lo siento, no pretendía asustarte, si no te sientes cómoda, puedes venir

a dormir conmigo.

—Pues yo creo que es justamente lo que pretendías, asustarla al punto de no ser capaz de pasar la noche sola —dijo Kendrick.

Eleanor volvió a abrir la boca formando una o perfecta, pero en esta ocasión ningún sonido salió de su boca. La estaba acusando de algo muy feo, cuando habían sido ellos quienes habían preguntado, además, ¿qué intención podría ella tener detrás de asustar a Leah?

—He sido yo quien ha preguntado, no debería haberlo hecho —dijo Clyde, responsabilizándose por la situación, él no esperaba unas muertes tan escabrosas. Pensó que quizá contaría algo relacionado con fantasmas, o de índole fantasiosa, los pueblerinos tendían a inventar este tipo de historias para asustarse unos a otros.

—No es un tema apropiado para un salón —dijo Eleanor consciente de su error.

Clyde volvió a cambiar el tema de conversación, esta vez a uno más apropiado y aburrido, tanto que a los diez minutos ambas damas bostezaban con menos disimulo del que les gustaría, pero hay cosas que no se pueden evitar ni ocultar.

—Quizá deberíamos retirarnos ya —propuso Kendrick sacando su reloj de bolsillo—. Es tarde.

Algunos ya se habían retirado, Alice y su esposo fueron los primeros, Elizabeth no tardó mucho más, quería ver y amamantar a su pequeña.

Eleanor hizo un barrido con la mirada, Heida y Dani se encontraban en un sofá cercano, por su postura, estarían haciéndose confidencias, mientras que los caballeros seguían

disfrutando de una copa entre risas. Suspiró con poco disimulo, al parecer, solo ellos se aburrían.

—La verdad es que estoy algo cansada, ha sido un día intenso —dijo Leah poniéndose en pie.

—Sí que lo ha sido, avisaré al servicio para que no te moleste hasta la hora de la cena, ¿o prefieres que te preparen un baño?

—Descansar me vendrá bien —dijo. Se despidió de Eleanor, volvió a sentirse avergonzada cuando Kendrick no lo hizo. Simplemente extendió su brazo y se marchó con ella sin decir ni una sola palabra.

En cuanto estuvieron alejados, Kendrick no tardó en mostrar su desagrado por Eleanor, y reñir a su hermana por hablarle de su familia y la destilería.

—No he revelado ningún secreto —dijo Leah, que no entendía por qué le desagradaba tanto. Nunca había interferido en la relación que tenía con sus amigas, ya fueran nuevas o desde la infancia.

—No le hagas caso, está paranoico —dijo el mediano.

—Sé que esta gente está tramando algo, estáis tan engatusados con sus atenciones que no sois capaces de ver la verdad.

Leah miró hacia atrás comprobando que no había nadie más en el pasillo.

—¿Qué verdad es esa? —preguntó Clyde, molesto porque lo tomara por iluso.

—Quieren estafarnos, como poco.

—Como poco —repitió Clyde, desde luego, su hermano estaba del todo paranoico.

No añadió nada más, ninguno lo hizo. Los pasos amortiguados por la espesa moqueta eran lo único que se escuchaba por el largo pasillo.

Clyde se despidió de Leah de forma cariñosa y la animó a llamarlo si sentía miedo.

—Después de todas las historias de la cocinera, ¿te asustas por un par de muertes? —Kendrick pensaba que su hermana había superado la etapa de sentir miedo por maldiciones y monstruos.

—No negarás que tantas muertes es un tanto extraño.

—¿Crees que la casa está maldita? —preguntó negando con la cabeza—. La gente muere a diario, y ya sabéis cómo son los pueblerinos, exageran todo.

—Lo más probable es que la casualidad de unas cuantas muertes haya dado de qué hablar a los habitantes de la zona, hasta llegar a algún supersticioso —dijo Clyde. Era el modo más común en que surgían estas historias, en Escocia había muchas de ellas.

—Es lo más probable, sí —dijo Leah bastante convencida.

—Aun así, puedes acudir a cualquiera de nosotros si nos necesitas, estaremos al otro lado de la puerta —dijo Kendrick.

Los dos la adoraban, era la pequeña, la querían desde el mismo momento en que supieron de su existencia, ambos recordaban la promesa que le hicieron a su madre cuando aún se encontraba en su vientre.

—¿Queda mucho para que nazca, mamá? —preguntó Kendrick.

—Sí, con él seremos tres y venceremos a los Callum y a Edwin.

Su madre los miró con los ojos llenos de amor.

—Me temo que aún faltan unos meses, y ni entonces podrá ayudaros a vencer a vuestros primos, pasarán años hasta que pueda jugar con vosotros, para entonces ya seréis unos muchachitos que habréis olvidado cómo jugar —dijo con pesar. Habían pasado demasiados años desde su último embarazo.

—No es justo —dijo Kendrick enfurruñado. Callum era un par de años mayor y aunque Edwin era el pequeño de los cuatro, siempre les ganaban, por una vez les hubiera gustado ser ellos los que les hicieran morder el polvo.

—La vida no siempre lo es, hijos míos, es una lección que espero que tardéis en aprender, pero la aprenderéis tarde o temprano, estoy segura de ello. ¡Ay! —exclamó al notar un brusco movimiento en la barriga. Se llevó la mano hasta ella, y esperó el siguiente movimiento.

Kendrick y Clyde colocaron sus pequeñas manos en su vientre, cuatro ojos se iluminaron con un brillo estelar al sentir el movimiento.

—Es una niña.

Los dos la miraron sorprendidos, no habían contemplado esa posibilidad.

—¿Cómo lo sabes, mamá?

—Una madre sabe esas cosas. —No podía explicarles a sus hijos lo diferente que estaba siendo ese embarazo de los dos anteriores—. Quiero que me prometáis algo, los dos.

Sus partos no habían sido fáciles, ninguno lo era, pero la edad y su mal estado durante todo el embarazo la llevaban a preocuparse en exceso por el parto. No sería la primera en perecer, ni tampoco la última, y aunque no quería morir, su mayor preocupación era dejar huérfanos de madre a sus tres hijos. Bien sabía ella lo mucho que la necesitaban, sobre todo si, como intuía, en su vientre albergaba una niña.

—Cuidaréis de vuestra hermana siempre, pase lo que pase, ella será vuestro mayor tesoro.

—Te lo prometo, mamá —dijo Clyde.

—¿Y si es niño?

—Lo cuidaréis igual, sea niño o niña.

—Lo prometo, mamá. Cuidaré de él o ella tan bien como de Clyde. Es mi deber y obligación como primogénito cuidar de mis hermanos.

Su madre lo miró con orgullo.

—¿Cuándo has cuidado tú de mí? —preguntó Clyde dándole un puñetazo en el hombro.

—Niños, no empecéis.

Siempre estaban igual, peleando y reconciliándose.



Capítulo 6

Solo faltaban unos días para Navidad, y Elizabeth había preparado una mañana de lo más entretenida para las mujeres. Hacer adornos caseros para el árbol de Navidad, una decoración algo inusual en la época que iba ganando adeptos cada año. Los hombres serían los encargados de ir a buscar el árbol, ellos mismos lo talarían y trasladarían hasta la casa, con la ayuda de los mozos, por supuesto.

La condesa planeó que ellos fueran a por él mientras ellas hacían las manualidades, con lo que no contó fue con la intensa lluvia que les impidió salir.

—Lamento que os hayáis quedado sin nada que hacer —le dijo a su marido.

—No te preocupes, ya encontraremos algo —respondió con la esperanza de que a su mujer no se le pasara por la cabeza la idea de invitarlos a acompañarlas.

—Puedo pensar algo para hacer juntos y dejar esto para otro día.

Edward acortó la distancia, rodeó su cadera con las manos.

—No te apures, ve y disfruta, yo me ocuparé de los hombres. Aprovecharé para entablar amistad con los Campbell —dijo antes de posar sus labios en los de ella, e impedir así que replicara.

No lo hizo.

Dejó a su marido en la habitación y fue en busca de Alice, aún le faltaban unos minutos para estar lista; mientras terminaba, fue a por Heida, tampoco estaba preparada; y a por Eleanor, quien, todavía en camisón, se peinaba.

Les dijo que bajaran cuando estuvieran, mandó a una criada a avisar a Danielle y Leah para que se unieran a las demás en el comedor pequeño y fue a la cocina a revisar el menú para ese día.

Cuando llegó, todas esperaban con una animada charla, Alice le relataba la pesadilla que había tenido a Heida, mientras las solteras hablaban sobre uno de los caballeros más codiciados de la temporada, Alexander, próximo duque de Hardwild.

—Es muy guapo, si lo vieras, te quedarías prendada —dijo Eleanor a Leah.

—No creo que eso ocurra —dijo Leah.

—Todos los Rickman son muy atractivos, ¿cuál crees tú que es el más guapo? —preguntó Eleanor a Dani.

—Esas cosas no se preguntan —reprendió Elizabeth con el semblante de un coronel retirado.

La conversación llamó la atención de Alice y Heida, y se olvidaron de la pesadilla.

—No seas aguafiestas —dijo Alice—. Yo no los he visto a todos, pero creo que el más atractivo es Andrew.

—Para nada, Alexander, sin duda —dijo Eleanor.

—Yo creo que Paul, con ese punto intelectual… —dejó la frase a medias.

Elizabeth negaba con la cabeza, se apartó y empezó a sacar de las cajas las cosas que usarían y las colocó sobre la mesa de madera. Era una suerte que los lacayos hubieran dejado todo antes y estuvieran solas, si alguno de los maridos llegara a enterarse por casualidad de lo que hablaban sus mujeres cuando no las oían…

Elizabeth explicó cómo hacer los adornos, y mientras los hacían, siguieron con el tema que les atañía.

—Tú los conoces a todos, ¿cuál te parece el más guapo? —preguntó Alice a Dani.

—No sé, nunca los he visto de esa forma, para mí son como hermanos —explicó.

—¿Los siete? —preguntó Alice con la ceja izquierda alzada y una sonrisa ladeada.

—Bueno, no con todos tengo la misma relación, James siempre está de viaje, Paul en la universidad y Dave en la capital, con ellos he tratado poco; Alexander y Cillian son como hermanos mayores, siempre lo han sido. Charlie y Andy tienen casi mi misma edad, hemos asistido a clases de baile y música juntos, Andy siempre nos liaba para escaquearnos e ir al lago, o a por galletas a la cocina. Han sido mis compañeros de aventura, como veis, es imposible que elija.

—Lo que veo es que los aprecias mucho, pero eso no te exime de tener ojos en la cara y criterio sobre la belleza masculina —apuntó Alice con desparpajo.

Heida se mordió los labios para no reírse, Eleanor se tapó la boca para retener la carcajada, a Leah se le abrieron los ojos de par en par, no esperaba algo así, la condesa volvió a negar con la cabeza, esta vez con una amplia sonrisa dibujada.

—Di uno sin más —dijo Eleanor.

Dani la miró solo un segundo, la fijó en un punto del tapiz de la pared y se rascó la barbilla.

—Mmm, pues no sé, James o … quizá Dave… Ains, no sé.

Las carcajadas danzaron libres por todo el comedor.

—Qué curioso —dijo Heida.

—¿El qué? —preguntó su hermana.

—Que encuentre más atractivos a dos de los tres con los que menos relación tiene.

—Solo queréis burlaros de mí —dijo Dani poniendo morritos.

—No les hagas caso —dijo Elizabeth—. El más guapo es Charlie.

Las risas volvieron.

—Cómo no —dijo Heida—. El moreno misterioso.

—Lo habéis notado —dijo Dani—. Antes no era así, pero desde hace un par de años, tiene esa aura de misterio que lo

acompaña a todas partes.

—Pareces fascinada —dijo Eleanor.

—Un poco si. ¿Habré cambiado yo también? Es decir, antes era una niña, ahora una mujer, ¿se notará el cambio desde fuera como con Charlie?

La conversación se tornó un poco más profunda, hablaron de esos cambios que sufren las mujeres cuando abandonan la niñez hasta que dos lacayos llegaron con un par de bandejas.

Hicieron una pausa, tomaron té caliente especiado, queso y algo de fruta.

Elizabeth les preguntó si les apetecía seguir o querían hacer otra cosa; no había mucho que hacer, así que retomaron la actividad.

—¿De dónde has sacado la idea? —preguntó Alice anudando lana blanca alrededor de un trozo de cartón.

—No todo el mundo puede comprar adornos —respondió su hermana, como si eso lo explicara todo.

—Es una lástima, adoro la Navidad, todo el mundo debería poder celebrarla, independientemente de que tenga dinero o no —dijo Danielle.

—Estoy de acuerdo —asintió Heida—. El duque y yo hablamos con el servicio antes de marcharnos, les comunicamos que estaríamos fuera todas las fiestas, y les dimos permiso para marcharse y celebrarlas con sus familias. Algunos de ellos son de otros condados y llevan años sin visitar a sus parientes.

—Me sorprende que el duque accediera —dijo Alice sin poder evitarlo.

—Es cierto que puede parecer duro y estricto, pero tiene un corazón de oro, mira tanto por su gente como Edward —dijo Heida.

—Hemos tenido mucha suerte —dijo Elizabeth—. Son unos excelentes hombres y maridos.

Las tres asintieron con una sonrisa boba en la cara, tres damas enamoradas de sus maridos no era algo fácil de encontrar en las de su clase.

—Espero tener la misma suerte —dijo Danielle.

—La duquesa no permitirá lo contrario —dijo Elizabeth, que había tenido el placer de conocerla y sabía que Danielle era como una hija para ella, jamás la dejaría en manos de un hombre que no la mereciese y no la hiciera feliz—. Tu hermano tampoco aceptará a cualquiera —añadió esto último mirando a su cuñada.

Eleanor no estaba del todo convencida, aun así, le dedicó una media sonrisa acompañada de un asentimiento antes de centrarse en seguir anudando lana.

—Siempre he escuchado que los matrimonios de la aristocracia eran por conveniencia —dijo Leah—, esto me hace preguntarme en cuántas otras cosas estaré errada.

—No estás del todo alejada de la realidad —explicó Heida—. La mayoría de matrimonios son así, pura conveniencia, de hecho, muchos de ellos se casan sin apenas conocerse. ¿Te imaginas casarte con un extraño?, a mí me aterraba.

—Yo lo hice, apenas me casé con Edward a las dos semanas de conocerle.

—¿Y ya entonces estabas enamorada, o fue después? —preguntó Danielle entusiasmada.

—No sabría decirte, desde el primer día despertaba algo nuevo en mí, algo que nunca antes había sentido, pero creo que el amor no llegó hasta tiempo después —contó Elizabeth.

—¿Tú te casaste enamorada? —le preguntó Leah a Heida. Se sentía muy a gusto entre ese grupo de mujeres que hablaban con total confianza, no se habían reprimido ni disimulado en su presencia, todas le habían pedido que las tuteara y dejara los títulos olvidados, estaban en familia, le había dicho la condesa.

—Enamoradísima —respondió su hermana por ella.

—¿Y tú? —preguntaron a Alice, Dani y Leah a la vez.

—No me habría casado de no estarlo, es algo que siempre tuve claro, tuvimos —corrigió mirando a su hermana—. Nos casaríamos por amor o no lo haríamos.

—Sí, eso me llevó a rechazar a Edward, pero finalmente madre me convenció y ahora estoy tan agradecida por ello. Yo estaba convencida de que lo que sentía era odio, nada que ver. En muchas ocasiones me pregunto qué habría pasado de no terminar aceptando, ahora sería terriblemente infeliz.

—En realidad, no sabrías lo que has perdido, ¿no? —divagó Eleanor en voz alta. A menudo, ella misma se preguntaba qué habría pasado de casarse con alguno de los hombres que la habían besado. La lista no era muy larga, pero había dejado que se acercaran a ella de un modo más íntimo, esperando que alguno fuera el elegido, el que le hiciera sentir todo aquello que leía en los libros que sentían las mujeres enamoradas. Hasta ese momento había fracasado estrepitosamente, ninguno le había provocado las famosas

mariposas en el estómago y se moría de ganas por sentirlas, aunque a menudo se autoconvenciera de lo contrario.

—Supongo que no, pero no podría ser feliz con otro hombre, estoy segura de ello.

—No estoy de acuerdo, creo que una persona puede enamorarse varias veces en la vida —dijo Alice.

Esa afirmación hizo que Leah y Danielle tuvieran muchas preguntas, por lo que Alice terminó por contarles su historia, lo cual no les venía nada mal, así conocerían de primera mano lo peligrosa y cruel que puede llegar a ser la alta sociedad.

—No lo olvidéis, no todos los caballeros lo son en realidad, algunos solo lo parecen con sus buenos modales y formas, pero en realidad están podridos por dentro. Tomaos tiempo en conocerlos bien, en descubrir cómo son en realidad, y observad, mi padre siempre dice que se puede saber mucho de un hombre por cómo trata a los animales. Yo he aprendido que también se aplica al servicio. Un buen hombre actúa como el duque —dijo esta parte mirando a Heida—, uno cruel no hubiera permitido que su servidumbre descuidase sus obligaciones por festejar o ver a la familia.

—Padre siempre decía eso, y madre, que tienes que tener un servicio de confianza bajo tu techo.

—Me alegra mucho estar aquí —dijo Leah—, estoy aprendiendo mucho de vosotras.

Danielle no pudo contenerse y la abrazó. Sabía bien cómo se sentía, ella también había perdido a su madre muy joven, y aunque tenía a la duquesa, agradecía los consejos y confianza que le proporcionaban.

La complicidad que había surgido entre todas era formidable. Pasaron el resto de la mañana haciendo pompones que simularían ser copos de nieve en el árbol, mientras la conversación fluía entre preguntas, respuestas, opiniones y experiencias.



Capítulo 7

Kendrick y Clyde se dirigían al despacho, donde el conde los esperaba. El mal humor del mayor era notable, algo que se había convertido en una costumbre desde que había pisado territorio inglés.

—Incluso el aire es distinto aquí —le recriminó a su hermano, al que aún no había perdonado.

—No es que el aire sea distinto, es que el aire de las Highlands es único.

Kendrick lo miró extrañado, a su hermano le encantaba vivir en la ciudad, no esperaba ese comentario lleno de nostalgia.

—Disfrutarías más de él si nos visitaras más a menudo. Este año ni en Navidad.

—Estoy bien donde estoy —fue lo único que dijo antes de tocar la puerta del despacho.

El conde los recibió a solas, los animó a que tomaran asiento y ofreció una bebida, todo muy protocolario. Lo que para Clyde era habitual, para Kendrick resultaba forzado y falso, aun así, tomó asiento y pidió que le sirviera su mejor *whisky,* ganándose una mirada de advertencia de su hermano, que ya intuía la escena que se iba a desencadenar.

Kendrick escuchaba sin mucha atención las palabras del conde, mientras analizaba el contenido ambarino de su vaso. Primero lo movió, observando el cuerpo y color, después se acercó el vaso a la nariz y aspiró con poco disimulo, llamando la atención de sus acompañantes; el conde arqueó una ceja, su hermano le lanzó cuchillos imaginarios, lo que lo alentó aún más; ensanchó su sonrisa, dejando ver toda su alineada y blanca dentadura, y elevó el vaso a modo de brindis para después degustarlo. En realidad, no era tan malo, pero no estaba a la altura del suyo, ni siquiera se le acercaba, puso mala cara y dejó el vaso sobre la mesa.

—¿Y bien? —preguntó el conde.

—No está mal, si eres inglés y no has probado un buen *whisky* escocés.

Clyde apretó los puños, intentando que su tensión se acumulara allí y no se le notara, pero la vena hinchada en el cuello era visible desde un metro de distancia. Por fortuna, a Edward le hizo gracia y rio a carcajadas, elogió su *whisky* y eso le llevó a sacar el tema que le interesaba. Les explicó cómo conoció su producto y lo interesado que estuvo en adquirirlo para su consumo, y más tarde, analizándolo, comprendió que era una gran oportunidad tanto para él como para ellos, ya que su *whisky,* a pesar de ser el mejor que había probado, solo se vendía en escocia, había muchos mercados por explorar, no solo el inglés. Les explicó que tenía participación en una de las mayores compañías navieras, y que estaba muy interesado en exportar su *whisky* a las Américas, más concretamente a Boston.

Edward había estado dándole vueltas, sabía que el mayor de los Campbell se negaba a hacer negocios con los ingleses, no sabía por qué y tampoco le importaba, pero la testarudez de los escoceses era legendaria, cuando le propuso a James la idea de comercializarlo en América, le dio vía libre; el *whisky*, si además era bueno, sería un negocio de oro.

La propuesta no solo sorprendió a Kendrick, sino que dejó sin palabras a Clyde, ni por un instante había pensado en algo así.

—Nuestra producción no es tan grande como para exportar, por eso solo vendemos en nuestra tierra —dijo Kendrick, adelantándose a su hermano.

—Es una decisión importante, deberíais hablarlo con calma. Aquí tenéis la propuesta —dijo Edward, dejando una carpeta de cuero sobre la mesa—, no tenéis que responder ahora, podéis pensarlo hasta que pasen las fiestas.

O lo que era lo mismo, antes de que se fueran de su casa.

El conde los dejó solos para que pudieran estudiar con detenimiento su propuesta. Nada más cerrar la puerta, Clyde empezó a sacar los documentos mientras Kendrick se recostaba sin ningún interés sobre el sillón.

—Ni te molestes —dijo.

—Podría ser un gran negocio.

—Sí, quizá lo sea, pero me niego. No haré negocios con un inglés.

Clyde no le respondió, ya estaba inmerso leyendo. Kendrick se levantó, echó un vistazo al despacho, todo estaba pulcramente limpio y ordenado, no había nada fuera de lugar. No tocó nada, ni

siquiera leyó el contenido de unos documentos que se encontraban sobre la mesa.

Ojeó la estantería, no había muchos libros allí, no era de extrañar, ya que la casa poseía una biblioteca, aún no la había visitado, y se le antojó mejor plan que estar allí. Se despidió de su hermano, este solo le hizo un gesto con la mano antes de recostarse sobre el sillón, aún le quedaba bastante por leer.

Abandonó el despacho murmurando para sí que su hermano solo perdía el tiempo, que no harían ningún negocio con ese inglés, era demasiado testarudo. El problema era que Clyde era tan cabezota como él, esa iba a ser una dura batalla.

Entró en la biblioteca, a esa hora no había nadie, así que la exploró a placer, no porque le gustaran demasiado los libros, sino porque no tenía nada mejor que hacer, y quizá allí encontrara algo que le hiciera conocer mejor a los que consideraba enemigos.

Observó estante por estante, notando que los libros estaban clasificados por géneros, había algunos realmente gastados, mientras otros estaban impolutos. Sacó un par de ellos, leyó sus títulos con poco interés y los dejó donde los estaban; por un momento, se planteó cambiarlos de sitio y volver en unos días para comprobar si alguien lo había notado y devuelto a su lugar, no lo hizo.

Aburrido, se acercó a la ventana, era enorme, junto a ella había un par de sillones bastante cómodos, uno de ellos había cogido forma, alguien pasaba mucho tiempo ahí sentado. Se sentó en el otro; por alguna razón, saber que le pertenecía a alguien le impedía sentarse en él.

Desde ahí se veía una parte del jardín, no le costó dar con su hermana, que paseaba con Danielle y la que supuso sería Eleanor. Ya no llovía, pero el cielo seguía cerrado y el suelo embarrado, le

pareció extraño que a unas florecillas inglesas no les importara mancharse o mojarse.

Las observó con detenimiento, su hermana lucía resplandeciente, no se explicaba cómo podía sentirse tan bien allí, siempre había fantaseado con pasar una temporada en la capital londinense, muchas damas lo hacían, él jamás se lo permitiría, así se lo había hecho saber. Tampoco le apetecía acompañarla a Edimburgo para que conociera un marido estirado, para él sería perfecto que se enamorase de un escocés de las Highlands, pero no, ella se empeñaba en querer vivir la experiencia; ir a bailes, comprarse vestidos bonitos y hacer amigas.

«Qué ilusa, ninguna de las mujeres que conocerá serán sus amigas, todo lo contrario, serán sus rivales, su competencia, ya se dará cuenta ella sola».

Leah enlazó su brazo con el de Danielle, ambas reían con gracia y sin disimulo, entonces reparó en Eleanor, estaba algo más rezagada, y no reía con plenitud, más bien parecía una risa forzada, la cual se esfumó en pocos segundos, eso captó su atención y se centró en ella.

Tenía la mirada dispersa, no participaba en la conversación, solo cuando, a su parecer, reclamaban su atención. Supuso que la conversación trataría sobre temas de mujeres que poco o nada interesaban a Eleanor, que sí ponía especial atención cuando Leah hablaba sobre su familia y hogar. Cada cosa que descubría le hacía sospechar más de ella y sus ocultas intenciones.

Eso lo llevó a la propuesta del conde, nunca se había planteado vender su *whisky* más allá de Escocia, ya que la opción más sensata habría sido comerciar con los ingleses, a lo que se negaba en redondo. Pero exportar a América era algo inimaginable cuando se levantó esa misma mañana, y en ese momento era una posibilidad, una que le haría crecer y ganar mucho dinero. No era

ambicioso, le gustaba su vida, su trabajo, vivir en el castillo con su familia, apreciaba la sencillez de las cosas simples, y no necesitaba más de lo que ya disponía. Clyde, sin embargo, siempre había querido más, llevaba años tratando de convencerlo para expandirse; se recostó sobre el mullido sillón y se imaginó a su hermano, nervioso, leyendo una y otra vez la propuesta del conde, imaginando el éxito que supondría. Se elevaron las comisuras de sus labios, era tan predecible que podía visualizarlo sin problema alguno y predecir cuales serían sus pasos a seguir. Primero intentaría convencerlo de lo buena opción que era; después, a pesar de negarse a escucharle, le explicaría punto por punto todos los beneficios para su empresa. Tras su negativa, cambiaría de actitud, intentaría imponerse, cosa que no lograría porque no era capaz de mantener una postura autoritaria por mucho tiempo. Por último, le reclamaría que no lo tuviera en cuenta ni valorase su opinión. No era cierto, tenía muy en cuenta todo lo que su hermano planteaba, pero la promesa que le hizo a su padre en su lecho de muerte pesaba mucho, había dado su palabra y no la rompería jamás.

Cerró los ojos recordando aquel trágico día, su padre aún era joven, no había llegado su momento, pero igual que su madre, se fue demasiado pronto, dejándolo a él y su hermano huérfanos, al cuidado de una niña pequeña y una empresa en la que apenas habían empezado a formarse. Fueron meses difíciles en los que tuvieron que dejar atrás la vida que habían llevado hasta ese momento y asumir sus nuevos papeles.

Otro recuerdo se coló en su mente, el primer día que fueron a la fábrica como dueños y no como los hijos de este, todos los trataron con respeto, pero no como habían tratado a su padre, Kendrick lo notó, supuso que sería difícil para hombres con cierta edad aceptar que un jovenzuelo era ahora quien mandaba, que aquellos chiquillos que hacía unos pocos años correteaban haciendo travesuras serían en ese momento la máxima autoridad, aun así, ninguno dijo nada, todos escucharon pacientes su ensayado discurso y respondieron a todas sus preguntas.

Cómo había pasado el tiempo, muchos de los hombres de ese día ya no trabajaban, y aquellos que mostraron alguna reticencia o duda, ya no las tenían. Kendrick borró todas ellas con trabajo y esfuerzo, asumió toda la responsabilidad mientras Clyde terminaba sus estudios. No le fue fácil, era mucho trabajo. Afortunadamente, mantuvo al administrador con el que trabajaba su padre hasta la llegada de Clyde, entonces todo volvió a descontrolarse. Sus métodos eran más modernos, quería asumir responsabilidades, pero Kendrick consideraba que estaba muy verde y que trabajar al lado de una persona con años de experiencia sería favorecedor. Habían tenido muchas peleas y discusiones, siempre por banalidades, en cambio, esa fue la primera mella en su relación.

Kendrick respiró aliviado, todo eso había quedado atrás, pero aún le pesaba esa decisión, Clyde interpretó su gesto como desconfianza, creyendo así que para él su desempeño en la empresa era menos importante, nada que ver con la realidad. Kendrick solo pretendía que cogiera experiencia real antes de tomar las riendas, pero su inseguridad hizo estragos y las discusiones terminaron por distanciarlos tanto como para que Clyde se fuera a Edimburgo de forma permanente.



Capítulo 8

Un fuerte sonido despertó a Kendrick, se había quedado traspuesto en aquel cómodo sillón. Aturdido, se incorporó, le había parecido escuchar un disparo… Agitó la cabeza negando, no podía ser.

Los gritos no tardaron en llegar, se puso de pie de golpe y emprendió un paso ligero hacia los gritos de auxilio, recorriendo así el mismo camino que había hecho hacía un rato. Cuando llegó al despacho del conde, se le paró el corazón, apenas fue un instante, pero lo sintió justo antes de que se acelerara y golpeara con fuerza su caja torácica.

Clyde estaba en el suelo, rodeado de una gran mancha carmesí. Una de las criadas gritaba asustada, mientras el ama de llaves pedía ayuda. Se acercó a su hermano, temeroso de lo que pudiera descubrir. Vio cómo su pecho se hinchaba al coger aire, tras comprobar que seguía vivo, buscó por dónde estaba perdiendo la sangre. No le costó dar con el disparo, observó que solo había orificio de entrada, por lo que la bala aún estaba dentro, no se molestó en pedir un médico, el ama de llaves llevaba gritándolo desde que había llegado.

Buscó a su alrededor algo que pudiera usar para hacer presión, cogió uno de los cojines y lo colocó sobre la herida.

Desde aquí todo empezó a suceder muy rápido, o al menos así se lo pareció a él, uno a uno fueron llegando el conde y algunos de sus invitados. Cuando la herida dejó de sangrar, lo ayudaron a trasladar a Clyde a una habitación cercana, allí el médico, que estaba de camino, lo atendería mejor.

El doctor tardó lo que para el escocés fue una eternidad; al llegar, obligó a todos a abandonar la sala, solo Kendrick y el conde permanecieron mientras este realizaba su trabajo.

A un metro de distancia, fue testigo de cómo hurgaba en el orificio en busca de la bala hasta dar con ella. La sangre brotó recordándole que la parca aún estaba acechando. Su hermano se debatía entre la vida y la muerte y él no podía hacer nada más que observar, de pie frente a él.

El médico cortó la hemorragia y con una aguja curva cerró la herida tan rápido como se lo permitieron sus manos. Punto a punto, un proceso que se le hizo eterno, deseaba que terminase, que dijera que todo había salido bien y su hermano estaba fuera de peligro.

No fue así.

Había perdido demasiada sangre, su piel estaba pálida, fría y sudorosa.

—Necesita una transfusión. Es usted su hermano, ¿no? —preguntó el doctor.

—Sí —respondió quitándose la chaqueta.

Le informó sobre los riesgos y también sobre la alta posibilidad de que muriese si no hacían nada, Kendrick no dudó, se

remangó la camisa y dejó a la vista sus venas.

No apartó la mirada cuando la aguja se hundió en la carne, fue doloroso, mas no se quejó, aguantó estoico mientras el doctor movía la aguja de un lado para otro hasta dar con la vena.

El proceso fue lento, no dejó de observar cómo la sangre manaba de su brazo y recorría el vial para entrar en el de su hermano. El médico tomó las constantes vitales y temperatura de ambos varias veces. Kendrick empezó a sentirse mareado, no dijo nada, no se arriesgaría a que concluyera la extracción antes de lo necesario.

—Ha funcionado, ya tiene mejor color y la temperatura es estable —informó el doctor para tranquilidad de Kendrick y el conde.

Retiró las dos vías, fue muy cuidadoso, pero eso no impidió que unas gotas escaparan. Presionó con fuerza ambos brazos, Kendrick lo relevó y mantuvo la presión mientras él recogía todos los utensilios y preparaba la medicación.

Le entregó dos frascos; uno era un brebaje, aunque durmiera, debían dárselo, una cucharada cada ocho horas; el otro era un aceite para la herida, unas gotas cada pocas horas. Además, debían limpiar la herida dos o tres veces al día, controlar la fiebre y darle agua a pequeños sorbos continuamente.

No podía hacer nada más, se marchó con la promesa de volver de inmediato si le necesitaban.

—Mandaré a una criada para que limpie todo esto —dijo el conde señalando la sangre—. Tu hermana estará desesperada, querrá verlo.

Kendrick ni siquiera se había acordado de Leah, toda su atención había estado en Clyde, debía de estar asustada y sola.

Apretó los puños, toda la desesperación que había estado sintiendo se tornó en ira, caliente y burbujeante, desesperada por salir y atacar. Si no hubieran estado allí, nada de eso habría pasado, maldijo Inglaterra y a los ingleses; por fortuna, ya se encontraba solo en la habitación.

—Tú y tu absurda obsesión por expandirnos —dijo con los dientes apretados.

Kendrick cogió la mano de su hermano, la apretó con más fuerza de la necesaria, como si así pudiera retener la vida dentro de su cuerpo.

No tardaron en llegar una criada y el ama de llaves, ambas eran ya mayores, y poco impresionables supuso. Se apartó con reticencia apenas un par de pasos, dejando espacio; no se iría más lejos, no con el delicado estado de su hermano. Con cuidado y dificultad, cambiaron las sábanas, limpiaron las manchas del suelo y se marcharon.

Dos minutos más tarde, Leah entró en la habitación, tenía los ojos hinchados y enrojecidos, había estado llorando desde que se enteró. Intentaron ocultárselo, pero Eleanor, no de acuerdo con la decisión de su cuñada, se lo contó.

Leah dio un pasó tras otro con miedo y lentitud, observando desde la distancia. Su hermano parecía estar dormido, pero no lo estaba, estaba totalmente inconsciente. ¿Y si no se despertaba más? Las lágrimas recorrían sus mejillas una tras otra.

Kendrick se ahorró pedirle que no llorase, él mismo tenía que hacer un esfuerzo hercúleo para no hacerlo viendo el pésimo estado en el que se encontraba. Aquel que era fuerte y robusto como un roble yacía postrado luchando por su vida en una cama.

—Ya ha pasado lo peor —mintió para tranquilizarla. Aún quedaba una larga lucha, eran más los que morían por la infección de una herida que por la herida en sí. Se puso en pie y dejó libre el sillón junto a su hermano para Leah, esta negó con la cabeza y se sentó en el borde de la cama. Kendrick volvió a tomar asiento.

—¿Cómo ha podido pasar esto? —preguntó Leah con la voz entrecortada y la mirada triste.

Una pregunta que ambos hermanos se habían estado haciendo en silencio, pero que hasta el momento ninguno había pronunciado en voz alta.

—No lo sé, pero lo averiguaré.



Capítulo 9

Los escoceses no eran los únicos que se preguntaban qué había ocurrido, quién había disparado a uno de sus invitados y por qué. Edward, tratando de encontrar algo que les ayudará a esclarecer los hechos, pidió a Cillian y Harry que preguntaran al servicio mientras él seguía con los escoceses.

Tras la intervención, acompañó al médico a la salida, le pidió que fuera franco, estaba muy preocupado, uno de sus invitados podría morir bajo su techo, él era el cabeza de familia, quien debía procurar un hogar seguro, y había fracasado.

El médico fue honesto, era tan posible que sobreviviera como que no.

Con un regusto amargo en la boca, se reunió con sus amigos en una de las salas privadas, su despacho estaba aún hecho un desastre.

Cillian sirvió tres generosas copas mientras relataba sus averiguaciones. Un individuo escapó por la ventana de la sala contigua al despacho y huyó a lomos de su propio caballo.

—¿No falta nadie en la casa? —preguntó el conde. Ante la negación de sus amigos, continuó—: Ha sido alguien de fuera entonces.

—Tampoco falta nada a simple vista.

Cillian y Harry habían recorrido la casa con el mayordomo en busca de algo fuera de lugar, no encontraron nada.

Lo más probable es que entrara por el mismo lugar por donde huyó, y solo hubiera estado en ese salón y el despacho.

—Es extraño —dijo Harry—. ¿Por qué iba nadie a atacar a Campbell aquí?

Cillian acarició su barbilla con el dedo índice repetidas veces antes de hablar.

—En realidad, es perfecto, si quieres deshacerte de alguien y lo haces mientras está fuera, nadie sospecharía de ti. Un competidor quizá, o el marido de una amante, no sabemos nada de él.

—Sea como fuere, ha sucedido aquí, y quiero saber cómo diantres se ha colado un asesino en mi casa —dijo dando un fuerte golpe en la mesa. Los vasos tintinearon dibujando ondas circulares en su interior.

Harry tomó el suyo y dio un largo trago hasta agotar el contenido.

Los tres amigos siguieron divagando y haciéndose preguntas para las que no tenían respuestas, pero las encontrarían. Cuando Edward se proponía algo, no había nada que pudiera detenerlo, y en ese momento nada le importaba más que saber cómo había sucedido todo, ese era su hogar, la casa en la que vivían su mujer,

su hija y su hermana, y ese suceso había demostrado que no era segura, que todos ellos podían correr peligro.

No se quedaría de brazos cruzados. Ninguno lo haría, Cillian y Harry eran buenos amigos, de los que arriman el hombro en tiempos difíciles y no huyen al ver los colmillos del lobo.

No hubieran hablado tan libremente de saber que alguien tras la puerta había estado escuchando todas y cada una de las palabras que habían dicho, y no solo eso, había tomado notas de todo.

Eleanor se disponía a descubrir quién era el asesino, en realidad, aún no se le podía considerar asesino, pues Clyde seguía vivo, así que lo llamó «el desconocido», no es que fuera muy original, pero cumplía su función.

En su cuaderno había una larga lista de preguntas sin respuesta, entre ellas las que pronunciaron su hermano y amigos, y unas cuantas más.

Fueron su hermana y su cuñado quienes vieron a alguien correr y coger un caballo atado en uno de los árboles del jardín trasero, ¿nadie más había visto nada?

Imposible.

Empezaría por ahí, interrogar al servicio.

Después preguntaría a Leah por su hermano, aunque sería un tanto extraño que de repente se interesara por él, ya se le ocurriría algo más tarde.

Añadió ir al pueblo y enterarse de si había llegado algún forastero en estos días, tal vez alguien los había seguido desde

escocia.

Cerró su cuaderno dispuesta a comenzar su tarea.

Primero fue el turno de los que estaban fuera.

El jardinero, que descansaba en ese momento, no vio nada.

Ninguno de los mozos de cuadra vio nada claro, pero uno de ellos le comentó algo que la dejó pensativa. Tanto el día anterior como esa misma mañana había visto un jinete desconocido.

—¿Es posible que sea uno de los invitados?

—No lo creo, *milady* —respondió el mozo, nervioso. Eleanor lo estaba entreteniendo demasiado.

—¿Pero no estás seguro?

—Ayer yo mismo pensé que sería un invitado, y me quedé en la puerta esperando para ayudarle, pero no vino. Conté los caballos y estaban todos, seguí a lo mío. Me pareció extraño volver a verle hoy, pero tenía mucho trabajo y no le di importancia.

—¿Cómo sabes que es el mismo hombre?

—No sé si será el mismo hombre, pero sí era el mismo caballo.

—Entiendo —dijo Eleanor.

Abrió su cuaderno, no fue hasta que tuvo que sostener el carboncillo que fue consciente de que sus manos se habían entumecido. Con las prisas había olvidado los guantes.

—¿Necesita algo más, *milady*?

Eleanor le pidió una descripción del hombre y el caballo, él se la dio apresurado, si lo descubrían hablando con ella sin terminar de hacer sus tareas, le caería un buen rapapolvo.

Salió del establo con las últimas luces del día, emocionada por haber encontrado su primera pista.

Entró en casa y fue directa a uno de los salones con la chimenea encendida, en pleno diciembre, el frío era intenso, más aún al caer la noche. Frotó sus manos con energía, preguntándose quién sería el misterioso desconocido. Observó sus dedos, aún estaban rojos, aunque ya podía moverlos perfectamente. Sin más demora, anotó cuanto había averiguado para que no se le pasara nada.

—*Milady* —la interrumpió el mayordomo—. Llevo un rato intentando dar con usted, su hermana está buscándola.

—Gracias, Henry —dijo mientras cerraba su cuaderno—. ¿Dónde está?

—La última vez la vi en la biblioteca.

Miró la hora, apenas faltaba una hora para cenar, emprendió el camino hacia la biblioteca, aunque lo más probable era que estuviera ya en su dormitorio preparándose para la cena.

«Ahora que lo pienso, después de todo lo que ha pasado, ¿cancelará Elizabeth la cena?».

Encontró a Heida sentada en uno de los sillones observando a través de la ventana, dejó el libro, que reposaba en su regazo, en la mesita, ya no leería más.

—¿Algo interesante? —preguntó sentándose frente a ella, se removió en el asiento hasta dar con el lugar justo.

—Es curioso cómo Elizabeth ha amoldado el sillón a su trasero —dijo Heida, recordando aquellos días en los que conoció a su cuñada, siempre las recibió en la biblioteca, era su lugar predilecto, por eso su hermano había construido una para ella en Cursed Manor.

—En realidad, es mi trasero el que ha amoldado este sillón —dijo sorprendiendo a su gemela—. Eli no tiene mucho tiempo para leer desde que nació Susan. Por el contrario, yo he tenido demasiado.

—Puedes venirte a Hederfield una temporada.

—¿Qué cambiaría eso?

Heida se quedó callada, sabía que no estaba pasando por su mejor momento, esperó paciente a que se desahogara si era lo que necesitaba, si no, dejaría esa conversación para otro momento.

—Solo quiero que sepas que tienes esa opción —dijo finalmente—. Te he estado buscando —añadió para abordar el tema en cuestión.

—¿Para qué? —preguntó directa.

—Es sobre lo que ha pasado hoy, más concretamente al señor Campbell.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? —preguntó Eleanor entrecerrando los ojos, ¿tendría su hermana alguna información que ella desconocía?

—Es por esa manía tuya de desentrañar cualquier misterio que surja, y por supuesto que este será uno grande para ti. —Eleanor sonrió, sin duda, este podría ser el gran enigma a desvelar, todo lo que había desentrañado hasta el momento eran minucias al

lado de un intento de asesinato—. Eleanor, no. No puedes hacer lo mismo que haces siempre. Esta vez no. Esto es algo muy serio, el señor Campbell podría morir.

—Eli me ha dicho que el médico ha sacado la bala y cosido la herida, solo necesita unos días de reposo..

—Eso si la herida no se infecta —apuntó Heida.

Jamie estaba muy preocupado, incluso había sugerido volver a casa, que un extraño se hubiera colado y disparado a un invitado le generaba inseguridad, una inseguridad que no le gustaba. El duque se había vuelto demasiado protector desde que su madre intentó matarla, desde entonces, extremaba en precauciones, no le gustaba volver a sentir esa vulnerabilidad. La duquesa palió su preocupación, al menos por el momento.

—¡No seas agorera! El médico ha llegado en menos de una hora, y ha curado y limpiado la herida.

—Lo sé, aun así, hay riesgo.

—Leah debe de estar aterrada —dijo recordando cuando Heida casi muere, la angustia, incertidumbre y tristeza que sintió fueron desgarradoras. Una vorágine de sentimientos que le presionaron el pecho durante las largas horas que estuvo inconsciente.

—Seguramente. Volviendo al tema que nos compete, no puedes hacer lo de siempre, esto es algo muy serio, Edward querrá respuestas e investigará, mantente al margen y no empeores la situación.

Eleanor no se ofendió en absoluto, no era la primera vez que tenían esa conversación, cierto es que a veces su intromisión había causado algún que otro problemilla, pero nada importante.

—Quizá pueda averiguar algo que ayude a Ed —dijo optimista.

—O quizá empeores la situación. Te conozco, vas a hacer preguntas que no te corresponde, a espiar y escuchar tras las puertas, como haces siempre, pero esta vez no es algo sin importancia, Eleanor. Los Campbell no son de la familia ni del servicio, y son bastante influyentes en Escocia, por lo que tengo entendido. El mayor ya estaba bastante molesto antes de que nada de esto pasara, ahora no quiero imaginármelo.

—Debe parecer un basilisco —interrumpió Eleanor, ensanchó la sonrisa, un poderoso ser mitológico repleto de soberbia le pegaba bastante.

—O peor. Prométeme que no vas a entrometerte, que no vas a acosarlos con preguntas ni a espiarlos.

Su hermana guardó silencio, no podía prometer tal cosa, pues no lo cumpliría, esa parte de ella que la empujaba y la guiaba no la dejaría descansar, comer, ni dormir. Era algo que no podía evitar. Cuando una pregunta sin respuesta anidaba en su cabeza, no había nada ni nadie, salvo las repuestas, que pudiera acallar a los revoltosos pájaros cantores.

—¿No vas a decir nada? —añadió Heida.

—Sabes que no puedo evitarlo, no quiero prometer algo que no sé si seré capaz de cumplir —dijo sincera.

—Al menos prométeme que lo intentaras.

—Eso sí puedo prometerlo —afirmó, pero no lo hizo—. ¿Sabes si habrá cena esta noche? —preguntó para cambiar de tema.

—Elizabeth ha estado toda la tarde dudosa, pero con la casa llena de gente a la que alimentar, es imposible cancelarla. Ha ordenado algo ligero e informal, y ha cancelado todas las actividades sociales nocturnas y todo lo de mañana. Lo sabrías si no te hubieras escaqueado. Por cierto, ¿dónde has estado?

Eleanor frunció los labios y los giró ligeramente hacia la derecha, sabía que su hermana se enfadaría, pero se moría de ganas por contarle qué había descubierto. Sus ganas se impusieron, le contó todo camino de su habitación, y como predijo, se ganó una buena reprimenda, suerte que el pasillo no era muy largo y con la excusa de adecentarse, dejó a Heida a medias.

Sentada frente al espejo, apreció lo desecho que llevaba el peinado, quitó las horquillas sintiendo un pequeño alivio con cada una de ellas; una vez el pelo quedó totalmente liberado, lo peinó. El sonido que producía la fricción del cepillo le resultaba relajante, con cada pasada, la tensión de los músculos se iba disipando y su mente empezó a divagar.

«¿Quién podría haber seguido a los Campbell hasta aquí? Debe de ser alguien cercano, si no, ¿cómo iba a saber dónde están alojados? Quizá haya sido un esposo enfadado como sospecha Ed, pero arriesgarse a colarse en la casa de un lord de Inglaterra es algo demasiado para un simple enfado. Tiene que ser algo más».

Anais entró en la habitación interrumpiendo sus deducciones.

—Debería haberse bañado, señorita —dijo mirando el sucio bajo del vestido.

—No había tiempo —replicó mientras colocaba el cepillo sobre el tocador.

Se cambió de vestido, nada ostentoso o recargado, uno de los más sencillos que tenía; tampoco se esmeró demasiado en el peinado, un simple recogido; no usó ninguna joya o adorno, había planeado pasarse a ver cómo estaba Leah antes de la cena, y no quería presentarse como si fuera de celebración.

Casi cuando había terminado, tocaron a la puerta.

—Soy yo —dijo Heida abriendo sin esperar contestación—. ¿Estás lista?

—Sí, pero… —calló de súbito.

Su hermana se quedó mirándola con la ceja alzada, esperando a que continuara, no lo hizo, Jamie las llamó desde el pasillo, ya llegaban tarde.

Eleanor pospuso su encuentro con Leah para después de la cena.

«Pensándolo bien, es hasta mejor. Le llevaré algo de comer, y hablaremos sin prisas».

Fueron los últimos en llegar, y las caras de todos reflejaban que la incertidumbre y la preocupación se había extendido no solo por los que habitaban la casa, sino también por sus invitados.

Pasaron al comedor y no fue hasta mitad de la cena que salió el tema.

—Aún no me explico que nadie lo viera entrar o salir por la ventana, no es algo que se pase por alto —dijo Edward.

Había reunido a todo el personal de la casa poco antes de la cena, él mismo los había interrogado para averiguar todo lo posible, que resultó ser nada.

—Lo más probable es que haya estado escondido esperando el momento oportuno —dijo Cillian.

—Para entrar, pero huyó a toda prisa —intervino Colin.

—Ha sido muy afortunado, de haberlo visto o atrapado, ahora estaría preso.

—Quien no ha corrido la misma suerte ha sido Campbell —dijo Alice.

—O quizá sí. No todo el mundo sobrevive a un disparo.

Todos se quedaron callados, ninguno se atrevió a contradecir a la condesa, aún era pronto para afirmar tal hecho, el riesgo de muerte aún era alto.

—Al señor Campbell no lo conoce nadie aquí, quienquiera que haya querido matarlo debe de haberlo seguido desde Edimburgo —murmuró Danielle, que había estado muy callada y pensativa durante toda la noche.

—Quienquiera que lo haya hecho se ha tomado muchas molestias —dijo el duque.

—U ordenado —apuntó su esposa dejando los cubiertos sobre el plato a medio comer.

Las teorías de quién podría tener tanto odio y rencor como para hacer algo así empezaron a circular en todas las direcciones, aunque la favorita era un esposo despechado, la de un competidor empresarial también fue muy mencionada.

—Hay algo que me ha estado rondando la cabeza toda la tarde —dijo la condesa ganándose las miradas de todos los comensales.

Hasta ese momento no había podido hablarlo con nadie, su esposo había estado muy ocupado, y dada la tensión que circulaba por la casa, los invitados permanecieron en sus habitaciones, a excepción de Cillian y Harry, que estuvieron ayudando a Edward con su investigación.

—Y bien —la animó su hermana, colocando los codos sobre la mesa y apoyando la cara sobre las manos en forma de copa.

Elizabeth removió el trasero sobre su asiento, todas las miradas atentas en ella. Nunca le gustó ser el centro de atención.

—¿Cómo sabía el asaltante que el señor Campbell estaría allí? Estaba en el despacho de Edward, lo normal hubiera sido que quien estuviera allí fuera él y no uno de sus invitados.

—¿Quieres decir que alguien de dentro lo informó? —preguntó Eleanor con los ojos muy abiertos.

—Confío en todos los que están en la casa, invitados y personal —dijo la condesa—. Lo que digo es que ¿y si fue accidental? —Volvió el rostro hacia su marido—. ¿Y si el asaltante solo se topó con Campbell de casualidad y su objetivo era otro?

—Puede que no conozca el interior —dijo Harry sopesando el abanico de posibilidades que acababa de plantearse.

—Tal vez solo quería robar —dijo Colin—. Muchos robos se tuercen y terminan en asesinato.

—Hasta que no despierte, no sabremos más —dijo el conde dando el tema por zanjado, pero dejando muchas nuevas cuestiones en la inquieta mente de Eleanor, que no veía el momento de abandonar la mesa para ir a ver a Leah.

Estaba preocupada por su nueva amiga y sus sentimientos, ella había estado en su situación y sabía lo difícil que era sobrellevar las emociones que emergían y todos los pensamientos intrusivos que se colaban en la mente. Por otra parte, se moría de ganas de hacerle un sinfín de preguntas y esclarecer lo sucedido.

Concentrada, pensando cuáles eran las palabras adecuadas, no participó en el resto de conversaciones y, tras el postre, se retiró sin dar ninguna explicación, solo Heida, sospechando que algo tramaba, hizo amago de seguirla.

—¿A dónde vas? —preguntó Jamie tras ella.

—Tengo un presentimiento —respondió mirándolo por encima del hombro.

—Tú no vas a estar siempre ahí para hacerle de niñera, Heida —dijo colocando sus manos en las caderas y haciéndola girar, le gustaba tenerla de frente cuando hablaban.

—Se va a meter en un lío.

—Es muy posible, puede que sea lo que necesita para aprender a no meterse en asuntos ajenos.

—Ja —dijo con burla—. No es cuestión de aprender o no, ella es así de nacimiento, no va a cambiar nunca.

—Entonces tendrá que aprender a resolver sus entuertos sola —dijo atrayéndola más hacia él, para depositar un suave beso sobre sus labios.

—Tú no lo entiendes —comenzó a decir, pero el duque no la dejó continuar. Puede que no comprendiera la conexión entre hermanos, pues era hijo único, mas sabía que su esposa no estaría ahí siempre y no le apetecía irse solo a su habitación.

—No me incomoda ver muestras de cariño en público, pero no sé si los condes aprobarían este comportamiento en su pasillo —dijo Cillian, burlón.

Acababa de abandonar el comedor, y cuál fue su sorpresa al encontrarse a los duques besándose apasionadamente en el pasillo.

Mientras tanto, en la otra parte de la casa, Eleanor tocaba con timidez la puerta de la habitación en la que se encontraba Clyde Campbell acompañado por sus hermanos.

Esperó a que la invitaran a pasar y, con una bandeja enorme, entró.

—Las criadas ya han traído comida —dijo Kendrick de malos modos. No le agradaba Eleanor, no quería tener que compartir su espacio con ella, mucho menos en una situación tan delicada en la que tenían los nervios a flor de piel. Ambos hermanos no se habían separado de Clyde, y Leah no dejaba de llorar. La imagen de Leah desolada junto al cuerpo inmóvil de Clyde se le estaba clavando en la retina a fuego segundo a segundo.

—Y la han retirado tal cual la han dejado —dijo sin pensar—. He traído té y unos bollitos, tenéis que comer algo —añadió mirando a Leah, quien había expresado en varias ocasiones que los dulces eran su debilidad.

—No me entra nada —dijo Leah adelantándose a su hermano, que no sería tan gentil.

—Lo sé, pero tu hermano no querría que enfermarás por falta de alimento —dijo adentrándose en la habitación hasta llegar donde estaba, dejó la bandeja en una mesa cercana.

—No nos vamos a morir por no comer un día —dijo el escocés, su voz sonó más grave y ronca de lo habitual.

—Me quedaría mucho más tranquila sabiendo que has tomado algo —le dijo a Leah—. Entiendo que tienes el estómago encogido, sé que hasta que no veas a Clyde recuperado no va a volver a asentarse, y para eso podrían faltar días.

—Cualquiera pensaría que venías a animarla, pero tus palabras dicen lo contrario —dijo Kendrick enfadado.

—Por favor, no discutáis. Ahora no. Aquí no —suplicó Leah, apretando aún más la mano de Clyde, con los ojos inundados de lágrimas. Sabía que Eleanor tenía razón, su hermano no se recuperaría de un día para otro. El médico había dicho que tardaría varios días.

Eleanor había estado pensando cómo hacer para quedarse sola con Leah, como había previsto, Kendrick no se había separado de su hermano ni para asearse, por lo que su ropa aún estaba manchada de sangre.

—No era mi intención, pero tu hermano me odia.

Kendrick levantó una ceja, elevando con ella la comisura izquierda, parecía casi divertido.

—No te odia —dijo Leah, esperando que su hermano no la sacara de su error.

—Y, sin embargo, eres tú quien lo niega y no él —dijo dedicándole una mirada escrutadora—. Aún no te has aseado. ¿Porque no vas y te pones cómodo para pasar la noche? Yo me quedaré con Leah hasta que vuelvas.

La inicial cara de incredulidad del escocés cambió lentamente, sus ojos muy abiertos por la sorpresa se achinaron, su boca entreabierta se cerró y elevó su comisura izquierda en una forzosa y falsa media sonrisa.

—No voy a dejarla sola contigo.

—¡Kendrick! —protestó Leah—. No seas grosero. Eleanor tiene razón, deberías lavarte y cambiarte.

Eleanor había ganado esa partida y ya celebraba su victoria con una amplia sonrisa. Era la primera vez que Kendrick la veía sonreír de verdad, atisbar el precioso hoyuelo en su mejilla derecha fue perturbador. A su madre también le salían cuando reía, en ambas mejillas, y a él le encantaban, de pequeño solía dar con el dedo en la pequeña hendidura, lo que hacía que su madre riera más y más fuerte.

—Kendrick —volvió a llamarlo Leah, se había perdido en los recuerdos y ambas damas, con toda su atención en él, esperaban una respuesta.

—Está bien, me iré, pero te irás a dormir cuando vuelva, no vas a pasar la noche en ese sillón.

Leah asintió, aunque no tenía ninguna intención de separarse de su hermano, no le importaba pasar la noche en un sillón, como si tenía que pasarla en el suelo.

Eleanor se interesó por cómo estaba, le sirvió una taza de té y prácticamente la obligó a beberlo y comerse unos bollitos, pero no podía demorarse en sacar el tema, Kendrick no tardaría en volver, estaba segura de que se asearía y vestiría en un tiempo récord sabiendo que ella estaba con su hermana.

—Dos tazas de té y tres bollitos, mi visita era muy necesaria —bromeó antes de empezar lo que su hermana llamaría un interrogatorio—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Creo que la harás conteste lo que conteste.

—Ya me vas conociendo —dijo Eleanor—. Es sobre lo que le ha pasado a tu hermano, ¿sabes quién podría haber sido?

Leah abrió la boca de par en par, de todas las preguntas que podría haberse imaginado, esa no estaba entre ellas.

—No me malinterpretes —añadió—, he escuchado a mi hermano con sus amigos, y no saben ni por dónde empezar a investigar. Sea quien sea quien haya hecho esto, debe ser apresado. Por eso te pregunto, si sabes algo, podría ayudar a Ed con la investigación. —No todo era mentira, sí que había estado espiando a su hermano, pero no pretendía contarle nada de lo que averiguara, sería para su propia investigación.

—No lo sé, Eleanor, mi hermano es alguien muy querido en Edimburgo.

—¿No tiene enemigos? —Leah negó con la cabeza—. ¿Y en las Highlands?

—Tampoco, como te digo, mi hermano es muy querido por todos.

—Quizá haya sido un esposo despechado…

—Mi hermano no es de esos —la interrumpió—. Él no está con mujeres casadas.

—No creo que sea algo que contarle a su hermana pequeña, desde luego, a mí, Ed nunca me habló de sus amantes —dijo

recostándose sobre el respaldo de la silla.

—Clyde tampoco me habla sobre eso, pero sé que ha regañado muchas veces a Kendrick por mezclase con mujeres casadas. Clyde respeta mucho el matrimonio.

«Así que es el mayor al que le gustan las casadas. Por qué será que no me sorprende», pensó.

—Entiendo. Puede que sea algún competidor, ¿hay muchos productores de *whisky* en Escocia?

Leah rio, a pesar de todo el malestar y abatimiento que había sufrido durante todo el día, Eleanor la hizo reír. Para ella era una pregunta ridícula, pero observó en el rostro de Eleanor que lo había preguntado en serio, al parecer, su nueva amiga era tan ignorante del mundo más allá de Inglaterra como lo era ella de todo lo que no estaba dentro de las fronteras escocesas.

—Escocia esta llena de productores de *whisky*, aunque ninguno lo hace tan bueno como el nuestro.

—Quizá sea un competidor, entonces —dijo Eleanor intentando ordenar en su cabeza una teoría plausible.

—No lo creo, aunque le pasara algo a Clyde, sigue estando Kendrick, y si les pasara algo a los dos —Leah dio un respingo, una corriente fría recorrió su cuerpo. Cuando se hubo recuperado, continuó—: están mis primos, ellos heredarían la destilería

Eleanor asintió mientras meditaba cada palabra que había dicho. La teoría de Leah no tenía fallo, era estúpido intentar librarse de un competidor por medio del asesinato, pues siempre habrá un heredero, fue entonces cuando una idea se instauró en su mente.

«¿Y si fuera ese heredero quien orquestase el asesinato y así quedarse con la empresa?».

Siguió hablando con Leah, pero no se quitaba ese pensamiento de la cabeza. No dejaba de pensar que el mayor beneficiario si algo le pasase a Clyde sería Kendrick. Sabía que muchos hombres habían matado o mandado matar a sus hermanos por títulos o herencias. Era evidente que ambos querían llevar la empresa de un modo diferente. Clyde quería prosperar y hacer negocios con Blackwood, mientras que Kendrick se negaba. Él era el mayor, el que solía heredarlo todo, quizá estaba cabreado por eso, quizá lo había pasado todos estos años por alto porque se había hecho lo que él quería, pero ahora Clyde había conseguido venir hasta Inglaterra para hacer negocios. ¿Y si esa había sido la gota que había hecho rebosar el vaso?

Para cuando Kendrick llegó, Eleanor estaba casi segura de que todo había sido orquestado por él y estaba decidida a destaparlo. Debía darse prisa, solo tenía los días que permanecieran en Cursed Manor.

—Podéis iros, las dos —dijo mirando a su hermana, a la que veía muy acomodada en el sillón.

—No voy a irme.

—Hemos hecho un trato.

—He cambiado de opinión —dijo tranquila.

—Leah. —No le apetecía tener esa conversación con espectadores, pero si no le daba otra opción, la tendrían.

—Es normal que quiera estar aquí, igual que tú no quieres dejarlo solo, ella tampoco, deberías comprenderlo, puesto que tú

estás en su misma situación —dijo Eleanor con la mirada fija en él. Casi ni parpadeaba.

—Señorita Blackwood, esto es un asunto de los Campbell, no se meta.

Eleanor se mordió la lengua para no corregirlo, era *lady* Eleanor, no señorita Blackwood.

—Solo quería hacerle comprender por qué su hermana no quiere irse —aclaró, poniéndose en pie. Ella misma sabía lo que era tener a un hermano al borde de la muerte. Ella no se alejó de Heida, tampoco lo haría de Ed, por lo que entendía a Leah a la perfección. Por otro lado, que Kendrick se quedara a solas toda la noche con Clyde en ese estado no era buena idea. Si, como sospechaba, él era quien quería matarlo, podría hacerlo y nadie sospecharía nada, puesto que aún estaba grave.

—Como ya le he dicho, esto no es asunto suyo —dijo con la mirada fría como el hielo. Había sido un día complicado, lleno de angustia y emociones. No necesitaba que una metomentodo le diera lesiones. ¿Qué sabría esa chiquilla ingrata? Seguro que había ido a sacarle información a su hermana. Estaba cansado de sus juegos. Caminó hasta ella sin apartar su penetrante mirada de sus ojos—. Márchese y métase en sus asuntos.

—Kendrick, no puedes hablarle así.

Eleanor no escuchó nada de lo que decían ambos hermanos, en cuanto notó la gélida mirada del escocés, sus piernas flaquearon, esos ojos bien podrían ser los de un asesino furioso. Esa conclusión la alteró sobremanera, y como cada vez que los nervios la superaban, empezó a hablar sin parar.

—Yo solo intentaba que comprendieras a tu hermana, pero parece que no te interesan sus sentimientos.

—¿Cómo te atreves? —preguntó Kendrick encarándola. Solo unos milímetros separaban sus narices.

Esta vez el nerviosismo la petrificó, no era capaz de moverse, por mucho que su cerebro les gritaba a sus piernas que se movieran hacia atrás, que tomaran distancia, estas se negaban. Sus piernas no eran las únicas en negarse a cumplir su función, por pura supervivencia, inspiró profundamente y el olor a sándalo y ámbar invadió todos y cada uno de sus sentidos.

Leah se levantó furiosa por el comportamiento de su hermano, lo empujó lo suficiente como para colocarse entre ellos, se disculpó con Eleanor y le pidió que los dejara solos.

—¿Pero a ti qué te pasa? —dijo Leah más fuerte de lo necesario una vez que Eleanor salió, aun así, pudo escucharla y se quedó junto a la puerta escuchando.

Por muy nerviosa que estuviera, seguía teniendo el alma cotilla y, quién sabe, quizá averiguara algo más sobre Clyde.

—No soporto a esa inglesita —dijo Kendrick.

Eleanor no pudo ver cómo Leah, decepcionada, negaba con la cabeza mientras le recriminaba que su animadversión por los ingleses se estaba volviendo una obsesión, una tan fuerte como la que tenía su padre.

—Fue él quien me hizo prometer que mantendría a los ingleses alejados de su empresa, de sus tierras y sobre todo de su hija. Si te viera con ellas, se moriría en el acto.

—¿Sabes, Kendrick?, padre murió hace años ya, entiendo que quieras honrarlo, pero debes reconocer que su odio por lo inglés era una malsana obsesión, hasta el tío Blair ha empezado a decir que se te está pegando la misma locura que a él.

Las palabras de Leah fueron un duro golpe para Kendrick, no se hubiera esperado esa dureza de su hermana, tampoco que su tío lo comparase con su padre, a quien su obsesión llegó a desquiciarlo y veía cosas irreales al final de sus días.

Esas mismas palabras avivaron la teoría de Eleanor, quien, con el corazón desbocado, se alejó lentamente, procurando no hacer ni el más mínimo ruido hasta estar lo suficiente lejos como para echar a correr hasta su habitación, donde apuntó todo en su cuaderno, con pelos y señales, y donde no pudo escuchar la respuesta del escocés.

—¿Qué más habéis estado hablando sobre mí? —inquirió con la voz rota.

Leah no respondió, se abalanzó sobre él y lo abrazó. Lo último que quería era herir los sentimientos de su hermano, pero se había comportado muy mal, ya era la segunda vez que se disculpaba en su nombre, y sospechaba que volvería a hacerlo pronto, en otras circunstancias no le habría importado, pero la preocupación y saturación la habían hecho estallar de un modo poco propio de ella.

—Lo siento —dijo después de un rato—. Pero es que no entiendo por qué te comportas así con Eleanor, es un sol, se ha portado maravillosamente conmigo desde que llegamos, y tú te empeñas en tratarla mal. Ha tenido el detalle de pasar por aquí a ver cómo estamos y traer algo para comer, y tú se lo agradeces invitándola a marcharse.

Kendrick cogió aire y lo soltó con parsimonia antes de hablar.

—No creo que sus intenciones sean altruistas.

—No empieces con eso. Eleanor no es una espía del conde, solo es un poco cotilla.

—Qué conveniente —dijo Kendrick antes de dar el asunto por concluido e intentar convencerla para que se retirase a dormir a su habitación. No tuvo éxito, y ambos pasaron la noche en dos mullidos sillones junto a la cama de Clyde.



Capítulo 10

Elizabeth esperaba nerviosa, sentada en la cama, a que su esposo llegara del cuarto de aseo, ni el sabroso y dulce postre había suavizado el mal sabor que arrastraba desde la mañana.

El conde entró vestido únicamente con un batín, el cual se quitó y dejó a los pies de la cama antes de situarse al lado de su condesa. Obnubilado por su belleza, no escuchó cómo le decía lo preocupada que se encontraba y deshizo la lazada del tirante dejando su hombro desnudo. Beso a beso, recorrió el camino desde su hombro hasta el nacimiento del cuello.

—Edward, ¿me estás escuchando?

No había oído ni una sola palabra, mas no se lo diría, volvió a depositar un suave y húmedo beso sobre su clavícula.

—Edward —dijo elevando el tono.

—¿Qué ocurre?

—Ocurre que mi esposo me ignora cuando le hablo.

—No es cierto, siempre cuentas con mi total y absoluta atención. Hoy ha sido un día duro, me he distraído con tu suave y delicada piel —dijo, con voz melosa, acariciando con el dedo índice su muslo bajo el camisón.

—Te decía que estoy preocupada —dijo frenando el recorrido de su mano.

Edward se incorporó, conocía bien a su esposa, si no había cedido con sus besos y caricias, era importante.

—No debes preocuparte, todo se solucionará, en unos días todo habrá vuelto a la normalidad y esto será solo una anécdota. Podrás celebrar la Navidad como habías planeado.

—Sí que tenía mucha ilusión por que todo estuviera perfecto y lo que había organizado se ha ido al traste, pero no es eso lo que me preocupa.

Que sus planes se hubieran estropeado fue una desilusión, pero la ansiedad, que había ido aumentando a lo largo del día, la había eclipsado.

Edward guardó silencio, animándola a continuar.

—Entró a tu despacho, ¿y si te buscaba a ti?

En ninguna de las suposiciones del conde se le ocurrió que él pudiera ser el objetivo. Maldijo para sus adentros, esto añadía más posibilidades a la ecuación en lugar de reducirlas, que era lo que pretendía, descartar hasta que solo quedara la verdad.

—Yo no tengo enemigos —dijo para tranquilizarla.

—Que tú sepas, no creo que alguien que te odie te lo vaya a decir en la cara.

No podía negar el razonamiento de la condesa, aun así, no se le ocurría nadie que pudiera tener nada contra él, mucho menos hasta el punto de intentar matarlo.

—¿Qué habría pasado si hubiéramos estado la niña y yo contigo como tantas veces? Si el objetivo eras tú, volverá. No me siento segura, Edward —dijo con los ojos vidriosos.

Las palabras de su esposa resquebrajaron algo en su interior y lo llenaron de furia.

—Este es nuestro hogar, haré lo necesario para que sea seguro para ti y nuestra hija, no te quepa duda. —Acarició su mejilla con ternura y limpió la lágrima que había escapado fingiendo que no tenía el estómago descompuesto de imaginar que algo les pasara a alguna de ellas.

—¿Cómo? No es solo esto, Edward. El accidente con el carruaje y el mal que nos asoló hace unas semanas a todos —dijo refiriéndose a cuando casi toda la casa enfermó por el mal estado de alimentos—. Es cuando menos extraño.

—¿Tú también con eso?, Eleanor te ha embotado la cabeza con sus teorías. La casa no está maldita, no existen las maldiciones, solo son creencias absurdas —dijo para calmarla, pero a pesar de creer con firmeza en sus palabras, sí que vio la extrañeza del asunto. Quizá, que alguien estuviera atentando contra su familia no era algo tan descabellado dada la situación.

—No me trates como si fuera estúpida —dijo, alterada, incorporándose por completo y poniendo los brazos en jarra—. No creo que la casa está maldita, pero quizá alguien se esté tomando muchas molestias en que lo parezca.

Edward se rascó la nuca, toda la tensión se le acumulaba ahí, y ese día había tenido de sobra. Necesitaba meditar, analizar todo

con detenimiento y emprender una investigación para rellenar los huecos que le faltaban; no obstante, no sería en ese momento. Era tarde y necesitaba de su esposa como respirar.

Tranquilizó a Elizabeth con palabras dulces, caricias y besos hasta que ambos olvidaron sus preocupaciones y se perdieron en los brazos del otro.

Elizabeth se durmió saciada tras las atenciones del conde; él, sin embargo, no consiguió alejar de su mente la posibilidad de que algo les pasara a las mujeres de su vida, incluyendo también a sus dos hermanas. Heida se marcharía tras las fiestas, pero Eleanor no, y si no descubría la verdad, la estaría exponiendo al peligro. Lo más sensato era que se marchara con Heida. Pero ¿cómo protegería a su hija y esposa? ¿Marchándose a Londres? Abandonar su hogar sería la última opción.

Se revolvió entre las sábanas, bostezó una, dos y hasta tres veces seguidas, el cansancio se hacía cada vez más evidente, pero no fue hasta dos horas más tarde que cayó en los brazos de Morfeo.



Capítulo 11

El sol despuntó dejando en evidencia la espesa niebla que rodeaba la casa. Kendrick miraba por la ventana, aunque no veía nada en realidad. Sumido en sus pensamientos, no fue consciente de que su hermano se despertó hasta que este llamó su atención:

—¿Algo interesante? —preguntó con sorna.

Kendrick se volvió hacia él, su rostro se iluminó al ver los claros ojos de su hermano abiertos y fijos en él.

Había sobrevivido a la primera y más peligrosa noche, no presentaba ningún síntoma de infección, la herida estaba limpia y su temperatura era normal.

—Me alegra verte de tan buen humor —contestó.

Leah se desperezó al escucharlos. Había estado dando cabezadas toda la noche, sin llegar a coger el sueño en profundidad.

—¿Te duele mucho? —preguntó al ver su mueca al intentar incorporarse.

—No —mintió.

—No finjas, hermanito. Si estás despierto, es porque el efecto de los calmantes se ha pasado, debe de dolerte, y mucho. Y no te muevas, el doctor fue muy claro, debes reposar y no moverte en unos días.

—No es necesario que nuestra hermana sea consciente de mis dolores, ¿y no pretenderás que me pase en cama una semana? —preguntó mirando a Kendrick con mala cara.

—No soy una niña —replicó ella—. Y es lo que harás si el médico lo ha indicado.

—Es evidente, es solo que no quiero que te preocupes —dijo agarrando la mano que tenía en el borde de la cama—. ¿Por qué has dejado que pase la noche aquí? En ese incómodo sillón —preguntó a Kendrick, enfadado.

—No lo culpes a él, fue decisión mía, intentó que me fuera varias veces, pero, como ves, ninguna dio fruto.

—Lo lleva en la sangre, es tan cabezota como tú —dijo Kendrick animado. Su hermano estaba muy bien para tener una herida de bala en el torso

—Porque tú no lo eres en absoluto —bromeó Clyde.

El ambiente cálido y familiar se mantuvo durante toda la mañana, una criada llevó el desayuno para los tres. Clyde se esforzó en que no se notara el dolor que padecía, bromeaba continuamente, quizá Leah no se diera cuenta, mas no pudo engañar a Kendrick, a pesar de los años que llevaban separados, lo conocía bien. La tensión en la mandíbula cuando pensaba que ninguno lo veía, la espalda rígida o que apenas movió el brazo izquierdo eran evidencias demasiado claras.

Mientras, en la otra parte de la casa la atmósfera estaba cargada de tensión. Edward había contado a sus amigos las nuevas conjeturas.

—¿Me estás diciendo que mi mujer está en peligro? —preguntó Jamie alterado. Todos podían ver en su cara cómo tramaba un plan para irse de allí y volver a Henderfield, puede que pareciera una tarea sencilla, no lo era, convencer a la duquesa para irse a unos días de Navidad y dejar a su familia, la cual era posible que estuviera en peligro, no era fácil, más bien imposible.

—Todo esto son conjeturas, esta misma tarde iré a hablar con el alguacil —dijo Edward con convicción mientras untaba mantequilla en una porción de pan tostado.

—¿Y qué solucionará eso? —preguntó Colin, alarmado por la situación, Alice necesitaba tranquilidad y descansar. Definitivamente, ese viaje había sido un error.

—Exigiré que abra una investigación y dé con el culpable.

—Culpable que podría estar ya de camino a las Américas —dijo Harry con cara de asco tras dar un sorbo a su amargo té. Se le había olvidado añadir azúcar.

Cillian, quien se había dedicado únicamente a escuchar, le dio una patada bajo la mesa al bocazas de su amigo antes de hablar.

—Si tengo que decantarme por una teoría, la más probable es que quien disparó a Campbell lo hizo por error y te buscaba a ti. Hasta ayer creía que fue un robo que salió mal, pero tras los nuevos datos, está claro que alguien tiene algo en contra vuestra. No es solo contra ti, Edward, de lo contrario, Elizabeth no hubiera sido quien se accidentó ni hubiera enfermado toda la casa. No obstante, no creo que quien sea se atreva a volver a atacar pronto, no al

menos con la casa llena de gente. Es una temeridad, cualquiera de nosotros podría atraparlo y estaría en serios problemas.

La última parte fue un intento de calmar al resto, todos estaban alterados por un futuro ataque y que el daño lo sufriera una de sus esposas. Él también temía que algo le pasara a Danielle y a cualquiera de los que estaban en la casa; no obstante, creía que lo mejor no era irse, sino todo lo contrario, trabajar todos juntos para apresar al culpable, y así se lo hizo saber.

No todos estaban de acuerdo al principio, pero poco a poco claudicaron, muy posiblemente conscientes de que sus mujeres, más valientes o estúpidas que ellos, se negarían rotundamente a abandonar la casa.

—Decidido pues, haremos turnos para vigilarlas.

—No van a estar contentas —dijo Jamie.

—Lo sé —apuntó Colin con pesar. Alice no iba a estar contenta con eso de no quitarles ojo como método de contención. A todas luces, estaban perdiendo su privacidad, y no se iban a conformar, estaba seguro de ello.

Más de una escapada se produciría, solo esperaba que su mujer no fuera tan insensata como para exponerse a peligros para ella o el bebé.

—Tendremos que dividirnos —dijo el duque. Sacudió las manos y limpió con ellas sus mangas para eliminar las pequeñas migas de pan—, no están todas juntas todo el tiempo.

—Eso nos lo va a poner complicado. No vamos a tener tiempo ni de fumarnos un puro tras las comidas.

Cillian volvió a golpear la rodilla de Harry con la suya, sus comentarios no estaban siendo nada acertados.

—No seáis exagerados, dentro de la casa no corren ningún peligro.

—Campbell estaba dentro de la casa —apuntó Jamie.

—Sí, pero no volverá a pasar nada parecido. He ordenado que las habitaciones se airén mientras se limpian y, una vez limpias, se cerrarán las ventanas. No tendrá por dónde entrar —explicó Edward.

No era la única medida que había tomado, ningún desconocido tenía autorizado entrar en la casa hasta nueva orden, si venía el lechero, un lacayo se encargaría de coger la leche y meterla en la cocina, así con todo. No recibirían ninguna visita si no se había concertado antes. Las puertas permanecerían cerradas con llave, solo el mayordomo, el ama de llaves y el conde poseían copias de las llaves.

—Por lo que solo tendremos que vigilarlas cuando estén fuera —terminó Cillian por él.

—¿Y si contratas a algunos hombres para la tarea? —propuso Harry, al que no le apetecía nada pasarse la tarde observando cómo un puñado de mujeres paseaban por el jardín o tejían.

—Podría intentar infiltrarse con el servicio —dijo Colin mirando a Harry, como si acabara de decir una blasfemia.

—Como se nota que ninguna de ellas es importante para ti —dijo Jamie dando voz a lo que muchos pensaban. Excepto Harry, todos tenían a alguien a quien proteger, y por lo tanto no les importaba ser la sombra de esas mujeres el tiempo que fuera

necesario si con ello se aseguraban de que estaban a salvo, pero para él era algo forzoso.

—No te daremos ningún turno, no te preocupes —dijo Edward, algo molesto porque la vida de su mujer y sus hermanas significara tan poco para su amigo.

—Eeeh, no la pagues conmigo —dijo con las manos en alto—. Solo era una idea. Puedo hacer un turno como los demás.

—Mientras no haya alcohol cerca —dijo Cillian tratando de rebajar el ambiente que se había sobrecargado con las últimas palabras—, de lo contrario, estarás fuera de combate.

—¿Me estás llamando alcohólico?

Cillian elevó la ceja, en casi todas las cenas terminaba borracho, la mayoría de las veces ni siquiera llegaba a acompañarlos al salón de caballeros.

—Si no lo eres, demuéstralo —dijo Edward—. No bebas hasta Navidad.

—¿Ni una copita de vino cenando?

Cillian se llevó la mano a la cabeza mientras Jamie abrió los ojos de par en par y Colin rio con su ocurrencia. Todos eran conocedores de su problema con la bebida.

—Nada de nada —dijo Edward.

—No sé si esto es buena idea —susurró Cillian a su amigo, pero le escucharon todos. Harry lo miraba de forma intensa, esperando una explicación—. Muchos hombres hacen cosas extrañas en sus procesos de dejar el alcohol, no creo que sea buen momento.

—Puede que estés en lo cierto —dijo Jamie.

—Me ofendéis —se exaltó Harry moviendo con la cuchara el poco té que le quedaba en la taza antes de apurarlo de un trago.

—El té te ayudará. Le diré a Elizabeth que te haga llamar esta tarde —dijo Edward aguantándose la risa.

Harry se recostó sobre su silla con una sonrisa de oreja a oreja antes de decir:

—Así no tendré que vigilarlas de lejos y no me faltará bebida ni comida.

Cillian le dio una palmada en el hombro mientras observaba al resto. La tensión inicial se había ido disipando, pero era momento de volver a lo que los acontecía y le recordó a Edward que debía hablar con los Campbell, sugirió acompañarle, a lo que el conde se negó, lo mejor era ir solo. Los escoceses no confiaban en él, en especial el mayor, debía dar explicaciones como corresponde y no esconderse entre amigos o familiares.

Así pues, solo y decidido, tocó la puerta tras la que se encontraban los tres hermanos.

—Buenos días, me complace verle en tan buen estado, señor Campbell —le dijo a Clyde—. No, no, no se incorpore, el doctor dijo que no debía moverse.

—¿No pretenderá que me quede encamado? —dijo sentándose en el borde de la cama.

—Clyde —lo regañó Leah, mientras Kendrick, consciente de que su hermano no cedería y no se quedaría en cama con el conde presente, se acercó y lo ayudó a sentarse en el sillón más cercano.

«Debe de dolerle como mil demonios si no se ha negado a que le ayude», pensó.

Edward solicitó hablar a solas con los hermanos, excluyendo a Leah, quien se sintió bastante molesta, pues no había que ser muy inteligente para saber sobre qué iban a discutir, y a ella le interesaba tanto como a sus hermanos lo que su anfitrión tuviera que decir.

Edward comenzó a relatarles cuanto había estado haciendo por averiguar quien había disparado a Clyde, después les habló de los sucesos anteriores y de cómo todo eso le había llevado a pensar que quien disparó lo buscaba a él. Ambos hermanos escucharon atentos, sin hacer ninguna pregunta ni apunte hasta que terminó.

—No sabes más de lo que sabías ayer —puntualizó Kendrick. No le importaban los motivos o a quién pretendieran asesinar, lo que le importaba era averiguar quién había sido y que recibiera castigo por el daño que había hecho a su hermano. Nunca había sido un ser vengativo; no obstante, en esos momentos estrangularía al tirador hasta dejarlo sin respiración.

Edward se ofendió por sus palabras, ¿qué esperaba el malhumorado escocés, que le entregara al culpable en bandeja de plata en tan solo un día?

—Estoy seguro de que el conde ha hecho todo cuanto estaba en su mano —dijo Clyde para calmar las aguas.

—En efecto, y seguiré hasta dar con el culpable. Puedes estar seguro —dijo con firmeza.

—Me gustaría estar al tanto de todo —dijo Kendrick, que, aunque dudaba de que llegara a encontrarlo, esperaba que lo lograra y poder mirarlo a los ojos antes de molerlo a palos.

—Por supuesto —dijo antes de volverse para observar la pequeña cama y sillones—. ¿Estás cómodo aquí? ¿Necesitas algo? Lo que sea.

—Estoy bien, no se preocupe.

—Un baño te vendrá bien —dijo Kendrick a Clyde, quien le dedicó una mirada asesina. Aún tenía sangre seca en varias partes del cuerpo.

—Ordenaré que lo preparen.

Se despidió y los dejó solos. Al cerrar la puerta, comprobó que no había ni rastro de la pequeña escocesa, por un momento creyó que haría como Eleanor y escucharía tras la puerta, pero estaba claro que lo de su hermana era algo poco común.

«No tardará en empezar a hacer preguntas».

Suspiró, adoraba a su hermana, pero era demasiado cotilla, tanto que ya se había metido en más de un problema con la gente del pueblo. Recién llegada, se propuso descubrir por qué creían que la casa estaba maldita, no se contentó con preguntar a la servidumbre y conocidos, y todo el mundo no era igual de tolerante que él.

Una hora más tarde, les comunicaban a las esposas lo que habían decidido; como esperaban, se negaron.

Alice amenazó a Colin.

—Si no quieres que haga una tontería que ponga en peligro a tu primogénito, no lo hagas.

Apelando a su seguridad y la del bebé, consiguió que claudicara.

Jamie no lo tuvo más fácil.

—Esta bien, aceptaré, pero con una condición —dijo la duquesa. A final del verano visitaron a Paul en Oxford, este le presentó a sus compañeros de proyecto y le enseñaron todo. El profesor Fisher no se lo tomó muy bien, pero no se negó.

Paul le contó que era muy posible que para el siguiente verano ya tuvieran un prototipo construido. Heida chantajeó a su marido, quería volver a Oxford y ver el prototipo.

Cillian habló con Danielle, esta no protestó, siempre era muy obediente y complaciente con sus protectores, cómo no serlo con aquellos que le habían abierto las puertas de su casa y cuidado durante años.

Elizabeth y Eleanor fueron dos huesos duros, el conde habló primero con su esposa.

—¿Esa es tu solución, vigilarnos? —preguntó sentada en el sillón del dormitorio con Susan en sus brazos, llevaba un rato intentando dormirla, pero nada parecía calmarla, cada pocos minutos volvía a abrir los ojos, estirar el cuello y retorcerse en sus brazos.

—Mi solución es dar con el culpable, pero hasta que eso ocurra, no estaréis solas —dijo autoritario.

Elizabeth levantó la cabeza, que había mantenido inclinada con la vista en la pequeña, alzó la mirada hacia esos pozos negros en los que adoraba perderse.

—¿Es esa tu decisión, lord Blackwood?

Edward negó con la cabeza, solo lo llamaba así cuando estaba más que molesta. ¿Por qué las mujeres eran tan complejas? No hacía ni veinticuatro horas que le dijo que se sentía insegura, pero se enfadaba cuando tomaba medidas para que estuviera sana y salva.

—No quiero discutir —dijo bajito, al observar que Susan había vuelto a cerrar los ojos. Se apoyó en la oreja del sillón, su cara se relajó al ver cómo las comisuras de su hija se elevaban—. ¿Estará soñando?

No pudo más que sonreír al ver la cara de orgullo y felicidad de su esposo. Añoraba esos momentos, desde que llegaron los invitados, habían tenido poco tiempo a solas los tres.

—Yo creo que sí.

Edward se inclinó, besó la cabeza de la condesa y dijo bajito:

—Es lo único que se me ha ocurrido para protegeros.

—¿Estaréis armados? —Edward asintió—. No me gusta, pero si crees que es lo mejor, no me opondré.

Edward se quedó unos minutos más disfrutando de la tranquilidad que lo envolvía.

«Ojalá no tuviera que irme», pensó observando dormir a las dos mujeres de su vida.

No era la primera vez que Elizabeth se dormía con la pequeña Susan en sus brazos. Cogió a la pequeña y la acunó, esta se revolvió inquieta y la meció hasta que volvió a relajarse. Besó su suave frente, la dejó en su cuna y la tapó con su mantita rosa.

Repitió la acción con su condesa y se marchó en busca de Eleanor.

No estaba en su dormitorio, tampoco en el comedor ni en la biblioteca, cansado de recorrer la casa en busca de su hermana, llamó a Henry, ordenó que la buscaran y le comunicaran que la esperaba en su despacho.

Eleanor tocó la robusta puerta de madera del despacho de Edward, dos golpes secos con los nudillos, acto seguido, sin esperar respuesta, giró el pomo y entró. Ya la esperaba.

Observó con detenimiento mientras se dirigía a una de las sillas frente al gran escritorio. Todo parecía estar como siempre, como si el día anterior no hubieran disparado a un hombre en esa misma habitación, pero para ella, las diferencias eran claras. La alfombra era otra, esta era más oscura y el dibujo más llamativo. En uno de los estantes faltaban algunos libros, supuso que se habían dañado. Las sillas frente a la gran mesa eran muy parecidas a las anteriores, pero las habían sustituido. El resto estaba igual, las criadas habían hecho un gran trabajo, y en muy poco tiempo.

—¿Qué he hecho esta vez? —preguntó sentada frente a su hermano con la esperanza de que no fuera por haber estado interrogando a la servidumbre.

—Nada, aún, pero quiero advertirte —dijo dejando sobre la mesa los papeles que había estado leyendo—. No quiero que hagas como siempre y te pongas a indagar. Es un asunto serio, no te entrometas.

Eleanor se limitó a asentir, por un breve instante debatió consigo misma si contarle lo que había averiguado, lo descartó, pues tendría que confesar en qué había estado empleando su tiempo y la

regañaría, más que eso, posiblemente la castigaría con lo que más le gustaba, la dejaría sin nuevos vestidos para la nueva temporada. Bastante complicado lo tenía ya como para añadir otra tara a su lista, para la buena sociedad de Londres, no estrenar guardarropa cada temporada era señal de pobreza.

—Te lo digo en serio, Eleanor, podrías estar en peligro, tú y toda la familia. ¿Me has entendido?

—¿Por qué dices eso? ¿Has averiguado algo? —indagó con la vista fija en su hermano, casi ni parpadeaba.

—Nada que te incumba —espetó intentando que no sintiera más interés del que evidentemente ya sentía—. Esta tarde iré a hablar con el alguacil y el juez; como te digo, es un asunto serio. Hasta que todo se resuelva, no saldréis de casa solas.

—¿A qué te refieres con salir de casa? ¿A ir al pueblo, o a cabalgar?

—Ambas, también salir a pasear por el jardín o alrededores. Alguien irá con vosotras, o contigo.

—¿Llevaré una carabina como en Londres? Anais es una buena doncella, lo hará bien. Ya había pensado…

—No, uno de nosotros os acompañará —la interrumpió. Cuando cogía carrerilla, era una auténtica cotorra—. Jamie, Cillian, Colin o yo mismo.

—Pero… —Eleanor estaba confusa. No entendía por qué no podía salir de casa, para ella, que era evidente que el culpable dormía bajo su techo, era absurdo. En lugar de pensar que su hermano sabía algo que ella no, dedujo que su hermano no sabía lo que ella, y por eso creía que el peligro estaba fuera y no dentro.

—Pero nada. No saldrás de casa sola, ¿me has entendido?

Eleanor asintió, su hermano tenía esa mirada furiosa que podría congelar el infierno. No lo desafiaría, no en esos momentos al menos. Tampoco tenía razones por las que querer salir, o eso creía ella.



Capítulo 12

Edward, acompañado de Cillian, salió del despacho del alguacil con hastío. Demasiado joven y estúpido para el puesto, probablemente, colocado a dedo por su padre, el juez de paz Corson, quien había mostrado poco interés en su petición.

«Sin duda, es un robo que salió mal», había dicho hasta tres veces, sin contemplar ninguna otra alternativa, ni siquiera la sugerida por el mismo conde.

—Esto ha sido una pérdida de tiempo —dijo Cillian agarrando la riendas de su caballo.

—Uno demasiado testarudo y el otro demasiado ingenuo.

—Un viejo cansado y su inexperto polluelo —se burló Cillian.

—No te falta razón —dijo poniendo el pie sobre el estribo.

—Lord Surrey —los sorprendió el doctor justo antes de que tomara impulso para subir al caballo—. Me disponía a ir a Cursed Manor para examinar al señor Campbell.

—Doctor Murphy, será un honor que nos acompañe —dijo Edward.

—¿Qué los ha traído hasta aquí? —preguntó desviando la mirada hacia la puerta del alguacil tras ellos.

—Vine a informar de lo sucedido ayer y a sugerir que se iniciara una investigación.

—Sin mucho éxito me temo —añadió Cillian subiendo a su caballo.

Ninguno dijo nada más al respecto, emprendieron el camino con un trote suave, Murphy preguntó por el estado de Clyde, Edward le informó de que había despertado, que parecía estar bien, o esa fue la impresión que le dio por la mañana.

—¿Habéis descubierto al atacante? —preguntó una vez que se habían alejado de las polvorientas calles del pueblo.

—Aún no, pero lo haré —afirmó Edward.

El médico se quedó pensativo unos segundos.

—Soy mayor, lord Surrey, he dictaminado la muerte de muchos de los anteriores dueños de la que ahora es su casa.

Una ráfaga de viento los alcanzó desordenando sus cabelleras.

—Le creía un hombre de ciencia —dijo Edward en tono burlón.

Un poco de humor no les venía mal, y rebajar toda la tensión que habían acumulado durante el día.

—Es lo que se esperaría de un médico —añadió Cillian, colocando un par de mechones detrás de las orejas.

El portón de Cursed Manor ya era visible.

—Soy un hombre de ciencia, milord, lo que trato de decirle es que no es el primer robo que sale mal en su casa.

Las palabras utilizadas llamaron más la atención de Edward que el hecho de que no fuera la primera vez.

El conde tensó las riendas, abandonó su pose relajada y se irguió en toda su envergadura, un porte digno de un lord.

—Explícate. —No pretendía sonar autoritario, pero lo hizo.

No le gustaba abusar de título, una herencia que bien le había causado más quebraderos de cabeza y complicaciones que alegrías.

El médico ignoró su tono, como bien había dicho, era mayor, y la experiencia le había enseñado mucho, una de sus primeras lecciones fue que, a menudo, las personas pierden el control en situaciones adversas, y esta lo era.

—He visto a muchos dueños perecer, más de uno lo hizo asesinado en un robo que salió mal, concretamente tres. Otros dos, hombres jóvenes y sanos, murieron mientras dormían, uno de ellos no tenía familia, el otro sí, pero se encontraban fuera en ese tiempo. Otro se quitó la vida, yo mismo leí la nota que dejó. No es casualidad que la gente crea que su casa está maldita, yo no creo en esas cosas, pero sí que todas y cada una de las muertes fueron provocadas. Debería tener cuidado, milord.

Edward y Cillian escucharon su relato con suma atención, hicieron preguntas para intentar esclarecer los hechos, el doctor no

tenía todas las respuestas, pero les dio toda la información de la que disponía, incluido el comentario que le hizo el anterior médico, a quien ya le parecía extraño que los dueños murieran en extrañas circunstancias.

—Así que esto viene de largo —dijo Edward mientras cruzaban el portón que les daba la bienvenida a sus tierras.

—Al menos sesenta años, si no más —dijo Murphy tras hacer unos pequeños cálculos.

Edward confiaba en él, más aún tras lo que acababa de revelarle, le contó su encuentro con el juez, y lo sospechosas que le parecían ahora sus palabras.

—No creo que tenga nada que ver, es viejo, demasiado, y ha perdido la pasión que un día tuvo por su trabajo.

—Podría ser.

—¿Qué razón podría tener, él o cualquier otro, para asesinar a todos los dueños de la mansión? —preguntó Cillian justo antes de bajar de un salto.

Uno de los mozos tomó las riendas de su montura y la del doctor, mientras que otro se encargaba de Pegaso, el adorado caballo del conde.

—Con eso no puedo ayudaros. Pensándolo bien, quizá encontrar el motivo os lleve hasta el culpable —dijo antes de volverse para dar indicaciones al mozo, no estaría demasiado rato, solo el tiempo que le llevara examinar al señor Campbell.

Edward acompañó al doctor hasta su destino, le sorprendió encontrar a Eleanor junto a Leah y Clyde, no hacía ni veinticuatro horas que le había advertido, y allí estaba ella, tomando té con los

escoceses. No le costó que lo acompañara y así poder regañarla por estar desobedeciendo.

—Solo trato de hacerle el día más ameno a Leah. Apenas se separa de su hermano —dijo Eleanor, fingiendo estar ofendida por la desconfianza de su hermano.

Edward se volvió para mirarla con atención, parecía sincera, aun así, su instinto le decía que había algo más.

—Me cuesta creer que seáis tan amigas tan pronto, y que no tengas ningún motivo oculto para estar ahí, dadas las circunstancias y tu incesante obsesión por saberlo todo. Todo lo que no te corresponde —dijo.

—Me ofendes, simplemente he empatizado con Leah, yo he estado donde ella esta ahora y sé lo mal que se pasa —sus palabras, aunque ciertas, no excluían que pudiera tener otro motivo oculto, pero sirvieron para que su hermano se diera por vencido y un oyente que se había mantenido oculto durante toda la conversación empezara a sentir curiosidad.

Kendrick se había topado con los hermanos, no pretendía esconderse y escuchar, pero cuando oyó al conde preguntarle a Eleanor por el motivo de su visita, no pudo evitarlo, esa sería la prueba que necesitaba para confirmar que estaba mandándola a espiar. Cuan equivocado estaba, era todo lo contrario, la estaba regañando y advirtiendo para que no lo hiciera. Leah tenía razón, solo era una chismosa.

El conde tomó la dirección contraria a la que llevaba hasta él, dejando sola a su hermana, algo impulsó a Kendrick a salir de su escondite y enfrentarse a la pequeña *brathaidh.*

—Otra vez tú —le dijo malhumorado.

—Esta es mi casa —respondió sin pensar, de haberlo hecho, hubiera sido menos brusca, no quería enfadar a alguien que era capaz de mandar asesinar a su propio hermano, ¿qué le haría a ella, una desconocida a la que era evidente que detestaba? No es que con el resto de personas de la casa fuera más amable ni simpático, pero con ella no disimulaba.

—No se me ha olvidado la última vez que me lo recordaste —dijo fingiendo que no se estaba divirtiendo. Dio un paso en su dirección, acortando la distancia que había entre ellos.

Eleanor se tensó tanto que ganó un centímetro de altura, el miedo alojado en su pecho la animaba a alejarse, a darse media vuelta y correr, pero sus pies se declaraban en huelga cada vez que él estaba cerca. Paralizada frente a él, no podía más que observarlo, su mirada era intensa y profunda, su nariz recta encajaba a la perfección con su mandíbula fuerte y cuadrada. Aunque no tenía los finos rasgos que los ingleses consideraban atractivos, no podía negar que era guapo, mucho.

Algo empezó a revolverse en su estómago, debía hacer algo o echaría el té con pastas que acababa de tomar. Con las piernas como gelatina, dio un paso hacia atrás, se felicitó a sí misma por no tropezar ni caerse.

—Me están esperando —fue lo único capaz de pronunciar.

Kendrick sabía que estaba mintiendo, era evidente que la intimidaba y alteraba, y eso le gustaba, esa pequeña *brathaidh* lo había estado alterando a él y dejado en evidencia con sus hermanos.

Se lo haría pagar.

—Yo creo que no —dio un paso más, eliminando el espacio que ella había ganado—. Creo que lo que quieres es huir.

Eleanor abrió muchísimo los ojos, no podía creer lo que acababa de escuchar, ¿acaso ese hombre tenía el poder de leer la mente?; había personas capaces de predecir el futuro, como aquella bruja en Derbyshire, acertó en todo lo que le dijo a su hermana.

«¿Qué fue lo que me dijo a mi? Afirmó que me casaría por amor, ¿cómo pude olvidarlo?».

Sus comisuras se elevaron y dejaron a la vista una preciosa sonrisa llena de esperanza y el hoyuelo que torturaba a su observador con cada aparición.

Esa revelación la animó considerablemente, esos últimos días había creído que se convertiría en una solterona, que no se casaría ni formaría una familia, pero ese recuerdo fue un rayo de luz que atravesó la oscura y densa niebla que la había envuelto en los últimos meses. Tal fue su revelación que olvidó quien estaba frente a ella, sin apartar la mirada de sus facciones, ahora mucho más alegres y dulces.

—¿Te divierte? —su pregunta la trajo de vuelta al presente y borró su sonrisa, su semblante se tornó serio y sombrío.

Kendrick descubrió dos cosas en ese momento, que prefería verla feliz, y que era él quien le robaba esa felicidad con su presencia. Dos revelaciones a cual más aterradora; hasta ahora, la única felicidad que le había importado era la suya y la de su familia. ¿Por qué le molestaba tanto ser quien opacara la de esa pequeña *brathaidh?*

Eleanor volvió a retroceder hacia atrás, esta vez chocó con el mueble tras ella.

Una mueca de dolor se extendió por su cara, pero no avanzó, se quedó ahí, con la esquina del aparador incrustada en su espalda. El escocés no reaccionó bien, la agarró del brazo sin pedir permiso y

la atrajo hasta él, no era su intención acercarla tanto, sino alejarla de aquello que le causaba dolor.

—¿Desde cuándo me temes, pequeña *brathaidh*? —preguntó al verla contener la respiración. No parecía la misma mujer que noches atrás lo desafió en medio de un pasillo oscuro, sin ningún temor. ¿Qué había cambiado?

Sus pulmones reaccionaron, inspiró profundo y ahí estaba de nuevo ese olor, sándalo y ámbar, ese que le recordaba a algo que era incapaz de identificar, como cuando tienes una palabra en la punta de la lengua y tu cerebro se niega a desvelar.

Eleanor mantenía la mirada en sus profundos ojos, la atormentaban, no era capaz de ver maldad en ellos, pero tenían un brillo nuevo.

Sus pupilas se dilataron y eso la atormentó aún más, tanto que no fue capaz de mantener el duelo al que habían estado jugando desde que el escocés había llegado a su hogar.

—Tengo que irme.

Kendrick observó un cambio en ella, era contradictorio y fascinante ver cómo su ánimo cambiaba en cuestión de segundos.

—¿Por qué tanta prisa?

Eleanor se empezó a sentir acorralada, era la segunda vez que le decía que quería irse y él no se apartaba. El pánico empezó a apoderarse de sus pensamientos. Hizo lo primero que se le pasó por la mente, levantó su pie dos palmos del suelo, y le propinó un pisotón con todas sus fuerzas.

Kendrick dio un paso atrás y sacudió el pie dolorido.

Antes de decir nada, Eleanor se convirtió en un borrón que corría por el pasillo, dejándolo atrás con el pie hinchado y un cabreo de mil demonios.



Capítulo 13

Leah se unió al resto en la cena, Clyde había insistido, se encontraba bien, solo el dolor le recordaba que había sufrido un disparo. Sus hermanos llevaban todo el día con él, se ausentaban por turnos para no dejarlo solo en ningún momento.

—Me alegro de verte —dijo Danielle.

—Solo han pasado dos días.

Dos días en los que únicamente se había despegado de su hermano para asearse y cambiarse. En ese tiempo, solo Eleanor y Elizabeth habían ido a verla, no porque el resto no quisieran acompañarla en tan duros momentos, sino porque Clyde necesitaba tranquilidad y así se lo hizo saber la condesa cuando les dijo que no debían invadir la intimidad de los Campbell. Eleanor fue la única que ignoró a su cuñada, algo que esta aún desconocía.

—Lo sé, pero que estés entre nosotros es señal de que tu hermano se recupera rápido —explicó Danielle.

Leah sonrió con timidez. No estaría tranquila hasta verlo recuperado por completo y no se sentía del todo cómoda alejándose, pero Kendrick prometió no separarse de él y las palabras del médico horas antes habían sido muy esperanzadoras, la herida se estaba curando bien, si todo seguía así, en un par de semanas estaría como si nada hubiera pasado.

—Si, eso ha dicho el médico.

—Ha sido muy amable al venir a verlo —dijo Heida.

—Es un buen médico —apuntó Elizabeth.

El mayordomo indicó que la cena ya estaba servida. La tensión en la cena era notable, los hombres se mantenían alerta mientras las mujeres, sintiéndose vigiladas, no terminaban de relajarse. Harry se sirvió agua, sorprendiendo a todo aquel que lo conocía, Elizabeth miró a su esposo con la pregunta en los ojos, Edward se encogió de hombros con disimulo.

Las bromas de Cillian y las burlas a Harry animaron a los comensales, pronto, una atmósfera alegre y divertida se instauró en la mesa.

—De no ser por Eleanor, no habría comido nada, puede ser muy insistente cuando quiere.

Elizabeth la miró seria, no solo la había desobedecido, sino que no le había contado nada, y seguro que había embaucado al servicio para que mantuvieran el secreto. Heida negaba con la cabeza, la conocía muy bien, esas visitas no fueron una simple cortesía. Alice la miraba divertida, era toda una rebelde, como ella, y Danielle se enfadó, esa tarde le había propuesto tomar el té, pero se negó alegando un dolor de cabeza, le había mentido, solo quería librarse de ella para ir a ver a Leah.

—Y más si se trata de conseguir un nuevo vestido —dijo Edward sin levantar la vista del plato.

—Ser una apasionada de la moda no es delito —replicó Eleanor, molesta porque la dejara en evidencia frente a los invitados.

—Debería serlo.

—Hombres, son incapaces de apreciar un fino encaje —dijo Elizabeth, quien compartía la pasión por la moda con su cuñada.

—O diferenciar una muselina del tafetán —añadió Alice.

—¿Y de qué sirve saber esas cosas? —preguntó Harry con verdadero interés, dejando a todos con la boca abierta.

—Vosotros sabéis de caballos y finanzas, y nosotras de moda —dijo la anfitriona con la vista fija en su plato, le estaba costando partir la carne y no estaba para nada dura, quizá ya iba siendo hora de afilar los cuchillos.

—Saber de finanzas paga los bonitos vestidos que tanto os gustan —dijo su esposo en tono burlón.

Elizabeth se mordió la lengua, si hubieran estado solos, le habría preguntado si se refería a los vestidos que adoraba desabrochar, o a los finos camisones de seda que tanto le alteraban.

—Esos bonitos vestidos que nos ayudan a conquistar maridos —dijo Alice, sonriéndole a su esposo, evocando aquellos días en los que retomó esforzarse por verse bonita para conquistarlo cuando él siempre estuvo enamorado de ella.

—¿Acaso casadas ya no los usáis? —preguntó Harry.

—Creo que lo prefiero bebido —le susurró Jamie a Cillian por lo bajo para que solo él lo escuchara. No pudo evitar toser y el líquido que tenía en la boca salió despedido hacia delante, arruinando su plato y ensuciando el delicado mantel *beige* con ribetes dorados.

Se ganó las miradas de todos, expectantes por una explicación que no llegó.

Tras el postre, Edward propuso pasar al salón, Alice y Colin se retiraron con la excusa del embarazo, Elizabeth subió a atender a Susan, Jamie alegó un terrible dolor de cabeza.

—Mejor lo dejamos para otro día. Os acompaño —dijo Eleanor a Leah y Dani.

Mientras recorrían el silencioso pasillo, Dani les pidió que se quedaran un rato con ella, no tenía mucho sueño.

Leah estuvo reticente, pero al final aceptó.

El fuego iluminaba la estancia, las tres se sentaron en un extremo de la cama de dosel. No se veía demasiado y encendieron un par de velas.

Dani se tocó la cabeza por segunda vez, el pelo estaba tirante y ya no había ninguna razón para mantenerlo así.

—¿Qué tal me ves? —le preguntó a Eleanor, que la miró desconcertada—. Para la temporada. ¿Me ves muy verde?

Eleanor relajó los músculos de la cara.

—Lo haces genial, tienes un talento innato. Deja que te quite las horquillas —añadió cuando la vio volver a tocarse el recogido.

—¿Estás de acuerdo? —preguntó a Leah.

—No tengo ni la más remota idea —dijo provocando las sonoras carcajadas de sus acompañantes.

Estaban solas en esa parte de la casa, podían hacer tanto ruido como quisieran.

Eleanor se puso de rodillas tras Dani y empezó a quitar horquillas, hasta deshacerle el recogido.

—Me da miedo meter la pata y avergonzar a la duquesa —explicó Danielle.

Eleanor meditó mucho sus palabras antes de hablar.

—Es un lugar donde solo importa la apariencia, ya has oído la historia de Alice, hay muchas más, debes cuidar la tuya, pero sin perderte a ti misma.

—No sé si lo entiendo.

Dani se recogió el pelo con una cinta que tenía en la mesita de noche.

—Aquel que quiera casarse contigo deberá ver quién eres en realidad, qué escondes bajo la perfecta dama que aparentas ser.

—¿Y cómo lo hago?

—Mejor pregunta a Heida, yo aún no lo he descubierto.

Dani se puso la mano en la boca para evitar que las pequeñas gotitas de saliva que emitió con la carcajada llegaran muy lejos. Las tres reían muy alto.

—Cuéntanos. ¿Hay algún guapo escocés en las Tierras Altas?

La pregunta de Dani provocó una extraña reacción en su cuerpo, si no fuera porque su amiga tenía la mirada fija en la escocesa, hubiera notado su nerviosismo.

Tras el encuentro de esa tarde con Kendrick, no dejaba de pensar en él, en su olor y ese brillo en sus ojos.

No sabía por qué, pero le recordaba al de un lobo antes de atacar a su presa, lo más curioso es que jamás había visto un lobo de cerca, ni de lejos tampoco, nunca había visto sus ojos.

—Unos cuantos, ninguno de mi interés.

—Oh, vamos, somos tus amigas, vives rodeada de hombres.

—Son mi familia —dijo con cara entre horror y asco.

Dani puso la misma cara justo antes de hablar.

Eleanor comenzó a deshacer su peinado también, Dani se incorporó y le devolvió el favor.

—Tendrán muchos amigos, *highlanders* guapos y solteros que visitan a tus hermanos y primos con cualquier excusa solo para verte.

Las comisuras de sus labios se elevaron con su imaginación.

—Clyde vive en Edimburgo, Callum trabaja tanto que no tiene tiempo para amigos, Kendrick jamás permitiría que alguno de sus amigos se acercara a mí a menos de diez metros, y Edwin ve a sus amigos en el pueblo.

—Tu gozo en un pozo —dijo Eleanor—. Estoy segura de que triunfarás en Edimburgo.

—Y vosotras en Londres.

Dani y Eleanor deshicieron el recogido de Leah mientras hablaban largo y tendido sobre qué atributos eran imprescindibles en un hombre para ellas.

Eleanor le confesó que había besado a un par de caballeros, si quería ganarse su confianza y conocer sus secretos, debía empezar ella confesando los suyos.

No fue solo estrategia, le gustaba Leah, era divertida, simpática, parecía buena, y aunque últimamente no podía fiarse mucho de su criterio, confiaba plenamente en el de Heida.

Las tres se quedaron dormidas sobre la cama, con los incómodos vestidos aún puestos.

Unos golpes despertaron a Eleanor. Adormilada, se levantó de la cama, tropezó con el brazo de Dani, mas no la despertó.

Otra vez el golpeteo. Fue hasta la puerta de puntillas para no hacer ruido, la abrió muy despacio y sacó la cabeza al pasillo, estaba oscuro, pero una pequeña luz captó su atención a unos pocos metros.

Kendrick escuchó cómo la puerta contigua se abría, se sintió mal pensando que había despertado a *lady* Danielle, pero fue otra cabellera la que asomó por la puerta, otra mucho más clara y dorada de la que tenía quien allí se alojaba,

Esa chiquilla estaba en todas partes, sabía que era Eleanor, su gemela estaría con su marido, además, no le costaba diferenciarlas, sabía quién era quién en todo momento.

Se alejó de la puerta de su hermana, convencido de que la pequeña *brathaidh* sabía dónde estaba Leah.

Al verlo acercarse con decisión, Eleanor salió al pasillo y cerró la puerta; más tarde, en su cama, se preguntaría qué la llevó a hacer aquello y no a entrar dentro y dejarlo solo en el pasillo.

Se quedó frente a la puerta, esperando que él la alcanzara.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó ignorando el pisotón de su último encuentro. Lo había pillado desprevenido. No le hizo daño, aun así, estaría atento para que no volviera a pasar.

Eleanor estudió lo poco que la vela le dejaba ver de su cara, parecía preocupado, y no era para menos, un hermano herido y la otra en paradero desconocido.

—Está dentro —dijo volviéndose y señalando la puerta tras ella—. Dormida —añadió en un tono más bajo.

Cuando Leah no se pasó tras la cena, se preocupó, no quería que pasara la noche allí con ellos, pero sabía que no se habría acostado sin antes pasar a verles. Ya tenía muy bien pensado qué le iba a decir para que se fuera a dormir a su habitación. No hizo falta, se alegraba de que su hermana hubiera podido desconectar de todo aquello durante unas horas, y que pudiera dormir en una cómoda cama. Por otro lado, que estuviera en otra cama y acompañada no le desagradaba tanto, después de lo sucedido a Clyde, no era tan malo que no estuviera sola.

—Esa no es su habitación.

—No lo es —dijo. Con la poca luz pudo atisbar cómo sus ojos se entrecerraron y su mirada insegura se volvió intensa y desafiante.

Las comisuras de Eleanor se elevaron sin poder evitarlo, hasta que su mente le recordó quién estaba frente a ella. Solo fueron unos segundos, pero ambos fueron conscientes del gesto.

Se le aceleró el pulso, las manos empezaron a sudarle, y como siempre que se ponía muy nerviosa, comenzó a hablar sin medir lo que decía.

—Tras la cena, todos se han retirado, Dani nos ha invitado a pasar y como aún era pronto, hemos aceptado, pero el tiempo pasa rápido cuando hablas de moda y caballeros.

Eleanor se llevó las sudorosas manos a la boca, cómo podía haber dicho eso. Era una bocazas, debía aprender a controlar su lengua. Ya no era una niña, la pequeña hija del conde a la que todo se le pasaba por alto, era una señorita que pronto pasaría a ser señora. O quizá no tan pronto si seguía metiendo la pata como hasta entonces.

Kendrick arqueó una ceja y su sonrisa traviesa amenazaba con ensancharse.

—No sabía que las damas inglesas fueran tan… Cómo diría… —hizo una pausa y se dio tres golpecitos en la sien con su dedo índice—, ¿ligeras de pensamiento?

De no ser por la oscuridad, la rojez producida por la vergüenza hubiera sido más que visible, pero la oscuridad los rodeaba y esta vez la favorecía.

—Las mujeres podemos hablar igual que los hombres —dijo sin pensar demasiado.

Definitivamente, la sonrisa de Kendrick se ensanchó, había estado todo el día acompañando a Clyde, encerrado entre cuatro paredes. Un poco de diversión sería el equivalente a un poco de aire fresco.

Acortó la distancia que había entre ellos, dejando unos pocos centímetros.

—¿Ah, sí? y exactamente ¿de qué habéis estado hablando? ¿De lo bien que llevan los lores el peinado en los salones de baile?, o quizá ¿de lo largas que tienen las manos en los oscuros jardines? Oh, no me lo digas —dijo de forma teatral—, de lo anchas que son sus carteras y lo alto que es su cargo.

A Eleanor le hubiera encantado sorprenderlo, la había tomado por una inexperta dama, que lo era, pero no ignorante, sabía tanto de lo que pasaba en los jardines londinenses como en la intimidad entre un hombre y una mujer, y de lo que hablaban los caballeros en ausencia de las damas, había escuchado más de una conversación. Recordó una en la que unos amigos de su padre hablaban de amantes, no fueron delicados ni mucho menos, hablaban de ellas como si fueran trofeos.

Por otra parte, la ofendió su último comentario, ciertamente era algo que consideraban todas las damas de alta cuna, pero al menos para ella no era lo único importante, no se casaría con un duque si este era mala persona.

—Oh, me temo que cuando hablamos de altura, lo hacemos en otros términos, un hombre bajito no es nada atractivo —dijo altanera—, y en cuanto a anchura, aunque la cartera es algo a tener en cuenta, creo que la de la hombría es más importante.

Eleanor sonrió victoriosa, los ojos del escoces se abrieron de par en par, esa dama, lejos de escandalizarse, había conseguido sorprenderlo.

—Hablas con mucha soltura del miembro masculino, ¿acaso has probado ya alguno, pequeña *brathaidh?*

Eleanor fingió indignación, se alejó de él, girándose para romper el contacto visual, y se dio aire con la mano.

—Contenga su lengua, no está hablando con una tabernera.

—Habéis sido vos quien ha mencionado nuestra hombría.

No era la gemela más inteligente, pero no era estúpida. Y los grandes salones le habían enseñado más de lo que muchos podrían imaginar. Danzar por ellos era todo un arte, mensajes ocultos, dobles sentidos, hablar sin palabras, ofender con halagos. Enid la enseñó bien.

Recordar a su antigua amiga y su traición ensombreció su buen humor, pero sonrió, ella siempre decía que los hombres preferían a las chicas descaradas. Y esa noche estaba siendo descarada y deslenguada.

—¿Qué tiene que ver lo valiente, responsable y honorable que es un hombre con su… con su…? —Agitó la cabeza, como si fuera incapaz de repetir la palabra que él había usado.

Le hubiera gustado tener espectadores, que alguien pudiera apreciar su gran interpretación.

—No finjas que has usado hombría en esos términos, aquí no engañas a nadie. Deja el teatro para los caballeros de los que tanto te gusta hablar.

¿Sonaba celoso? Eleanor nunca había visto un hombre celoso, quizá solo fueran sus ganas de que alguien se interesase por ella.

A tanto llegaba su desespero por casarse que se imaginaba que ese bruto y antipático escocés podría mostrar interés en ella. Desde que llegó, no había hecho otra cosa que molestarla con palabras duras y ofensivas.

Su ánimo se ensombreció más aún, ya no tenía ganas de irritarlo y la pequeña voz de su cabeza, que había estado callada observando, creyó que era buen momento para recordarle que quizá el hombre que estaba frente a ella en un oscuro y vacío pasillo podría ser un fratricida.

Sus músculos se tensaron tanto como las cuerdas de una guitarra, el cambio fue tan evidente que Kendrick empezó a dudar.

—Leah está dentro, ¿quieres que la despierte? —preguntó dando la conversación por zanjada.

—No. —Inclinó su cabeza y dio un paso atrás sin apartar la mirada—. Buenas noches.

Se giró y emprendió el camino hasta la planta baja.

Una vez comprobado que su hermana estaba bien, ya podía seguir velando por Clyde sin preocupaciones.



Capítulo 14

Los rayos de sol se filtraba por la ventana, Danielle, que siempre fue muy sensible, se levantó a correr las cortinas. Al volver a la cama vio que solo estaba Leah con ella, y aunque su primer pensamiento fue que Eleanor había ido a su dormitorio en algún momento, se preocupó.

La situación en la mansión era delicada, y todos sus habitantes se alarmaban con cualquier cosa.

Se sintió inquieta, observó su atuendo, aún estaba vestida, así que ni se lo pensó, se puso unas zapatillas y fue a comprobar si estaba en su habitación.

Como era de esperar, no estaba segura de qué puerta era la de su amiga, por fortuna, una de las criadas la vio y la acompañó hasta la correcta.

Entró sin llamar, esperando encontrarla durmiendo, no fue exactamente así, la recibió en la cama, ladeada de cara a la puerta. Un ojo abierto y el otro en proceso. Al igual que ella, todavía estaba vestida.

—¿Ha pasado algo? —preguntó adormecida.

La noche anterior, cuando Kendrick la dejó sola en la penumbra, se sintió indefensa y muy triste. No pudo volver con ellas, una sombra la envolvía y no quería que esta pusiera sus sucias garras sobre sus amigas.

Fue a su dormitorio, pero antes pasó por la cocina a por una infusión que le templara los nervios.

Repasó la conversación con el escocés, sin comprender qué le había picado para comportarse así precisamente con él. Su cuerpo reaccionó de manera extraña, supuso que era por miedo, pero no entendía por qué se le olvidaba que podría ser un asesino cuando estaba en su presencia.

Al volver de la cocina, escuchó ruido en el despacho del conde, no era excesivamente tarde, pero le extrañó que Edward no estuviera con Elizabeth. Sintió el aguijonazo de la curiosidad y pegó la oreja a la puerta, ni en un millón de años esperó que ella fuera el tema de conversación.

Su hermano había decidido aumentar su dote, y disolver con ella los posibles malos comentarios sobre las temporadas anteriores. Que su hermano no la creyera capaz de encontrar esposo sin una suculenta cantidad de dinero fue un puñal directo a su corazón y un baño de la cruda realidad que le esperaba en unos meses.

No quiso oír nada más, no escuchó cómo Cillian hablaba pestes de las matronas, las cuales eran las que arruinaban las oportunidades de muchas damas. Tampoco escuchó decir a Harry que con los apoyos que tenía dudaba que se atrevieran a decir una palabra en contra de ella.

Todos habían malinterpretado al conde, doblar la dote no era por los rumores hacia Eleanor, sino para acallar las malas lenguas

que afirmaban que los condes de Surrey estaban arruinados.

Si hubiera escuchado toda la conversación, quizá no hubiera llorado hasta caer exhausta sobre su cama.

—No, solo que, al no verte esta mañana, me he preocupado.

Eleanor se volvió hacia la ventana, había poca claridad.

—No sabía que fueras tan madrugadora —dijo.

Se incorporó y se quedó unos segundos sentada masajeándose las sienes.

—No lo soy —dijo justo antes de bostezar.

Eleanor estiró los brazos y abrió la boca, contagiada por Danielle.

Estaban demasiado espabiladas para volver a dormir. Dani ayudó a Eleanor a desvestirse, peinarse y cambiarse. Una vez estuvo lista, cruzaron a la otra ala para repetir el proceso a la inversa.

Eleanor ordenó a una de las criadas que se encontraron que preparasen desayuno para tres y lo enviaran a la habitación de Danielle.

—Qué bien se te da.

—¿El qué? —preguntó Eleanor.

—Dar órdenes. A mí aún me tiembla la voz cuando tengo que pedir algo al servicio.

—Elizabeth se ha empeñado, quiere que me adapte para que, cuando llegue a mi nuevo hogar, tenga práctica de sobra.

«Tiene demasiada fe en mí», pensó con pesar.

Entraron a la habitación sin hacer ruido, Leah dormía como un lirón, y la dejarían así al menos hasta que llegara el desayuno.

Para cuando eso ocurrió, Dani ya estaba perfectamente vestida y peinada.

—¿No vais demasiado arregladas? —preguntó Leah, aún con los ojos entrecerrados, moviendo el azúcar que acababa de añadir a su taza de té.

No tomaría nada más, tenía el estómago cerrado por las mañanas.

—Quiero convencer a Elizabeth para ir al pueblo. ¿Te vienes? —preguntó Eleanor, como si ya fuera un hecho que fueran a ir.

—Gracias, pero pasaré la mañana con Clyde. Kendrick también necesita descansar.

La mención del hermano mayor le cambió el rostro a Eleanor. Ambas lo notaron, aunque no lo asociaron a la mala relación que había entre ellos, sino al hecho de que uno de los invitados estuviera convaleciente.

Tras el desayuno, ayudaron a Leah a vestirse.

—¿Por qué no vive Clyde en *Cairn Donn*? ¿Lo he dicho bien? —preguntó Eleanor.

—Sí, hace unos años tuvieron una fuerte discusión, Clyde se fue y se instaló allí. Todos creímos que sería temporal, no lo fue. No sé mucho más, no me contaban demasiado en ese tiempo.

—¿Ahora sí?

—No demasiado, pero al menos no ignoran mis preguntas.

Eleanor asintió y siguió cepillando su cabello. Estaba muy encrespado y le costaba mucho domarlo para poder peinarlo.

—¿Por qué no quiere Kendrick hacer negocios con mi hermano? Es obvio que Clyde sí.

Leah sopesó la pregunta, su hermano no dejaba de insistir en que solo fingía ser su amiga para sacarle información, ella no lo creía y quizá esa pregunta solo fuera curiosidad, pero ¿y si no?

—Conmigo no hablan de trabajo.

—Qué suerte, cuando Heida y yo no nos hablábamos, en cada cena ella le preguntaba a Edward por los negocios, era aburridísimo escucharlo —dijo con los ojos en blanco.

—No sabía que habíais estado peleadas —dijo Leah mirando a Eleanor a través del pequeño espejo de su cómoda.

Eleanor le contó toda la historia, Danielle escuchó atenta, la anterior vez que la contaron no fue con tantos detalles.

Con las tres listas, acompañaron a Leah hasta la habitación de Clyde, no entraron, se marcharon antes de que ella girase el pomo para entrar.

Leah pasó la mañana con Clyde, Kendrick no quiso marcharse hasta que su hermano despertó, casi a la hora del almuerzo.

Eleanor no logró convencer a Edward para ir al pueblo, en cambio, Dani sí a Cillian, que obligó a Harry a que los acompañase.

Cillian parecía la sombra de Dani, y Harry la de Eleanor, ni siquiera en la librería de Ana se quedaron fuera.

—¿No ha venido Elizabeth? —preguntó Ana.

—Se ha quedado con Susan. —No era del todo mentira.

—No ha pasado nada, ¿no?

Que Elizabeth no fuera con ellas era extraño, eran muy buenas amigas y nunca dejaba pasar la oportunidad de visitarla.

«¿Por qué esta mujer muestra tanto interés? y ¿porque le parece extraño que no haya pasado nada? », pensó Cillian aguzando su oído.

Eleanor dudó, pero no le contó nada.

—No, claro que no. ¿Cómo está tu padre?

—Algo mejor —respondió Ana con tristeza.

—Verás cómo se recupera. Por cierto, qué maleducada soy, esta es Danielle —dijo girando la cabeza hacia ella, volvió a girarla antes de hablar—, ella es Ana.

—He oído mucho hablar de ti —dijo Ana.

—Y yo de ti.

Cillian perdió el poco interés que le quedaba por seguir la conversación y ojeó un par de volúmenes en los estantes superiores.

Las tres empezaron a hablar del libro que se estaban leyendo para el club de lectura.

—Es fantástico, yo lo leí hace un par de meses. Me encantaría participar en la reunión, tengo pocas oportunidades de comentar mis lecturas.

—Me temo que la próxima reunión es después de las fiestas —dijo Eleanor.

—Quizá podamos adelantarla, a mi apenas me quedan unas páginas. Podemos preguntar a las demás si ya lo han leído.

Los ojos de Dani se iluminaron como dos estrellas fugaces, que Eleanor guardara silencio era raro, pero cuando se excusó para no adelantar la reunión, le dejó claro a Ana que pasaba algo. Esta reparó en los dos hombres que las acompañaban, no los había visto nunca.

—¿Quienes son? —preguntó en un susurro casi inaudible.

—Cillian y Harry, seguro que Elizabeth te ha hablado de ellos.

Ana asintió con parsimonia.

—¿Por qué no está ella aquí? ¿Está bien Susan?

Eleanor la miró con tristeza, no podía contar nada, había sido la condición de Cillian para acompañarlas. Temía que, si la escuchaba, volverían a casa inmediatamente y no podría averiguar nada.

—Está algo resfriada, nada importante, no te lo he dicho porque no quería que te preocuparas.

—¿Seguro que no es importante?

—Por esto no quería decírtelo.

—Está bien. —Se acercó al oído de Eleanor y bajó el tono aún más—. ¿Te interesa alguno de ellos? —preguntó con los ojos en los caballeros, que conversaban sobre uno de los tomos que Cillian tenía en la mano.

—¿Qué? No —dijo rotunda.

—¿Y a ti? —le preguntó a Dani, que se limitó a poner cara de asco como respuesta—. Entonces no entiendo qué hacen aquí.

—Es el hijo de los duques de Hardwild, protectores de Dani, Cillian es su sombra estos días.

—Sobreprotector, es una buena cualidad.

—No cuando eres la sobreprotegida —dijo Dani, provocando que las tres empezaran a reír.

—Veo que os estáis divirtiendo —dijo Cillian colocando dos libros sobre el mostrador—. Me llevo estos dos.

Ana enderezó su espalda, cambiando la postura relajada de amiga por la profesional de librera, y comenzó a envolver los dos libros. No comentó nada sobre ellos, eran dos novelas de terror y no había leído ninguna.

Dani y Eleanor aprovecharon para mirar unos cuadernos decorados de uno de los estantes.

—¿Queréis alguno? —les preguntó Cillian antes de pagar.

Ambas negaron con la cabeza, y le entregó un billete, estaba cogiendo el cambio cuando la puerta se abrió.

—Qué sorpresa —dijo Lena Fuller, entrando en la librería—. No esperaba verte por aquí, con la casa llena de invitados, supuse que estarías muy ocupada.

—Nos hemos escapado, necesitábamos hacer unas compras.

Eleanor volvió a hacer las presentaciones. Cillian y Harry salieron para esperarlas en la puerta. Con intimidad, pudieron hablar sin tapujos, Lena estaba obnubilada con Cillian, casi le suplicó a Dani que intercediera por ella.

—Solo lo has visto una vez —dijo Dani.

—Si, y nunca había visto un hombre tan guapo —dijo con la mirada brillante.

—Veré si puedo invitarte a alguna de las veladas, quizá puedas llamar su atención —dijo Eleanor, aunque sabía que Edward no lo permitiría.

—Eso sería fantástico.

Cillian, cansado de esperar, las invitó a que salieran para continuar con las compras. Ese fue el único rato en que las dejaron solas, por lo que Eleanor no pudo cumplir su cometido, la verdadera razón de su excursión no era otra que preguntar si habían visto algún forastero.

Tras comprar un nuevo par de medias, y dejar un encargo de Elizabeth al farmacéutico, volvieron a Cursed Manor.

Llegaron justo para acompañar al resto en el almuerzo, estaban cansadas, aun así, asistieron, pues también estaban hambrientas.

Eleanor le confesó a su cuñada que Ana se había quedado preocupada por su ausencia a la librería, también que Lena estaría a la espera de una invitación.

—Ha quedado prendada de Cillian —dijo Dani en voz alta para que él la escuchara.

Para sorpresa de nadie, fueron los hombres quienes mostraron más interés por conocer los detalles.

Eleanor y Dani les contaron entre risas cómo el galante Cillian había conquistado a la señorita Lena con su sola presencia.

Edward prohibió expresamente invitarla, lo que rompió el suave y cálido ambiente.

Una vez que todos dejaron sus cubiertos y dieron el almuerzo por concluido, Elizabeth propuso pasear por el jardín mientras los hombres buscaban el árbol para decorar. Aunque la condesa dudaba si lo decorarían o no, la situación aún era delicada y quizá no pudieran celebrar la Navidad como había previsto.

Alice fue la primera en negarse, estaba cansada, Eleanor y Dani la siguieron, alegando que no estaban acostumbradas a madrugar.

Solo quedaron dos para el paseo.

Eleanor acompañó a Dani a su habitación. Su sentido de la orientación era nulo, se turnaban para acompañarla y que no se perdiera.

—Vendré a buscarte para la cena —dijo Eleanor despidiéndose. Dani asintió con una sonrisa y puso la mano en el pomo, mas no lo giró, un golpe al final del pasillo la interrumpió.

Eleanor, que ya había dado un paso en sentido contrario, se volvió, las dos con la mirada fija en el fondo, expectantes. No ocurrió nada, Dani giró el pomo.

—Hasta dentro de un rato —se despidió y entró.

Eleanor dio dos pasos, pero algo en su interior le impedía avanzar más.

El sonido vino de una de las habitaciones de los escoceses, todas estaban vacías, quizá había sido una criada limpiando.

Las piernas seguían ancladas al suelo.

Un escalofrío recorrió su columna, toda su espalda vibró. Se dio media vuelta y se aventuró hasta el fondo, las habitaciones estaban cerradas.

«Descartada la teoría de la criada».

Empezó a sentirse inquieta.

«Y si es un intruso. El mismo que disparó a Clyde».

Sus pulsaciones subieron descontroladas.

«No me lo he imaginado, Dani también lo ha oído».

«Tengo que avisar a Ed».

Otro golpe interrumpió sus pensamientos, su cabeza se giró hacia el sonido incontrolable. Era la habitación de Clyde.

Con mucho cuidado, dio dos pasos hasta la puerta, apoyó la oreja e intentó escuchar algo. Cualquier cosa que le diera una pista de quién podría ser.

«¿Qué estoy haciendo? Debería correr y avisar a Ed. Pero ¿y si para cuando llegue ya se ha ido? Quizá esté esperando a Clyde. Si es así, no se irá antes de que llegue, y dado que eso no va a suceder, tengo tiempo».

Se disponía a separar su cara cuando la puerta se abrió, se desequilibró y cayó hacia dentro.

Su corazón se saltó un latido antes de desbocarse por completo. Chocó con un torso duro como una piedra, y unas manos se cernieron en sus hombros con firmeza.

—¿Otra vez espiando?

No necesitó levantar la cabeza para saber quién era. Su pulso se calmó, por extraño que pudiera parecer, que fuera él la hizo sentir a salvo.

—Esta no es tu habitación —dijo recuperando la postura. Agitó los hombros con delicadeza, pero no apartó las manos.

—No lo es —dijo repitiendo sus mismas palabras de la noche anterior.

Eleanor colocó sus brazos en jarra, el movimiento obligó a Kendrick a romper su agarre.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó muy dispuesta.

La miró incrédulo, los encuentros con esa damita inglesa estaban siendo irritantemente divertidos.

Había ido a buscar unos documentos de Clyde, demasiadas horas sin hacer nada le estaban pasando factura, al menos con un poco de trabajo las horas pasarían más rápido. Pero su hermano era muy desordenado y le había costado más de lo esperado y dos golpes, uno en la pierna y otro en la cabeza, dar con las carpetas.

—Estaba esperándote —dijo. No le daría explicaciones a esa cotilla sin remedio.

«¿A mí? ¿Por qué? ¿Cómo sabía que iba a venir? Es imposible, está mintiendo».

—Mientes —dijo.

Kendrick dio un paso hacia el frente, ella retrocedió al punto. Como si el movimiento de él provocara la reacción inmediata de ella.

—¿Me acusas a mí de mentir? ¿Tú, que te pasas el día escuchando tras las puertas?

—Eso no tiene nada que ver, y no me paso el día escuchando tras las puertas —respondió sin pensar.

Kendrick dio otro paso más en su dirección, esta vez no le dejó margen, tomó su barbilla y alzó su mentón para unir sus miradas.

Eleanor tropezó al intentar huir de él, quien sujetó sus caderas y la vio tragar la poca saliva que tenía en la boca con dificultad.

—¿Qué te pasa? —preguntó el escocés.

Eleanor estaba muy nerviosa, temía que en cualquier momento su lengua se pusiera a hablar sin ningún control. Su mente iba al máximo, un pensamiento con otro, y este derivaba en otro sin llegar a ningún lugar en particular.

No sabía por qué estaba allí, quizá estuviera buscando algo. ¿Trataría de dar con algo que le inculpaba en su intento de asesinato?

Retrocedió otro paso, estaba justo en mitad del pasillo. Podría girarse, salir corriendo y dejarlo allí solo; lo intentó, pero sus piernas no se movieron. «Traidoras».

No respondía, y Kendrick empezó a pensar que quizá sí que le ocurría algo. No era la primera vez que se quedaba así, de repente.

Volvió a elevar su mentón, y esta vez sus ojos sí conectaron, tenían el mismo tono que el mar de Escocia. Sonrió con el recuerdo de su hogar, su tierra verde, el castillo en lo alto de la colina, la fábrica con sus embriagadores olores, solo llevaba unas semanas fuera y ya lo echaba de menos.

Eleanor no podía seguir mirándolo, era una tortura, su brillo era hipnótico. Desvió sus ojos, se dio cuenta de su error demasiado tarde, al bajar la vista se encontró con sus labios, unos labios carnosos y entreabiertos.

Kendrick malinterpretó la situación, en ese momento creyó que todas las reacciones de Eleanor se debían a que se sentía atraída por él, eso lo explicaba todo, su actitud desafiante, el nerviosismo por su cercanía y el interés por descubrir cosas de su familia, así como la motivación para convertirse en amiga de su hermana.

Por un momento olvidó que era inglesa, una dama inglesa, inclinó la cabeza, sintió el cálido y húmedo resuello que escapó de su boca y actuó sin pensar. La besó, un leve roce de sus labios fue todo lo que necesitó para dejarse arrastrar por la atracción que ejercía sobre él.

Eleanor, totalmente anonadada, no reaccionó, se quedó inmóvil mientras toda una vorágine de sensaciones se expandía por cada partícula de su ser. La lengua de Kendrick dejó un rastro húmedo y cálido por su labio superior, despertando sus ganas por devolverle el beso. Nunca antes había sentido esas ganas, era pura necesidad que surgía de su centro y se expandía con fuerza. Imitó su gesto, notó la sonrisa contra su boca antes de que todo se volviera confuso. Kendrick sujetó su rostro entre sus manos, y profundizó el beso, exploró su dulce cueva, aún se podía saborear el

dulce sabor del té. Eleanor se unió a él en un duelo por dominar el pequeño espacio, sus manos cobraron vida propia, se elevaron hasta su torso, donde su corazón golpeaba con fuerza.

Entregados a sus ganas, de las que ninguno fue consciente hasta ese momento, no se percataron de donde estaban. En mitad de un pasillo, a la vista de todos.

Un portazo rompió el hechizo, Eleanor se llevó la mano a la boca, sus labios hinchados palpitaban, desprendían el calor que escondían sus entrañas. Kendrick, consciente del peligro, se alejó de ella y miró a ambos lados asegurándose de que nadie los hubiera visto, nadie a la derecha, ni a la izquierda.

—Esto no signi… —Eleanor salió corriendo dejándolo con la palabra en la boca.

Corrió hasta llegar a su dormitorio, con el pulso acelerado y los pelos de punta. Jamás, ninguna de las veces en que la habían besado, había sentido cómo se le erizaba la piel, ni se le aceleró el pulso, tampoco sintió ese cosquilleo en el estómago, ¿serían esas las mariposas de las que hablaban en los libros?

Se maldijo a sí misma, había ansiado durante años sentir el efecto del amor, había besado algún que otro lord, en busca de esas sensaciones, sin ningún efecto.

«¿Por qué él?».

«No puede ser él».

«Quizá estoy confundida», pensó llevándose las manos al pecho, el corazón volvía poco a poco a su ritmo.

«Quizá todo esto es solo por quién es, mejor dicho, qué es. Ha intentado que maten a su hermano, no puedo sentir nada por él,

me lo prohíbo».

Divagaba entre pensamientos conexos e inconexos, ya había condenado a Kendrick, sin pruebas, solo con una teoría.

Inspiró profundo, llenando sus pulmones por completo, aguantó unos segundos y lo soltó poco a poco. Repitió la acción hasta tres veces, antes de que su corazón volviera a la normalidad. Solo entonces fue consciente de que aún seguía de pie en mitad de su habitación, se fijó en el reflejo que le devolvía el espejo de cuerpo entero que había junto a su tocador. Su pelo se veía revuelto, sus labios hinchados y sus ojos empezaban a llenarse de lágrimas.

«¿Cómo ha pasado?».

Las lágrimas empezaron a surcar sus mejillas sin control, cogió su cuaderno y fue hasta la cama, se arrellanó hasta apoyar la cabeza en los mullidos cojines del cabecero y sus piernas quedaron totalmente estiradas. Intentó repasar sus notas, pero las lágrimas volvían borrosa su visión. Se secó los ojos con la manga del vestido, necesitaba esclarecer los hechos, había una pequeña brecha que la hacía dudar, que desmoronaba todo lo que hasta ahora había creído.

Recordó una de las conversaciones con Elizabeth hacía unas semanas.

—Entiendo que Alice aceptó casarse para que tú tuvieras oportunidad, pero si ansiabas casarte por amor, ¿porque aceptaste? —preguntó el día antes del aniversario de boda de su cuñada, aún seguía teniendo algunas dudas.

—Ya te he dicho que mi madre me convenció, me hizo creer que mi padre corría peligro —dijo mientras mecía a Susan. Se había acostumbrado a dormir así.

—Si, quizá en el momento, pero no me creo que una semana después aún siguieras pensando así. Nadie sabía que mi padre estaba arruinado, ¿no pensaste que él pagaría la deuda de mi hermano siendo su heredero?

—Sí que se me pasó por la cabeza, pero ya había dado mi palabra —dijo antes de empezar a tararear una antigua nana.

—Alice también y huyó, ¿porque no huiste tú? ¿Ya sospechabas que lo amabas?

Elizabeth sonrió recordando aquellos días que parecían tan lejanos, su hija sonreía con los ojos cerrados, aún no se había dormido. Cuando dormía, su respiración se ralentizaba.

—Ni por un segundo, aunque removía cosas dentro de mí. Mi madre no solo me convenció con el problema de la dote, también me hizo ver que el amor no era como yo creía, como Alice creyó, ella ni por un segundo pensó que su amor no era correspondido y mira lo que le pasó. Mi madre me hizo plantearme esa posibilidad, y si mi amor no era correspondido, y si me enamoraba de un crápula, de un hombre casado… Casi había perdido la esperanza de amar, por eso no me negué.

—Fue por resignación —dijo pensativa. Ella tampoco se había planteado qué pasaría si el hombre que la hacía estremecer no la correspondía.

—Sea como fuera, fue la mejor decisión de mi vida —dijo acariciando la carita sonrosada de Susan.

Esa conversación la había dejado con mal sabor, el tiempo jugaba en su contra y no podría permitirse rechazar a nadie, sus esperanzas de casarse por amor como sus hermanos se esfumaban. En esos instantes empezó a pensar que era mucho peor, ¿y si se

enamoraba de alguien imposible?, porque para ella el escocés no era una opción, jamás estaría a salvo con él.

Volvió a enjugarse las lágrimas y se obligó a calmarse, el sol ya se había puesto y Anais no tardaría en subir para ayudarla a prepararse para la cena, no podía encontrarla en ese estado. Debía calmarse o sus ojos se enrojecerían tanto que todos en la cena sabrían que había llorado. No quería dar explicaciones.

Cerró los ojos e inspiró con fuerza, soltó el aire despacio y llevó su mente a otro lugar, uno al que le encantaba volver cuando soñaba, Stonehenge, desde que su tío la llevó años atrás, había sido su lugar feliz. Se preguntó si algún día volvería, si algún día podría visitar algunas de las otras estructuras que se extendían por el país. Nadie comprendía el misticismo que había tras ellas, la atracción que ejercían atrayéndola como la miel a las moscas, se sentía incomprendida, aun así, nunca perdió el interés.

Con ese dulce recuerdo de su niñez se durmió.



Capítulo 15

Kendrick ojeaba los documentos que el conde les entregó antes del incidente, algunas de las páginas estaban salpicadas de sangre, lo que no impedían la lectura.

Esa tarde su hermano le pidió que se los llevara, junto con su carpeta, eran muchas horas sin poder moverse, la lectura le haría más llevadero el paso del tiempo. Kendrick sugirió algunos libros, pero Clyde se negó, «no me gusta la ficción, crea falsas expectativas de lo que es o podría ser», le dijo.

—¿Qué te parece? —preguntó Clyde impaciente. Hacía unos minutos que se despertó, le sorprendió ver a su hermano leyendo esos documentos, tanto que se frotó los ojos por si la visión le fallaba.

—Demasiado bueno para ser verdad —dijo, dejó la hoja junto al resto y cerró la carpeta de piel marrón oscura.

—Estoy seguro de que puedo conseguir un porcentaje más alto —dijo con un brillo de esperanza en sus ojos.

—No he cambiado de opinión —negó, y dejó la carpeta con las otras.

—¿Seguro? ¿Qué te ha llevado a leerlo?

Kendrick se puso de pie y comenzó a caminar hasta la ventana.

—Solo he echado un vistazo —dijo con la mirada perdida. Las nubes bloqueaban la poca luminosidad de la luna sumiendo la casa en una densa oscuridad que le impedía ver nada—. Parece que se avecina una buena tormenta.

Clyde no respondió, no quería presionarlo, ya era todo un avance que hubiera leído la propuesta del conde, quizá solo necesitaba un poco de tiempo para asimilar que era un buen negocio. Se limitó a observarlo, no tenía nada mejor que hacer. Con porte formal, más erguido de lo necesario, y las manos unidas a su espalda. Inmóvil. Callado. Algo le rondaba la cabeza.

—¿Qué te tiene tan pensativo?

Kendrick no respondió, una cabellera rubia, dos ojos que le recordaban al cielo de primavera, un hoyuelo, una piel tan suave como la lana y un beso habían ocupado sus pensamientos desde hacía horas. Aún se preguntaba por qué lo había hecho, de ser sincero consigo mismo, hubiera admitido que le gustaba, que, contra todo pronóstico, una inglesa había llamado su atención, pero no lo hizo y siguió dándole vueltas, rememorando cómo se había acercado, cómo lo aceptó y respondió al beso. Un beso cargado de pasión, un beso que debería haber asustado a cualquier damisela novata, pero Eleanor no lo era, Kendrick lo supo en cuanto sus labios rozaron los de la joven. Maldijo en voz baja.

—Habla fuerte, no te escucho —dijo Clyde.

—No pienso en nada.

—No me tomes por estúpido. Si no confías en mí, tú mismo —dijo airado.

Kendrick emitió un fuerte y sonoro suspiro, dejando una marca de vaho en la ventana, estaba cansado de discutir con Clyde. Adoraba los tiempos en los que eran los mejores amigos, sin secretos, sin malentendidos, sin peleas. Cerró los ojos, imaginó su amado hogar, prados verdes, las olas furiosas golpeando el acantilado, el frondoso bosque al noroeste, el ruidoso castillo… Un cuerpo femenino se coló en su ensoñación.

Eleanor se contoneaba por los pasillos de Cairn Donn, reía con entusiasmo silenciando el viento atronador, bailaba con gracia sobre la pradera. Agitó la cabeza, como si así pudiera sacarla de allí.

Clyde abrió la boca, cambió de opinión. Si no quería hablar, no insistiría.

—¿Me acercas las carpetas? —solicitó finalmente, incorporándose con mucho cuidado para quedar recostado sobre el cabecero.

Kendrick se acercó hasta la mesa, cogió varias, le preguntó cuál quería y se la entregó de mala gana antes de sentarse en el sillón.

—Es absurdo que os empeñéis en permanecer aquí, estoy perfectamente.

—No te molestes, no me voy a ir —negó entrecruzando sus pies sobre el sillón de enfrente, el que solía ocupar Leah.

—Me tratáis como a un niño —dijo abriendo la carpeta.

—Como a un enfermo.

—No estoy enfermo —gruñó mirándolo intensamente.

—Herido pues. —Rompió el contacto visual echando la cabeza hacia atrás para fijar la vista en el aburrido y anodino techo—. He estado pensando, lo mejor es que nos acompañes a Cairn Donn.

Clyde no se tomó bien la propuesta, bastante suplicio tenía ya con tenerlos vigilándolo allí, como para ir al castillo familiar y multiplicar los ojos puestos en él.

—Tengo trabajo pendiente.

—Pasaremos a por lo que necesites. —Kendrick estaba decidido, lo había hablado con Leah un rato antes, mientras Clyde dormía, ambos estaban de acuerdo en que era lo mejor.

—No puedes darme órdenes. No iré.

—El tío necesita que lo ayudes con unas cuentas, y Callum me pidió que te llevara aunque fuese a rastras.

Su tío y primos no se tomaron bien que no pasaran con ellos las fiestas, como todos los años. Clyde no los visitaba mucho, pero cada Navidad pasaba unas semanas allí. Ninguno lo reconocería, pero lo echaban de menos, y se alegraban de tenerlo allí.

—Un par de semanas —añadió Kendrick.

—Lo pensaré.

Kendrick sonrió, había sido más fácil de lo que pensó.

A Eleanor no le apetecía bajar a cenar, por un momento se planteó excusarse con un dolor de cabeza u otro malestar.

Lo descartó.

Si se quedaba allí, se pasaría las horas llorando, y no quería llorar más.

Fingió estar bien desde que Anais cruzó el umbral de su dormitorio. Contuvo la respiración e intentó pensar en cualquier otra cosa que no fuera el bruto escocés que alteraba todos sus sentidos de un modo inimaginable.

Ese tiempo la ayudó a templarse, y aunque sus ojos seguían enrojecidos, ya no tenía cara de funeral.

Una vez lista, pasó a recoger a Danielle. Volver a ese pasillo le hizo rememorar todo otra vez, agitó la cabeza con fuerza, ahuyentando así los pájaros alborotadores.

Se preguntó si Leah se uniría a ellos como la noche anterior, no fue a buscarla, no quería encontrarse con él.

No tan pronto.

Dani no se hizo de rogar, estaba lista, esperándola. Nada más verla, notó algo diferente, intentó conversar con ella, pero Eleanor estaba inusualmente hermética, por lo que hicieron la mitad del camino en completo silencio.

La cena fue tranquila, estuvo un tanto ausente, y cuando su cuñada le preguntó, no le quedó otra que inventarse un dolor de cabeza.

No podía decirle delante de todos que estaba tremendamente desilusionada. Que quizá hubiera encontrado a su media mitad y era

un imposible.

No podía decirle que uno de los invitados la había besado, había removido todo en su interior y lo más preocupante de todo es que volvería a hacerlo.

Se obligó a sí misma a prestar atención y dejar de marear la perdiz. Poco a poco fue saliendo de su ensimismamiento y participando en la conversación.

Volvieron a hablar de Lena y Cillian. Edward incluso bromeó con mandarle una invitación para cenar al día siguiente.

Cillian ni se inmutó, sabía que no lo haría, y si lo hiciera, estaba acostumbrado a tratar con arpías trepadoras, sabría cómo tratar a una pobre chica encandilada.

—¿Irá a Londres esta temporada? —preguntó Harry, que seguía absteniéndose de beber alcohol.

—Lo dudo, aunque ella estaría encantada —respondió Eleanor.

—Quizá los duques puedan acogerla bajo su ala —dijo Cillian con una sonrisa traviesa.

—Oh, ya veo que te interesa más de lo que dejas ver —dijo Jamie, dándole con el codo a su esposa. Casi derrama el contenido de la copa. La dejó de nuevo en la mesa.

—No digas tonterías.

Elizabeth se mordió los carrillos intentando no reírse, Heida se tapó la boca.

—Has sido tú quien ha sugerido a los duques para que la lleven —dijo Danielle.

Las carcajadas sonaron por todo el comedor.

—Oh, vamos, todos sabéis que solo era para picar a Jamie.

Estaban disfrutando de lo lindo, siempre era Cillian quien se burlaba, por una vez, estaba siendo él el objeto de mofa.

Elizabeth trató de convencer a Edward para invitarla, nadie sabía si lo hizo en serio o para picar a Cillian.

Los lacayos sirvieron el postre, la conversación siguió amena, llena de bromas y piques. Fue un soplo de aire cálido que bien necesitaba Eleanor, un soplo de hogar, familiar y motivador, que le subió el ánimo. Nadie notó sus ojos irritados, ni su actitud derrotista al principio de la noche, o eso creyó ella.

Sonrió al contemplar la estampa, todo reían, hablaban sin cesar, parecían felices, quizá sus vidas no fueran perfectas, pero tenían esos momentos en los que sentirse bien, arropados, seguros y queridos.

—¿Una partida? —preguntó Heida a su gemela. Eleanor no tenía ni el gusto ni la destreza de su hermana al ajedrez, y ella lo sabía, que le propusiera una partida solo podía significar que quería hablar con ella alejada del resto.

—Has estado muy callada —dijo Heida mientras colocaba las piezas una a una con parsimonia.

—Sí, tengo un ligero dolor de cabeza. —Se llevó la mano a la sien y comenzó a masajear la zona con el índice y el corazón.

—Suele pasarte después de llorar —dijo levantando la vista del tablero tras colocar el último peón.

Eleanor no se molestó en negarlo, Heida era su media mitad, nadie la conocía como ella, y no se arriesgaría a volver a causar un distanciamiento como el de unos meses atrás.

—¿No vas a contármelo?

Una maraña de nervios se alojó en su estómago, y se arrepintió de haber comido tanto. Quería desahogarse y contarle cómo se había sentido, si ella se sentía así con su marido, saber si esas sensaciones eran fruto del amor, la pasión u otra cosa. El problema era que no iba a entender por qué, después de tanto tiempo buscando aquel que removiera algo en su interior, lloraba al encontrarlo. No podía contarle lo que había averiguado, pues tendría que confesar que había estado espiándolos, escuchando tras las puertas y sonsacando información a Leah.

—No es el momento ni el lugar —dijo moviendo un peón al azar.

—Podría pasar por tu habitación esta noche —sugirió con la vista en su hermana. Estaba preocupada por ella.

—Tu marido no lleva bien que lo dejes solo por la noche, y prefiero descansar. Mañana. —Heida se quedó mirándola fijamente, intentando detectar si solo trataba de librarse de ella o si realmente no se encontraba con fuerzas de hablar sobre lo que la mantenía alicaída—. Lo prometo.

No insistió, y realizó su movimiento sin mucha estrategia.

—Cuando te cases, tu marido tampoco llevará bien que lo dejes solo por la noche —intentó desviar el tema de conversación.

—Eso si me caso.

—No seas derrotista —dijo retirando el peón que se había comido con su alfil—. Tienes toda una temporada por delante. Unos amigos de Jamie vuelven de su *tour* por Europa este año.

—Ni se te ocurra ejercer de celestina —dijo muy seria.

Heida sonrió con malicia.

—Eso es precisamente lo que pienso hacer. Prim, Violet y tú necesitáis esposo.

—Sácame de esa lista —dijo cruzando los brazos, molesta.

—¿Te recuerdo el consejito que le diste a Jamie? —preguntó con las cejas alzadas. Movió su caballo mirando el tablero de reojo.

Eleanor miró sus piezas, y las de su hermana, podía devolverle el favor y eliminar su alfil, pero sospechaba que era una trampa, aún así hizo el movimiento, nunca le importó demasiado perder.

—Eso no es igual, tú estabas tan enamorada como él, necesitabais un empujón.

—Quizá tú también necesites un empujón. Jaque —dijo con la partida casi ganada.

Eleanor tumbó su rey, era absurdo seguir.

—Admitiré un empujón si realmente estoy enamorada, pero nada de encerronas, visitas inesperadas, ni nada por el estilo —dijo antes de levantarse y dar la conversación por concluida.

No quería ni pensar en cómo sería la temporada después de aquel beso, compararía a todos con él, buscaría incansable un caballero que le hiciera sentir lo mismo.

Recordó cómo la marquesa le dijo a su hermana que no todos los hombres causan los mismos efectos, que ninguno jamás pudo igualar a su esposo, la animó a conocer a Jamie después de saber que la alteraba, fue muy explícita al insinuar que había encontrado a su hombre y con otro no sería igual.

Su hermana tuvo un final feliz, ella no lo tendría, no podía estar con él. Era un amor imposible.

«Amor, que palabra tan grande».

«Apenas lo conozco, quizá solo sea atracción, o miedo; sí, eso debe ser».



Capítulo 16

Faltaban cinco días para Navidad, y la casa aún estaba a medio decorar, Elizabeth había dejado algunas zonas sin decoración para plantearlo como actividad. El árbol que los hombres trajeron se encontraba desnudo en uno de los salones, y todas las borlas y copos que hicieron, en una caja esperando ser colocados.

En esos momentos, con el ambiente enrarecido, no sabía si proponerlo o no. Clyde, a pesar de estar recuperándose, aún no estaba fuera de peligro, por lo que le parecía una falta de respeto festejar. Por otro lado, la posible amenaza tenía a todos intranquilos y alerta. Un sonoro suspiro salió de sus labios.

—¿Pasa algo? —preguntó Alice.

Aún no habían bajado las demás, por lo que Elizabeth se sinceró con su hermana.

—No creo que nadie se ofenda porque pasemos la mañana colocando adornos, y podría mejorar el ánimo de la casa, hasta el servicio parece estar de capa caída.

—¿Lo has notado? Creía que solo era impresión mía.

—¿El qué? —preguntó Eleanor, que acababa de llegar junto con Heida y Dani.

—La tristeza que envuelve la casa —respondió con los ojos vidriosos.

Las tres tomaron asiento frente a ellas.

—No es triste, es solo que no es tan alegre —dijo Heida.

—Lo mismo con distintas palabras. Desde que eres duquesa, te has vuelto de lo más diplomática —bromeó Eleanor mientras se servía una taza de té.

—Serán las clases de Charlotte —dijo Danielle.

—¿Así que clases? —preguntó Eleanor. Su hermana no le había contado nada, se burlaría de ella lo que quedaba de día, aunque en realidad admirara su devoción por honrar el título que ostentaba intentando aprender de una gran duquesa.

—Solo han sido algunos consejos por carta —explicó.

—De verdad, ¿no creéis que hay un halo de tristeza en la casa desde hace días? —preguntó Elizabeth.

—No sabría decirte, es cierto que el ambiente estaba más animado los primeros días —dijo Danielle, intentando ser lo más sincera posible.

Elizabeth se recostó sobre la silla, derrotada.

—No te pongas así —dijo Alice—. ¿Qué os parece si pasamos la mañana decorando el comedor? Pediremos al mayordomo que nos

traiga un par de jarrones y flores de temporada, también podríamos decorar el abeto del salón.

—Oh, eso es fantástico —aplaudió Danielle.

—Le diré a la cocinera que nos prepare chocolate caliente —dijo Eleanor.

—Dicen que es muy difícil de conseguir, y caro —comentó Alice sorprendida.

—Lo es, y muy delicioso —dijo Heida.

—James lo importa desde América, siempre lleva a casa junto con las telas más bonitas y delicadas —añadió Danielle.

—Así es, de no ser porque Edward invierte en la compañía, no podríamos degustarlo, es muy escaso —le explicó Elizabeth a su hermana.

Danielle y Heida fueron a buscar las flores y los adornos, Alice y Elizabeth a pedir a sus maridos que fueran a por un par de abetos más, uno solo se veía muy poca cosa; mientras, Eleanor fue a la cocina y al volver se pasó por la habitación donde se encontraba Clyde. Tocó con energía y esperó a que le dieran permiso para entrar.

—Buenos días —saludó mientras abría la puerta. Se quedó paralizada cuando vio que de los dos pares de ojos asombrados que la observaban ninguno pertenecían a Leah. Recorrió la habitación con la mirada, desde el rincón del hogar hasta el gran ventanal en un absurdo intento por no mirarlo. No tuvo éxito y su mirada quedó anclada a la de Kendrick, tan inmóvil como ella en el umbral de la puerta.

—Buenos días, *milady* —dijo Clyde, al que no se le había escapado detalle.

—Yo… venía para… ¿No está Leah? —preguntó al fin.

Había sido una mala idea, no esperaba encontrarlo allí, o sí, en el fondo de su corazón quería saber cómo reaccionaría al verla de nuevo.

—No —dijo Kendrick seco, hipnotizado por esos ojos que le recordaban al bravo mar escocés.

—Ha ido a desayunar hace unos minutos, aún estará en el comedor.

Tardó unos segundos en reaccionar, romper el contacto y girar sobre sus talones.

Seco, cortante y estúpido, tal y como había sido desde que llegó a Cursed Manor.

«Qué esperabas, boba, que fuera amable y caballeroso. Él no es así».

«No me importa».

«Él no es asunto mío, que sea como quiera».

—Gracias, señor Campbell —dijo antes de cerrar la puerta. Le hubiera gustado especificar que se refería a Clyde y no al mayor, quien había sido extremadamente arisco y borde.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Clyde.

Kendrick se encogió de hombros, como si con él no fuera el asunto.

—Kendrick —insistió.

—Estas inglesas son muy extrañas —dijo con la mirada aún en la puerta. No esperaba verla esa mañana, ni en ningún otro momento si podía evitarlo. Eso había decidido la noche anterior, evitarla. Al parecer, ella no estaba de acuerdo.

—Ya… ¿Y hasta ahora no le ha dado por hacer cosas extrañas?

Por fin volteó la cara para mirarlo.

—No sabemos si ya lo hacía antes de nuestra llegada.

—Dudo mucho que antes de nuestra llegada, la hermana del conde se quedara inmóvil mirándote como si en lugar de ver un hombre estuviera viendo un fantasma —dijo, dejando claro que no era estúpido y que no lo iba a dejar pasar.

Kendrick apartó la mirada para fijarla en la ventana que daba al jardín. Cerró los ojos, se llevó las manos a la cara y masajeó sus sienes. Dormir poco y mal le estaba empezando a pasar factura.

—Prométeme que no se lo dirás a Leah.

—Joder, ¿qué has hecho?

Le contó su último encuentro con ella, también mencionó los anteriores, la conversación que escuchó y cómo siempre aparecía para entrometerse. Su hermano ignoró todo lo que no fuera el beso, justo lo que pretendía evitar contándole todo lo demás.

—¿Por qué lo hiciste? Es evidente que no te gusta, la has tratado con inquina desde que llegamos.

Esa misma pregunta llevaba intentando responder desde entonces.

No era su tipo.

No era escocesa, peor aún, era inglesa.

Hablaba con ese acento esnob que lo sacaba de quicio.

Criada para ser una esposa dócil y sumisa, y aunque a veces no parecía encajar en el molde, seguía siendo una refinada dama inglesa.

A él le gustaban las mujeres fuertes, con personalidad y temperamento, características que encontraba en la mayoría de mujeres de las Highlands.

Tenía predilección por las morenas, aunque había estado con alguna que otra rubia.

—No lo sé —respondió con sinceridad.

—¿Qué pretendes hacer al respecto? —preguntó inquieto. La situación podría complicarlo todo, sus esperanzas de llegar a cerrar el trato con el conde acababan de bajar en picado.

Kendrick volvió a mirarlo.

—¿Hacer de qué?

—Es una dama. Si llega a oídos del conde, podría exigirte que te casaras con ella, o desafiarte a un duelo, o quizá te pegue un tiro directamente.

—Prefiero el duelo.

—No estoy de broma.

—Yo tampoco.

—Aléjate de ella, y reza porque lo mantenga en secreto. —No fue una orden, sino un consejo.

—No tengo la menor intención de volver a acercarme a ella —dijo solemne, sin embargo, no consiguió calmar la inquietud de su hermano.

«Tampoco tenía intención de besarla, y lo hizo», pensó Clyde.

Eleanor encontró a Leah sola en el comedor, algo desanimada y perfectamente vestida. Su ropa no era como la de ella, era mucho más sencilla, pero de confección impecable y favorecedora a su figura de caderas abultadas.

—Te he estado buscando —dijo Eleanor tomando asiento a su lado.

—He pasado a ver a Clyde —dijo extendiendo una fina capa de mermelada de arándanos por la tostada.

—Lo sé, vengo de su habitación. Él me ha dicho dónde encontrarte. —Se mordió el labio recordando la escena que había encontrado al abrir la puerta, esa mirada profunda que aún no había decidido si le aterraba o excitaba, lo que tenía claro era que la alteraba sobremanera.

Se quedaron en silencio, hasta que Leah terminó de masticar. La mesa no era el mejor lugar para una conversación, sin embargo, por las noches, cuando estaba repleta, la conversación fluía en varias direcciones, siempre había alguien dispuesto a retomar el hilo.

—¿Para qué me buscabas?

—Vamos a decorar el comedor y el salón. —Leah miró hacia las figuras navideñas en la cómoda y los jarrones con acebo sobre la mesa. «¿No es suficiente decoración?», se preguntó.

—Este no, el grande.

La casa solo tenía un comedor, era grande y perfecto para eventos y cenas, pero demasiado para el día a día familiar. Elizabeth había adaptado uno de los salones, con una mesa más acogedora, era el que usaban normalmente, y donde se estaban sirviendo los desayunos, ya que los caballeros eran muy madrugadores y desayunaban más temprano.

—También tomaremos chocolate caliente. ¿Te unirás a nosotras? Elizabeth dejó algunas zonas de la casa sin decorar para que pudiéramos hacerlo todas juntas, pero tras lo de tu hermano, no lo creyó conveniente. Esta misma mañana lo ha decidido, tu hermano está mejorando a pasos agigantados, estoy segura de que podrá unirse a nosotras en Nochebuena. ¿Te has enfadado? —dijo Eleanor de carrerilla sin dejar a Leah responder.

—¿Por qué me iba a enfadar? Es comprensible que sigáis con vuestras actividades. —Se llevó el humeante té a la boca, no diría nada más.

—Sí que lo pareces —dijo Eleanor, no lo parecía en realidad, mas sus palabras destilaban molestia.

—Para nada, pero le había dicho a Kendrick que iría cuando terminase. Ha estado toda la noche con Clyde, es justo que tenga un rato libre.

—Puedo mandar a alguna criada que le haga compañía, no es necesario que estéis vosotros todo el día. —Al ver la mirada de su

nueva amiga, añadió—: Solo es una opción, por si necesitáis descansar.

—Gracias. Creo que ninguno estaríamos del todo cómodos sabiendo que Clyde está con una desconocida, en lugar de su familia.

Eleanor asintió, la entendía a la perfección, además de comprender la necesidad de estar cerca de él en todo momento. Se quedó con ella hasta que terminó, Leah pensó que la acompañaría hasta su destino, pero se despidió de ella al principio del pasillo.

—Ya sabes donde estaremos, seguramente nos demoraremos todo el día, serás bien recibida si cambias de opinión —dijo antes de dejarla sola.

Se sintió desdichada, había esperado ese viaje con mucha ilusión, los primeros días fueron maravillosos, excepto por la actitud impertinente de Kendrick, se lo pasó realmente bien, hizo amistades y disfrutó cada reunión, cena y actividad. En Cairn Donn no tenía oportunidad de vivir esas experiencias, no hasta que sus hermanos y primos se casaran y el castillo se llenara de mujeres, algo que estimaba lejano.

Intentó alegrar su rostro antes de reunirse con sus hermanos, pero ambos la conocían muy bien y notaron enseguida que algo pasaba.

—¿Qué te ha dicho? —dijo Kendrick serio y enfadado. Leah lo miró desconcertada—. Esa inglesita ha venido a buscarte, y ahora vienes con la mirada llena de tristeza. Está claro que para lo que sea que te andaba buscando te ha puesto así —añadió el mayor.

—No digas tonterías —dijo moviendo la mano frente a su cara mientras tomaba asiento en el sillón que había hecho suyo durante

sus largas estancias acompañando a Clyde—. Solo me ha invitado a pasar la mañana con ellas.

Ambos hermanos se miraron en una conversación silenciosa, puede que no se llevaran bien la mitad del tiempo, pero había algo en lo que siempre coincidirían, cuidar y procurar la felicidad de su hermana pequeña.

—¿Y qué haces aquí? Vete con ellas —dijo Clyde.

—Sí, yo me quedo.

—No necesito una niñera —espetó malhumorado. No se habían separado de él en ningún momento, hasta al baño lo había estado acompañando Kendrick. «*¿Y* si pierdes el equilibrio y te caes?*»,* dijo no dejándole más opciones que claudicar.

—Pero yo sí la necesito, ¿no querrás que me meta en líos con estos honorables ingleses?

Leah se rio, no dejarían que se quedara allí, los conocía bien, pero se negó para ver el espectáculo que montaban. Le gustaba verlos así, unidos. Eran pocas las ocasiones en las que aunaban esfuerzos para algo.

Salió diez minutos después, con una sonrisa en el rostro y la promesa de una mañana divertida.

—Tus planes se han ido al traste —dijo Clyde.

En los últimos días, la comunicación entre ellos había mejorado considerablemente. Se veían poco y cuando lo hacían, terminaban discutiendo, hasta por carta el tono solía ser hosco y distante. Con el incidente parecía que ambos habían abandonado las rencillas y el aura de complicidad y amistad que años atrás tuvieron se estaba restaurando.

—Mandaré una nota con un criado para posponerlo para esta tarde. —Durante el desayuno, había coincidido con Edward y Jamie, le había dicho al conde que se pasaría por su despacho más tarde. Quería saber cómo iba la investigación sobre el agresor de su hermano.

—No me va a pasar nada por quedarme solo un rato.

—Ya… —dijo, mas no se iría.

—Lo digo en serio, Kendrick. En algún momento tendrás que dejarme solo, además, preferiría volver a mi antigua habitación, la cama era mucho más cómoda.

—No se si será bueno trasladarte.

—Pídele al conde que llame al doctor, él podrá confirmar que todo va bien, que no es peligroso trasladarme y que ya no necesito niñera.

—Ya veo —dijo con una sonrisa traviesa. Su hermano estaba cansado de ellos, quería volver a disfrutar de la soledad.

Tras mucho insistir, cansado, Kendrick le concedió un rato de intimidad, por un momento se planteó llamar a un criado, pero no lo hizo, su hermano era un hombre responsable y consciente, y afirmó poder y querer quedarse a solas.

—Me gustaría saber si hay alguna novedad —le dijo a Edward después de que sus dos amigos, Cillian y Harry, que se encontraban con él en el momento en que llegó, se fueran.

—De haberlas, yo mismo hubiera ido a informaros; me temo que no he conseguido nada.

Edward sirvió dos copas de *brandy* mientras le narraba su inservible visita al alguacil, y lo que le había dicho el doctor Murphy. A Kendrick no le tranquilizó que quien disparó a su hermano buscara al conde, en parte porque solo era una teoría, la más probable, pero una teoría al fin y al cabo. Y mientras se alojaran allí, sus hermanos y él estarían en peligro.

—Hemos tomado medidas. Entradas y salidas están vigiladas, las mujeres no salen sin escolta y algunos vamos armados.

—No me siento más seguro sabiendo que vais armados por la casa —dijo. Apenas los conocía, no sabía si su puntería era buena o pésima, y por lo que pudo apreciar el primer día, al menos uno de ellos era dado a la bebida.

—No tienes de qué preocuparte. No pretendemos darles uso, solo las llevamos por si se produjera otro ataque.

Sus palabras no lo tranquilizaron, ahora no solo tenía que estar pendiente de Clyde, también de Leah. Se maldijo a sí mismo por hacer honor a su palabra, debería haberse negado a ir, en esos momentos estaría en casa, su hermano no tendría una herida de bala y los tres estarían a salvo.

—En peligro y vigilados —dijo de mal humor—. Me gustaría que el doctor examinara a mi hermano, quiero partir en cuanto le sea posible.

—No le culpo, señor Campbell, de estar en su lugar, haría lo mismo. Haré llamar a Murphy.

Kendrick asintió, dejó la copa, tan llena como cuando la recibió, sobre la mesa, acto seguido se puso en pie y se marchó, no tenía nada más que hablar con su anfitrión.

—Me temo que no haré negocios con los Campbell —murmuró Edward para sí mismo. Arrugó uno de los documentos sobre su mesa con saña y lo arrojó al fuego.



Capítulo 17

Kendrick observaba cómo el sol se iba acercando más a la montaña tras la que se ocultaría. Siempre le había gustado contemplar amanecer y anochecer, le fascinaba ver el cielo cambiar de tonalidad minuto a minuto, de la oscuridad más intensa a un claro azul y viceversa.

El doctor se había ido una hora antes, dejando buenas noticias para Clyde y malas para él, se recuperaba mejor que bien, aunque no podrían viajar aún, pero sí que lo animó a cambiar de habitación y abandonar el reposo absoluto.

—Pequeños paseos, de lo contrario, se atrofian los músculos sanos —dijo.

A Leah solo le faltó saltar de alegría, había estado tan preocupada que sintió alivio de verla tan radiante. La mañana de distracción decorando el salón le sentó muy bien. Llegó sonriente y feliz, nada le hubiera impedido contarles lo bien que lo pasó, había probado el chocolate caliente, una delicia dulce y exquisita.

Después de comprobar el efecto de esas mujeres en ella, la obligó a irse y reunirse con ellas para tomar el té.

Clyde insistió en que se marchara, pero esta vez lo ignoró, se colocó frente al gran ventanal y ahí estaba desde entonces, observando en el horizonte el descenso del sol. De vez en cuando, su mirada recorría el jardín, esperando encontrar una sombra, un malhechor al acecho, pero hasta ese momento solo había visto plantas y algún roedor. Su mirada se detuvo en aquel cuerpo envuelto en tela rosa, miró a su alrededor buscando a su vigilante, frunció el ceño al no encontrarlo y algo se removió en sus entrañas.

Volvió a examinar los alrededores, nada, solo ella en mitad del jardín leyendo ese cuaderno que llevaba siempre consigo. Siguió observándola desde su posición, quizá su protector la vigilaba desde alguna ventana; su instinto le decía lo contrario.

«¿Por qué no está tomando el té con las demás?».

Eleanor bajó el cuaderno, miró a su alrededor, comprobando que nadie la observaba, y entonces cambió de camino, uno que Kendrick no sabía a donde llegaba, solo que la perdería de vista en cuanto recorriera unos pocos metros más.

Ignorando la voz que le decía que no era asunto suyo y se mantuviera alejado de ella, se dio media vuelta y, con una excusa absurda, se marchó.

Cuando llegó a ella, comprobó que desde la casa era imposible verla, y dado que no había nadie cerca, supuso que se había escapado.

Sentía curiosidad, ¿qué habría en ese cuaderno? Con el plan de arrebatárselo y comprobarlo, se acercó con sigilo. La suerte no lo acompañaba, unas hojas secas crujieron alertándola de su presencia y fastidiando sus intenciones.

Eleanor emitió un ridículo gritito al verle.

—No pretendía asustarte —dijo riendo abiertamente.

No contestó, cerró su cuaderno y lo apretó contra su pecho con fuerza. El gesto llamó la atención de Kendrick, que, sin perder la sonrisa, enarcó una ceja.

Eleanor sintió la boca pastosa y tragó, nada pasó por su garganta. Sola, lejos de miradas indiscretas, así pretendía estar para poner en orden sus pensamientos.

Durante todo el día no había estado sola ni un minuto, Edward había pasado por el comedor dos veces, Jamie y Colin las habían acompañado en el almuerzo. No podía refugiarse en su dormitorio, aún tenía una conversación pendiente con Heida y esta había estado muy pendiente de ella todo el día. Agobiada, se escabulló por la puerta del servicio en busca de privacidad y un poco de aire fresco.

No esperaba que el causante de todos sus males apareciera para seguir torturándola.

—Pues lo has hecho.

—La próxima vez traeré una campanita para que me oigas llegar —se burló Kendrick, pasaba mucho tiempo con su primo Callum, se le estaban pegando sus bromas sarcásticas.

—Mejor si no hay próxima vez.

Se llevó las manos a la boca, tan sorprendida de su arrebato como él.

Una fría corriente de aire sopló con fuerza, arrastrando un par de mechones de pelo dorado y alborotando la cabellera masculina.

Como si de un hechizo se tratase, ambos quedaron atrapados, Kendrick dio un paso buscando su cercanía, atrapó el rebelde mechón y lo colocó tras su oreja, acariciando su mejilla con suavidad. Eleanor estaba hipnotizada, no podía apartar la mirada, su mente le decía que se alejara, que corriera hacia la casa, pero sus manos, tan traicioneras como sus pies, cobraron vida propia y se alzaron para peinar el cabello cobrizo hacia atrás. Era más suave de lo que pensaba. Otra ráfaga de aire sopló, más débil, lo suficiente para que algunos mechones cayeran por la frente de Kendrick.

Sonriente y con ese aire desenfadado y rebelde era aún más atractivo.

«Seguro que en otra vida fui un ser horrible».

«Esto debe de ser un castigo divino».

Cometió el error de recordar el beso y relamerse el labio.

Kendrick ensanchó su sonrisa y se inclinó hacia ella, acelerando su pulso ya desbocado.

—La habrá —le susurró con voz ronca al oído. Su aliento cálido erizó su piel.

Eleanor no podía moverse, permaneció inmóvil, esperando que decidiera si volvía a besarla o la dejaba allí sola. Kendrick se acercó un poco más y atrapó su lóbulo entre los dientes, tiró suavemente de él.

Con una sonrisa pícara, se enderezó. Estaba tan cerca que arañó su suave piel, desde el ataque no había tenido tiempo para afeitarse.

Sus manos volvieron a traicionarla, acarició su barba, era áspera. Con ella se veía más varonil, más robusto, acentuaba su

sonrisa.

—Te favorece.

Una gota cayó en su mano, otra en su nariz, miraron al cielo, oscuro y cerrado. Otra gota y otra.

—Debemos volver —dijo Kendrick separándose de ella.

Ambos iniciaron el camino a casa, en silencio, cada uno con sus pensamientos. Él preguntándose qué diablos lo había poseído para hacer lo que había hecho, y ella pensando por qué su cuerpo reaccionaba así con él, como si tuviera vida propia y no obedeciera a su cabeza.

A medio camino ya estaban empapados, la lluvia era cada vez más intensa. Eleanor lo miró de reojo, las gotas caían de su pelo, recorrían su cara para terminar sobre su chaqueta, oscurecida de la cantidad de agua que había absorbido. Ella estaba igual de empapada, sin pensarlo mucho, se agachó, agarró con fuerza los bajos del vestido, los subió y echó a correr.

Kendrick la siguió.

Entraron a la casa empapados, Henry los miró perplejo, no había visto salir a Eleanor, esa joven era demasiado escurridiza y temeraria. El mayordomo llamó a una de las criadas para que trajera toallas.

—No creo que sirvan de mucho —dijo mientras estrujaba la falda y un charco de agua se formaba bajo sus pies.

—Estás empapada —Heida apareció en el vestíbulo, llevaba un rato buscándola y en cuanto escuchó revuelo, supo dónde la encontraría.

—Soy consciente. Que suba Anais y prepare un baño. Otro para el señor Campbell —añadió al ver su sombra y recordar que él estaba tan empapado como ella.

—No es necesario, yo acompañaré a mi hermana —dijo Heida sin dejar opción a réplica.

Kendrick se disculpó con Henry por el estropicio, cogió la toalla que le ofreció y se retiró a su habitación.

—Estás chorreando. ¿En qué estabas pensando?

—Estaba paseando cuando ha empezado a diluviar, hace tres minutos no caía ni una gota.

Se quitó el exceso de agua del pelo con una toalla y se descalzó.

—Vamos.

—Elizabeth se va a enfadar cuando vea todo mojado.

—No se preocupe, *milady*, yo me encargo —dijo Henry.

—¿Me explicas qué hacías fuera con el escocés? —preguntó Heida.

—Shhh, aquí no.

—¿Crees que dentro de una hora alguien en la casa no lo sabrá? Henry os ha visto llegar juntos.

—Henry es discreto, no dirá nada —no añadió nada más, ya casi habían llegado a su dormitorio.

Una vez allí, se centraron en deshacerse del empapado vestido.

—No sé si van a poder limpiarlo —dijo Eleanor con un puchero. Ese vestido le encantaba y el bajo estaba completamente negro, tenía barro hasta la altura de la rodilla.

—Quítate también las medias, los pololos y la camisa.

Eleanor tocó las prendas que aún vestía, excepto las medias, que estaban un poco humedecidas, el resto estaba seco.

—Cuando llegue el agua —dijo envolviéndose con una mullida bata.

Heida se sentó en los pies de la cama, y palmeó a su lado para que su hermana se uniera a ella. Eleanor estaba nerviosa, aún no había procesado lo que acababa de pasar, y caminaba en círculos por la habitación.

—No se si debo reír o preocuparme —dijo Heida, observándola con las cejas alzadas y la boca entreabierta.

Eleanor se acercó a la cama por el lateral y, con los brazos abiertos, se dejó caer hacia atrás, cerró los ojos y suspiró, tratando de ordenar todo en su cabeza. Desde el principio, el escocés mostró su animadversión hacia ella, ni siquiera quería que entablara amistad con su hermana; después de besarla, no habían coincidido mucho, pero no parecía que su mala actitud hubiera cambiado. ¿Por qué la había seguido hasta el jardín? ¿Por qué tuvo que hacer eso? ¿La hubiera besado de no haber empezado a llover? ¿Y por qué su mente era incapaz de dejar de pensar en todo eso y centrarse en lo verdaderamente importante? El ataque a Clyde orquestado por su hermano.

Se giró quedando tumbada sobre su costado para poder mirar a su hermana, quien no le quitaba ojo.

Abrió la boca, mas no llegó a decir nada, los lacayos irrumpieron con humeantes baldes de agua.

Heida se mantuvo a la espera, expectante, no quería presionarla, aunque empezaba a impacientarse. No había dejado de parlotear sobre qué se pondría esa noche para la cena y qué peinado se haría.

Eleanor se llevó el bote de aceite de lavanda a la nariz, inspiró con los ojos cerrados, le encantaba ese olor. Añadió unas gotas a la bañera, cerró el bote y lo dejó junto al resto de productos de baño, poco a poco se sumergió en el agua, aún estaba muy caliente.

Heida colocó un pequeño escabel de madera en uno de los extremos, se sentó y colocó una toalla en el borde, donde su gemela apoyó la cabeza. Fue quitándole las horquillas con cuidado. Siempre habían tenido esa conexión especial en la que no necesitaban las palabras, sin embargo, había cosas que sí requerían ser dichas.

—¿Vas a contarme al fin qué hacías fuera con ese escocés? Creía que os odiabais.

—Yo no lo odio —se limitó a decir.

—Eso no responde a mi pregunta —afirmó quitando la última horquilla.

—Puede que él sí me odie a mí, no ha sido muy simpático conmigo desde que llegó.

—Ni contigo ni con nadie, ni siquiera entre los hombres —dijo. Jamie le había hablado de su mal humor, y lo diferente que era

de su hermano, quien se había integrado bien en el grupo masculino.

Eleanor se deslizó hacia abajo para hundir la cabeza por completo bajo el agua, se mantuvo más de la cuenta, y al emerger cogió una gran bocanada de aire para llenar sus doloridos pulmones.

Volvió a apoyar la cabeza, Heida ya tenía preparado el champú, lo dejó caer sobre su cabellera y masajeó el cuero cabelludo para limpiarlo en profundidad.

—Anais es mucho más delicada que tú.

—Quizá porque eres su señora.

—Elizabeth lo es.

—¿No querrás que te acompañe cuando te cases?

—Si me caso, podría proponérselo.

Ya lo había pensado, pero no lo habló ni con su cuñada ni con la doncella. Elizabeth no se opondría, ella se llevó la suya cuando se casó con Edward, fue una cara conocida y de confianza en una casa nueva y extraña. Era muy posible que ella misma lo sugiriera.

—Volvamos al hecho de que has llegado empapada con un hombre, sin acompañante.

—Me besó —dijo a bocajarro.

Las manos de Heida se quedaron paralizadas sobre su cabeza durante unos segundos, volvieron a moverse en cuanto fue consciente.

—¿Bajo la lluvia? Qué romántico —dijo esperando que añadiera más detalles. Eleanor era una cotorra, ¿por qué justo ahora decidía ser escueta con las palabras?

—Hoy no. Ayer.

—Ayer —murmuró Heida pensativa. Los ojos irritados, su desánimo y desgana—. ¿Tan malo fue para hacerte llorar?

Eleanor se incorporó, un mechón de pelo le cayó en la cara, comenzó a sentir picazón en el ojo. Cogió aire y se sumergió en el agua, agitó la cabellera para aclararla y cuando no le quedó más aire, emergió.

Tomó aire de nuevo, y se puso en pie para volver a sentarse de manera que quedó cara a cara con Heida. Le narró su encuentro en el pasillo, el beso y todo lo que sintió, también que esa tarde la había seguido hasta el jardín y lo que había pasado entre ellos. Omitió sus sospechas y temores.

—¡No me lo puedo creer!

—No puedes decir nada, si Edward se entera…

—Lo echará a la calle, y a ti te encerrará en un convento, o puede que os obligue a casaros.

—Solo ha sido un beso, y sabes que no es el primero.

A Heida no se le pasó por alto que su hermana no hubiera puesto el grito en el cielo con la posibilidad de casarse con el escocés.

—¿Te gusta?

—No —dijo observando las ondas que formaban el agua con sus movimientos.

—Mientes.

—No me gusta, aunque puede que me guste cómo me hace sentir —dijo atropelladamente.

—Termina de bañarte, el agua se está enfriando.

Heida se puso en pie, le entregó la pastilla de jabón y fue hasta la cómoda del fondo a por un par de toallas. Una vez fuera de la bañera, le quitó el exceso de agua y se la puso de turbante. Abrió los brazos, con un extremo de la toalla en cada mano, y abrazó a su hermana para envolverla.

—¿Y por qué lloraste ayer? —preguntó mientras la ayudaba con la ropa interior.

—Fue todo muy inesperado.

Eleanor se frotó el pelo con la toalla y la dejó caer al suelo. El pelo húmedo le dio frío, aún era pronto para vestirse, se puso la bata de nuevo. Bien abrigada, se sentó en el tocador donde Heida ya esperaba con el peine y los bigudíes.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó mientras desenredaba la maraña de nudos con suma delicadeza para no dañar el cabello ni arrancarlo.

—Nada, en unos días se irán y no volveré a verle.

Heida se quedó paralizada unos segundos, dejó el cepillo sobre la cómoda. Separó el pelo por mechones y empezó a ponerle los bigudíes.

—No te tenía por una cobarde.

—¿Cobarde?

—Podría ser el amor que tanto has ansiado y lo vas a dejar escapar.

—Él no es tal cosa.

Heida frunció el ceño, ahí había gato encerrado. No la presionó más, aún faltaba para que se marchara, le daría tiempo, y si no reaccionaba, el «empujón».



Capítulo 18

Estaban a punto de pasar al comedor cuando Kendrick apareció y sorprendió a todos, no lo esperaban. Elizabeth avisó al mayordomo y esperaron unos minutos mientras preparaban la mesa para un comensal más.

—Está precioso —dijo Edward al pasar al comedor. Lo habían decorado durante todo el día, era navideño, sutil y elegante.

—Sí, habéis hecho un gran trabajo —añadió Jamie.

—El próximo año nos reuniremos en Henderfield —dijo Heida entristecida, era su primera Navidad casada y no habían decorado su casa.

—Y seremos uno más —dijo Elizabeth.

Edward miró a su mujer al punto.

—¿Estás embarazada?

—No, yo no…

Jamie, que se disponía a tomar asiento, se volvió hacia su esposa aún con la mano en el respaldo, no hizo falta que hiciera la pregunta.

—Yo tampoco —dijo Heida.

—Me refería al esposo de Eleanor.

Con todos los ojos puestos en ella, Eleanor se puso del color de las cerezas. Heida, con una sonrisa en el rostro, no perdió detalle de la reacción del escocés, su postura se endureció y sus ojos, brillantes, no podían apartarse de su hermana.

Pensar en Eleanor con otro hombre lo alteró, se autoconvenció de que solo era por su reciente encuentro.

—Oh, por supuesto —dijo Edward.

Alice azuzó las aguas, aún quedaba todo un año, era muy probable que alguna quedara embarazada, puede que incluso ya hubiera dado a luz.

—¿Cómo te ha convencido para que vengas? —le preguntó Leah a su hermano, sentado a su lado.

Se inclinó hacia ella y habló bajo para que nadie más escuchara, a ojos de todos, bien podría estar confesando un secreto.

—Me ha tirado una zapatilla, y me ha amenazado con algo más grande si no lo dejaba solo.

—Si aún viviera en el castillo, estaría acostumbrado.

No era de extrañar que después de unos años alejado del resto de la familia, no llevase demasiado bien la falta de intimidad.

—El señor Campbell debe de estar mucho mejor —dijo Colin, interrumpiendo a los escoceses.

—Sí, lo está, de lo contrario, yo no estaría aquí —dijo Kendrick tajante. Leah le dio un pisotón por debajo de la mesa, estaba siendo muy desagradable—. En unos días estará como si nada hubiera pasado —añadió forzando una sonrisa para contentar a su hermana.

—Eso es fantástico —dijo Elizabeth—. ¿Cree que podrá acompañarnos en la cena de Nochebuena? Me encantaría que pudiéramos estar todos, y en la celebración de Navidad, por supuesto.

—Seguro que estará deseando distraerse después de tantos días en cama —dijo Edward, estratégicamente, sabía que quería irse en cuanto su hermano estuviera bien, pero si se comprometía a asistir, lo harían, y sería una gran oportunidad para convencerlo de trabajar juntos.

—Prepararemos algo especial en su honor —dijo Heida, sorprendiendo a la mayoría, especialmente a su marido.

Los lacayos sirvieron la cena, no era nada demasiado laborioso, carnes asadas, verduras en guarnición y puré de calabaza.

Todos se deshicieron en elogios hacia Elizabeth, estaba siendo una gran anfitriona.

—Te lo has tomado en serio —le dijo Cillian a Harry, quien había vuelto a servirse agua.

—Os demostraré que no soy un borracho —dijo antes de meterse en la boca un trozo de carne demasiado grande.

—Está llevándolo mejor de lo que esperaba —dijo Edward.

—Yo también estoy sorprendido —añadió Cillian.

Al otro lado de la mesa, la conversación era más femenina.

—Me ha dicho mi doncella que está casi inservible —dijo Danielle, refiriéndose al vestido de Eleanor.

Era sabido por todos que horas antes había llegado empapada, lo que no sabían era que no lo había hecho sola.

Edward la había llamado a su despacho antes de la cena, la regañó más fuerte de lo normal por salir sola, sin avisar y sin escolta. Respiró tranquila cuando comprendió que no sabía nada del escocés, aunque por las miradas que le había dedicado Elizabeth cuando Kendrick hizo su entrada al salón, dedujo que ella sí estaba al tanto. El conde era respetado, pero, sin duda, el personal le era fiel a ella.

—Me ha pasado más de una vez, y los vestidos han sido para tirar —dijo Elizabeth.

—Por eso madre no quería que saliéramos cuando el cielo estaba cerrado, la lluvia no avisa —añadió Alice.

—Me gustaba mucho ese vestido —dijo Eleanor haciendo un mohín.

—A ti te gustan todos los vestidos —dijo Heida.

—Todos no, solo los bonitos —rio.

—¿Otra vez hablando de vestidos? —preguntó Harry, que, situado en mitad de la mesa, podía escuchar tanto a hombres como a mujeres.

—Cuando no son vestidos, son zapatos, sombreros o encajes —se burló Cillian.

—No me extraña que sigas soltero, con esa lengua —replicó Alice, descarada.

—Dios quiera que siga así muchos años —contestó.

—No será así —dijo Danielle—. Tu madre está decidida a casaros a todos, y pronto —agregó llevándose la copa a los labios.

—Estoy muy tranquilo, la próxima temporada estará demasiado ocupada contigo como para preocuparse por mi.

—Y con el heredero —dijo Jamie refiriéndose a su mejor amigo Alexander, el próximo duque de Hardwild y hermano mayor de Cillian.

—Así es —concluyó con una sonrisa traviesa.

—Vosotros rehuyendo el matrimonio y las muchachas desesperadas por casarse —dijo Harry.

—Es la sociedad en que vivimos, si no nos casamos antes de los veinte, nos convertimos en unas parias a las que nadie querrá —dijo Eleanor, la que más cerca estaba de convertirse en una solterona.

—En Escocia no es tan radical —dijo Leah.

—No le hagas caso, son ellas, que se preocupan demasiado, ¿crees que si una mujer me gusta no me casaré con ella solo porque sea mayor de veinte? Claro que lo haré —explicó Cillian.

—Tú quizá sí, pero otros no. Además, tienes la suerte de que los duques estarán contentos con quien elijas y te apoyarán, otros

no tienen la misma suerte.

—Eso es porque en vez de vivir de ellos, viven de las rentas de sus padres y están subyugados, creedme que no os conviene un hombre así —explicó Cillian.

—La próxima temporada tendremos dos bodas, Eleanor y Danielle —dijo Heida mirando de reojo al escocés.

—El de Eleanor lo va a tener más fácil, solo tiene un ogro al que enfrentarse —dijo Harry, refiriéndose a su amigo—, el que quiera conquistar a Danielle tendrá que enfrentarse a siete.

—No a tantos, James siempre está en altamar, Paul en Oxford, y Charlie no se bien en qué anda metido, pero nunca está cuando lo necesito —dijo Cillian.

—Eso deja a cuatro hermanos Rickman —dijo Heida—. Menos mal que nos tendrás a nosotras para ayudarte.

—Parece que estás entusiasmada con esta temporada —dijo Elizabeth.

—Esta temporada estaré casada —dijo, como si eso lo explicara todo, solo las mujeres lo entendieron, podría disfrutar sin presiones, sin miradas puestas en ella, y siendo duquesa nadie se atrevería a juzgarla. Eso sin mencionar que sentía el gusanillo de hacer de celestina.

—Me encantaría poder participar —dijo Leah tras dar un largo sorbo de agua—. Nunca he estado en un baile.

—Yo tampoco —dijo Danielle.

—Si lo deseas, podrías pasar la próxima temporada con nosotros —dijo Heida. Su marido se cuadró, no tenía suficiente con

una pupila, que ahora su esposa invitaba a otra soltera, esta con dos hermanos a los que lo de ogro se les quedaba corto.

—Eso no va a ser posible —dijo Kendrick tajante. Leah se entristeció, y Jamie volvió a relajarse.

—Oh, quizá se sienta más cómoda en Blackwood House, con Eleanor —dijo Heida.

A esas alturas, Jamie ya era consciente de que algo pasaba, su esposa no se metía en asuntos ajenos de esa forma si no tramaba algo.

—En casa serás siempre bienvenida, querida —dijo Elizabeth con una amplia sonrisa.

—Podríais acompañarla, todos los Campbell serán bien recibidos —dijo Edward.

—Es un viaje muy largo y mis hermanos están muy ocupados —dijo Leah con tristeza, sería bonito poder vivir esa experiencia, tras conocer a sus nuevas amigas, la intrigaba aún más, hablaban como si fuera lo mejor de la vida y a la vez lo peor.

—Quizá, cuando te cases, puedas visitarnos con tu esposo —dijo Eleanor—. Este año participarás en la temporada en Edimburgo, ¿no es así?

—Sí, no es tan espectacular como en Londres, pero he oído que organizan un montón de eventos —dijo risueña.

—No entiendo esa tontería de ir a la ciudad a buscar marido —dijo Kendrick, no le gustaba cuando Leah se iba con Clyde a la capital, pero quería pasar tiempo con él, y lo aceptaba; lo de participar en la temporada era otro tema, uno que no llevaba

demasiado bien y, aun así, lo llevaba mejor que su tío Blair, quien se negaba en redondo a dejarla marchar.

—¿Cómo si no conoceré a mi futuro esposo? —dijo Leah, visiblemente molesta.

—Hay buenos hombres en Golspie.

Leah puso los ojos en blanco, no era momento de tener esa conversación, por lo que se limitó a decir.

—Sí, los mejores, pero comparto sangre con ellos.

Las risas sonaron y relajaron el tenso ambiente que se había instaurado. Elizabeth dirigió la conversación a otros temas más livianos y con la llegada del postre, la atmósfera ya era tranquila y amigable.

—Esto está delicioso —dijo Alice—. Necesito la receta para nuestra cocinera.

—Suerte con eso —dijo Heida hundiendo la cuchara en el budín de cerezas.

Tras el postre, pasaron al salón de recreo. Los hombres se quedaron en la barra, mientras las mujeres se repartieron por la sala. Elizabeth y Alice se acomodaron en uno de los sofás centrales, como cada noche, mientras que las gemelas, junto con Danielle y Leah, se sentaron junto al hogar.

—Nos vamos a divertir esta temporada, amigo —dijo Cillian, palmeando la espalda de Harry.

—Tendrás que llevarme a rastras —contestó.

—Vamos, me muero de ganas por ver a estos dos de guardianes. El año pasado te escaqueaste de la mitad de los eventos por la pequeña Susan, este año no tendrás tanta suerte.

—No es para tanto, Elizabeth se encarga de casi todo y con Heida no fue tan mal.

Cillian casi escupe el *whisky* de la boca al escucharlo.

—Al final todo salió bien —dijo Jamie.

—Al final —se burló Harry entre carcajadas.

—Esa nos la perdimos —le dijo Colin a Kendrick.

—Heida quiere proponerle a Eleanor que se quede con nosotros.

Ya lo habían hablado antes de llegar a Cursed Manor, los condes tenían un bebé y ellos, con Violet como su protegida, estarían toda la temporada asistiendo a eventos igualmente. Además, Heida echaba de menos a su hermana.

—Al final vas a tener suerte y todo —dijo Harry.

—No te voy a mentir, estaría encantado, ya sabéis que detesto la capital.

—Vas a dejar que se quede con él, ¿y si las vuelve a confundir? —preguntó Cillian con recochineo.

Jamie olvidó todos los formalismos y le atizó un pequeño puñetazo en el hombro.

—No vuelvas a insinuar tal cosa o te partiré la cara.

—Ahora sí que estoy perdido —dijo Colin, anonadado por la reacción del duque.

Harry tuvo el detalle de hacerle un resumen de cómo Jamie confundió a las hermanas, las besó a las dos y eso causó el problema que propició su boda. Kendrick no se perdió detalle, y Edward, que escuchó de refilón, lo amenazó con cortarle la lengua si volvía a hablar de sus hermanas.

—Si finalmente decide irse con vosotros, deberás cuidar de ella y alejarla de los libertinos cazafortunas —le dijo Edward a Jamie. Bebió lo que le quedaba de *whisky* y dejó el vaso vacío sobre la barra.

—Eso te incluye a ti —le dijo Harry a Cillian.

—Y a ti —contestó divertido.

—Heida está decidida a casarla con un Rickman, buena familia y con residencia cerca de Henderfield, todo ventajas —dijo Jamie, se llevó el vaso casi vacío a la boca y apuró su contenido.

—A tu mujer le queda muy bien el título, seguro que a su hermana también —dijo Cillian.

—No sé si Alexander estará de acuerdo.

—Estáis hablando de mi hermana —interrumpió Edward.

—¿No crees que mi hermano sea bueno para ella? —preguntó ofendido. Rellenó los vasos, excepto el de Harry y Kendrick. Uno bebía agua y el otro aún no había dado ni un sorbo.

—Lo es, pero no creo que ella esté interesada.

—La temporada pasada estaba decidida a ser duquesa —dijo Cillian.

—Ha madurado mucho desde entonces.

Kendrick no sabía si estaba más sorprendido de que el duque hubiera besado a ambas gemelas, de que todos estuvieran al tanto o de que el conde fuera a dejarla al cuidado del duque después de decir abiertamente que pretendía casarla con su amigo.

Fijó la mirada en Eleanor, al final del salón, inconsciente de que hablaban de ella. Observó cómo su hermana se inclinaba y le decía algo en el oído. ¿Cómo no había sido el duque capaz de diferenciarlas? No eran del todo idénticas.

—No te quita ojo —susurró Heida.

—No pienso mirar.

—Porque sabes que es cierto, ¿cuánto tardará en ir a buscarte?

Eleanor se giró para confrontar a su hermana.

—No voy a ir a ningún lado.

—¿Temes que tenga razón?

Heida convenció a Eleanor para que, con alguna excusa, se marchara a la biblioteca, estaba segura de que él la seguiría, su hermana discrepó.

Eleanor se levantó, y con una absurda excusa, se marchó. Heida observó cómo Kendrick no apartaba la mirada de ella, bebía todo el contenido de su vaso, les decía algo a sus acompañantes y se marchaba, sonrió satisfecha.

Eleanor entró en la biblioteca, la chimenea de esa sala siempre estaba encendida. Su hermana había sido muy insistente, y a pesar de no creer que tuviera razón, la curiosidad le picó por comprobarlo.

Su mente le advertía, cada vez que se cruzaba por sus pensamientos, que ese hombre no era bueno, era peligroso y debía alejarse de él, pero su cuerpo le pedía otra cosa.

Cogió un libro al azar y se sentó en el sillón, el hogar le brindaba la claridad justa para leer sin mucha dificultad. Esperó unos minutos, no llegó nadie, Heida se había equivocado, abrió el libro y comenzó con la lectura.

No se concentraba, no pudo terminar ni la primera página, no sabía qué hacía allí sola en lugar de estar disfrutando de una velada con los demás. Había sido una estúpida por creer durante unos segundos que él la buscaría. Cerró el libro, era absurdo seguir allí, pero no podía volver al salón. Bufó frustrada, dejó el libro en el sillón de enfrente y se levantó para ir a su habitación.

A dos pasos de la puerta, esta se abrió de golpe, y un grito escapó de su garganta. Un paso más adelante y le habría dado en toda la cara.

Una figura alta y ligeramente corpulenta apareció en el umbral.

Kendrick había salido del salón, ni él mismo sabía por qué, pero lo hizo. No le gustó saber que ese duque la había besado, tampoco que podría casarse con ese aspirante a cómico o su hermano, los celos lo habían golpeado e invadido.

Le había costado dar con ella, había recorrido tres pasillos y entrado en dos salas antes de llegar allí.

—No deberías estar aquí —dijo Eleanor.

—¿Esperabas a otra persona?

Eleanor no respondió, lo que Kendrick no interpretó nada bien, los celos volvieron a golpearle.

Dio un paso y la abrazó, una mano fue hasta su cintura y la otra a su nuca, ejerció la fuerza justa para pegarla a él.

Los ojos brillantes y los labios entreabiertos eran una invitación al pecado. La besó, no fue suave, la besó con exigencia. Lamió, mordió y succionó sin tregua.

Eleanor se entregó por completo, se agarró a sus hombros cuando las piernas empezaron a flaquear. No podía apartarse de él, acarició sus fuertes hombros, una de sus manos subió hasta su pelo, seguía tan suave como el día anterior.

Kendrick se separó para coger aire, y observó su rostro, sus mejillas coloreadas, sus labios hinchados y húmedos se veían aún más jugosos, una dulce fruta pecaminosa. Al verla relamerse con los ojos llenos de deseo, su entrepierna reaccionó.

La deseaba.

Hacía mucho que una mujer no le afectaba de esa forma.

—No me has contestado —le susurró al oído, los celos de que pudiera haber estado esperando a otro aún le carcomían.

—No esperaba a nadie —mintió. Aún le quedaba un poco de sentido común como para no revelarle que lo esperaba a él.

Atrapó el lóbulo entre sus dientes y lo lamió. Un gemido escapó de los labios entreabiertos de Eleanor, la atrajo más a él,

sintió su corazón acelerado y sonrió sobre su cuello.

Dejó un húmedo beso tras otro sobre su aterciopelada piel, recorriendo un camino invisible mientras deslizaba su mano hasta su clavícula, donde hizo espirales.

Eleanor estaba extasiada, esas sensaciones que se apoderaban de ella eran nuevas e intensas. El calor, el hormigueo en su vientre y las corrientes que la recorrían desde donde él la besaba o tocaba hasta sus partes más íntimas. Le gustaba en la misma medida que la aterraba. Apretó los muslos uno contra el otro y se mordió el labio en un acto desesperado por serenarse.

Sin darse cuenta, le había bajado el escote y su pecho amenazaba con salirse del vestido. Kendrick introdujo un dedo bajo el dobladillo, acarició su endurecido pezón, otro gemido escapó de su garganta.

Las ganas por tenerla desnuda bajo él, para besarla y explorarla a placer, le devolvieron el sentido común. Se alejó de ella, dio un paso atrás, y sin decir ni una sola palabra, se giró y cruzó el umbral, dejándola sola y abandonada con todas las sensaciones que había despertado en ella.

Eleanor sintió frío, un crudo y vacío frío que no había sentido jamás. Con las lágrimas pujando por salir, colocó bien su vestido, se sintió estúpida e ingenua, había quedado a su merced, él cogió lo que quiso, sin preguntar ni pedir permiso, y se marchó.

Escuchó pasos en el pasillo, su pulso se aceleró pensando que era él que volvía, pero se equivocó.

—¿Estás sola? —preguntó Heida, extrañada, al asomarse y ver a su hermana sin compañía.

Eleanor no pudo contenerse, se abrazó a su hermana y dejó que las lágrimas corrieran libres por sus mejillas.





Capítulo 19

Kendrick fue directo a su dormitorio, en su estado no podía volver al salón. Parecía un adolescente incapaz de controlar sus instintos.

«No puede volver a pasar».

«Me mantendré alejado de ella».

«Es una dama, ¡una dama inglesa!».

«No puede gustarme».

El universo se burlaba de él, había estado con cantidad de mujeres y ninguna lo había alterado tanto con un solo beso. Hizo memoria, buscando en sus recuerdos si alguna vez se había sentido así, esa ansia por devorarla y a la vez por complacerla. Siempre había sido un amante generoso, daba en igual medida que recibía, pero con ella era diferente, no era por reciprocidad, era distinto.

Se prometió a sí mismo evitarla, no volver a quedarse con ella a solas bajo ningún concepto.

No tardó ni veinticuatro horas en romper la promesa. Paseaba con Clyde por el jardín cuando se topó con Leah, Eleanor y Danielle, Cillian las observaba a unos metros de distancia.

—No deberías estar aquí —reprendió Leah a su hermano.

—El médico me dijo que diera pequeños paseos.

—Eso no es salir a pasear como si nada. Es demasiado. ¿Cómo lo has dejado? —preguntó al mayor.

—Esto… Tengo que hablar algo con Cillian —dijo Danielle. Esa era una conversación entre ellos, debería ser privada—. ¿Me acompañas? —preguntó a Eleanor.

El monstruo grande y verde volvió a la carga, y Kendrick actuó sin pensar.

—Tengo que hablar con *lady* Eleanor —soltó antes de que ella aceptara.

Un escalofrío la recorrió entera, era la primera vez que pronunciaba su nombre, con su voz grave y ese acento tan cerrado casi podría ser otro. Que sonara diferente en sus labios le gustó.

Sus hermanos lo miraron, a cual más sorprendido, Leah, al igual que todos, pensaba que la detestaba, como a los demás, y Clyde, que sabía qué había pasado entre ellos, comprendió que no se lo había contado todo.

Danielle miró a su amiga y cuando esta asintió, se marchó; Cillian les hizo un gesto que venía a significar que ahora serían ellos los encargados de vigilarlas y arrastró a Dani al interior, donde no tenía que perseguirla para que estuviera a salvo.

—¿De qué se trata? —preguntó Eleanor.

Kendrick no contestó, y Clyde, creyendo que necesitaban intimidad, convenció a su hermana para que lo acompañara a su dormitorio.

—Hace frío, si no vas a decir nada, me marcho dentro —dijo con Clyde y Leah en el camino aún, pero lo suficiente lejos como para no escucharles.

—No se puede repetir —dijo al fin con la mirada fija en uno de los rosales.

—Entiendo.

Kendrick no contestó. Eleanor sintió curiosidad y siguió la dirección de su mirada. Era el rosal misterioso, el único que conservaba flores.

—Es extraño, ¿verdad? He intentado averiguar cómo es posible, pero no he encontrado nada. Parece magia.

El escocés no sabía que se refería al rosal, pensó que hablaba de ellos, de su evidente atracción.

—La magia no existe, solo es deseo —dijo tajante.

Eleanor no entendió la última parte, no tenía sentido, mas no contestó. Tras unos minutos en silencio, el castañeo de sus propios dientes la hizo reaccionar y salir de su ensimismamiento. Sin decir ni una palabra, inició el movimiento, un paso, dos, no dio un tercero, pues una mano firme se cernió sobre su brazo y la detuvo.

Kendrick volvió a besarla, expulsó todo el frío que sentía para irradiarla con un ardor tan implacable como el fuego.

Se separaron por la falta de aliento, esta vez fue Eleanor quien echó a correr abrumada.

Más tarde, después de la cena, fue ella quien lo siguió e interceptó en el pasillo que llevaba a su dormitorio. Había estado toda la tarde dándole vueltas, ¿por qué le decía que no se repetiría para minutos después besarla?, ¿por qué se marchó dejándola sola, para al día siguiente propiciar que se quedarán solos? No entendía nada y necesitaba entender qué pasaba, porque le estaba impidiendo seguir con su investigación y era importante saber si realmente él era quien quería librarse de su hermano. ¿Cómo era posible que se sintiera tan atraída por alguien así? Debería estar aterrada, sin embargo, cuando estaba entre sus brazos, se sentía segura, más segura de lo que se había sentido nunca.

Quizá estaba mal de la cabeza, como su madre. Quizá acabaría encerrada en la clínica del doctor Lyon, igual que ella.

Su intención era confrontarlo, quería saber si, como a ella, a él también le invadían esas sensaciones tan incontrolables, pero de su boca no salió ni una sola palabra. No pudo. Otra boca abordó la suya acallando todas sus preguntas y dudas durante lo que duró el encuentro.

A Kendrick le costaba cada vez más controlarse, no dejaba de pensar en ella, en sus labios, su piel, deseaba ver su cabello suelto sobre su espalda desnuda, deseaba estrujar sus pechos, lamer sus pezones. Un mordisco lo sacó del embrujo, su pequeña *brathaidh* era cada vez más atrevida.

—No deberías haber venido, pequeña *brathaidh.*

—¿Que significa *bratheid*?

Kendrick se carcajeó, era común que los ingleses no supieran pronunciar el gaélico. Ella sonaba tiernamente ridícula, fue imposible no reír.

—Te ríes de mí —dijo, dolida, haciendo un puchero.

La culpabilidad se instauró en su pecho y le pellizcó una de las arterias directas al corazón. Tomó su rostro entre sus manos, quería borrar el dolor de sus ojos.

La besó con dulzura, un beso suave y cálido.

—Ha sido muy gracioso. Te lo diré cuando me digas qué hay en ese cuaderno que escondes tan celosamente.

Eleanor se quedó paralizada, en el cuaderno tenía notas de todo tipo, sus locas teorías del rosal, mitos sobre los círculos de piedra, una lista de algunos de los caballeros a tener en cuenta esa temporada, y por lo que siempre intentaba mantenerlo oculto y alejado de él, todo lo que había averiguado sobre el intento de asesinato de su hermano y sus sospechas sobre su persona.

—Ahora sí que quiero saber que escondes ahí —dijo. Le dio un beso en la punta de la nariz. Dejó caer sus manos y retrocedió unos pasos—. Márchate.

Eleanor se fue enfurruñada, no había aclarado nada y no le gustaba que tuviera ese poder sobre ella.

«¿Dónde estaba la Eleanor descarada y decidida que lo enfrentó los primeros días?».

«Debe de estar por ahí dentro».

«Escondida entre hormigueos y palpitaciones».



Capítulo 20

Eran las cuatro y cinco de la tarde y las damas, casadas y solteras, esperaban que una de las criadas llegara con té y pastas. Elizabeth lo servía cada día; en realidad, lo que le gustaba era el momento en sí, compartir una merienda con amigas, familia o ambos.

Su madre lo hacía, y ella continuó con esa costumbre.

Danielle les contaba muy animada que para la temporada renovaría vestuario, y tenía algunas ideas muy concretas de lo que quería. Heida no prestó mucha atención, se interesó por Leah, más concretamente por su familia y hogar. Si Eleanor por fin había encontrado a su hombre, quería estar segura de que estaría bien. No se opondría de lo contrario, y tampoco serviría de mucho, pero al menos podría alertarla, e intentaría ayudarla en todo lo posible.

Averiguó que vivía rodeada de cuatro hombres, tres solteros y un viudo, todos la cuidaban y protegían, se preocupaban por ella, en muchas ocasiones le resultaba agobiante.

Eso decía mucho de ellos, no para todos era importante el hecho de ser familia y compartir sangre. Un claro ejemplo era su

amiga Prim, vivía con su familia y la maltrataban constantemente. El tío la ignoraba, la tía no la quería y la trataba fatal, pero solo su prima disfrutaba maltratándola. Las malas personas también tienen familia, y no dejan de serlo por nada ni nadie.

Los Campbell no lo eran por como hablaba Leah de ellos, solo tenía palabras de cariño y amor.

—¿No habéis pensado en cambiar el nombre? Cursed Manor es algo terrorífico —dijo Leah.

—Oh, fue Edward quien se lo puso —dijo, apuró el té y dejó la taza sobre el platillo decorado con una cenefa de flores azules a juego con la taza.

Elizabeth estaba aprovechando la visita para lucir los diferentes juegos que poseía.

—Todo el mundo ya la llamaba así, él solo puso la placa en la puerta —explicó Elizabeth.

—¿Y no os da miedo?

En ese momento, el fuego crepitó con fuerza, el estruendo hizo que más de una dama diera un repullo, las otras rieron con disimulo.

—No creo en esas cosas —dijo Elizabeth.

—Eleanor se empleó a fondo intentando conseguir cualquier información, no obtuvo nada. No sabemos por qué la llaman así.

—Bueno, algo sí averigüé, ha habido más de cuatro dueños en los últimos veinte años —explicó Eleanor.

Leah estaba algo consternada.

—¿Cómo obtuviste la información?

—Interrogando a todo el que se cruzó en su camino —contestó Heida por ella.

Rememoró aquella época, todo el mundo la evitaba; por allí donde iba, preguntaba sin una pizca de vergüenza.[SC1] Interrogó a todo el personal de casa sin excepción, también a las chicas del club de lectura, y, ni corta ni perezosa, a cualquiera del pueblo que cruzara un buenos días con ella. La discreción nunca estuvo entre sus cualidades a destacar.

—Al boticario, al médico, a la modista —dijo Elizabeth.

—No te olvides de Ana y su padre —añadió Heida. Sonrió al recordar su cara, un hombre muy escéptico, le faltó poco para llamarla estúpida.

En realidad, Eleanor nunca pensó que la casa estuviera maldita, fue su incesante interés lo que hizo que todo el mundo pensara que era una temerosa creyente.

Algunos incluso inventaron que buscaba información para tratar de romper la maldición.

—He oído mucho hablar de Ana, esperaba conocerla en estos días —dijo Alice.

—¿Quién es Ana? —preguntó Leah.

—Es la librera del pueblo, y mejor amiga de Elizabeth.

—¿Una librera es la mejor amiga de una condesa? —preguntó con las cejas alzadas. Esa familia no era como había imaginado. Habían abandonado los formalismos al poco de conocerlos, para nada eran rectos y estirados, ni sosas y aburridas.

—Como habrás comprobado, Elizabeth no es una condesa común —dijo Eleanor antes de meterse medio pastelito de limón en la boca.

—Es la única que conozco —dijo sin pensar. Le pasaba bastante, hablaba y después pensaba. La mayoría de las veces metía la pata y sus pensamientos eran para encontrar la mejor forma de arreglar el estropicio.

—Ana fue un rayo de luz en un momento de oscuridad, me ayudó mucho, y es una maravillosa persona, mi título no va a impedirme ser su amiga.

La amistad, como el amor, surge en cualquier lugar, y, en ocasiones, entre personas de distinta clase. Muchas hubieran rechazado una amistad así, no hubiera prosperado en un principio, pero Elizabeth era diferente, miraba más allá, veía a la persona tras el título, profesión o cualquier otra cosa que la encasillara.

—Ves, nada convencional —dijo Eleanor.

—Si mañana hace buen tiempo, podríamos ir al pueblo —propuso Alice, que recordó de pronto que necesitaba algunas cosas.

—No sé si es el mejor momento —dijo Heida.

—No lo es, prefiero ir cuando no tengamos que llevar escoltas —dijo Elizabeth.

—Estos hombres nuestros se pasan de protectores —dijo Alice—. Mandaré a mi doncella.

Eleanor miró con disimulo hacia la ventana, no quedaba mucho para el atardecer, con una excusa muy pobre y cuaderno en mano, se marchó. Le costó más de lo habitual salir al jardín, en pocos días sería Navidad y había mucho ajetreo en la cocina. Las

criadas no dejaban de entrar y salir, esperó escondida a que la puerta estuviera despejada.

Allí se planteó si estaba haciendo lo correcto.

No dejaba de darle vueltas a todo, había algo en su interior que la empujaba a él. Cada día, al despertar, él ocupaba su primer pensamiento, sus ojos brillaban con el recuerdo de sus besos, de sus manos acariciando su cuerpo. El brillo se disipaba por completo al ver su cuaderno sobre la mesita de noche, en él había anotado todo cuanto sabía del escocés y todas las pistas que apuntaban a que era el culpable.

Entonces, el brillo volvía, pero de un modo muy distinto, lágrimas que amenazaban con salir.

Se mordió el labio inferior, quizá fuera mejor alejarse de allí, correr a su dormitorio y dejar de verlo. Alejarse de él. No era la primera vez que se planteaba algo así, en realidad, lo hacía varias veces al día desde que se besaron.

Siempre ganaban sus ganas.

Corazón contra razón, una lucha que empezaba a hacer estragos en ella.

Los pasos de las criadas se perdieron por el pasillo, ese era el momento que había estado esperando, era el momento de decidir si salir o volver al salón.

Cogió aire y, con paso ligero, cruzó el umbral. Se cuidó mucho de no ser vista desde las ventanas; cuando llegó al banco donde solían verse, él aún no había llegado.

Sentada, miró hacia el camino, no había ni rastro de Kendrick, pero sabía que iría, siempre lo hacía, igual que ella. Abrió su

cuaderno y repasó todas sus notas otra vez, las páginas estaban más gastadas de lo que deberían de tanto manosearlas.

—Otra vez con la nariz en ese cuaderno.

Eleanor dio un respingo y lo cerró de golpe. Kendrick le ofreció su mano, ella dejó el cuaderno sobre el lado contrario del banco, aceptó su mano y no opuso resistencia cuando el tiró para ponerla en pie.

—Con algo tenía que entretenerme —dijo poniéndose de puntillas y soltando su mano para llevarla hasta su suave cabellera. Llenó sus pulmones de aire para lo que acontecía, su olor la envolvió y sus comisuras se elevaron sin poder remediarlo.

Sus labios se unieron en un beso profundo y voraz, fruto del deseo que ambos sentían. Kendrick estrechó las manos en sus caderas, y la atrajo hacia sí, quería que fuera consciente del efecto que provocaba en él.

Sentirlo era una mezcla entre excitación y expectación. En todos sus encuentros se preguntaba si algún día llegarían hasta el final.

¿Quería? ¿Quería que fuera él el primero a pesar de qué no sería el último? ¿Estaba dispuesta a asumir ese riesgo? Tras ese paso no había vuelta atrás. Si ya tenía difícil encontrar matrimonio, con esa mancha sería casi imposible, al menos, con alguien respetable y que no fuera de edad muy avanzada.

¿Estaba dispuesta a correr todos esos riesgos por él?

Aún no tenía las respuestas a todas esas cuestiones.

Se separó unos centímetros para tomar aire y calmar su pulso, casi no podía creer lo que su cuerpo se alteraba con él. No

dejaba de preguntarse por qué él, por qué con él sentía todo eso y no con los otros hombres por los que se interesó en el pasado.

—Anochecerá pronto —dijo Kendrick. Movió sus manos hasta atrapar las solapas del suave abrigo femenino y cerrarlo al completo —. Hace frío —añadió.

Eleanor había descubierto esa faceta que se esforzaba por ocultar. Era atento, protector y solícito.

Aún no sabía cómo encajar esa parte tan tierna, ya no era tan arisco como los primeros días, quizá su mal humor se estuviera disolviendo poco a poco, creerse el motivo de aquello la ponía nerviosa.

—Según tengo entendido, en las Highlands es peor.

—Hace más frío, pero ¿por qué es eso peor?

—¿Te gusta el frío? —preguntó con el ceño fruncido.

Kendrick se carcajeó, era tan expresiva que no hacía falta preguntarle qué pensaba.

—No especialmente.

—Entiendo.

Kendrick cogió sus manos y se abrazó la cintura hasta que quedó completamente pegada a él.

—¿Qué es exactamente lo que entiendes? —preguntó con la ceja alzada y la sonrisa pícara que tanto gustaba a Eleanor.

—¿Te gustó yo especialmente? —preguntó con voz melosa.

—Eres muy curiosa, pequeña *brathaidh* —dijo. Inclinó su cabeza hasta llegar a la curva de su cuello. Lo besó—. ¿Tu qué crees? —Lo besó de nuevo—. ¿Crees que estaría aquí si no me gustaras especialmente?

Siguió besándola mientras Eleanor trataba de pensar una respuesta coherente.

—El frío no te gusta especialmente y estás deseando volver.

—Me gusta mi hogar, Cairn Donn, la destilería y tú —susurró cerca de su oído, cada palabra más grave y ronca que la anterior.

Un gemido escapó de su garganta cuando mordió su lóbulo y tiró de él con suavidad.

El viento gélido agitó su cabello, unos mechones se soltaron del recogido y le enmarcaron el rostro.

—Volvamos —dijo él. Atrapó uno de los mechones y lo colocó tras su oreja, repitió la acción con otro mechón en el otro lado de la cara.

Eleanor asintió con el corazón derretido.

Uno al lado del otro, sin llegar a rozarse, pero sin espacio entre ellos, emprendieron el camino.

—¿Cómo es una destilería?

—Un montón de salas, y en cada una se hace parte del proceso de elaboración —explicó. Podría haberle descrito cada sala y qué se hace en cada una de ellas, mas no lo hizo—. Si alguna vez vas a las Highlands, te haré un *tour* privado.

Una imagen anidó en su cabeza, y le gustó. Eleanor paseando por la destilería, con su vestido rosa y mirada curiosa preguntando por todo.

—Leah me ha contado que tú elaboras el *whisky* y Clyde se encarga del papeleo, ¿no se te dan bien los números?

Eleanor había vuelto a la investigación. Necesitaba más información, cerrar los huecos.

—No.

—Si quisiera cambiar de profesión, tendrías que aprender, ¿no?

Kendrick la miró como si le hubieran salido dos cabezas más.

—Clyde no va a cambiar de profesión.

Eleanor tuvo que pensar rápido otra hipótesis.

—Y si se enamorase de una inglesa y se mudase a Londres —improvisar no era su fuerte.

Bien podrían haberle salido otras tres cabezas.

—Eso no va a pasar, aun así, ¿la costumbre no es que la mujer se mude al hogar del marido?

—Así es. Y si él quisiera encargarse de la producción, ¿aceptarías intercambiar vuestras tareas?

—Estoy empezando a pensar que has estado espiando a Clyde y sabes algo que yo no —dijo Kendrick molesto.

No con Eleanor.

—No, no, es que se me hace raro que te guste el trabajo de despacho.

—Lo detesto. Soy como mi padre, a él tampoco le gustaba, ni la elaboración, nunca llegó a involucrarse.

—¿Tú sí? —preguntó, arrepentida de no haber sido más directa. Casi habían llegado a la entrada principal.

—Me gusta participar en el proceso —dijo subiendo la escalinata—. No solo eso, he alterado la receta en tres ocasiones, las dos primeras fallidas, pero la última tiene mucho potencial.

Eleanor no pudo contestar, la puerta se abrió de golpe, Henry la había estado buscando por toda la casa. La condesa quería hablar con ella.

Con la recuperación de Clyde y su unión a los eventos, el ambiente se volvió festivo. La primera noche que Clyde cenó de nuevo en el comedor, improvisaron un pequeño baile. Alice tocó el pianoforte mientras las demás bailaban. No fue fácil convencer a los hombres, para sorpresa de todos, Harry fue el primero en ofrecerse, esa noche había roto su abstinencia, no podía brindar con agua, daba mala suerte. Clyde fue el único al que le permitieron no bailar, hasta Colin, que creyó que se libraría ya que su esposa tocaba, fue arrastrado por su cuñada a la improvisada pista. Kendrick dio toda excusa que se le ocurrió, pero Leah no aceptó su negativa.

En los pequeños momentos en los que Eleanor coincidía con él, su corazón se aceleraba. Sus manos se unían con silenciosas caricias, tras cada giro, sus ojos llenos de deseo se encontraban una y otra vez conectados por un cordón invisible.

Esa noche volvieron a encontrarse, se había convertido en su pequeño ritual, Eleanor salía al jardín, sola y sin vigilancia, Kendrick no tardaba en unírsele. Por las noches, cuando uno de los dos se marchaba, se quedaba a la espera de que el otro saliera en su busca.

Tórridos encuentros cada vez más intensos, era el escocés, tras cruzar una nueva barrera, quien ponía fin. Eleanor se deshacía en sus brazos, le encantaba descubrir beso a beso sus facetas, apasionada, cariñosa, intensa, atrevida, era buena alumna, desde su primer encontronazo había aprendido mucho, al punto de poder pasar por una experta cortesana en el arte de la seducción.

Una aventura que creían secreta, pero un pares de ojos observaban cómo ese par se iba enamorando, ellos lo negarían, por supuesto, ninguno sería capaz de admitir lo evidente.

Eleanor no podía haberse enamorado de alguien capaz de propiciar la muerte a su hermano. Era por las noches cuando esos pensamientos la asaltaban y los nervios se alojaban en su estómago, en más de una ocasión, vomitó toda la cena.

«Imposible. No puedo estar enamorada, no de él», se decía continuamente.

Y Kendrick era incapaz de admitir lo que una dama inglesa despertaba en él, que era ella de entre todas quien se había colado bajo su piel y le aceleraba el pulso.

«Imposible. No puedo amar a una *sassenach*», se repetía cada día.



Capítulo 21

Era el día de Nochebuena, toda la casa olía a delicia, una mezcla entre los abetos decorados que habían colocado en varios salones y la comida que llevaban preparando desde primera hora de la mañana. Era un día especial y Eleanor había planeado pasar una tarde de chicas para preparase juntas, por lo que adelantó su encuentro con Kendrick a la mañana. Le mandó una nota con una criada, informándole que saldría a pasear para aprovechar el buen tiempo.

—¿A dónde vas? —preguntó Heida al cruzarse con ella en el pasillo.

—A dar un paseo.

—¿Sola?

Eleanor examinó el pasillo en ambas direcciones, no habló hasta cerciorase de que nadie las escuchaba.

—No lo estaré mucho tiempo.

Heida estaba preocupada, cuando días antes animó a su hermana a ir más allá con el escocés, no se refería a verse de manera clandestina, sino a un cortejo formal.

—Hablemos —dijo extendiendo su brazo—. Te acompañaré hasta que llegue.

—Jamie te matará si te ve sola fuera.

—No te preocupes, yo sé ocuparme de mi marido.

Eleanor aceptó su brazo e iniciaron el camino hasta el jardín, por la puerta trasera del servicio.

—Creo que te estás equivocando, nada bueno puede salir de vuestros encuentros. Se irán en unos días, y entonces ¿que?

—Entonces seguiremos con nuestras vidas —dijo mirando hacia aquel rosal, ni ella misma sabía si podría seguir con su vida después de él.

—Él quizá, tú te aseguro que no.

—Claro que sí, me quedaré aquí preparándome para la temporada —dijo con poca convicción.

—Te conozco, Eleanor. He visto cómo lo miras.

—No lo miro de ninguna manera —la interrumpió—. Sé lo que hago. Antes era una debutante más que no sabía nada, ahora sé cómo seducir, me será más fácil encontrar un marido.

Heida se tensó, dio un tirón de su brazo deshaciendo el agarre de su hermana y se giró para confrontarla.

—Eleanor —murmuró apenas sin voz, casi un susurro ahogado.

Se volvió para mirarla antes de hablar.

—No te alarmes, sigo conservando mi virtud.

Unos pasos las advirtieron, él estaba cerca.

—Seguiremos hablando más tarde —dijo Heida. Se despidió de ambos y se marchó a paso ligero.

Kendrick miró a Eleanor, preocupado, hasta ese momento creyó que nadie estaba al tanto de sus encuentros.

—Es Heida, no dirá nada —dijo confiada.

—¿Seguro?

—¿Tan malo sería?

Ni ella supo por qué hizo la pregunta, o tal vez sí, pero no estaba preparada para aceptarlo.

—Me iré en unos días, Eleanor, ya lo sabes. Tu vida está aquí, y la mía en las Highlands.

Clyde no tardaría en poder viajar, ya estaba prácticamente perfecto, solo habían esperado un poco más porque el viaje era largo y tedioso, y no se arriesgarían a que empeorase en el camino, además, la condesa no los habría dejado marchar antes de Navidad. Ya no tenía prisa por marcharse, le gustaba estar con Eleanor, no solo por los momentos de intimidad, en las cenas había podido conocer otra de sus facetas, habían conversado, bailado y jugado a las cartas. Tampoco le incomodaban el resto de invitados ni anfitriones, de hecho, la mayoría le agradaban, aunque no lo

admitiría en voz alta. Leah se notaba feliz, estaba siendo toda una experiencia para ella y la estaba disfrutando al máximo. Su única piedra estaba siendo Clyde, cada día estaba más insistente para aceptar el trato de Surrey y aunque su animadversión por los ingleses estuviera menguando, no haría negocios con ellos.

—Lo sé —contestó acercándose a él. Con las miradas conectadas, colocó las palmas en su pecho por dentro del abrigo sin abrochar, con cariño, subió las manos hasta sus hombros, donde se detuvo unos segundos—. ¿Me extrañarás? —preguntó con voz sensual.

—Mucho.

La respuesta entristeció a Eleanor, ¿qué le estaba pasando?, ¿por qué le hacía esas preguntas? y ¿por qué le estaban afectando tanto sus respuestas?

«Seguro que es por lo que ha dicho Heida», pensó.

—¿Y tú a mí? —preguntó Kendrick con su nariz rozando la de ella.

—Mucho —respondió con los ojos vidriosos.

Kendrick se alejó unos centímetros y tomó su rostro entre sus manos.

—¿Qué pasa?

—No lo sé, hoy estoy sensible.

—Eleanor —dijo con esa voz y ese acento que la enloquecía.

Se puso de puntillas y lo besó, hacía tiempo que había dado el paso, ya no se quedaba esperando a que él iniciara el beso.

Se dejaron llevar, y cualquier pensamiento racional se esfumó como el humo al salir del sombrerete. Sentían una pasión desmedida, que los arrollaba hasta tal punto de olvidar donde estaban, a la vista de todos en mitad de un jardín.

—¿Y si llega el día en que no pueda parar? —dijo Kendrick, temiendo y ansiando ese día. Ella era una dama, no podía estar con él, ni con ningún otro que no fuera su esposo. Aun así, la deseaba con fervor, su entrepierna se lo recordaba cada vez que la veía. Cada vez le costaba más alejar sus manos de su cuerpo y sus labios de los suyos.

—No llegará —dijo con miedo de que decidiera poner fin a sus reuniones.

En ese momento fue consciente de que quizá Heida tuviera razón, no quería que llegara ese día. No quería poner fin a sus encuentros.

¿Qué le estaba pasando? ¿Estaba demasiado susceptible?

A veces, cuando tenía el período, se ponía extremadamente sensible, llegando incluso a molestarle algunos olores y sabores, pero no estaba en esos días y si sus cuentas no fallaban, aún faltaban diez días.

—Te noto diferente.

—No he dormido muy bien —mintió a medias, pues era cierto que no había dormido mucho. Las dudas seguían asaltando cada noche—. ¿Cómo son las Navidades en Cairn Donn?

Escuchó embobada cómo, con nostalgia, le contaba las tradiciones del castillo.

—Cenamos todos juntos en casa, no como el resto de días, nos vestimos para la ocasión. Un año nos quedamos sin asado, llovió mucho y la madera se mojó, no había suficiente leña seca para encender el horno y mantener el castillo caliente, desde entonces, esa mañana bien temprano salimos a por troncos secos, se ha convertido en un ritual, vamos al bosque mientras recordamos aquella Navidad. No hay mucho más, no es una fiesta muy popular en Escocia, nosotros celebramos el Hogmanay.

—¿Qué es el Hogmanay?

—La celebración de Año Nuevo, hay desfiles por todo el país. El de Edimburgo es muy famoso, pero nunca he estado, siempre celebramos Hogmanay en casa, igual que Navidad.

—No he oído hablar de él.

—Dicen que es espectacular, en Golspie tenemos nuestra manera especial, un grupo se reúne con antorchas en la entrada del pueblo y marchamos por sus calles, a medida que avanzamos, se nos van uniendo, y cuando llegamos a la plaza, se han unido todos. Allí hay actividades durante todo el día, más bien para los niños. Recuerdo la primera vez que vi, siendo un niño, la llegada de la procesión, me impresionó tanto que prometí participar cada año cuando fuera mayor.

—Como lo has descrito me ha recordado a lo que solían hacer en las quemas de brujas —dijo Eleanor, sorprendida de que un niño pensara así al ver tal desfile.

Kendrick rio a carcajadas.

—No da miedo. Todo lo contrario, el ambiente es alegre y festivo, y las risas inundan las calles. Ese día, al ser el primero del año, tras la comida, cada uno encendemos una vela con una petición, la dejamos sobre la mesa, y debe permanecer ahí hasta

consumirse por completo. Era la tradición favorita de mi madre, decía que había un olor especial en el castillo, un olor que te arropaba y protegía. Son las primeras fiestas que paso fuera —dijo nostálgico.

—Me das envidia —dijo Eleanor. El modo en que había hablado del castillo, de Golspie y sus traiciones destilaba amor—. Yo nunca he sentido ese cariño especial por un lugar.

—¿No lo sientes por tu hogar? —preguntó sorprendido.

—Mi hogar… He pasado media vida en Blackwood House y la otra media en Surrey Manor, en ninguna me sentí realmente bien. Creo que esta casa es lo más parecido a un hogar, y la mayor parte del tiempo me siento una intrusa, la hermana solterona, la cuñada entrometida y la pesada tía.

Kendrick sintió una punzada en el pecho, le hubiera gustado estrecharla fuerte entre sus brazos y juntar todas las piezas rotas, sin embargo, no lo hizo, ya estaban en la entrada de la casa, donde cualquiera podría verlos.

—Cuando te cases lo tendrás —dijo. Sus palabras no fueron un alivio para ninguno de ellos.

—Supongo, siempre que mi esposo no me destierre al campo.

Kendrick apretó los puños tan fuerte que se hizo pequeñas marcas con forma de media luna en la palma. Ignoró el tema y se despidió seco e irritado.

Danielle, Leah y Heida se habían reunido en la habitación de Eleanor, era la más grande junto con la de Heida, pero en la suya estaba su

marido. Llevaban toda la tarde arreglándose unas a otras, habían prescindido de las doncellas para conversar con libertad.

—¿Te vas a poner ese vestido? No es apropiado —dijo Danielle observando el profundo escote trasero.

—Me da igual —dijo Eleanor, con ensoñación, dándose una vuelta frente al espejo.

Desde que la idea de que él pudiera acariciarla por toda esa zona, siempre oculta, pasó por su cabeza, fue imposible contemplar otra opción. Esa noche sería la ocasión perfecta para lucirlo. Lo cierto era que quería que la viera bonita, quería ver su reacción al verla y contemplar su espalda casi desnuda. No buscaba la provocación, más bien la adoración.

—Aquí no tiene de qué preocuparse —dijo Heida.

—Estamos en familia —respondió su gemela.

—Sí, pero hay caballeros en la casa —recordó Danielle, a quien la duquesa había instruido muy bien, era muy persistente con el hecho de que siempre debía ser correcta, nunca se sabía quién podía presentarse de imprevisto.

—Sí, y me temo que uno de ellos va a sufrir mucho con ese escote —dijo Heida.

Eleanor se puso blanca, no esperaba esas indirectas por parte de su hermana delante de sus amigas.

—¿Cómo? —preguntó Leah, desubicada, aún no se había hecho a su forma de hablar, en Escocia todo era más directo, no había que estar descifrando cada frase. Cuando se lo dijo a Eleanor, se rio, si ellas le parecían indescifrables era porque no había estado en Londres, eso sí que eran enigmas.

—Oooh —Danielle dio un pequeño grito—. ¿Qué me he perdido? ¿Por eso has estado tan ausente estos días? ¿Te has estado viendo con uno de ellos? ¡Oooh! No me lo puedo creer. ¿Es Cillian? Por eso no me lo has contado.

—Te pareces a mí con tanta pregunta —dijo, pero no respondió ni una de ellas.

—¡Eleanor! ¡No te vas a librar! —amenazó agitando las tenacillas que estaba usando para hacerse unos bucles.

—¿Has estado con alguno de ellos? —preguntó Leah, antes de abrir los ojos como platos al ser consciente de que entre ellos estaban sus dos hermanos. Desechó la idea, Clyde había estado encamado la mayor parte del tiempo y Kendrick jamás se relacionaría de ese modo, ni de ningún otro, con una inglesa.

—¿Tú lo sabías y no has dicho nada? —Dani miró escandalizada a Heida—. No me creéis digna de vuestra confianza —añadió con tristeza.

Eleanor miró mal a su hermana, todo era culpa suya, debería haber guardado el secreto.

Heida ya lo había guardado durante mucho tiempo, esperando que ellos solos se dieran cuenta de qué había surgido entre ellos, pero no, así que era el momento del empujón. De no intervenir, seguirían así hasta que él se marchase, y entonces no habría nada que hacer, necesitaba presionar, que se sintieran arrinconados para así tomar una decisión de formalizar o terminar; y si eligieran lo primero, que fuera cuando aún estaban bajo el mismo techo, con posibilidad de cambiar de opinión, y no a cientos de kilómetros.

—No digas eso —dijo Eleanor acercándose a ella con intención de abrazarla.

—¿No? —preguntó con la mirada firme en su rostro.

—Te lo habría contado de ser relevante, solo han sido un par de besos sin importancia.

—¿Solo unos besos? —la pregunta escapó de la garganta de Leah como un susurro ahogado. Ella nunca había besado a nadie, sus hermanos y primos matarían al que se atreviera a hacerlo.

—Sí, él no es una opción para mí —dijo como si nada, pero a ninguna se le escapó la tristeza en sus ojos.

—No deberías besar a un hombre así como así —amonestó Danielle.

—Fue él quien me besó la primera vez —dijo como si eso la exculpara.

—Y tú se lo devolviste —dijo Heida.

—¿Es Cillian? —preguntó Danielle. Eleanor negó con las mejillas tan rojas como las fresas que habían degustado en el almuerzo—. No puede ser Harry.

Harry tenía esa belleza común que no lo hacía destacar, sus comentarios mal acertados y su mal hábito con la bebida no lo convertían en un atractivo candidato.

Leah se llevó las manos a la boca.

—Solo quedan mis hermanos.

—No podéis decir nada —dijo Eleanor cogiendo las manos de ambas damas—. Por favor —añadió al estrecharlas entre las suyas, haciendo que las dos se acercaran tanto entre ellas que sus vestidos sonaran por la fricción.

—No diré nada.

—Yo tampoco. ¿Es Clyde? —preguntó Leah, convencida de que tenía que ser él. Debían de haberse estado viendo esos últimos días que ya estaba recuperado. Era posible que todo surgiera alguna de las veces que había ido a verla a su habitación.

Eleanor movió la cabeza en señal de negación. No se atrevía a decirlo en voz alta.

Dani y Leah se llevaron las manos a la boca, una para tapar la enorme sonrisa y la otra su cara de estupor, pero sus ojos revelaban con claridad lo que sus manos ocultaban. Diversión y pasmo.

—Kendrick —dijo Leah sin terminar de creérselo—. Pero si… —calló de pronto, no podía decir que no se fiaba de Eleanor, que había intentado que se alejara de ella desde que habían llegado. Analizándolo con perspectiva, solo se había comportado así los primeros días—. ¿Desde cuándo?

—Hace unos días.

—¿Días? ¿Has estado manteniéndolo en secreto durante días? —inquirió Danielle, enfurruñada, dejándose caer sobre uno de los sillones que habían usado cuando se peinaban.

—Oooh, tú hubieras hecho lo mismo.

Dani se agarró a los reposabrazos y se ayudó de ellos para incorporarse antes de hablar

—Por supuesto que no, te lo habría contado.

—Yo pensaba que las damas inglesas eran mucho más estiradas que las escocesas.

—Lo son —afirmó Heida—. Nosotras somos la excepción.

—Que confirma la regla —terminó su gemela con tono risueño.

—No me lo puedo creer. Kendrick —murmuró Leah haciendo aspavientos con las manos, aún estaba perpleja.

—No le dirás nada, ¿verdad? —le preguntó Eleanor—. Sé que es tu hermano, pero no puedes decirle que te lo he contado.

Eleanor sabía que era mucho pedir. Esa misma mañana, cuando apareció con Heida, él había desconfiado, ella le convenció de que nadie se enteraría, si ese mismo día su hermana le decía algo, ¿qué pensaría de ella?

—No diré nada —aseguró, pero no convenció a ninguna.

—¿Qué opináis?, ¿este? —cuestionó Dani colocando un chal rosa empolvado sobre sus hombros, lo cambió por otro color azul medianoche—, ¿o este?

—Este resalta mucho más tus facciones, con el otro pareces más pálida —dijo Eleanor.

—Es que estoy pálida, Charlotte no deja que salga sin sombrero, asegura que me saldrán más pecas y se me manchará la piel —explicó Danielle.

—Pues a mí me gusta disfrutar del sol, solo un ratito, que me pongo colorada y me pica —dijo Eleanor.

—Al menos a ti te queda bien, algunas chicas parecen muertas con la tez tan blanca —dijo Heida.

—Como Caroline —apuntó Eleanor.

—¿La prima de Prim?

Heida asintió.

—Es tan fea por fuera como por dentro —espetó Eleanor. Nada como criticar a una archienemiga para animar el ambiente.

La única que se mantuvo seria y algo distante fue Leah, tampoco conocía a la chica de la que hablaban ni a su prima, por lo que le costaba seguir la conversación, aún más teniendo en cuenta que no dejaba de pensar en qué haría cuando viera a su hermano. No sabía si podría disimular, y tampoco sabía si quería hacerlo, ardía en ganas de pedirle explicaciones por increparla por su amistad con Eleanor mientras que él se dedicaba a besarla por los rincones.

—Deberíamos bajar ya.

Una a una se miraron al espejo, comprobando que todo estaba en su lugar.

—Perfectas —dijo Heida girando sobre sí misma con la elegancia de una reina.

Llegaron al salón como un torbellino de telas coloridas y sedosas. Heida fue directa a su marido, lo saludó con un suave beso en la mejilla.

—Estás preciosa.

—¿Antes no lo estaba?

—Siempre.

Clyde se excusó con Edward, con quien había estado hablando el último cuarto de hora, y se acercó a su hermana. Se veía seria.

—Buenas noches —las saludó—. Leah, ¿podemos hablar unos minutos?

—Claro —dijo con el ceño fruncido.

Se alejaron unos metros, dejando a Eleanor y Danielle solas.

—No deja de mirarte desde que hemos entrado —susurró Danielle, entrelazando el brazo con el de su amiga.

—No seas descarada —dijo tirando de su brazo para que girara y apartara la vista de Kendrick—. Se dará cuenta.

—¿Crees que su hermana guardará el secreto? —preguntó iniciando el paso hacia el extremo del salón.

—Eso espero.

—¿Y cómo es? Tienen fama de rudos y salvajes.

Eleanor ensanchó su sonrisa, dejando a la vista el hoyuelo que tanto le gustaba a su admirador.

—Un poco salvaje sí que es.

Danielle emitió un gritito agudo y Eleanor rio a carcajadas.

—Te ríes de mí —le dijo dándole un manotazo en el hombro.

—Has empezado tú.

Elizabeth dio aviso para pasar al comedor.

La mesa estaba repleta, la cubertería había sido pulida para la ocasión, fuentes con verduras asadas, pastel de carne, un gran ganso asado, patatas hervidas, una gran tarta de arándanos y budín

de ciruela. Esa noche se servirían ellos mismos, los condes le habían dado la noche libre a la servidumbre para que ellos también la pasaran en familia y poder disfrutar de la intimidad de no ser observados y escuchados todo el tiempo.

—Te has superado, condesa —alabó Edward, ensanchando la brillante sonrisa de su esposa.

Todos tomaron asiento en su lugar habitual, ninguna noche habían respetado el protocolo, esa noche no sería una excepción.

—Qué bien huele —dijo Harry.

—Y sabe mejor —agregó Alice, que un rato antes se pasó por las cocinas con antojo de fresas y probó un par de platos.

Se sirvieron de todo un poco y felicitaron a la anfitriona, quien no podía estar más feliz. Tras una semana llena de incertidumbre y preocupación, había llegado la gran cena, aún no estaba todo resuelto, pero esa noche se olvidaron de lo acontecido y disfrutaron de la comida, la bebida y, lo más importante, la compañía.

—Si todos hemos terminado, pasemos al salón, tengo una pequeña sorpresa.

Eleanor, que había planeado cada detalle de esas semanas con su cuñada, se sorprendió tanto como el resto, aunque fue la única impaciente que preguntó tres veces.

En la mesa central del salón había regalos, unas cajas del tamaño de un gran libro de mil páginas perfectamente envueltas en papel brillante. Elizabeth las repartió. Dentro había una vela aromática, un aceite de baño y un frasco de perfume, cada uno era de un olor diferente, la condesa los repartió al azar. Todas se lo agradecieron con una enorme sonrisa y un abrazo.

—La mía es de frutos silvestres.

—La mía no sé, no logro identificarlo —dijo Danielle.

Mientras se pasaban las velas entre ellas y se echaban gotas en la muñeca para probar sus nuevos perfumes, Elizabeth repartió entre los hombres unas cajitas de rapé, en el interior había caramelos de menta en lugar de tabaco.

—Es preciosa, muchas gracias, condesa —dijo Cillian galante.

—Ha sido todo un detalle —dijo Clyde—. ¿Es costumbre dar regalos en Nochebuena?

—Solemos darlos en Año Nuevo, pero no soy lo que se dice una persona muy paciente.

Todos le agradecieron, Harry prometió traerle un regalo en su próxima visita, Cillian lo acusó de pelotillero y empezaron a discutir entre ellos, la anfitriona comprendió que los caballeros necesitaban intimidad.

Estaba muy contenta, arrastró a su hermana al piano y juntas tocaron el único villancico del que tenían partitura.

Heida fue a buscar al duque, había estado todo el día alejada de él y lo echaba de menos. Desde que se casaron, no podían estar mucho tiempo el uno sin el otro. Con la excusa de una partida de ajedrez, se refugiaron en la intimidad que les procuraba la mesa del fondo.

Leah también se retiró y se acercó a sus hermanos, pero por un motivo muy distinto. Durante toda la cena había estado observando a su hermano y Eleanor, no se le escaparon las miradas y las sonrisas disimuladas. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Es fácil ver cuando sabes donde mirar, y encontrar cuando sabes qué

buscar. ¿Sería la única en no haberse dado cuenta? «Pronto lo averiguaré».

—Clyde, Kendrick, jugáis conmigo a las cartas.

Leah no jugaba nunca, por lo que ambos hermanos asintieron sospechando que solo era una excusa para quedarse a solas. Se sentaron en los sillones centrales, los que solían ocupar Elizabeth y Alice, que aún seguían tocando.

—¿Qué pasa? —preguntó Kendrick en cuanto tomaron asiento y se aseguró de que nadie estaba pendiente de ellos.

—¿Tiene que pasar algo para que quiera estar un rato con mis hermanos?

—Las mujeres no son como nosotros —dijo Clyde—. De no ser Nochebuena, habría pasado la noche con sus nuevas amigas como ayer y antes de ayer, pero hoy, una noche especial, se acuerda de que tiene hermanos.

Leah le lanzó una mirada asesina.

—Son fechas importantes, por algo vienes cada año a Cairn Donn —dijo el mayor, más por importunar a Clyde que por defender a Leah.

—Sois como dos niños chicos —dijo la más joven y a veces la más sensata—. Sí que pasa algo. —Volteó la cabeza para quedarse completamente de cara a Kendrick y mirarlo a los ojos—. He visto cómo la miras.

Kendrick se envaró y su expresión risueña se tornó indescifrable, Clyde también reaccionó a sus palabras, aunque de un modo distinto, se carcajeó y le dio una palmada en el hombro. No lo hizo demasiado fuerte, pero debido a la rigidez, lo movió unos

centímetros hacia adelante. Para Leah estaba muy claro que los dos sabían muy bien a quien se refería, y le regaló una mirada asesina a su otro hermano, por traidor. Estaba al tanto y no le contó nada.

—Leah —no sabía qué más decir.

—¿Quién lo iba a decir? Kendrick enamorado —se burló Clyde, por fin tenía alguien con quien compincharse para fastidiarle.

—Yo no estoy enamorado —dijo elevando el tono, por suerte, el piano aún sonaba y todos estaban lo bastante lejos.

—Tus ojos no dicen lo mismo —dijo Clyde, parpadeando repetidas veces como una colegiala. Esta vez fue Kendrick quien golpeó a Clyde—. Auch.

—Es una dama, Kendrick.

—Lo sé.

—Yo creo que no. Ella no es una mujer con la que entretenerse para después abandonarla, ella es de las que se casan.

Sus palabras calaron hondo, esa misma mañana, cuando hablaron de su marcha, Eleanor parecía decepcionada.

Su hermana tenía razón, esa pequeña *brathaidh* le había nublado el juicio.

—Si padre te viera encaprichado de una dama inglesa... —Clyde se estaba divirtiendo.

—Esto no es una broma.

—Oh, vamos, Leah, solo han sido unos besos en sus paseos por el jardín.

Clyde no estaba de acuerdo con lo que estaba haciendo, pero no dudaba de su honor, y esperaba que finalmente hiciera lo correcto. No se hubiera enredado con una inglesa de no estar prendado, incluso tener sentimientos.

Era la primera vez que Clyde no estaba de parte de Leah, normalmente se aliaban contra él. Kendrick escuchaba cómo sus hermanos discutían sobre el asunto como si él no estuviera delante con la mirada fija en Eleanor, quien, sentada junto al hogar, conversaba risueña con Danielle. Casi le da un infarto cuando horas antes, al girarse, vio su espalda, había deseado que llegara la hora de retirarse para acariciar y besar esa porción de su cuerpo que hasta entonces había estado oculta. El deseo que sentía por ella era cada vez más incontrolable, lo alteraba como si de un imberbe se tratase. Eleanor se mordió el labio inferior, era pura tentación, su entrepierna reaccionó, esa fue la señal para apartar la mirada y centrarse en sus hermanos.

—Basta —interrumpió Kendrick—. Leah tiene razón. No volverá a pasar.

Ninguno se sintió satisfecho, el ambiente quedó enrarecido, tanto que Leah se marchó con sus nuevas amigas.

Clyde intentó hablar con él, hacerle ver que se estaba equivocando; no lo dejó hablar y se unió a los caballeros. Su mal humor volvía a ser más que evidente, llegando incluso a insultar el *whisky* que estaban bebiendo.

—¿Por qué no sales a que te dé el aire? —sugirió Clyde con la vista en la puerta que daba a la terraza.

—Mejor me voy ya.

Se despidió de los caballeros pidiendo que le disculparan con las damas, a las que no quería importunar, y se marchó.

Eleanor no fue consciente de su ausencia hasta tiempo después. Fingió un repentino dolor de cabeza y con un mal presentimiento fue en su busca. No lo encontró en el pasillo, avanzó alegre hasta la biblioteca, donde solían esperarse el uno al otro. Entró sigilosa, estaba en penumbra, esa noche había luna nueva, no entraba nada de claridad por la ventana. Dejó la puerta entreabierta hasta encender una vela, con ella pudo ver que no había nadie.

Empezó a impacientarse, esperó unos minutos paseando de aquí para allá, preguntándose por qué no la había esperado. Desde hacía días se hacían una señal antes de marcharse, sus miradas se cruzaban a menudo, por lo que no era complicado guiñar un ojo antes de abandonar el salón.

«¿Por qué se ha ido sin avisar?».

«¿Le habrá pasado algo?».

«¿Y si está planeando algún ataque?».

«¿Quizá me había precipitado?».

«¿Y si solo ha salido a la terraza o al aseo?».

Con la cabeza llena de dudas volvió al salón, había olvidado su regalo, nadie sospechó nada, pero algunos pudieron ver la decepción en su rostro al comprobar que él no estaba allí. Con una maraña de pensamientos enredados y los ojos vidriosos, volvió a abandonar el salón por segunda vez esa noche, esa vez con un rumbo muy distinto.



Capítulo 22

Apenas había dormido, desde la noche anterior tenía un mal presentimiento, algo no iba bien. Eleanor salió de la cama, se miró al espejo, el tono violáceo y las bolsas bajo sus ojos evidenciaban las pocas horas de sueño. Llamó a Anais y mientras la esperaba, se presionó con el dedo índice, dando pequeños pulsos para bajar un poco la inflamación, aunque no sirvió de mucho.

La doncella, entusiasmada, le contó cómo había pasado la noche, Eleanor tenía muy buena relación con ella, y siempre la escuchaba con atención, pero ese día estaba ausente, su mente no dejaba de repetirse las mismas preguntas. Una vez vestida, la mandó con una nota para Kendrick. La primera vez que lo hizo se mostró reticente y poco convencida, cedió por las insistencias de su señora, tras casi una semana de notas, ni se inmutaba.

Eleanor lo citó en la biblioteca, no era el lugar más discreto, pero allí podrían fingir haberse encontrado de casualidad. Se asomó al comedor, al ver que estaba vacío, entró y cogió un par de bollitos, que se comió por el pasillo.

Ya en el lugar de encuentro, se acomodó en el sillón orejero que durante tantas horas había sido su fiel compañero y abrió el libro por donde se quedó la noche anterior.

Pasó una página, dos, tres. Miró hacia la puerta, volvió a centrarse en la lectura. Terminó el capítulo y cerró el libro con más fuerza de la requerida. Seguía con esa sensación en las entrañas de que algo no iba bien, se levantó inquieta y miró por la ventana, desde allí podían verse las caballerizas, el jardín y el bosque al fondo. Se imaginó cómo se vería todo cubierto de nieve, el bosque pintado de blanco y el jardín totalmente cubierto por una fina capa de escarcha, de las caballerizas colgarían pequeñas estalactitas de hielo, afiladas y cristalinas.

Se giró hacia la entrada, no era normal que tardara tanto.

Se envalentonó, se irguió en toda su altura y con la cabeza estirada y decidida emprendió el camino que la llevaría hasta él. Si él no iba hasta ella, ella iría a él.

Con cada paso las dudas la asaltaban.

¿Y si alguien la veía?

¿Y si ya no quería saber de ella?

¿Y si lo sorprendía haciendo algo indebido?

Volvió la esquina y entró en el ala nueva, su postura no era tan rígida y su valentía menguaba a pasos agigantados.

¿Y si estaba desnudo?

¿Y si estaba concentrando orquestando un nuevo ataque y lo interrumpía? ¿Le haría algo a ella? ¿Sería capaz de hacerle daño?

La fuerza con la salió de la biblioteca se había evaporado, para cuando llegó a la puerta de su habitación, apenas quedaba determinación en su cuerpo.

Era su última oportunidad para marcharse, irse y esperar a que él la buscara.

¿Y si no lo hacía?

¿Y si no volvía a acercarse a ella? Se quedaría sin saber qué ocurría.

No.

Juntó todo el valor que tenía y lo concentró en su mano, la llevó hasta el pomo de la puerta y la abrió.

Con las piernas como gelatina, entró. Cerró de un portazo alertando a Kendrick, quien, concentrado mirando por la ventana cómo se ennegrecía el cielo por una inminente tormenta, no había escuchado la puerta abrirse.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó aún con la nota que le había mandado en la mano. Desde que la recibió, una batalla se había producido en su interior, las ganas de reunirse con ella peleaban con la sensatez.

—Me he cansado de esperarte —dijo paseándose por la habitación, observando cómo había cambiado desde que ayudó a Elizabeth con la decoración. La cama aún estaba deshecha, había varias botellas de licor junto a dos vasos, uno de ellos sucio. Junto a la cama, un gran baúl de cuero oscuro abierto, en él podían verse algunas prendas masculinas.

—No deberías haber venido —dijo desde su posición, disfrutando del contoneo de su cuerpo.

Por más que intentara negarlo, le gustaba verla allí, en la que se había convertido en su guarida, moviéndose entre sus pertenencias con tal naturalidad que parecía algo habitual. Los celos le pellizcaron las entrañas al pensar en ella en la habitación de otro hombre.

—No habría venido si no hubieras ignorado mi mensaje —dijo señalando la nota que arrugaba con ira.

—¿No se te ha ocurrido que si la he ignorado es porque no quiero verte? —Con cada palabra se acercaba a ella como un depredador, con sigilo, firmeza y la vista puesta en su presa.

—¿No quieres verme? —preguntó elevando su rostro. Kendrick era bastante más alto y, cuando estaba muy cerca, debía elevar su mentón si quería mirarlo a los que se consideran una puerta al interior. Los ojos no mentían, gritaban lo que sus labios no se atrevían a pronunciar.

Incapaz de responder, tomó su rostro entre las manos, y con la creencia de besarla por última vez, posó sus labios sobre los suyos.

Un beso de despedida, suave, lento, pero ¿cuándo salen las cosas según lo planeado? Eleanor se agarró a las solapas de su chaqueta y abrió sus labios, su lengua salió al encuentro de la suya, invadió su boca.

Se entregó por completo, como en cada beso desde la primera vez, era una sensación extraña e implacable que alteraba todo su cuerpo, sus manos se movían sin mucho control, sus piernas flaqueaban, su piel se erizaba ahí donde él la rozaba, y el hormigueo de su vientre, que empezaba leve, se iba intensificando hasta convertirse en un huracán furioso.

Kendrick deslizó su mano hasta la nuca y profundizó el beso, él, quien debía mantener el control, el experto escocés que había conquistado viudas y solteras, perdía el dominio de su cuerpo, de su mente y de su corazón, que se aceleraba en su presencia.

Era absurdo negarlo, Eleanor se le había metido bajo la piel. No podría ignorarla los días que le quedaban allí, le había supuesto un hercúleo esfuerzo no ir en su búsqueda esa misma mañana.

Se separaron para tomar aire.

Eleanor inspiró con fuerza, y el aroma a ámbar y sándalo inundó sus fosas nasales, le encantaba ese olor, no sabía si porque era suyo o por otra razón, pero le encantaba.

Kendrick, incapaz de apartar sus ojos de ella, no se perdía detalle, con las mejillas sonrosadas y la mirada llena de deseo, era la imagen de la tentación.

—Parece que te alegras de verme —dijo. Ensanchó la sonrisa mostrando ese bonito hoyuelo.

—Mucho —respondió antes de volver a invadir su boca, esa vez sin miramientos. Fue voraz e implacable, mordió su lengua en un intento por mantener el control, no se lo ponía fácil.

Eleanor era pasional y no dudaba en tomar lo que quería, deslizó sus manos dentro de la chaqueta hasta sus hombros, la arrastró hacia atrás y tiró de ella para quitársela. No se quedó ahí, sus manos se movían con soltura, dejaban un rastro de calor a su paso. Comenzó a desabotonar la camisa, Kendrick estaba perdido en sus besos, aun así reaccionó, agarró sus muñecas y se alejó lo suficiente para romper el beso. No fue como él esperaba, sin su boca, los gemidos escaparon, libres al fin.

—Eleanor —dijo con la voz ronca.

—¿Intentas provocarme o disuadirme? —Él la miró incrédulo —. Me encanta cómo dices mi nombre, con ese acento tan seductor —dijo acabando con la poca distancia que él acababa de ganar.

Kendrick la besó con fervor, liberó sus manos y las dejó explorar su pecho hasta llegar a los botones de su cuello. Él la imitó, sus manos acariciaron cada porción de piel, y cuando no quedó más piel expuesta, la buscó bajo su vestido. Desde la noche anterior ansiaba besar su espalda, comenzar en la nuca y avanzar vértebra a vértebra.

Esos pensamientos llevaron sus manos hasta su espalda, donde empezó a tirar con desesperación de los lazos que anudaban el vestido.

Abandonó su boca, mordió su mentón con suavidad y dejó un reguero de besos desde allí hasta el hombro. Los gemidos se mezclaban con el crepitar de la leña y el silbido del viento. La volteó con delicadeza para tener mejor acceso. La besó en el cuello una y otra vez, besos cálidos y húmedos, con la sinfonía que escapaba de su garganta se deshizo del vestido.

Cayó y Eleanor quedó en ropa interior. Ese fue el instante en que todo cambió, puede que se arrepintiera, pero esa vez no pararía, sería suya con todas las consecuencias.

—Ningún otro volverá a verte así jamás —sentenció.

Lejos de asustarla, avivó las llamas de Eleanor, esa voz tan ronca con su acento era una combinación irresistible, y con esas palabras de pertenencia la desequilibró por completo.

Se volvió para encararlo.

—Ningún otro me ha visto así jamás —sentenció, quería que supiera que él era el único, que hasta él ningún otro había

provocado ni lo más mínimo en su interior.

Solo él conseguía acelerar su pulso.

Volvió a su tarea, y con la atenta mirada de su acompañante, desabotonó la camisa botón a botón, el ambiente se iba caldeando cada vez más. Aún quedaban dos botones cuando, impresionada por su firme y musculoso torso, dejó un suave beso sobre él, justo donde quedaba su acelerado corazón.

—Quiero verte —dijo Kendrick, no quería presionarla, le concedió el poder de decidir a ella cuándo y cómo desnudarse, muchas mujeres sentían vergüenza, más aun siendo la primera vez delante de un hombre.

Eleanor no pertenecía a ese grupo, tenía un cuerpo bonito, y lo sabía, nunca había sentido vergüenza de exponerlo frente a criadas ni modistas.

Comenzó con la camisola, bajó primero una manga y después la otra, dejando sus turgentes pechos desnudos y la prenda arrugada en la cadera. Tiró de ella y cayó al suelo liberando su vientre. Ansiosa y con la respiración agitada por saber si le gustaba, no se demoró y deshizo el lazo que mantenía los pololos en su lugar.

Desnuda, tal y como vino al mundo, se encontraba bajo su atenta mirada, los nervios la asaltaron.

¿Por qué no hacía ni decía nada?

—Me van a faltar horas para adorar tu cuerpo como se merece —dijo al fin. Sus ojos centelleaban de deseo.

Kendrick se inclinó para sostenerla entre sus brazos. El corazón de Eleanor se desbocó, pero se dejó caer sobre su pecho y hundió el rostro en el hueco de su cuello, jamás había estado piel

con piel con nadie, sentía la calidez de su cuerpo en el suyo, cómo su pecho se hinchaba con cada inspiración. No fue mucho tiempo, en dos zancadas estuvo junto a la cama, donde la dejó con cuidado.

Eleanor no era una completa ignorante, hacía unos meses, la marquesa de Winfield, amiga de su hermana, les había informado de lo que ocurría en la intimidad de un dormitorio. Aun así, no sabía qué hacer, si quedarse en el borde de la cama, donde él la dejó, o moverse para dejarle hueco a él. Se decidió por la segunda opción, se deslizó hacia el centro de la cama, no sin antes tomar la mano de Kendrick y tirar de ella para obligarlo a acompañarla.

Estaba perplejo por su desparpajo. La había imaginado muchas veces desde aquel primer beso, la realidad era infinitamente mejor. Ahora podía contemplar lo que ocultaba bajo los bonitos vestidos que tanto le gustaban, su fina piel, sus turgentes pechos, su vientre plano, sus caderas ligeramente abultadas y sus seductoras piernas. Estaba hipnotizado, soltó su mano y la posó sobre su muñeca, la deslizó por su brazo hasta llegar a su hombro, subió su mirada para encontrarse con la de ella, bajó por su pecho hasta llegar a su vientre, rodeó su ombligo, deleitándose con suavidad sin romper el contacto visual; veía el deseo en sus ojos, escuchaba su anhelo en sus respiraciones profundas. Le gustaba que su cuerpo reaccionara a su toque, sentir cómo sus músculos se estremecían con el roce de sus dedos.

Eleanor estaba extasiada, nunca pensó que unas simples caricias pudieran hacerle sentir tanto, ella también quería explorar su cuerpo, se colocó de costado, puso las manos en su pecho y lo exploró hasta llegar al borde de su pantalón.

No se atrevió a seguir.

—¿Has perdido el descaro, *brathaidh*?

Eleanor aceptó el desafío oculto en su pregunta, y deslizó su mano sobre el pantalón hasta llegar a la zona abultada. Emitió un sonoro quejido, era demasiado. Si eso era lo que debía entrar en sus pequeñas partes, no entraría, imposible.

Kendrick se carcajeó con su reacción.

—No te rías de mí —protestó haciendo un mohín, que se antojó gracioso.

—Nunca, pequeña *brathaidh*.

Eleanor quería volver a preguntar qué significaba *brathaidh*, pero no tuvo tiempo, él acalló sus pensamientos con un beso tierno que más pronto que tarde se tornó intenso. Eleanor sentía sus manos por todas partes, una caricia en la cadera, un apretón en la nalga, estrujó uno de sus pechos y rozó su enfurecido pezón. Un torrente de placer la recorrió desde ahí hasta su feminidad, como si ambas partes estuvieran conectadas. Solo fue el principio, Kendrick la empujó con delicadeza para que quedara boca arriba, se acercó aún más, posicionándose de costado a su lado sin dejar espacio entre ellos. Jugueteó con sus pezones mientras la besaba, el torrente se intensificó provocando que sus caderas se elevaran en busca de algo desconocido. Kendrick recorrió su vientre, siguió hasta llegar a sus rizos, gruñó al sentir su humedad.

Eleanor quedó paralizada al escucharlo, no sabía si había hecho algo mal, o quizá era por lo que no había hecho. Trataba de dejarse llevar, sin pensar, centrándose en lo que sentía, hasta ahora le había funcionado, pero los nervios la asaltaron. Se puso rígida.

—Casi ni te he tocado y estás lista para mí —dijo deslizando uno de sus dedos por su húmeda cavidad, pero sin llegar a introducirlo.

Eleanor no podía creerlo, ¿cómo podía decir que casi no la había tocado después de acariciar cada parte de ella?

La besó de nuevo, un beso exigente, una advertencia silenciosa de lo que se avecinaba. Terminó de jugar con la entrada, introdujo el dedo suavemente. Rompió el beso a la vez que lo sacaba, volvió a repetir la acción contemplando su rostro. No quería perderse ningún detalle. Repitió el movimiento una y otra vez observando cómo su cabeza se deslizaba hacia atrás, sus ojos se entrecerraban y los gemidos estaban por sus jugosos y sonrosados labios a juego con sus mejillas coloreadas por la excitación.

Era la visión misma de la tentación.

Eleanor estaba extasiada, disfrutaba de cada uno de sus movimientos, ni en un millón de años hubiera aventurado algo así. Su mente parecía haberse apagado, en ella solo estaba él, sus manos, sus caricias, los sonidos que escapan de su garganta. Llevó su mano a su entrepierna, y le acarició por encima, aún no se sentía tan valiente como para introducirla por dentro. Kendrick rompió el contacto al levantarse, se quitó el pantalón. Eleanor no tuvo tiempo de observarlo, pero alcanzó a ver la protuberancia que había estado guardando. Confirmado, era demasiado grande para ella. Se asustó un poco. Kendrick volvió a tumbarse, esta vez sobre ella. La besó con ardor, la deseaba con locura. Necesitaba estar dentro de ella, pero no la forzaría.

—¿Has cambiado de opinión?

Eleanor podía sentir su miembro en la entrada, a la espera.

—Es muy grande —fue lo único que dijo.

—Eso no es problema, solo hoy te dolerá, y por ser la primera vez, no por el tamaño.

Se agarró el miembro con la mano, lo movió ligeramente para que la punta se deslizara desde la entrada hasta ese pequeño botón de placer que poseía toda mujer, de allí otra vez a la entrada. Sus jadeos se entremezclaban con la fricción de sus partes.

—No he cambiado de opinión —dijo Eleanor.

Quería más.

Más de lo que él le daba.

Con cada acción, el placer se intensificaba.

Quería llegar al final, sentirlo todo.

—Iré despacio —dijo con su mástil ya colocado. Poco a poco, lo fue introduciendo, dejando que se acostumbrase a su presencia—. ¿Te duele? —preguntó. Estaba él más tenso que ella. No quería hacerle daño, deseaba ser él quien lo padeciera y no ella, algo imposible.

—Muy poco, es extraño.

—¿Te gusta?

—No lo sé. —Eleanor se sentía extraña. Era una sensación entre placentera y dolorosa. Elevó la cabeza y lo besó, quizá eso aumentará el placer como cuando la tocaba.

Kendrick sabía que lo peor estaba aún por llegar, aprovechó que estaba distraída con el beso y terminó de hundirse hasta la empuñadura. Eleanor rompió el beso con los ojos aguados.

—Yo… lo siento —dijo retirándose, por muchas ganas que tuviera de seguir, no lo haría si le provocaba dolor. No quería verla sufrir, mucho menos ser él causante de su sufrimiento.

Eleanor se abrazó a él obligándolo a pegarse más a ella.

—No te vayas. —Hundió el rostro en el hueco de su cuello—. Me gusta cómo hueles.

No quería que se alejara, no se había esperado un dolor tan intenso de repente, ya iba menguando. Lo soportaría.

Kendrick la besó de nuevo y comenzó a mecerse, muy despacio, el placer era intenso, no duraría mucho tiempo. Mordió su labio inferior y tiró suave mientras se separaba un poco. Los gemidos habían vuelto, aceleró el ritmo. Estaba fascinado, su pequeña *brathaidh* era pura pasión desbocada. Con cada embestida elevaba las caderas en su busca, no había dejado de besarlo y morderle allí donde podía, y sus manos se cernían sobre sus hombros con fuerza, como si, de no hacerlo, él fuera a escapar.

Hipnotizado, perdió el poco control que le quedaba y se entregó por completo.

No pudo resistirse a las pulsaciones en su miembro y se dejó ir. Ella gritó su nombre mientras él susurró el suyo.



Capítulo 23

Tras el momento de calor, Eleanor sintió el aguijonazo frío, la vergüenza. Se alejó de él con intención de taparse con la colcha arrugada a los pies de la cama, no pudo. Kendrick pasó el brazo por su cintura y la subió sobre él, que se encontraba recostado boca arriba.

—¿A dónde te crees que vas?

—Tengo frío. —No era mentira, pero tampoco la razón para cubrirse.

—Cuando estés en mi cama, no necesitarás mantas, yo te calentaré —dijo amasando su trasero con poca delicadeza. Eleanor sintió su miembro erecto presionando su vientre, y no pudo evitar ruborizarse.

—¿Tampoco puedo vestirme? —preguntó curiosa y algo excitaba.

—Me gustas así.

Acarició su espalda con las yemas de los dedos. Su mano serpenteaba en una danza impredecible.

—No puedo quedarme —dijo Eleanor, si seguían por ese camino, volverían a perderse el uno en el otro y ya había desaparecido demasiado tiempo.

—¿Acaso tienes algo mejor que hacer?

Eleanor abrió la boca para responder, sin embargo, no pronunció palabra alguna, una serie de estruendos en el pasillo la interrumpió. Se removió inquieta, otra vez esa sensación que la alertaba, algo no iba bien.

Y entonces ocurrió.

Sin previo aviso, la puerta se abrió.

—Hay un ince… —Clyde enmudeció. Kendrick reaccionó rápido, giró con Eleanor sobre él mostrando sus atributos traseros y apartándola a ella de la visión de su hermano. Cogió la manta y la cubrió. Solo entonces se volvió, como su madre lo trajo al mundo.

—¿Qué haces aún aquí? —preguntó furioso.

«Ha vuelto mi rudo escocés», pensó Eleanor mordiéndose el labio.

—Hay un incendio en los establos —informó Clyde Cerró la puerta dejándolos solos y alterados.

Ambos se levantaron de golpe, Eleanor fue hasta su ropa y empezó a vestirse de forma acelerada, Kendrick se había puesto una camisa y un pantalón cuando ella aún estaba con la ropa interior.

—Eleanor, voy a ayudar. ¿Te apañarás para vestirte sola? —preguntó cogiendo la chaqueta que había en el respaldo de la silla.

—Vete.

Kendrick tenía la mano en el pomo cuando se volvió hacia ella.

—Ni se te ocurra acercarte. ¿Me has oído? —preguntó al no obtener ninguna reacción de su parte.

—Te he oído.

Kendrick se marchó sabiendo que no le haría caso.

Eleanor estaba tan nerviosa que no era capaz de terminar de vestirse, las manos le temblaban, pero no podía pedir ayuda. No se atrevió ni a llamar a Anais.

Como pudo, se adecentó.

«Con una capa nadie notará nada», pensó mirándose al espejo.

Kendrick llegó a los establos asfixiado, había ido corriendo, tanto él como sus hermanos sentían un amor especial por los caballos, habían crecido con ellos.

Sin preguntar, se unió a Clyde en su tarea, tratar de apagar unas pequeñas llamas para poder sacar a los únicos dos caballos que quedaban dentro.

Estos relinchaban con fuerza, estaban nerviosos y asustados. El olor a madera quemada era intenso, el humo negro y espeso dificultaba la respiración.

—Tenemos que sacarlos —dijo Kendrick.

—Lo sé —contestó su hermano.

Ambos continuaron con una misión que parecía imposible, el suelo estaba lleno de heno y el fuego chisporroteaba propagándose rápido, por cada palmo que apagaban, se extendía dos.

Algunos lacayos y criadas habían formado una fila y se pasaban cubos de agua unos a otros. Un par de mozos intentaban extinguir el fuego con mantas, como hacían los escoceses.

Jamie y Colin trasladaban a los caballos a la otra parte de la casa, quizá alejados del fuego volvieran a tranquilizarse.

Edward, Cillian y Harry salieron en busca del pirómano, que había huido a lomos de uno de los caballos del conde, Pegaso.

—¿Estas seguro de que lo has visto meterse en el bosque? —preguntó Cillian.

—Sí, estoy seguro, era Pegaso —dijo Harry.

—Separémonos. Abarcaremos más terreno —dijo Edward—. El que lo encuentre que dé un disparo al aire para que los otros acudan en su ayuda. También servirá para asustar al pirómano.

Sus amigos asintieron no muy convencidos, no sabían si sería uno solo como apuntaban las evidencias, solo faltaba un caballo, aunque era posible que los otros llevaran los suyos propios, y Harry solo vio a un jinete entrar en el bosque, quizá sus compinches entraron antes o lo esperaban dentro.

Se separaron, cada uno tomó una dirección. Cillian fue al este, Harry al norte y Edward al sur.

Mantuvieron un enérgico trote sin llegar al galope, permitiéndoles a sus ojos encontrar alguna pista o rastro si lo hubiera.

Cillian escuchó un relincho que no provenía de su caballo, tiró de las riendas para que aminorara el ritmo. Otro relincho, estaba muy cerca, pero en el camino no había nadie. Frenó al caballo por completo y se mantuvo quieto, concentrado en los sonidos, el piar de los pájaros, el roce de las hojas por el viento; por fin, el caballo volvió a relinchar y esta vez sí supo de dónde venía.

Sacó su arma, preparado para usarla si fuera necesario, aunque esperaba no tener que hacerlo. No podía ir a caballo, desmontó y atravesó con cuidado unos grandes arbustos.

Ahí estaba el pirómano, con Pegaso sobre él, se había partido una pata y al caer había atrapado a su jinete.

Ató el caballo a una rama, y con sigilo, se acercó por detrás. Aparentemente no iba armado y estaba aturdido por la caída. Tenía que tomar una decisión, disparar para alertar a sus amigos o intentar atraparlo él solo, si se hacía pasar por alguien que pasaba por allí, podría fingir querer ayudarlo, y una vez que lo sacara de debajo de Pegaso, lo derribaría y ataría para llevarlo a la casa.

Decidió hacerse el héroe, si sus amigos estaban lejos, no lo oirían y podría sorprender al pirómano.

Cillian siguió su plan, se guardó el arma en la espalda entre el cinturón y el pantalón, ahí estaría oculta con la chaqueta, pero a mano por si llegaba a necesitarla. Se alejó unos pasos y dio un grito fingido para alertar de su presencia. Se acercó ofreciendo ayuda.

—Ya creí que moriría aquí.

Cillian observó de cerca a Pegaso, esa herida lo condenaba, Edward se iba a enfadar más de lo que ya estaba. Adoraba a ese caballo.

—No te preocupes, te ayudaré.

Cillian tiró de las riendas de Pegaso, creyó que con un poco de ayuda podría levantarse, erró.

—Voy a necesitar ayuda.

—Por aquí no suele pasar mucha gente, y yo apenas tengo fuerzas para hablar.

Cillian lo examinó con atención, tenía una herida muy fea en el lateral de la cabeza.

No se lo pensó, sacó su arma y disparó al aire, si querían respuestas, necesitaba sacarlo de allí cuanto antes y curarlo.

El caballo reaccionó como era de esperar, se asustó e intentó huir, pero no pudo ponerse en pie.

—¿Qué hace? —preguntó desconcertado y muy asustado.

—Pensé que así lograría que el caballo se apartara. ¿A dónde se dirigía? Tengo entendido que este camino no llega a ningún lugar.

—¿Y usted?

—Me gusta cabalgar por la naturaleza, observar el entorno, la fauna y flora —mintió descaradamente.

—Hay una cabaña un poco más adelante, me dirigía hacia allí.

Cillian achinó los ojos, estaba cada vez más débil, era muy posible que no sobreviviera. Sacarlo de debajo del caballo, trasladarlo a la casa, llamar al médico y esperar que este viniera y lo curase iba a llevar bastante tiempo, y su estado era muy grave.

—¿Hay alguien allí esperándolo? —intentó sacarle información —. Si está cerca, podría ir a buscarlo para que me ayude —añadió.

—Sí, hay alguien allí, pero dudo que le ayude.

—¿Por qué piensa eso?

—Con mi muerte se ahorrará un buen dinero y su secreto se vendrá a la tumba conmigo.

—Vaya, qué intrigante, y yo lo confundí con un simple mozo. ¿Acaso es usted espía?

El pirómano negó con la cabeza. Exhaló con fuerza, desde hacía unos minutos sentía que no le entraba aire a los pulmones.

—No, no estaría en esta situación si me hubiera conformado siendo un simple mozo.

—Entiendo —dijo Cillian—. ¿Y dónde queda esa cabaña?

El hombre lo miró desde el suelo, ¿por qué le hacía tantas preguntas? Una gota fría cayó en su cabeza, otra más en su brazo, pronto se unieron muchas más. Para cuando llegaron Edward y Harry, los cuatro estaban empapados, el pirómano inconsciente y Cillian había logrado sonsacarle dónde estaba la cabaña.

Volvieron a separarse, Edward y Cillian irían a la cabaña, Harry se llevó al hombre a la casa, intentarían salvarlo. Quien no tuvo la misma suerte fue Pegaso, él no tenía salvación, su dueño le ahorró el dolor y le pegó un tiro que le causó una muerte instantánea.

Harry cabalgó raudo hasta la casa, agradeció que el caballo conociera el camino. El flequillo empapado caía por la frente y le privaba de uno de sus sentidos, con una mano en las riendas y con la otra sujetando al pirómano, le era imposible apartarlo. Llegó a los establos aún en llamas, aunque algo más controladas por la lluvia que ayudaba a erradicar el fuego.

—Estamos desbordados. Llévalo directamente al médico —dijo Jamie a Harry, a quien reconoció por la voz, entre la lluvia y el humo apenas se veía nada.

Así lo hizo, Harry tomó el camino del pueblo al galope, empapado y sin mucha esperanza de que aquel hombre, del que no sabía ni su nombre, llegara con vida.

Clyde y Kendrick habían logrado sacar a los caballos atrapados y colaboraban con el resto para apagar el fuego y evitar que se extendiera a la casa. Unos acarreaban cubos repletos de agua, mientras que los más temerarios golpeaban las llamas con mantas raídas.

Un relámpago iluminó el cielo oscurecido por la tormenta, seguido de un estruendo ensordecedor. La lluvia caía con fuerza, todos estaban empapados, pero no sentían frío, las llamas aún eran altas y aterradoras.

Mientras tanto, Eleanor observaba desde la ventana con las manos temblorosas y los ojos llenos de lágrimas.

Aquello estaba siendo una auténtica locura.

Hacía una hora que había abandonado la habitación de Kendrick con intención de ayudar, pero Elizabeth la sorprendió en el pasillo.

—Llevo un rato buscándote por toda la casa. No me puedo creer que estuvieras aquí, en una de las habitaciones de los escoceses, y no es la de Leah, ni te molestes en intentar engañarme —dijo Elizabeth muy seria.

—Tengo que ayudar —dijo Eleanor, intentando esquivar el cuerpo de Elizabeth, que se encontraba en mitad del pasillo bloqueando el paso.

—Ayudarás quedándote aquí dentro, donde estás a salvo y nadie tendrá que preocuparse de que no te pase nada. ¿Sabes lo preocupada que he estado? Ya me temía que te habían secuestrado, o algo peor —dijo, muy nerviosa, de forma atropellada.

—¿Cómo me voy a quedar aquí? ¿Y quién iba a secuestrarme? —preguntó, desconcertada por la reprimenda de su cuñada.

—Tal vez el que intentó asesinar a Edward hace una semana, o quizá el que ha provocado el incendio hace un rato.

—¿Alguien ha provocado el incendio?, ¿qué es eso de un intento de asesinato?, ¿y por qué nadie me ha dicho nada?

—Sí, un mozo vio cómo un extraño salía del establo, al entrar, encontró fuego. Lo sabrías si no hubieras estado con él —dijo con los brazos en jarra.

Elizabeth estaba desquiciada, Edward salió en cuanto lo avisaron, vio cómo cogía uno de los caballos y se alejaba al galope de la casa. Preocupada, había reunido a las mujeres para así comprobar que estaban todas sanas y salvas, pero Eleanor no

aparecía. Nadie sabía dónde estaba. Desde ese momento había estado registrando cada palmo de la casa en su búsqueda, cuando dio con ella, toda la preocupación se transformó en ira.

—¿Podemos volver a lo de que han intentado matar a Ed, y por qué me estoy enterando ahora?

—¿Te has golpeado esa cabeza loca tuya? ¿Acaso no recuerdas el disparo al señor Campbell?

—Sí, pero… —Eleanor estaba saturada, había pasado demasiado en muy poco tiempo. Se le estaba escapando algo.

—Fue un error, quien lo hizo buscaba a Edward —dijo Elizabeth.

Su cuñada debía de estar muy ensimismada para no haber atado cabos, solía ser bastante perspicaz y le encantaba perseguir todos los misterios que se presentaban ante ella.

—No puedes saberlo —dijo pensando en esa alternativa, la contempló al principio, pero en cuanto empezó a sospechar de Kendrick, descartó todo lo demás. Puede que se hubiera obcecado hasta el punto de no ver nada más.

Sin duda, esa sería una gran noticia, el hombre del que se había enamorado no era el villano que creía. Aunque su mente estuviera cegada, su corazón sí había sabido ver la verdad.

—Solo era una teoría. La más probable, y por lo que ha pasado, es obvio que alguien quiere que creamos que la casa está maldita.

Elizabeth le contó todo lo que Edward había averiguado, no era mucho, pero sus conjeturas parecían estar bien encaminadas.

Edward y Cillian vislumbraron la cabaña, había luz, por lo que dedujeron que aquel que había contratado al provocador del incendio seguía dentro, esperándolo. Se llevaría una buena sorpresa al ver que quien acudía a su encuentro no era otro que el conde.

Para no ponerlo sobre aviso, ataron los caballos a una distancia considerable y caminaron hasta llegar a la puerta.

Edward miró a Cillian con la mano izquierda en la manivela, en la derecha llevaba su arma, cargada. Cillian, quien también llevaba la suya preparada, asintió con la cabeza.

El conde tomó una gran bocanada de aire, y sin saber qué se iba a encontrar, abrió la puerta de golpe. La tranquilidad que reinaba dentro de la cabaña se vio turbada por la corriente de aire frío y húmedo que entró a la vez que dos apuestos hombres furiosos y armados.

Fuller tembló, no de miedo, de ira.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó encarándose a ellos. Solo al ponerse en pie fue consciente de las pistolas que apuntaban a su persona—. Bajen las armas, ¿se han vuelto locos?

Edward sintió la ira caliente bullir por sus venas, ese endemoniado hombre se había declarado enemigo suyo y de su esposa desde su primer día. Arrogante, engreído y ávido de poder, no había evitado enfrentarse a él públicamente en dos de sus encuentros, pero contratar a alguien para incendiar sus establos y matar sus caballos era harina de otro costal.

Apretó el arma con fuerza.

—Vuelva a sentarse, y mantenga las manos donde pueda verlas, si no quiere que le dispare —escupió con odio y furia.

Fuller se puso rojo, pero obedeció, era un viejo cascarrabias mas no estúpido.

—¿Qué significa todo esto, milord? —dijo lo último con desprecio y burla, como quien halaga a un bufón.

Edward se sentó en el sillón frente al suyo, con el arma apuntándole, mientras que Cillian se apoyó en un aparador a un metro de distancia. Se quedó ahí, de pie, con la mirada fija en Fuller, el arma apuntaba al suelo, aunque mantuvo el dedo en el gatillo, un gesto en falso y no lo pensaría.

—No soy yo quien va a dar explicaciones esta noche. ¿Qué hace aquí?

—Está cabaña es mía, vengo aquí cuando salgo a cazar.

—Si no me equivoco, esta cabaña, de la que desconocía su existencia, está dentro de mi propiedad.

—Debe de ser un error.

—Lo comprobaré. Puede estar seguro de ello. ¿Suele usted ir de caza solo? —preguntó inclinándose hacia delante hasta apoyar los codos sobre sus muslos.

—A veces.

—Es muy curioso que salga usted, solo, de caza, la mañana de Navidad —dijo Cillian desde su posición.

—¡Ya está bien de tanta tontería! —exclamó Fuller, golpeando con las palmas de las manos los reposabrazos del sillón.

Cillian levantó el arma apuntando a su cabeza.

—Le aconsejo que no haga gilipolleces, podría sobresaltarme y hacerle un agujero en la cabeza —dijo con el mismo tono burlón que había usado Fuller no hacía mucho.

—¿Usted es el que ha encandilado a mi hija? No sé cómo puede haberse fijado en usted, con ese pelo parece una mujer —escupió Fuller.

Esa mañana no se anudó el pelo, rubio brillante, que le alcanzaba los hombros.

—Sepa usted que muchas culturas creen que el poder de un hombre está en su cabellera —dijo orgulloso.

—Lo que faltaba, un pagano —espetó. Hizo amago de levantarse, pero la mirada fría de Edward lo desalentó.

—¿Espera a alguien o seremos solo nosotros tres? —preguntó volviendo al tema que le atañía.

Fuller lo observó con ojo crítico antes de contestar.

—¿Quiere asegurarse de que nadie los pillará aquí torturándome? —volvió al tono burlón.

Fuller cambiaba de tono, su sonrisa iba de diabólica a divertida, lo que no cambiaba era el desprecio con que miraba a Edward y Cillian.

—Qué imaginativo, señor Fuller. Aunque no descarto la tortura si no obtengo las respuestas que busco —dijo cambiando su postura. Se recostó sobre el sillón y apoyó uno de sus tobillos sobre su rodilla, dejando la mano con el revólver sobre la contraria.

—Déjese de juegos —escupió con arrogancia.

—Muy bien. Esta mañana se ha producido un incidente en mis establos. Un hombre ha provocado un incendio en ellos, lo hemos seguido e interceptado, él nos ha confesado que venía hacia aquí a reunirse con la persona que lo contrató para ello.

—¡Mentiras! ¡Calumnias! —En un arrebato, se puso de pie. Sus acompañantes no se alteraron, Cillian movió el revólver de arriba abajo, indicándole que volviera a su asiento—. ¿Va a creer la palabra de un zarrapastroso?

—La palabra de un hombre desesperado por prosperar, un hombre que haría cualquier cosa por salir de la pobreza —apuntó Cillian, quien, a pesar de las circunstancias, lo creyó.

—¿Cómo sabe que es un zarrapastroso y no un rufián, un mercenario incluso?

Fuller, aún con pose altiva, permaneció en silencio, era mejor que volver a meter la pata por sus impulsos.

—No finja más, señor Fuller, me estoy empezando a cansar de este juego, quiero respuestas y las quiero ya —exigió con el característico talante de un lord al que nadie le negaba nunca nada.

—Aquí no va a encontrar las respuestas que busca —dijo al fin.

—Pues yo creo que sí, o empieza a contestar a mis preguntas, o la cosa se va a poner muy fea.

—Se cree con derecho a amenazarme, ¿por qué? ¿Por el título? —Fuller estalló, abandonó todo su autocontrol y empezó a gritar e insultar al conde, no era un secreto en la zona que el conde no era de su agrado, en realidad, a Fuller no le agradaba nadie.

Edward estaba cansado de tanto drama, estaban empapados por la lluvia, preocupado por sus establos y enfadado por el incendio y la muerte de Pegaso. Se puso en pie, en dos zancadas estuvo junto a Fuller, le puso el cañón rozando su frente.

—Ahora mismo, la evidencia apunta a que usted es el causante del incendio, por otro lado, ha entrado en mis tierras sin permiso, la ley me ampara. Si quiere conservar la cabeza, conteste a mis preguntas. Además del incendio, ¿está usted también tras el ataque de hace una semana?

—No sé de qué habla —mintió.

—Del hombre que se coló en mi casa y disparó a uno de mis invitados.

Fuller ni se inmutó, no mostró sorpresa ni curiosidad. Su cara se tornó en una mueca divertida.

—Quizá sea verdad que esa casa suya está maldita.

A Edward se le acababa la paciencia, ese hombre nunca le gustó y tras sospechar que estaba detrás de todo, un odio oscuro, profundo e intenso se iba haciendo cada vez más grande y salvaje. Su familia podría haber resultado herida, la sola idea lo carcomía por dentro. Él era el cabeza de familia, responsable de su seguridad, y eso incluía deshacerse de cualquier amenaza posible.

—No saldrá vivo de aquí —dijo con la mirada cargada de ira.

Cillian lo conocía bien, la determinación de sus palabras no auguraba nada bueno, y aunque todo apuntara a Fuller, solo tenían conjeturas.

Por raro que parezca, las casualidades existen.

En dos zancadas estuvo junto a su amigo, colocó la mano sobre su hombro y apretó ligeramente para que se calmara.

—No le tengo miedo, lord Surrey.

—Si no tiene miedo, ¿por qué no nos cuenta la verdad? —preguntó Cillian, aún ejercía presión en el hombro de su amigo.

Fuller se puso de pie de repente, como si el sillón quemara. Su mirada era extraña, los miraba a ambos, pero no parecía verlos, sus labios se movían, mas ningún sonido salía de su boca.

Edward miró a su amigo, que había dado un paso al frente, ambos iban armados y no dudarían en defenderse, su acompañante parecía haber perdido el norte.

—Señor Fuller —llamó Cillian—. Parece desequilibrado —añadió al no obtener respuesta.

—O finge para distraernos —elucubró con toda su atención en los gestos de Fuller.

—No estoy desequilibrado —dijo con voz estridente, lo que lo hacía parecer un verdadero loco—. Ustedes se creen que por poseer título pueden hacer y decir lo que quieran, pero ¿saben qué? Son tan mortales como el resto, no están más cerca de Dios. Sangran igual que un herrero, enferman como un campesino y mueren como cualquiera.

—Definitivamente, ha perdido la cabeza —dijo Cillian. Su expresión cambió, abandonó la dureza de la preocupación para darle la bienvenida a la relajada diversión.

—Completamente majareta —añadió Edward, que había observado que llamarlo loco lo sacaba de sus casillas y le soltaba la lengua.

—Yo no estoy loco. —Sus ojos estaban abiertos al máximo y apretaba los puños con fuerza.

—Solo un poco chalado —dijo Cillian.

—Esa casa no te pertenece —le dijo a Edward alzando la mano, se acercó con el dedo índice en alto, su intención era golpear su pecho con él. Edward se adelantó y, con la mano izquierda, agarró su muñeca.

Fuller se soltó fácilmente.

—Esa casa perteneció a mi familia durante siglos, desde que Enrique XV se la concedió a mi antepasado lord Frederick Fuller. Tú no eres digno de ella, ninguno sois dignos de dormir bajo ese techo —su voz era cada vez más aguda y estridente, y sus ojos brillaban.

Edward y Cillian se quedaron pasmados, ese hombre estaba fuera de sí. Ya no albergaban dudas, él era el responsable de todo lo que había pasado, y muy posiblemente de las muertes de los anteriores dueños.

Saber que había estado planeando su muerte, y quizá la de su familia, envenenó su buen juicio. Edward se abalanzó sobre él con los puños en alto.

El puño derecho se estrelló contra su mejilla, Fuller rio, una carcajada tan fuerte como los truenos que cortaban el silencio en el exterior.

—Estás maldito, lord Surrey.

Edward volvió a golpearlo, esta vez en la mandíbula. Crujió, mostró su sonrisa maquiavélica y ensangrentada mientras con la lengua movía uno de sus dientes, que se había soltado.

Cillian los separó, sentó a Fuller en el sillón y apartó a su amigo de él apenas un par de pasos.

—Hemos venido en busca de respuestas, no de venganza.

—¿Lo has escuchado? Él es el culpable de todo, es un lunático. Mi familia ha estado en peligro por su culpa —dijo con una presión en el pecho que creyó que no volvería a sentir.

—Sí, lo he escuchado, y responderá por sus pecados.

—¡No iré a la cárcel! —gritó alzando el pie con intención de huir.

Cillian fue más rápido, y volvió a sentarlo en el sillón por la fuerza.

—No irás a la cárcel, irás a Bedlam.

—¡Por encima de mí cadáver! —gritó al tiempo que volvía a ponerse en pie, esta vez con un objetivo claro, el arma de Cillian.

Lo pilló desprevenido, no esperaba algo así, el arma resbaló de su mano un segundo antes de que reaccionara. Forcejearon, Edward agarró a Fuller y tiró de él hacia atrás, dándole ese extra de fuerza que necesitaba para robarle el arma.

Todo pasó muy rápido, Fuller tenía el arma, ambos vieron cómo la muerte acechaba sobre sus cabezas. Contra todo pronóstico, o quizá no, puesto que los locos son del todo impredecibles, Fuller se metió el cañón en la boca y apretó el gatillo.

El estruendo fue seco, instaurando un silencio absoluto, que rompió el cuerpo de Fuller al caer sin vida sobre la alfombra. Tenía la cabeza abierta y de ella sobresalían los sesos y mucha sangre.

Cillian no pudo contener su impulso, giró sobre sí mismo y vomitó. Edward estaba en *shock*, su padre se suicidó, su madre lo intentó poco después, nunca alcanzó a comprender cómo habían sido capaces; un año más tarde, había sido testigo de la locura más absoluta.

Seguía sin comprender.

¿Qué llevaba al hombre a no encontrar otra salida que la muerte?

Siempre hay otro camino, quizá esté escondido entre sombras y maleza, aun así, está ahí, solo hay que abrir bien los ojos y seguir andando. Un pie tras otro, hasta que la luz elimine las sombras.



Capítulo 24

El fuego se había extinguido por completo. Harry había vuelto, solo y completamente mojado.

El misterioso pirómano resultó ser un chico del pueblo a quien el médico reconoció sin problema. A pesar de intentar ayudarle, había perdido mucha sangre y su final fue inevitable. Se fue a su habitación, donde el calor del hogar lo recibió con los brazos abiertos.

Elizabeth procuró que el personal que no colaboraba con el incendio encendiera las chimeneas y mantuviera bien las brasas, incluidas las del servicio. Todos necesitarían entrar en calor y secar sus cuerpos mojados por la tormenta.

Seguía mirando por la ventana, Edward y Cillian no habían vuelto aún, y cada minuto que pasaba se desesperaba más y más.

Heida acompañó a su marido, lo ayudó a desvestirse, secarse y volver a vestirse. Juntos se reunieron con el resto en el salón.

Alice hizo lo mismo con su marido, pero no bajaron. Todas las emociones del día la habían dejado exhausta y Colin no se separó de su lado.

Los escoceses se atendieron ellos mismos; a Eleanor le hubiera gustado acompañarlo, comprobar que estaba bien, que no tuviera quemaduras. No pudo. No era apropiado. Él le dedicó una mirada cariñosa, una en la que encerraba una promesa.

Se sintió algo más tranquila, pero su inquietud aún era palpable, su hermano todavía no había vuelto.

Danielle andaba de un lado para otro, nerviosa, incapaz de sentarse o mantenerse quieta en un mismo lugar más de un minuto, al contrario que la condesa, que permanecía inmóvil en la ventana.

—No se ve nada —dijo Eleanor, situándose a su lado.

Elizabeth retorcía sus manos de forma involuntaria una y otra vez.

—Lo veré cuando esté cerca —afirmó con convicción.

Eleanor no lo creía posible, ya había oscurecido y la tormenta bloqueaba cualquier resquicio de luz. Inclinó la cabeza y la apoyó en su hombro, al tiempo que la abrazaba por la cintura.

—Volverá, siempre lo hace.

—Lo sé —dijo con lágrimas en los ojos.

Un rayo cayó no muy lejos, el resplandor iluminó el cielo lo suficiente para dejar ver a dos jinetes cruzando la cancela.

Un suspiro salió de la garganta de la condesa. Un suspiro de alegría, de tranquilidad y de alivio. No contuvo sus impulsos, se

deshizo del abrazo de Eleanor y corrió a la puerta de entrada, Danielle la siguió a paso ligero, la alcanzó justo a tiempo para verlos entrar empapados y con la expresión tensa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó conteniendo las ganas de tirarse a sus brazos.

—Es largo.

Danielle insistió para que se cambiaran antes de reunirse con todos en el salón, los escoceses, que fueron los últimos, entraron cuando ella salía.

Edward convenció a Elizabeth para que lo esperase con los demás, no dejaría de hacer preguntas y no quería volver a tener que contarlo todo dos veces más.

No tardaron demasiado. Una vez en el salón, todos se reunieron a su alrededor, Cillian comenzó con el relato. Cómo encontró al provocador del incendio, que él solo no pudo sacarlo de debajo de Pegaso, pero sí que obtuvo bastante información. Cuando lo sacaron entre los tres, se dividieron, ya todos conocían por Harry que fue al pueblo en busca del doctor, quien intentó salvar al que reconoció como Tom, sin éxito.

Edward tomó la palabra y narró lo acontecido dentro de la cabaña, y lo que ocurrió después. No podían irse sin más y dejar a Fuller allí.

Cabalgaron hasta la casa del juez Carson, quien casi los echó de su casa, pero ni Edward ni Cillian se amedrentaron y le explicaron lo que había pasado; este llamó a su hijo, el alguacil, y tuvieron que volver a contar el relato.

Los cuatro se dirigieron a la casa del médico, esperando que Tom confirmara la historia. No pudo hacerlo. Cuando llegaron, su

cuerpo sin vida descansaba sobre la camilla.

Allí volvieron a relatar lo acontecido, acordaron que sería el alguacil quien, tras comprobar que Fuller estaba muerto, se lo comunicaría a su familia y organizaría el traslado del cadáver una vez amainara.

No obstante, Carson volvió a interrogarlos, esta vez tomando buena nota de todo.

—Aún hay muchas lagunas —dijo Eleanor—. ¿Fue él quien rompió la rueda del carro que provocó el accidente de Elizabeth? ¿Y mató a los anteriores dueños?

—Yo apostaría a que sí —respondió Cillian.

—No puedo creerlo —dijo Elizabeth.

—Fuller no estaba bien de la cabeza, con su muerte, todo esto ha terminado. Ya no tenemos nada que temer —dijo Edward. Debería estar satisfecho, su familia por fin estaba a salvo; sin embargo, su expresión solo reflejaba tristeza y cansancio.

Elizabeth apretó su mano, y la dejó ahí. Hacía un tiempo que habían abandonado la formalidad delante de los invitados.

—Se ha hecho tarde —dijo Jamie.

—¡Qué cabeza la mía! Con todo lo que ha pasado, me he olvidado de la comida. —Elizabeth miró el reloj del fondo. Amusgó los ojos e hizo un esfuerzo por ver la hora, su visión no era la misma desde el embarazo.

—Es casi la hora de cenar —dijo Eleanor.

—¡Oh! ¡Soy una anfitriona terrible! Estaréis hambrientos —dijo poniéndose en pie. Sin decir nada más, se encaminó a la cocina.

Hasta ese momento no habían sentido hambre, frío o cansancio, pero con sus cuerpos relajados, todo lo que había ocultado la euforia salía a flote en forma de rugidos y bostezos.

—Pronto servirán la cena —dijo Eleanor, no muy convencida al escuchar los sonidos que emitía algún que otro estómago.

Miró de reojo a Kendrick y se encontró con unos profundos y brillantes ojos, su tripa volvió a resonar. Eleanor elevó sus comisuras con disimulo.

Se sentía pletórica, por fin había encontrado lo que tanto ansiaba.

El amor.

Un hombre que la correspondía, que al inicio parecía estar enfadado con el mundo; al conocerlo, descubrió que era cariñoso, atento y valiente. Esto último había sido una revelación de última hora, los dos escoceses no se lo pensaron ni un minuto, arrimaron el hombro a pesar del riesgo que conllevaba.

Se moría de ganas por contárselo a Heida, Elizabeth y sus amigas, incluyendo a Leah y Prim, a quien se lo contaría por carta.

Se había enamorado, y se casaría con él. Para ella, las insinuaciones de él habían sido una declaración de intenciones clara. Se casaría por amor, como sus hermanos, y tendría un matrimonio tan feliz como los suyos.

La vida le sonreía, y por primera vez en mucho tiempo, se sentía plenamente feliz.

—¿A dónde habéis llevado los caballos? —preguntó Edward interrumpiendo sus cavilaciones.

Jamie le explicó que habían mandado a los caballos con los mozos a los establos de varios vecinos de manera provisional.

Elizabeth no tardó en volver con la promesa de que en unos pocos minutos servirían la comida, nada elaborado, platos sencillos y fríos en su mayoría.

La cena fue muy diferente de la noche anterior, no había ambiente festivo, no había risas ni anécdotas divertidas. No era una cena seria, tampoco formal, era simplemente una cena, todos comían hambrientos y cansados, las conversaciones eran bastante pobres.

No se propuso ir al salón, agotados, se retiraron a sus habitaciones, salvo Cillian y Harry, que fueron a tomar una copa.

—Ve con ellos. Aún me queda un rato para ir a la cama —dijo Elisabeth señalando su vestido, necesitaba la ayuda de su doncella para desvestirse.

Él le dio un beso en la mejilla y susurró:

—No tardaré.

Eleanor, que veía la escena desde el pasillo, sintió envidia, ella no se reuniría con Kendrick en un rato, tampoco se iba con él en ese mismo momento, como Heida con Jamie.

Pateó el suelo con poco disimulo.

No era justo.

Quería estar con él, hablar sobre el futuro.

Quería dormir con él, habían compartido su cama, pero no habían dormido juntos. Se preguntaba si roncaría, qué lado preferiría, si sería de los que duermen desnudos, si la abrazaría o le daría la espalda.

Con todas esas preguntas rondándole, se fue a su habitación sin prestar atención a nada de lo que decía su cuñada.

—¿Me estás escuchando, Eleanor?

—Me he distraído.

Elizabeth frenó en seco, centró toda su atención en ella.

—¿Dónde tienes la cabeza últimamente?

Eleanor sopesó contárselo, al fin y al cabo, la había pillado esa misma mañana, quizá no lo supiera todo, pero podía intuir lo más importante. Primero debía hablar con Kendrick, saber cuáles eran sus verdaderas intenciones, y deshacerse de ese nudo de dudas que tenía en el estómago.

—Estoy preocupada —no dijo nada más, no hacía falta, sabía qué, o mejor dicho, quién era la causa de esa preocupación.

Elizabeth puso la mano sobre el brazo que permanecía enlazado con el suyo, le dio un apretón e inició el paso. No la soltó hasta estar frente a la puerta de su habitación, allí la abrazó, le susurró palabras tranquilizadoras, con la esperanza de que el escocés no fuera un desalmado y desapareciera sin más. Con un beso en la mejilla, se despidió.

Con un pensamiento y muchas dudas entró en su habitación, se desvistió, se puso el camisón y se fue a la cama. Incapaz de pensar en otra cosa, salió de esta, hacía horas que rumiaba lo mismo, necesitaba respuestas. El frío la golpeó, tiritó tan fuerte que

su cuello crujió. Se envolvió en su mullida bata de lana y se frotó los brazos para entrar en calor. No sirvió de mucho, era una noche fría y la humedad de la tormenta calaba hasta los huesos.

Caminó a tientas entre la oscuridad del pasillo, con la efusividad del momento se había olvidado la vela.

Despacio, recorrió el camino mientras seguía frotando sus brazos y costados. Se aseguró dos veces de que era la habitación correcta antes de girar el pomo sin llamar.

Kendrick, que estaba casi dormido, se espabiló al escuchar la puerta y, como un resorte, se levantó.

La tenue luz de las llamas la iluminó, revelando su identidad.

Eleanor cerró con cuidado de no hacer ruido, se mordió el labio un poco cohibida por aquel magnífico hombre con expresión interrogante.

Una de sus dudas ya estaba resuelta, ni calzones ni camisa, ninguna prenda cubría su esculpido cuerpo. Lo recorrió con la mirada, deleitándose, el picor en las yemas de los dedos era cada vez más intenso.

Avanzó hasta él con la poca determinación que le quedaba.

—Tenemos que hablar —dijo con los ojos vidriosos.

Kendrick acunó su rostro con suavidad, inclinó su cabeza. Se detuvo a unos pocos centímetros de sus labios entreabiertos, esperando su roce.

—Después —dijo antes de continuar con su camino y besarla.

No fue un beso suave. Fue exigente, voraz e implacable. Su contención moría en la intimidad.

Esa joven debutante lo provocaba a todas horas, alteraba sus sentidos, no podía evitar buscarla continuamente con la mirada, una necesidad que nacía de lo más profundo de su pecho.

Desde su último encuentro, sus emociones, ya de por sí incontrolables, se habían intensificado.

Desesperaba por besarla, acariciarla, era una dulce tortura contemplarla desde la distancia.

—No sabes lo mucho que me alegra que hayas venido —susurró junto a su oreja.

Hundió la nariz en la curva de su cuello y aspiró, le encantaba su piel. Su olor, su suavidad, los pequeños lunares que la recorrían; esa mañana no había podido contarlos. «La próxima vez», se prometió a sí mismo, la noche no le permitía una visión clara para la tarea.

Acarició sus brazos desde los hombros a las manos, se abrazó a sí mismo arrastrando sus manos hasta su espalda, como consecuencia, Eleanor dio un paso al frente eliminando los pocos centímetros entre ellos.

Lo único entre sus cuerpos era la ropa, que les abrasaba la piel.

Kendrick desanudó la cinta que mantenía la bata cerrada y la empujó desde los hombros. La bata cayó al suelo.

—¿Siempre duermes así? —preguntó asombrado por el delicado y translúcido camisón de encaje que llevaba.

Eleanor mantuvo el aire dentro de sus pulmones unos instantes para calmar las llamas de su interior que se habían descontrolado con su mirada.

Que la deseaba no era un secreto, pero saberlo y verlo no era lo mismo. Saberlo era satisfactorio, verlo la excitaba, mucho.

Nunca se había sentido deseada de esa manera, sentía calor allá donde se posaban sus dilatadas pupilas, la piel se erizaba con el roce de sus dedos, el estómago era un polvorín de mariposas descontroladas, revoloteando rápidas y ansiosas.

Elevó las manos por su torneada espalda con una lentitud pasmosa, llegó hasta las costillas y las perfiló con sus dedos. Extendió las manos en su pecho, el calor de su cuerpo caldeaba las frías manos, el golpeteo contra la palma era constante, rítmico y envolvente.

Las caricias no cesaron, descubrieron nuevos caminos, nuevos destinos el uno en el otro. Alejados de todo a su alrededor.

No pensaron en nada que no fuera el otro, esos instantes perdidos en sus excitantes sensaciones y desbordantes emociones.

Instantes de pasión y ternura que terminaron con ambos exhalando un gemido ronco de puro placer.

—¿Te quedas conmigo? —preguntó Kendrick una vez que su respiración había vuelto a la normalidad. Contrajo el brazo con el que la abrazaba, acercándola más a él. Ambos estaban tumbados sobre sus costados, mirándose mutuamente.

No la dejaría marchar fácilmente.

—Si nos descubren…

Kendrick la acalló con un dulce y suave beso en la punta de su pequeña nariz.

—Mañana hablaré con tu hermano.

Sus ojos centellearon.

—No sabía si… —no se atrevió a expresar sus dudas.

—¿Si después de entregarte a mí te dejaría en la estacada? —Se alejó de ella unos centímetros sin llegar a romper el contacto de sus cuerpos—. ¿Esa es la imagen que tienes de mí? —preguntó dolido.

—Yo no…

—¿Crees que por no ser un caballero inglés o no tener título carezco de honor? —preguntó de nuevo sin dejarla contestar.

Eleanor leyó sus emociones como nunca antes había hecho, lo había ofendido y puede que decepcionado. También vio la inseguridad que le causaba ser un escocés sin título.

Un detalle en el que no había reparado hasta ese momento irrumpió sus pensamientos.

Viviría en Escocia, en un pueblo de las Highlands, para ser más exactos.

—Puedo ver la decepción en tu cara —dijo él alejándose un poco más y rompiendo el contacto entre ellos.

—No me importa que seas escocés, o que no tengas título, es solo que… no habíamos hablado de futuro…, de nosotros…, ni siquiera sabía si había un nosotros —dijo finalmente.

—¿Quieres que lo haya? —Una mezcla de esperanza y miedo impregnaba su voz.

—Si no lo quisiera, no habría venido hoy, no me habría entregado a ti.

—Mañana te convertirás en mi prometida —dijo. Acortó la distancia y la empujó ligeramente sobre el colchón, una vez estuvo sobre ella, la besó con ímpetu.



Capítulo 25

Kendrick se reunió con Edward en su despacho, ambos presentaban un aspecto similar, ojos ligeramente hinchados y sombreados de negro. El insomnio de Edward había sido muy diferente, los horrores del día anterior lo habían atormentado, aun así, cuando una hora antes el mayordomo le entregó la nota del escocés pidiendo reunirse, no dudó, quizá hubiera cambiado de opinión y aceptaban el trato.

Era un buen acuerdo, satisfactorio para todos.

—¿Qué le parece? —preguntó Edward tras unos segundos de silencio bastante incómodos.

¿Cómo le dices a quien te ha abierto las puertas de su hogar que has aprovechado su confianza y buena voluntad para comprometer a su hermana? Kendrick no lo sabía.

—¿El qué? —preguntó confuso.

—El acuerdo, ¿no es esa la razón de este encuentro?

Podría haberle seguido la corriente, ganar tiempo para pensar y decidir cómo explicarle la situación, no lo hizo.

—Lo cierto es que no. Estoy aquí por Eleanor.

Edward se puso nervioso, Eleanor era muy dada a meterse donde no la llamaban, la había advertido, aunque no esperaba que le hiciera caso, pero sí que no fuera demasiado descarada. Frunció el ceño, seguro de haber escuchado a su invitado llamar a su hermana por su nombre.

—¿Eleanor? Parece que se han hecho muy amigos de repente.

¿Qué se había perdido? Lo cierto era que no había estado muy pendiente de su hermana últimamente, estaba en casa, y no quería invadir su intimidad más de lo necesario. Con la llegada de Heida y Danielle, su mujer le había dado más espacio.

—Sí, estos últimos días hemos coincidido… —se quedó callado. No sabía bien qué decir, y cada frase que se le pasaba por la cabeza sonaba peor que la anterior—. No me andaré por las ramas, vengo a pedirle su mano —dijo sin rodeos ni explicación.

Edward se quedó paralizado unos segundos. Parpadeó varias veces antes de hablar.

—Más que amigos por lo que oigo —dijo esperando una explicación que no llegó—. No le daré una respuesta hasta hablar con ella.

Para Kendrick fue como un puñetazo en el estómago, no era un no rotundo, y en parte entendía su actitud, él también tenía una hermana. Aun así, pensamientos destructivos invadían su mente, como que un conde no aceptaría a alguien sin título para su hermana. Heida era duquesa.

Además, era escocés, una cosa era querer hacer negocios con él y otra que fuera parte de su familia.

Nunca se había sentido inseguro, era un hombre fuerte, amable, joven y guapo, dueño de un lucrativo negocio, descendiente de un antiguo *laird*, pero todo eso carecía de valor frente a un lord inglés. Quizá tuviera en consideración su honor, estaba claro que no era uno de esos condes que vendían a sus hermanas, en cuyo caso hubiera intentado que ella formara parte del acuerdo.

Se alegraba de que no fuera así, aunque eso le hubiera facilitado y asegurado su mano.

Salió del despacho y fue directo a ver a Clyde, necesitaba ponerlo al corriente y hablar con él sobre el acuerdo.

Lo encontró en su dormitorio, a medio vestir.

—¿Vas a algún sitio?

Juntos fueron al comedor, donde las viandas para el desayuno descansaban sobre la mesa. No había nadie más allí.

Tras el día anterior, estarían cansados, lo más probable es que no salieran de sus habitaciones hasta después del mediodía.

Kendrick le contó todo, todo lo que necesitaba saber: que había pedido la mano de Eleanor y que le parecía bien firmar con Blackwood si a él le parecía un buen acuerdo.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —preguntó Clyde, no tan sorprendido como cabía de esperar.

—Ya lo sabes.

—Quién te lo iba a decir. Tú, que detestas todo lo inglés, enamorado de una inglesa.

Kendrick se encogió de hombros, no negaría sus sentimientos, pero tampoco los pregonaría a los cuatro vientos. Por no hablar de que todo cuanto dijera, Clyde lo usaría para burlarse de él.

—Padre me mataría con sus manos si estuviera vivo —dijo. Él jamás habría aprobado ese matrimonio, y le dolía decepcionar a su padre muerto.

—No pienses en eso, habría cambiado de opinión al conocerla, igual que tú.

—Sabes que no —dijo apurando el segundo té de la mañana y dejó la taza sin ninguna delicadeza.

Clyde masticó con la mirada fija en su hermano, tragó antes de hablar.

—¿Por qué no estás contento?

Kendrick volvió la mirada para encontrarse con la de su hermano.

Hubo un tiempo en que hablaban de sus intimidades como hermanos, ya no lo hacían. Un tiempo en el que no había secretos entre ellos, en el que eran un equipo capaz de hacer frente a cualquier adversidad.

Ese viaje, la estancia en Cursed Manor, el ataque y su estado convaleciente… quizá hubieran limado sus asperezas.

Quizá el tiempo pasado estuviera de vuelta y su relación volvería a ser lo que fue.

—¿Por qué debería?

—Vas a casarte, aunque cierto es que más de uno recorre el pasillo como quien va al patíbulo.

El matrimonio era en su mayoría un contrato entre dos hombres, el futuro marido y el padre de la novia. Muchos se casaban por interés, dinero, las mujeres ni siquiera tenían voluntad para elegir; solo unos pocos privilegiados lo hacían por amor.

—Eso está por verse.

—No seas pesimista. En cuanto ella le diga lo que siente por ti, aceptará.

—No estoy tan seguro. No ha mostrado el mínimo interés. De estar en sus zapatos, ¿tú no me habrías hecho mil preguntas? —preguntó.

Si a él le pidieran la mano de Leah, preguntaría y mucho, aun más si lo hacían en circunstancias similares, donde nadie conocía de su acercamiento. Habría preguntado por sus intenciones, si la amaba, qué es lo que más le gustaba de ella, si se quedarían a vivir en el castillo; en definitiva, se aseguraría de que aquel a quien le concediera su mano fuese capaz de cuidarla y hacerla feliz. Le molestaba que a Surrey no le preocupara a quién entregaba a su hermana. No le preocupaba que, si no se casaba con él, la entregara a un patán inglés, esa opción no estaba sobre la mesa. Eleanor se había entregado a él, ella quería esa unión tanto como él, si no le concedía su mano, se casaría con ella en Gretna Green de camino a casa. No estaba en el camino, tendrían que desviarse y alargar el trayecto unos días. Eleanor llegaría al Cairn Donn siendo su esposa de un modo u otro.

—Puede, o quizá se las hiciera a ella. Es posible que me fiara más de su criterio que del de un desconocido.

—Puede que tengas razón —dijo tras sopesar esa posibilidad.

Eleanor entró en el despacho de su hermano conteniendo la sonrisa. Estaba feliz.

Se sentó frente a él y esperó a que iniciara la conversación.

Edward la observó durante unos minutos, que no preguntara para qué la había llamado significaba que lo sabía. Tenía los ojos vidriosos de emoción y por mucho que intentara no sonreír, sus comisuras se elevaban incontrolables.

Abrió la boca con intención de regañarla por lo que había estado haciendo, por ocultar que se había estado viendo a escondidas con Campbell, no lo hizo. Recordó las primeras semanas con Elizabeth, y cómo traspasó los límites de lo permitido.

El amor, impredecible e indomable, promueve las mayores locuras, y las pequeñas también. Elimina los obstáculos, rompe las normas y desdibuja las fronteras.

Él conocía los efectos, se alegraba por Heida, encontró el amor con su esposo, y todo apuntaba a que Eleanor también lo había encontrado.

—El mayor de los Campbell ha venido a verme —dijo muy serio.

Edward solía ser bastante tolerante y comprensivo, pero cuando afloraba su gen dominante, se volvía autoritario y poco indulgente.

—Lo sé —dijo tras soltar el labio que había estado mordisqueando.

—Quiero que me cuentes cómo ha pasado. —No era una petición, era una exigencia, una que no dejaba opción a réplica.

Eleanor hizo un viaje por sus recientes recuerdos. Hacía poco más de una semana que Kendrick llegó a su hogar, quizá no se dio cuenta entonces de que puso todo su mundo del revés. Le molestaba su actitud, cómo la miraba, que interviniera en cada conversación que tenía con Leah, o que la juzgara sin conocerla. Eso la llevó a mostrarse desafiante en su primer encuentro a solas, cuando en la penumbra del pasillo estuvo tan cerca de ella que olió su perfume por primera vez. En ese momento no supo reconocer su reacción, Kendrick embriagó sus sentidos con su presencia, su cercanía y su olor.

Las emociones eran complejas y difíciles de reconocer. Una vez que lo sientes, y lo identificas, puedes encasillarlo, y aun así, ¿cómo puede una persona estar segura de ello?

¿Cómo puede alguien reconocer la atracción? Si alguien te parece guapo, ¿es atracción, o se necesita más? Eleanor no supo lo que era la atracción física hasta conocer a Kendrick. Antes de él, besó a algunos hombres, guapos, apuestos, algunos de los pretendientes mejor considerados en Londres, pero ninguno le hizo sentir lo más mínimo. Había creído que era la atracción la que la llevó a besarlos, no fue así. Kendrick la atrajo de un modo inexplicable desde ese primer encuentro en la oscuridad, no podía evitar buscarlo en cada sala, sus ojos cobraban vida propia, su cuerpo no obedecía en su presencia y, por mucho que le molestase reconocerlo en aquel entonces, era el hombre más atractivo que había contemplado. No compartía los estándares de belleza; su porte, a pesar de ser correcto, no emanaba esa altivez de los lores ingleses, y aunque debería considerarse algo negativo, le encantaba su acento. Le gustaba cómo pronunciaba su nombre, de ese modo tan rudo y especial, nadie lo hacía igual, o cuando la llamaba *brathaidh*, aún no sabía qué significaba, pero la hacía sentirse especial, porque solo él la llamaba así. Nunca nadie le había puesto

un apodo, y en su corazón albergaba la esperanza de que fuera un apelativo cariñoso.

Le costó reconocer lo que sentía por él, en parte porque le daba miedo, había creído que era el culpable del ataque a Clyde. Confundió excitación con terror. Atracción con miedo.

Solo hasta que la besó.

No quiso reconocerlo, no podía admitir sentir algo por alguien que podría ser capaz de algo tan ruin como contratar a un asesino para matar a su hermano.

Trató de evitar la reacción de su cuerpo en su presencia, fue inútil, su cuerpo cobraba vida cuando estaba cerca, como si todos esos años se hubiera mantenido en un largo letargo, esperando que el indicado viniera a sacarlo del ensueño.

Finalmente, y con la ayuda de Heida, admitió para sí misma que estaba enamorada. Ingenua de ella, incluso sabiéndose enemistada, sabiendo que las mayores locuras y barbaries se hacen enamoradas, creyó que podría retener su corazón. Una vez más, erró.

Se entregó bajo el dominio de la atracción, pero fue el amor quien la guio hasta él. Son pocas las veces que la razón sale victoriosa cuando su contrincante es el corazón.

—No sé si puedo explicarlo —dijo. No tendría problema en contarle todo a Heida o Elizabeth, pero con él no tenía esa confianza. No temía su reacción, tampoco que la juzgara, simplemente no se sentía cómoda hablando de esos temas con él.

—¿Quieres casarte con él?

—Sí —dijo sin poder contener la emoción.

—¿Estas segura? Sé que has estado preocupada por tu edad, y que consideras que esta temporada será tu última oportunidad, pero te aseguro que para un buen hombre eso es una soberana estupidez.

Eleanor amplió su sonrisa.

—Entiendo tu preocupación, pero no se trata de eso. Es él, Ed —dijo con los ojos vidriosos—. Él es mi media mitad, como Elizabeth es la tuya y Jamie la de Heida.

—Vivirás muy lejos —dijo. La echaría de menos.

Aún no había pensado mucho en eso, vivir tan lejos le impediría ver a su familia a menudo, los extrañaría, pero la alternativa, una vida sin él, no era una opción, ya no.

—Prometo que vendré a visitaros.

Edward asintió, no necesitaba más, el rostro de su hermana no había estado tan radiante desde hacía mucho tiempo. No sería él quien le impidiera ser feliz, aunque aún debía hablar con el novio, asegurarse de sus intenciones y si necesitaría una dispensa especial.

Edward se despidió de Eleanor con un abrazo y aunque le dijo que aún no había nada definitivo, que necesitaba hablar con él, se marchó dando pequeños saltitos de alegría.

—¿Qué me he perdido? —preguntó su esposa a su espalda.

Se volvió y la contempló unos segundos, era tan hermosa, más aún cuando portaba a su hija en sus brazos.

—Te cuento dentro.

Así lo hizo, le contó todo, Elizabeth se sintió molesta por la falta de confianza de Eleanor, solo unos segundos, porque la felicidad de que hubiera encontrado lo que ella tenía invadió todo.

Elizabeth no tuvo tantas dudas como el conde, Eleanor se había equivocado en el pasado, pero no lo haría en eso. Con Susan aún en sus brazos, ya imaginaba cómo sería la boda, por supuesto, sería en Cursed Manor antes de que se marcharan.

—Eso es muy precipitado, Elizabeth.

—Y qué propones, ellos deben volver a sus vidas. Es un viaje largo, no se irán para volver en unos meses, además, ya estamos todos aquí.

—Aún no he hablado con él.

—Cierto —dijo poniéndose en pie—. Le diré a Henry que lo busque y le dé el recado, mientras, yo iré a ver a Eleanor, una boda no es una simple cena, cuanto antes nos pongamos, mejor.

No la contradijo, quizá porque, como ella, confiaba en el criterio de Eleanor, o quizá era el amor por su esposa lo que no le permitía negarle nada.

Una vez la vio marchar, se pinzó el puente de la nariz, y pensar que creyó que esa sería una mañana tranquila al despertar. Quizá cuando solo estuvieran Elizabeth, Susan y él, la tranquilidad perdurara algo más de unas horas.

Kendrick volvió a cruzar el umbral unos minutos más tarde, esta vez no lo hizo solo, Clyde lo acompañaba.

Edward les dejó hablar, Clyde confirmó que estaban dispuestos a trabajar con él siempre que se modificaran unos puntos del acuerdo.

Edward sacó el documento de uno de sus cajones, tachó lo escrito y anotó los nuevos términos.

—Debo consultarlo con James, no sé cuándo será eso, se marchó de viaje y no volverá hasta dentro de unas semanas.

—Redacta el nuevo documento, lo firmaremos antes de marchar; si James da el visto bueno, mándame una de las copias a mi despacho y empezaremos a coordinarlo todo, si no lo está, solo házmelo saber.

—Así lo haremos —dijo Edward, era una buena forma de no retrasarlo más de lo necesario.

—Hay otra cosa, en Cairn Donn tu hermana será una Campbell más, la protegeremos y cuidaremos como hemos hecho con Leah —dijo Clyde.

Kendrick lo reprendió con la mirada.

—Aún no he decidido si la dejaré ir. Tengo mucho sobre lo que hablar con tu hermano.

—Os dejaré solos. Yo también soy hermano mayor, te entiendo, por eso he creído conveniente decirte que con nosotros estará a salvo —dijo mientras se ponía en pie.

Kendrick lo asesinó con la mirada, él solo se bastaba para procurar la seguridad y felicidad de su futura esposa, y él no vivía en el castillo.

Una vez solos, Edward se levantó; sin preguntar, sirvió dos generosas copas.

—No es tan bueno como el tuyo, pero servirá —dijo entregándole una de ellas.

—¿Has hablado con Eleanor?

—Así es. Y espero que tú puedas responderme a lo que ella no ha sido capaz.

Hablaron un buen rato, Kendrick le contó cómo, al principio, sus encuentros fueron casuales, incluso de cómo había pensado que él la mandaba a espiar, hasta que los escuchó hablar.

—Va a resultar que eres tan cotilla como ella —dijo con una sonrisa pícara antes de humedecerse los labios con el líquido ambarino. Debía contenerse, era una conversación para la que necesitaba toda su atención.

—Para nada, pero ya entonces me atraía como la miel a las moscas, aunque me negara a reconocerlo.

—A mí también me costó verlo, y casi pierdo a mi esposa en el proceso, pero esa es una historia para otro día.

—Quizá puedas contármela cuando vayas a las Highlands a comprobar cómo está tu hermana en su nuevo hogar.

—Puede, aunque aún no tengo muy claro que seas el hombre adecuado para ella.

—No soy un lord, tampoco inglés, y puede que no sea el más adecuado, pero soy el que ella ha elegido. Mi hermano no ha mentido, no hay lugar más seguro que Cairn Donn, todos los Campbell la protegerán, pero solo uno se encargará de hacerla feliz. No me importa emparentar con un conde, tampoco quiero su dote, la quiero a ella. Yo no la abandonaré en una de mis propiedades, tampoco la dejaré en el campo mientras yo disfruto de amantes en la capital.

Sus palabras causaron un efecto contradictorio en Edward, se alegraba por su hermana, sin duda había elegido bien, pero estaba claro que el haberse enamorado de una inglesa no había conseguido que el escocés tuviera una mejor visión de los caballeros ingleses. No le faltaba razón, muchos hacían justo lo que había descrito, y otros muchos no. Y que pensara así de él le ofendía.

—No todos son así.

—Supongo, pero es una práctica muy común en los de su clase, y seguro que no tendría dudas si yo fuera un duque —dijo con la mirada desafiante.

—Heida rechazó a Jamie, incluso con la reputación destrozada, ¡la apoyé! Se casó con él por elección propia, pero esa historia ya te la contará Eleanor, la conoce mejor que yo. A él lo conocía, además de ser el mejor amigo del hermano de Cillian, a ti no te conozco, ¿entregarías a tu hermana sin hacer preguntas? Confío en Eleanor, pero el enamoramiento suele nublar la mente, recuérdalo cuando estés en mi lugar —dijo Edward. Bebió de un trago el poco líquido que quedaba en el vaso y se levantó para rellenarlo.

—Entiendo que ¿no te opones al casamiento? —preguntó para no dejar opción a dudas.

—No me opongo. Elizabeth ya está organizando, supongo que queréis partir como marido y mujer.

—Así es —dijo Kendrick y bebió un largo sorbo—. No está mal.

Era su primer sorbo, había estado tan tenso que ni lo probó.

—Será en dos semanas, ¿o necesito pedir una licencia especial?

Kendrick supo leer lo que preguntaba, podría haber dicho que en dos semanas estaba bien, era poco probable que Eleanor quedara embarazada a la primera. Aun así, quería volver a casa ya, no quería esperar dos semanas para pasar cada noche con ella.

—Una semana —fue lo único que dijo.

Edward asintió y levantó la copa. Brindaron y agotaron el contenido de sus copas, las que Edward volvió a rellenar para ultimar los detalles del enlace.



Capítulo 26

Aún no habían retirado la decoración navideña del comedor, el olor a madera quemada se mezclaba con el acebo, creando un ambiente festivo y hogareño.

Elizabeth había insistido para que asistieran todos y sus atuendos fueran un poco más elegantes, anunciaría el compromiso. Todos aguardaron fingiendo que no sabían nada, cenaron animadamente. Tampoco se habló del incendio, ni de la visita al juez esa tarde, era una noche de celebración y no querían enturbiar un momento tan bonito.

Elizabeth no solo mandó preparar el plato preferido de Eleanor, salmón ahumado con guarnición, también dispuso su postre favorito, *bakewell pudding* con mermelada de frambuesa.

—Delicioso —dijo Eleanor con los ojos cerrados, le encantaba la explosión del sabor de la frambuesa en su paladar—. Gracias —le dijo directamente a su cuñada.

—Ha sido un placer, aunque a la cocinera casi le da una apoplejía cuando le he cambiado el menú.

—No era necesario —dijo con los ojos acuosos.

Quería a Elizabeth como a una hermana, pero eran muchas las ocasiones en que ejercía de madre, a pesar de tener la misma edad.

Ella le enseñó todo lo que necesitaba para llevar una casa, intercedía por ella cuando Edward se enfadaba, la escuchaba, se preocupaba por ella y su futuro, y en muchas ocasiones, como esa, la consentía.

Iba a extrañarla muchísimo, igual que a Susan y Ed.

—Nada de lágrimas, hoy estamos de festejo.

Los presentes se quedaron callados, aún no habían hecho el anuncio oficial, aunque todos lo sabían.

Elizabeth había empezado con los preparativos, y reclutó a todas las damas de la casa para que la ayudaran. Esa misma tarde confeccionaron la lista de invitados, y enviaron notas tanto a la modista como a un par de pueblerinos que buscaban trabajo, esos días iban a necesitar algunas manos extras.

Alice se lo contó a su marido, igual que Heida al suyo. Aunque ya habían hablado sobre ello, estuvieron observándolos los últimos días y llegaron a la conclusión de que era más que obvio que estaban tan enamorados como ellos, no podían terminar de otro modo que como marido y mujer.

Cillian se enteró justo antes de entrar al comedor, Dani estaba tan contenta por su amiga que no pudo disimular, no con él, la conocía muy bien.

Este no dudó en pitorrearse de su amigo delante de Harry, el último en enterarse.

—A estas alturas no creo que sea ningún secreto, pero como manda la tradición… —dijo Edward levantándose con una copa en la mano y un tenedor en la otra. Hizo sonar la copa con el cubierto, aunque ya contaba con la atención de todos—. Me complace anunciaros que mi querida hermana Eleanor se ha comprometido hoy con el señor Campbell.

Todos aplaudieron, después felicitaron a la pareja.

Un tintineo irrumpió la alegría del momento, era Heida, no habló hasta que todos se callaron.

—Quiero felicitar a la feliz pareja, y proponer un brindis —dijo elevando la copa que había hecho sonar segundos antes—. Por Eleanor, por Kendrick y por que tengan un matrimonio tan feliz como el mío.

La última parte la dijo mirando a Jamie, quien no dudó en ponerse en pie junto a su esposa con la copa en alza. Imitaron su gesto, todos alzaron sus copas y bebieron.

No fue el único brindis, como consecuencia, cuando llegó la hora de pasar al salón, Elizabeth, Alice, Heida, Eleanor, Danielle y Leah estaban un poco ebrias. Menos mal que estaban en familia, de lo contrario, serían la comidilla del mes.

Las mujeres se retiraron, los hombres pasaron al salón para tomar una última copa. Clyde sirvió las copas de su propio *whisky*, había empacado un par de botellas en su equipaje. Harry y Colin los felicitaron, aún no habían probado su elixir.

Tras unos minutos de conversación banal, Jamie abrió el melón.

—¿Qué os ha dicho el juez de paz? —preguntó. Aún le preocupaba que Fuller no estuviera solo en su locura y alguien más

intentase algo.

—No mucho —dijo Cillian, que acompañó a Edward.

—No ha querido indagar demasiado para no perjudicar a la familia Fuller.

—Tampoco es que vaya a servir de mucho —apuntó Colin.

—No, pero estaría bien saber que no compartía locura con nadie más.

—Si hubiera tenido un hijo, posiblemente hubiera envenenado su mente, pero tuvo una hija a la que ignoraba. Es parte del club de lectura de Elizabeth —explicó Edward.

—Aún así, no deberías actuar a la ligera —dijo Jamie—. Puede que tenga un hermano o primo con los mismos pensamientos.

—¿Dos locos en la misma familia? Es poco probable —dijo Colin tras apurar su copa.

—En las Highlands se dice que la locura se hereda.

—Aquí también —dijo Jamie.

—No tiene más familia que esas pobres mujeres, han tenido que aguantarlo todos estos años, ahora serán señaladas y rechazadas por los actos de ese loco —Edward se compadecía de ellas.

—Quizás lo tengan más fácil con el favor de la condesa —dijo Cillian.

—Quizá.

Hubo unos minutos de silencio, en los que solo se escuchaban las exaltaciones profundas, el líquido cayendo en los vasos vacíos, la fricción de la ropa con el movimiento, el crepitar de la leña, el cristal chocando con la madera y el paso del *whisky* bajando por las gargantas.

—¿Has tenido más suerte con el cura? —preguntó Jamie. Heida había expresado su preocupación mientras se vestía. Si el cura se negaba, no habría enlace, y no todos los discípulos de Dios estaban dispuestos a celebrar una boda con tan poca antelación. Bien lo sabía él.

—Sí, ha aceptado.

Kendrick puso toda su atención, aún no había ultimado los detalles de la ceremonia con el conde.

—Te habrá costado un buen donativo —dijo el duque.

—Sí, pero esta vez sí ha sido un donativo por generosidad de nuestro anfitrión, el cura estaba complacido de poder ayudar —respondió Cillian, dejándolo perplejo.

—Me haré cargo —dijo entonces Kendrick refiriéndose al pago a la iglesia.

—No —negó rotundo, sin opción a réplica—. Ha sido por Elizabeth, todo el mundo la adora.

—Te entiendo, en tan solo unos meses, Heida se ha ganado el cariño de todos.

—Vaya un par de enamorados —dijo Cillian burlón—. De aquí en adelante voy a tener que seleccionar mejor los eventos a los que asistir.

—Amigo —dijo Edward palmeando su espalda—, serás afortunado si un día tienes lo que nosotros.

—No lo comprenderá hasta que no la encuentre.

—¿A quién tiene que encontrar? —preguntó Harry algo desubicado, el alcohol se le estaba subiendo a la cabeza.

—A su media mitad.

—La que pondrá su mundo del revés.

—Le robará el sueño.

Kendrick fue el último en encadenar su frase a la anterior.

—Y el corazón.

Después de dos días de lluvia constante, Eleanor y Leah aprovechaban las pocas horas de sol para pasear, o esa era la excusa con la que Eleanor había arrastrado a su futura cuñada para preguntarle mil cosas.

Estaba nerviosa, nunca había visitado Escocia, y por lo que había escuchado, en las Tierras Altas eran aún más tradicionales y sus costumbres alejadas de las suyas.

Le había preguntado por el castillo y los que vivían en él. Por el pueblo y los alrededores. Tomó nota de todo cuanto Leah le contaba, era demasiada información.

Le pareció extraño el modo en que todos vivían en un mismo lugar, aunque formaran su propia familia, seguían conviviendo. Siempre que pensaba en su vida tras el matrimonio, imaginaba una

casa que dirigir y su propia familia, en cambio, llegaría a un castillo en el que vivían otros tres hombres y su cuñada, un castillo que marchaba a la perfección según Leah y que no la necesitaba.

—¿De dónde viene el nombre de Cairn Donn?

—No estoy muy segura, siempre se ha llamado así.

Eleanor se quedó con la pluma paralizada sobre el cuaderno, se la llevó a la boca y mordisqueó el extremo.

—¿Qué significa *bratheid?* —Casi no hace la pregunta por miedo o vergüenza, no tenía ni idea de qué significaba, podría ser algo íntimo, insultante o halagador.

—¿Qué?

—*bratheid.*

—¿Te refieres a *brathaidh?*

—Eso he dicho.

—No, ni parecido —dijo entre risas—. ¿Por qué lo preguntas?

—Tu hermano me lo ha dicho un par de veces —dijo tras acallar las dudas de su cabeza.

—Que te lo diga él —dijo señalando al camino por el que Kendrick se aproximaba hasta ellas.

Leah se levantó para cederle su asiento.

—Os dejo solos. —Le guiñó un ojo a su hermano y se marchó sonriente. Leah estaba muy ilusionada, Eleanor le gustaba, y ya no sería la única presencia femenina en Cairn Donn.

—Creo que está más contenta que yo —dijo Kendrick sentándose en el frío banco de forja.

—¿Quieres decir que le gusto más a ella que a ti? —dijo con voz melosa mientras cerraba el cuaderno que llevaba siempre consigo.

—Eso es imposible.

La agarró por la cintura y la subió sobre su regazo. Escondió la cabeza en la curva de su cuello, donde dejó un suave beso.

—Anoche me quedé esperándote —susurró.

—Heida vino a hablar. Pasamos la noche juntas.

Kendrick la abrazó más fuerte, Eleanor renunciaba a mucho al casarse con él. Apenas vería a su familia, y sabía lo importante que era su gemela.

Habían hablado mucho desde su compromiso, cada noche, Eleanor acudía a su habitación y, tras hacer el amor, hablaban hasta quedarse dormidos. Se marchaba con las primeras luces, antes de que nadie se diera cuenta. Si alguien lo hizo, no dijo nada.

—Lo entiendo. Entenderé si esta noche tampoco apareces, mañana es el gran día y deberías dormir.

Eleanor sonrió ampliamente mostrando el hoyuelo que tanto le gustaba.

—Los nervios no me dejarán dormir. Me encantaría pasar la noche contigo pero Heida, Dani y Leah vendrán a mi habitación para dormir juntas.

—Me alegra que tengas tan buena relación con Leah, siempre me ha preocupado que mi esposa o la de Clyde no se llevaran bien con ella.

—Eso sería imposible, es demasiado encantadora.

Kendrick rio contra su cuello, aún no había conocido la explosividad de Leah, no le destrozaría la sorpresa. Tendría tiempo de sobra para conocer bien a toda la familia, con sus defectos y virtudes, curvas y aristas.

Eleanor emitió un quejido sordo cuando Kendrick rozó su pezón al introducir el dedo por el filo de su escote.

—Kendrick.

Elevó la cabeza tras la súplica silenciosa. Contempló su rostro unos segundos, sus ojos tenían ese brillo especial que solo él conseguía, sus mejillas ligeramente coloreadas por la pasión y sus labios rosados entreabiertos estaban siendo una dulce y pecaminosa tentación.

La besó con fervor. Juntos eran como el fuego, ardientes, intensos, en algunas ocasiones incontrolables.

Eleanor no frenó sus avances, nunca lo hacía, sus besos eran hipnóticos y sus caricias adictivas.

Un ruido rompió la burbuja, Heida había ido a buscarla, la modista acababa de llegar.

Intentó levantarse, pero unas fuertes y callosas manos la mantenían prisionera.

—¿No te despides?

Le dio un suave beso en los labios. Kendrick ensanchó la sonrisa y aflojó su agarre.

Se levantó y, azorada, fue hacia su hermana, quien no se había perdido detalle, o más bien corrió, no podía esperar para ver su vestido de novia, estaba tan emocionada que no reparó en que su cuaderno había resbalado por su falda minutos antes y se encontraba en el suelo.

Kendrick tropezó con él, se agachó a recogerlo y con una sonrisa pícara volvió a sentarse en el banco. Había sentido curiosidad por saber qué tanto escribía su pequeña *brathaidh* en ese cuaderno.

Pasó las páginas de un lado a otro, no quedaba mucho espacio en blanco. Leyó las últimas anotaciones, eran sobre su familia, su hogar, y Escocia. Leah no se había dejado detalle.

De la última fue a la primera, la letra era ligeramente más grande y aniñada. No entendió mucho, eran frases sueltas, palabras aquí y allí, y algún dibujo que otro. Avanzó unas páginas, la letra era más pequeña, pero seguía siendo redondeada y pulcra, hablaba sobre unas piedras y sus posibles orígenes, más adelante encontró antiguos mitos y leyendas. También había pasajes sobre telas, tipos de encaje, colores… no dedicó mucho tiempo a esas páginas.

Siguió avanzando hasta encontrar su apellido, su sonrisa volvió a ensancharse, se moría de ganas por saber qué había apuntado sobre él.

Frunció el ceño, no entendía bien qué era todo aquello, su sonrisa se fue borrando, no solo hablaba de él, también de sus hermanos. Siguió leyendo, había notas relacionadas con el ataque a Clyde.

Su rostro se congeló al leer su nombre al lado de posible autor en la sombra, volvió a leerlo, no podía creerlo. Hubiera pensado que se trataba de un error si dos líneas más abajo, no apareciera como móvil quedarse con la totalidad de la empresa.

Cerró el cuaderno con el pulso acelerado y la boca seca. Sentía presión en el pecho, como si tuviera una pesada piedra que no le dejaba respirar.

Intentó calmarse, pero cada pensamiento que surcaba su mente era peor que el anterior.

¿Qué imagen tenía Eleanor de él? ¿Cómo es que pensando eso no se alejó? ¿Cómo se había entregado a él creyéndolo capaz de mandar matar a su hermano?

Se llevó las manos a la cabeza.

Su padre tenía razón, esos ingleses no eran de fiar.

Había bajado la guardia y eso le había conducido al mayor error de su vida.

Ya no podía echarse atrás, no solo por el honor de su palabra, sino porque existía la posibilidad de que Eleanor llevara a su hijo en su vientre. Habían estado compartiendo cama durante toda la semana.

Kendrick miró al cielo, cerró los ojos y respiró profundo. Al abrirlos, eran diferentes, más fríos, y en ellos se atisbaba una determinación férrea.

Eleanor recorría el pasillo con el corazón desbocado arrastrando a Heida con ella, estaba deseando ver el vestido, no había pedido

nada elaborado, la modista de Canterbury no estaba acostumbrada a la alta costura y tampoco disponían de mucho tiempo.

—Un poco más despacio, que me llevas al trote —dijo Heida con la respiración agitada.

—Te espero allí —dijo deshaciendo la unión de sus brazos. Agarró los bajos de las faldas, las elevó dejando sus pantorrillas a la vista y echó a correr.

Llegó casi sin aliento al salón verde, allí estaban Elizabeth, Alice y la modista esperándola. Las tres rieron al verla.

La modista la saludó con una sonrisa y se dispuso a sacar el vestido del baúl.

—No prefieres cerrar los ojos y verlo de una vez —dijo Alice. La modista se quedó paralizada con las manos dentro del baúl, esperando la respuesta de Eleanor.

—Vale. —Cerró los ojos y los tapó con ambas manos. Se mordió el labio, nerviosa, no pudo esperar, separó los dedos y abrió el ojo derecho. Vio la pared, giró la cabeza poco a poco hasta encontrar lo que buscaba.

—Abre los ojos.

Heida llegó justo a tiempo para ver cómo se iluminaban sus ojos abiertos de par en par, como si quisieran atrapar cada detalle del vestido que la modista mantenía en alza. Sus comisuras tomaron vida propia, al igual que sus cejas, ligeramente arqueadas.

—Es precioso. —Una lágrima recorrió su sonrosada mejilla. Tocó la tela, era suave, tanto como la seda.

—Vamos, pruébatelo —dijo Elizabeth.

—Dani y Leah deben de estar al caer, les he mandado una nota —dijo Alice.

Heida y Elizabeth la ayudaron a desvestirse mientras la modista desabotonaba el vestido.

Eleanor tropezó dos veces, estaba muy emocionada.

—Si hoy estás así, no quiero imaginar cómo estarás mañana —dijo Elizabeth.

—Mucho peor —dijo Heida.

Eleanor levantó los brazos para meterle el vestido entre las tres, primero las manos, las mangas resbalaron por sus brazos. La cabeza asomó por encima de toda esa suave tela rosada.

Danielle y Leah abrieron la puerta, sus risas se cortaron de golpe para abrirse sorprendidas.

—Estás guapísima —dijo Danielle.

—Kendrick no va a poder dejar de mirarte —dijo Leah.

—No será una novedad —dijo Elizabeth con lágrimas en los ojos. Se había emocionado al verla de frente, hasta ese momento había permanecido en su espalda tensando los lazos del corpiño.

—Habéis tardado mucho —dijo Eleanor mirándose en el espejo de cuerpo entero que la condesa había trasladado para la ocasión.

—Ha sido culpa mía. Danielle me ha estado ayudando a preparar mis cosas.

—No entiendo por qué tenéis que partir tan pronto —dijo Elizabeth, a quien no le parecía nada bien que Eleanor partiera el día después de su boda.

—Si nos quedamos más tiempo, Clyde no podrá pasar unos días en Cairn Donn —explicó Leah. No era la primera vez que se lo decía, y a la condesa le seguía pareciendo una excusa.

—Te queda perfecto, no hay que retocar nada de nada —dijo la modista tras revisar hombros, mangas, cintura y el bajo.

Le ayudaron a quitárselo y guardarlo, también a volver a vestirse. Elizabeth acompañó a la modista, le agradeció su dedicación y rapidez. Ordenó a una doncella que llevara el vestido al dormitorio de Eleanor y lo colgara para que no se arrugara, y pidió té con pastas. Disfrutaría de una tarde de chicas, aprovechando que estaban todas en el mismo lugar.

—Eres la perfecta anfitriona. Me alegro mucho de haberte tenido de maestra —dijo Heida. Ella también partiría pronto.

—Sí que lo es —dijo Danielle.

—Eso es porque me miráis con buenos ojos.

—Nada de eso. La duquesa me ha enseñado todo lo que se debe y no se debe hacer como anfitriona, no has cometido ni un solo fallo.

Elizabeth sonrió orgullosa, su mirada se desvió hacia Eleanor, puede que sí hubiera hecho algo mal, uno de sus invitados había comprometido a su cuñada y había estado demasiado ocupada como para verlo.

—Por supuesto que no —dijo Alice—. Nuestra madre nos enseñó bien.

Elizabeth y Alice se enfrascaron hablando de su madre, anécdotas y recuerdos olvidados.

Heida, Dani y Leah acompañaron a Eleanor a su dormitorio, allí la ayudaron a empacar sus cosas.

—Otro baúl repleto —dijo Danielle.

—No creo que haya hueco para más baúl —apuntó Leah.

—Deberías seleccionar mejor lo que te llevas —amonestó Heida—. No puedes llevártelo todo.

—Es imposible elegir —dijo haciendo un mohín.

—Empieza por guardar lo indispensable; después, lo que más te gusta, y si queda hueco, vuelves a elegir lo que más te gusta.

—Eso deberías haberlo dicho al principio, ya es tarde para eso —replicó Eleanor, que no se veía capaz de desprenderse de sus cosas.

—Quizá debamos empezar de nuevo y ser más selectivas, de lo contrario, puede que se quede aquí algún imprescindible —dijo Leah.

—¿Hacer todo de nuevo? ¿Has perdido la cabeza? —preguntó Danielle.

—Tenemos tiempo, y ayudará a Eleanor a estar distraída y tranquila —dijo Heida.

No muy convencida, fueron vaciando los baúles y colocando todo sobre la cama para que Eleanor eligiera.

Fue un proceso largo y tedioso, se ausentaron de la cena, pero lo terminaron. Solo dejaron fuera lo que necesitaría esos días, y lo guardaría a última hora.

Eleanor se moría de ganas por irse a dormir con Kendrick, no podía.

Se preguntó si sería siempre así, su curiosidad necesitaba ser saciada y preguntó a la única enamorada y casada del grupo.

—Para mí sí es como el primer día. Jamie siempre está en mi pensamiento, y quiero estar con él casi todo el tiempo.

—¿Casi? —preguntó Dani.

—Hay momentos en los que estoy demasiado entretenida como para echarlo de menos.

—Espero que te seamos de distracción, porque no vas a ir a ningún lado esta noche —le dijo Dani a Eleanor.

—Era simple curiosidad.

Se desvistieron con la ayuda unas de otras. En camisón, corrieron en busca de batas y mantas, y se acurrucaron frente al hogar.

Hablaron de todo un poco, de Escocia, de cómo se había adaptado Heida a su nuevo hogar, de las diferencias de estar soltera a casada y de la próxima temporada. Danielle la pasaría en Londres, junto con Heida, y Leah en Edimburgo. Lo único que había hablado Eleanor con Kendrick sobre el futuro era que vivirían en el castillo, nada más.

No le importó demasiado, siempre y cuando estuviera con él. Echaría de menos los preciosos vestidos de la capital, y los bailes

también, pero esperaba poder regresar de vez en cuando, al fin y al cabo, su familia estaba en Inglaterra, y vendrían a visitarla, ¿por qué no hacerlo durante la temporada y disfrutar así con sus entretenimientos?

—¿No deberías hablarle sobre qué pasará en su noche de bodas? —preguntó Dani a Heida.

—No creo que lo necesite —dijo Heida.

—Tenía esperanza de enterarme de algo, no entiendo por qué debe ser un secreto hasta la noche de antes —se quejó Dani, molesta.

—Para mí también es algo del todo desconocido —añadió Leah.

—Pues no estoy muy segura, pero no seré yo quien os ilustre —dijo Heida.

—No es justo —replicó Danielle con un gracioso mohín que desencadenó las risas de todas, incluida la suya.

—Solo necesitáis saber —empezó a decir Eleanor, pero Heida le dio un pellizco nada disimulado en el brazo para que callase—. Auch, eso ha dolido.

—He escuchado que la primera vez es muy dolorosa, ¿es verdad? —preguntó Leah.

Danielle contrajo el rostro un poco asustada. Por ese motivo, Heida no quería revelar nada, podía ser tan desalentador como tentador, todo dependía de las palabras que usara, de lo bonito o aterrador que lo pintara, y no, no dependía de percepción, para muchas mujeres era una noche horrible y traumática y no querían

volver a repetir jamás, para otras era maravillosa, la primera de muchas.

—Es mejor no revelar nada —dijo Heida.

—No estoy de acuerdo, nosotras no fuimos a ciegas —le recordó su hermana.

—A ellas aún les queda tiempo.

—Está bien, pero llegado el momento, no dejarás que Danielle sea ignorante de lo que le espera. Yo me encargaré de ti —dijo Eleanor posando una mano en el muslo de Leah.

Dani protestó, pero aceptó, la otra opción era que no le contara nada de nada y buscar información por su cuenta.

Pasaron horas hablando, templando los nervios que Eleanor había contagiado a las demás. Dani fue la primera en caer en los brazos de Morfeo, la siguiente fue Leah. Heida aguantó estoica, quería ser la última.

—¿Estás segura de que es él?

—Eso deberías habérmelo preguntado antes del empujón.

—¿Como?

—Sabía tan bien cómo tú que Leah no se mantendría pasiva. Es su hermano. Su reacción provocó la mía.

—Estabais empecinados en que podríais alejaros sin consecuencias, era mejor que lo comprobarais mientras aún teníais opción de cambiarlo.

—Gracias —dijo apoyando la cabeza en su hombro.

—Te lo debía, me costó mucho reconocer lo que sentía por Jamie y casi lo pierdo.

—Al final lo hubieras reconocido, es más, no creo que mi ayuda contribuyera mucho.

—Sí, y quizá para entonces ya fuera tarde.

—Él no se habría rendido nunca, y lo sabes —dijo Eleanor, no podía ver la cara de su hermana, pero su sonrisa era reflejo de la felicidad que sentía. Aún había ocasiones en las que lamentaba haberse resistido tanto, en las que se preguntaba qué habría pasado de seguir negándose. Por suerte, no fue así.

—Quizá Kendrick hubiera vuelto a por ti.

—O yo me habría escapado a las Highlands. Nunca lo sabremos —dijo.

Hacía una semana ni hubiera pensado hacer algo así, no porque no fuera atrevida, sino porque no comprendía el alcance de sus sentimientos.

—¿Estarás bien allí? Siempre te ha gustado Londres.

—No lo sé, estoy tan asustada como emocionada.

Le aterraba no encajar allí, no gustarles a los Campbell. Se había estado preparando para llevar una casa, pero no para vivir en un castillo. ¿Qué sabía ella sobre el funcionamiento de un castillo? Nada. Tampoco qué se esperaba de ella, por lo que sabía, era la única mujer junto con Leah. Lo habitual sería que la mujer de su tío fuese quien lo gestionara, pero falleció hacía un tiempo. No sabía si debía asumir ese papel o esperar a que la esposa de su hijo lo hiciera.

Por otra parte, estaba ilusionada por vivir con Kendrick, viajar y explorar aquellas tierras místicas, llenas de mitos y leyendas. Leah le había contado que su cocinera era toda una experta y no podía esperar para escuchar qué sabía aquella mujer sobre las formaciones de piedra.

—Te entiendo. No hace mucho estaba donde estás tú, me aterraba no estar a la altura. Lo curioso es que nadie me medía. Y si en algún momento tienes dudas sobre qué hacer, haz lo que yo, pregúntate qué haría Elizabeth.

—Es un gran consejo. Ella es especial, me alegro tanto por Ed.

—Sí que lo es. Te imaginas si se hubiera casado con una estirada, alguien como *lady* Caroline. Hubiéramos acabado en un convento, o algo peor.

Eleanor se incorporó para mirarla con los ojos de par en par.

—¿Qué hay peor que un convento?

—Vivir con ella.

Su rostro se ensombreció recordando las historias que su amiga Prim le había contado sobre ella.

—Me gustaría que Prim estuviera aquí, no puedo creer que vaya a perderse mi boda.

—Intenté traerla.

—Lo sé. No estaré la próxima temporada para ayudarte.

Heida la abrazó, Eleanor se fundió en sus brazos, la había echado mucho de menos esos meses. Ahora sus vidas eran así, cada

una en su casa, con sus maridos, alejadas la una de la otra. Solo se verían en ciertas ocasiones, insuficientes.

—Explícame cómo yo, que se me dan fatal los juegos de salón, he acabado siendo duquesa, y tú, que los adoras, te vas a las Highlands. Tú hubieras sido feliz como duquesa, y yo sería feliz si no tuviera que volver a pisar un salón de baile nunca más.

—¿No eres feliz? —preguntó Eleanor separándose para mirarla a los ojos.

—Mucho, pero me aterra ser la comidilla y dejar en mal lugar a Jamie. ¿Cómo lo haré sin ti y sin Elizabeth?

Eleanor cogió sus manos y las apretujó.

—Tendrás a Prim, Dani y Violet contigo.

Heida bufó.

—Prim necesita casarse, creo que Violet me va a dar más de un quebradero de cabeza, y Dani estará demasiado entusiasmada.

—Jamie estará contigo.

Heida sonrió vacilante, Jamie detestaba tanto esos bailes como ella, pero jamás la dejaría sola. Él era su gran apoyo. Con él a su lado se sentía capaz de todo.

—Y tú tendrás a Kendrick.

—Somos muy afortunadas.

—Sí que lo somos.



Capítulo 27

Kendrick no había pegado ojo en toda la noche. Sentado en el sillón frente a la chimenea, repasó cada pasaje de ese cuaderno, leyendo todas las anotaciones sobre él y su familia.

Descubrió que algunas de las preguntas que le había hecho no fueron por interés hacia él. Solo trataba de confirmar que él era el culpable.

En el hogar ya solo quedaban brasas y cenizas, y el frío se abría camino como los rayos que despuntaban en el horizonte y se colaban por la ventana a su espalda.

No había ninguna otra opción, estaba segura de que había sido él, y trataba de encontrar pruebas antes de delatarlo.

Cuando le preguntó por Edimburgo fue para confirmar o descartar si quería la vida de Clyde, no estuvo muy conforme, así que planteó si sería capaz de intercambiarse los papeles con su hermano en la empresa, un modo sutil de averiguar que no quería su puesto.

También intentó descubrir si alguna vez se había peleado con su hermano por una mujer. Kendrick pensó que era una forma muy tonta para preguntar por otras mujeres, se sintió victorioso al pensar que estaba celosa.

Qué estúpido había sido.

Su interés nunca había sido él.

En unas horas se casaría, al día siguiente partirían y no sabía qué clase de persona estaba llevando a su hogar.

Había repasado cada encuentro en su cabeza, cada beso, cada caricia, parecía tan real como él mismo.

Se mesó el pelo con hastío, estaba cansado.

Siguió en el mismo lugar hasta que las brasas se apagaron y Clyde entró sonriente para ayudarlo a prepararse.

—¿Las dudas del gran día? —preguntó frente a él.

Kendrick tardó en responder, pero cuando habló, lo hizo con sinceridad. Le contó todo y le mostró el cuaderno.

Clyde estaba tan sorprendido como él.

—Puede que fuera la razón por la que se acercaba a ti, pero eso no quiere decir que no esté enamorada. He visto cómo te mira.

Kendrick llenó sus pulmones de aire, lo mantuvo ahí unos segundos antes de soltarlo de golpe en una sonora y larga exhalación.

—Entonces se ha enamorado de alguien que no existe.

—Hace días que sabe que no eres el culpable y eso no la ha alejado de ti.

—Para cuando se enteró, ya estaba comprometida.

—Deberías hablar con ella de esto.

Kendrick negó. Lo hablaría después de casarse, no le daría opción de echarse atrás, de desaparecer pudiendo llevar a su hijo en el vientre.

Como un autómata, se vistió, no bajó a desayunar, no tenía hambre. Fue directo a la parroquia local, allí esperaban la mayoría de invitados, no los conocía, por lo que se limitó a esperar en el altar, perdido en sus pensamientos, sin escuchar nada de lo que decía el cura.

Así estuvo hasta que vio entrar a su hermana junto con la familia de Eleanor. Todos estaban allí, preparados para la entrada de la novia. Kendrick se tensó más de lo que ya estaba, las fibras de sus músculos bien podrían competir con las cuerdas de un violín.

Eleanor cruzó el umbral, por fin, allí estaba, después de todas las carreras y preparativos, había llegado, con un poco de retraso. Sus ojos buscaron a Kendrick, no fue difícil encontrarlo. Las dudas e incertidumbre se condensaron y salieron de su cuerpo recorriendo sus mejillas.

Estaba guapísimo.

Con firmeza y elegancia recorrió el camino que la llevaba hasta él.

No dijo ni una sola palabra, no le dijo que estaba preciosa, tampoco que le encantaba cómo el vestido realzaba su hermosa figura.

No podía.

No leyó los votos que había escrito días antes, se limitó a repetir las palabras del clérigo y contestar lo estrictamente preciso.

Eleanor pensó que estaría tan nervioso como ella, pero cuando su actitud no cambió al terminar la ceremonia, empezó a preocuparse.

Hicieron el camino hacia Cursed Manor, donde sería la recepción, en carruaje, a solas. Kendrick permaneció en silencio todo el trayecto, con la mirada fija en ella.

—¿Pasa algo? —preguntó temerosa, con los ojos llenos de lágrimas.

Kendrick simplemente negó con la cabeza. Minutos después llegaron a su destino, él se limitó a saludar y aceptar felicitaciones estoico. Ella tampoco comió nada, sabía que algo pasaba, y no tenía ni idea de qué.

¿Habría hecho algo mal?

Con las dudas revoloteando en su cabeza, no fue una buena conversadora, Heida la salvó en un par de ocasiones, no quiso hablar con ella hasta estar segura, y para ello tenía que hablar con él, lo que no ocurrió hasta caer el sol.

Pasarían su primera noche juntos, oficialmente, en el dormitorio de Kendrick.

Él se retiró antes, ella no tardó en llegar, estaba ansiosa. Él no la recibió como siempre, no salió a su encuentro, no la besó, ni le preguntó por qué había tardado tanto.

Ese hombre parecía otro, frío y distante.

Eleanor no aguantaba más.

—¿Me vas a decir qué es lo que pasa?

Kendrick se levantó de los pies de la cama, caminó en silencio hasta la chimenea, allí, sobre el sillón, descansaba su cuaderno. Ella lo siguió con la mirada, que se volvió borrosa al comprender.

No sabía cómo él tenía su cuaderno, lo más extraño era que ella ni siquiera reparó en su ausencia.

—Lo has leído —no era una pregunta—. Puedo explicarlo.

—No te molestes. Está todo muy claro.

—Kendrick, por favor —dijo con voz temblorosa.

—La única razón por la que he seguido adelante es porque puede que estés embarazada. Es la primera vez en mi vida que no me habría importado faltar a mi palabra.

Eleanor era un mar de lágrimas, se acercó a Kendrick con los brazos estirados sin llegar a tocarlo.

—No digas eso.

—Es la verdad —dijo dando un paso hacia atrás para alejarse de ella antes de girarse.

Le dolía verla llorar, y debilitaba la coraza con la que había recubierto su herido corazón.

—Me marcharé —dijo finalmente tras sorber varias veces por la nariz.

—No irás a ninguna parte. Eres mi mujer y tu lugar está conmigo. Mañana partiremos como estaba previsto.

Eleanor no supo qué hacer o decir, no podía dejar de llorar. Lo había estropeado todo.

Se abrazó a sí misma. Recogió el cepillo y el camisón, que la doncella había llevado hasta allí horas antes, era precioso, y fue hasta un rincón de la habitación donde había una silla y un espejo pequeño.

Intentó desnudarse, no podía.

Lloró de impotencia, rabia y tristeza. Se deshizo el peinado, mechones caían uno a uno por toda su espalda. Se hizo un par de trenzas, una a cada lado. Se quitó los zapatos y las medias.

Volvió a intentar quitarse el vestido, el resultado fue el mismo.

Kendrick no la miraba, pero escuchaba cada suspiro, hipido y movimiento. Cogió aire y se acercó a ella, no dijo nada, la ayudó a desnudarse y volvió al sillón junto al hogar.

Allí pasó la noche, escuchó a su esposa llorar en su cama hasta que el cansancio pudo con ella. Espero un rato y fue hasta ella, la observó de cerca a la luz de las velas. Era la mujer más hermosa que había visto, y era suya; aunque no lo quisiera, seguiría siendo suya.

Volvió al sillón, se acomodó y cerró los ojos. Ahí estaba ella, otra vez, con ojos abiertos y cerrados.

La peor noche de bodas de la historia.

Dos almas que se amaban en silencio separadas por heridas demasiado profundas, negándose el uno al otro.

Los recién casados partieron tras el desayuno. Todos bajaron al comedor a primera hora. Eleanor no dejaba de llorar, todos creyeron que era por la despedida y no por la tristeza que albergaba en su corazón.

Las horas en el carruaje fueron lentas y silenciosas, las sospechas de Leah se confirmaron cuando, en la posada, Kendrick dispuso que Eleanor y ella dormirían en la misma habitación.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Leah cuando cerraron la puerta de su habitación.

Eleanor rompió a llorar, no podía ni hablar, dejó salir todo lo que había estado conteniendo. Leah la guio hasta los pies de la cama, donde se sentaron. Arrugó la nariz, había un olor desagradable.

Eleanor tardó varios minutos en serenarse lo suficiente para hablar. Se sentía muy avergonzada, aun así, se sinceró con ella. Le contó que había sospechado de Kendrick, le enseñó el cuaderno y las anotaciones.

—No es tan descabellado, muchos lores han conseguido el título cuando sus hermanos mayores murieron en extrañas circunstancias. No os conocía, solo era una teoría.

Leah no podía creerlo.

—Por eso me hacías tantas preguntas. Él tenía razón, tus intenciones eran ocultas, no buscabas mi amistad —dijo dolida.

Si ella estaba molesta, no podía imaginar cómo se sentiría Kendrick. Se levantó y fue hasta la ventana, la abrió solo unos centímetros, hacía frío, pero el olor persistía.

—¿Desde cuándo lo sabe?

—No estoy segura.

—¿Cómo es posible que te hayas enamorado creyendo que era un asesino?

Eleanor hipó, el llanto se intensificó. No podía hablar.

—Tranquila. Todo se solucionará —dijo palmeando su hombro mientras volvía a sentarse a su lado.

—No puede ni mirarme. Anoche durmió en el sillón, me ha mandado a dormir contigo. Me odia.

Las lágrimas seguían cayendo, pero no le estaban proporcionando alivio alguno. Con ellas solía desprenderse de sus miedos, de sus nervios, enterraba sus errores, no esta vez.

—No te odia, solo está enfadado.

—No pue-des saber-lo —dijo entre hipidos.

—Se ha casado contigo.

—Solo porque puedo estar embarazada.

—He visto cómo te mira. No es solo eso.

—Me miraba. Ahora me evita y cuando no lo hace, solo veo odio en sus ojos.

—Se le pasará. ¿No hueles raro?

—Si, a rancio. Y no me extraña, parece que hemos retrocedido de siglo.

Los muebles, las cortinas y la ropa de cama parecían tener más de cincuenta años, el tapizado de la pared estaba sucio y tenía agujeros. Lo único positivo era que tenía chimenea y la habitación estaba bastante limpia.

—No quiero abrir más, nos helaremos.

—Este viaje no ha empezado bien.

Y no mejoró en los días siguientes. Partían temprano, solo hacían una parada para almorzar y dejar descansar un poco a los caballos. No paraban hasta después de haber anochecido.

Hicieron noche en Edimburgo, en la casa de Clyde. A Eleanor le hubiera encantado pasar unos días allí, conocer la capital, pero la tensión con Kendrick iba en aumento día tras día.

Fue la única noche que durmió sola, en una cama cómoda y con sábanas sin manchas. Lloró sin contención, las noches anteriores, con Leah, no dejaba salir lo que escondía en su interior.

Estaba destrozada, ella era la culpable de su situación, ella lo había estropeado todo. Heida había estado años diciéndole que su obsesión por resolver misterios le iba a traer problemas. Cuánta razón llevaba.

Debió dejar que lo resolviera Edward, sin inmiscuirse, como le pidió.

Había aprendido la lección de la peor manera, al parecer, era la única forma en la que aprendía, por las malas.



Capítulo 28

Hacia tres días que llegaron a Cairn Donn. Eleanor conoció al tío y primos de Kendrick, que, sorprendidos, los felicitaron; sus primos no se percataron, pero su tío solo necesitó una mirada para saber que no eran un matrimonio feliz

Tres días sin salir de la habitación que compartía con Kendrick. Él llegaba a altas horas de la noche, cuando ella ya dormía, y se marchaba al alba.

Había tenido mucho tiempo para pensar, según sus cálculos, ya habían pasado veintiséis días desde la última vez que sangró. Si lo hacía, le propondría anular el matrimonio; no quería, estaba enamorada, pero no quería arrastrarlo a un matrimonio infeliz. No lo martirizaría con su presencia.

Esa noche fue Leah quien le llevó la cena. Juntas comieron mientras la escocesa trataba de convencerla para salir, para que le dejara enseñarle el castillo y sus tierras. No cedió. No lo haría hasta hablar con Kendrick y decidieran cuál sería su futuro.

En el otro extremo del castillo, otra conversación fluía con cierta severidad.

—Debes arreglar lo que quiera que haya pasado con esa chiquilla —dijo Blair, tío de Kendrick, dando un golpe sobre la antigua mesa de madera.

—Ya lo hemos hablado, eso es asunto mío.

—Vive en mi castillo, encerrada en tu habitación ¡como si fuera una prisionera!

Blair estaba cabreado, le había dado tres días para solucionar sus asuntos, y no lo había hecho.

—No sale porque no quiere.

Danzaban miradas entre Clyde, Callum y Edwin, ninguno se atrevía a hablar.

Blair era un hombre paciente y comprensivo que odiaba las injusticias. Esa pobre chica estaba sola, lejos de su hogar, y su esposo, el tonto de su sobrino, le estaba dando la espalda.

—No me tomes por estúpido, chico. No me importa qué ha hecho, lo pasado pasado está. Soluciónalo.

Kendrick siguió cenando, no respondió, su tío no lo entendía, tampoco quería que lo hiciera, para eso tendría que contarle qué había hecho, y no quería.

—¡Ya! —gritó Blair ante la pasividad de su sobrino.

—¿No puedo terminar de cenar?

—Cena con tu esposa.

Kendrick dejó caer los cubiertos sobre el plato, el estruendo captó la atención de todos. Se levantó de malas maneras, era un hombre, y su tío seguía tratándolo como a un niño.

Nadie dijo nada hasta que se marchó.

—Tú lo sabes —le dijo Callum a Clyde.

—Si, que te lo cuente él.

—Desembucha, muchacho, que no tenemos toda la noche —ordenó Blair. No necesitaba saber qué había pasado, pero quizá saberlo le ayudara a guiar y aconsejar mejor a Kendrick.

Clyde ya les había hablado del ataque que lo hirió, un loco había estado matando a todo aquel que comprara la casa, él solo estaba en el lugar y momento menos oportunos. No les habló del incendio, ni del romance de Kendrick con Eleanor, ni de su cuaderno, esa noche lo hizo.

Kendrick entró en su habitación, y el silencio invadió la estancia.

Leah se levantó al punto, le dio un beso en la mejilla a Eleanor.

—Habla con él —le susurró.

Se incorporó y anduvo rápido hasta su hermano, que estaba aún junto a la puerta. Se paró frente a él y repitió la acción, un beso y un susurro antes de salir y cerrar la puerta.

Su pecho subía y bajaba desenfrenado en busca de aire. Eleanor empezó a recoger con nerviosismo, una vez dejó todos los

platos en la bandeja, se puso en pie sacudiendo las migas de su vestido.

Kendrick se acercó a ella, le hizo un gesto para que volviera a sentarse y ocupó el sillón que acababa de dejar vacío su hermana.

—¿Por qué no sales de aquí?

—¿Por qué no vuelves hasta tarde y te vas al amanecer?

—No quiero verte. Y no has respondido a mi pregunta.

Eleanor apretó los puños con fuerza, estaba siendo cruel.

—Te estoy ahorrando tener que verme por los pasillos —dijo entre decepcionada y molesta. Cuando lo vio aparecer en el umbral, su corazón se alteró, por un momento creyó que había ido a hablar, que la escucharía.

Se equivocó.

—No puedes vivir encerrada.

Eleanor cogió aire, contó hasta cinco y lo soltó despacio.

—En unos días sangraré, entonces no tendrás que cargar más con mi presencia.

Kendrick se incorporó, apoyó los codos sobre las rodillas.

—¿Qué quieres decir con eso?

Su tío no debería haberlo presionado para que hablara con ella, estaba más cabreado que al entrar, y sospechaba que su enfado seguiría creciendo.

—Si mancho, tendrás la prueba de que no estoy embarazada, podrás pedir la anulidad o repudiarme.

Kendrick apretó la mandíbula hasta que el dolor le obligó a aflojar.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Irte?

Eleanor no contestó, no quería mentirle, así que se limitó a volver la mirada hacia la cama.

La cama donde habían dormido sin tocarse, ni un solo roce, abrazo o beso.

—Ya veo, la rosa inglesa no quiere mezclarse con los cardos escoceses. Deberías haberlo pensado mejor antes de meterte en mi cama.

—Éramos dos en esa cama —dijo recordando cuán diferentes habían sido las noches en Cursed Manor.

—Soy un hombre.

—Y yo una mujer —dijo. Volvió el rostro para enfrentarlo. No iba a dejar que la culpara a ella de todo, ambos eran responsables de lo que ocurrió. Ambos lo quisieron y disfrutaron.

—Olvida esa estupidez, no irás a ningún lado, y sal de aquí —dijo poniéndose en pie. Necesitaba salir de allí, no soportaba ver sus ojos húmedos e hinchados.

—Kendrick, no puedo vivir así —dijo en un acto desesperado por retenerlo, por hablar de verdad, desde el corazón.

—Pues vas a tener que hacerlo —dijo con voz grave sin volverse. Siguió caminando hacia la puerta.

—¿No vas a perdonarme nunca?

Kendrick no contestó, abrió la puerta y se marchó, dejando a Eleanor más rota y herida de lo que ya estaba.

Kendrick no fue esa noche a su habitación, durmió en el sillón de la biblioteca, después de que su tío lo interceptara. Sin tapujos, le dijo que Clyde se lo había contado, y le dio lo que para él era un sabio consejo, Kendrick no pensaba igual.

—Tú la elegiste, es tu esposa y va a serlo hasta que uno de los dos muera, que pensara mal de ti sin conocerte no es una ofensa, lo sería si lo pensara después de conocerte.

—No fue cosa de un día. Pasamos muchos ratos juntos y siguió pensando que era capaz de matar a mi hermano.

—¿Muchos ratos? Yo te conozco desde que naciste, al igual que a tu hermano y primos, y aún me sorprendéis. Casado. ni más ni menos que con una inglesa.

—Mi padre tenía razón con ellos. No son de fiar.

Blair dio un largo suspiro. Había lidiado durante años con la obsesión de su hermano, intentando que no arraigara en el resto de la familia. Lo último que quería era ver a su sobrino influenciado por el recuerdo de un loco.

—No, no la tenía, y tú tampoco ahora. Arréglalo o te arrepentirás.

—No puedo, tío —dijo con sinceridad.

—Kendrick, todos erramos en mayor o menor medida. No seas tan radical, ni lo has intentado —dijo palmeándole el hombro antes de dejarlo solo en el pasillo.

—Sí que lo he hecho —murmuró para sí.

Siempre había escuchado a su tío, era la voz de la razón. ¿Se estaría equivocando? ¿Estaban el dolor y el orgullo nublando su juicio?

Se mesó el pelo, agobiado por la situación, por más vueltas que le diera, ninguna opción parecía buena.

Volvió a la habitación, entró sigiloso, fue directo a la cómoda donde guardaba su ropa.

Eleanor fingió que dormía mientras lo escuchaba desnudarse y volver a vestirse. Sus pasos se detuvieron junto a la cama, sentía su mirada. Contuvo la respiración hasta que volvió a escuchar sus pasos alejándose.

La puerta acalló su sollozo, las lágrimas calientes y saladas volvieron a derramarse de sus ojos. La odiaba más que antes, esa noche ni siquiera durmió en la misma habitación. A esas alturas, todo el castillo sabría que él la repudiaba, y aún así no la dejaría marchar.

Ahora esa era su vida, y debía adaptarse a ella. Pensó en Elizabeth, ¿qué haría ella? Era fuerte y obstinada, no se rendiría, y ella tampoco.

Se sentó en el borde de la cama y secó sus lágrimas con los dedos. Inspiró profundo con los ojos cerrados, los abrió y espiró su dolor, o parte de él.

Se levantó con determinación, había tardado, pero ese sería el primer día de su nueva vida.

Aunque él no la quisiera, aunque siguiese ignorándola, ella debía encontrar un propósito allí. Una razón para levantarse cada mañana, necesitaba una ocupación, y tumbada en esa cama no la iba a encontrar.

Eligió uno de los pocos vestidos que podía ponerse sola, primera tarea: necesitaba una doncella.

Se peinó, algo sencillo, era bastante mañosa con el cabello. No pudo ponerse perfume, la mayoría de sus baúles aún estaban sin desempacar. Segunda tarea: organizar sus enseres.

El instinto afloró, solía anotar en su cuaderno ese tipo de cosas, cogió aire, esa vez no lo haría. Dejaría el cuaderno aparcado, al menos por una temporada.

Qué pensarían de ella si la veían de nuevo paseando con él, y si volvía a perderlo, cualquiera podría leerlo y ver lo ingenua y estúpida que había sido. Ella, que se jactaba de ser buena resolviendo misterios, había metido la pata hasta el fondo. No relacionó el accidente de Elizabeth ni la intoxicación de semanas antes con el ataque. Era evidente que alguien se estaba tomando muchas molestias para que pensaran que la casa estaba maldita, no lo vio. Quizá porque eso la llevaría a alejarse de él, ya no hubiera tenido excusa para acercarse a Leah, para visitar el ala donde se alojaba, escuchar conversaciones privadas o seguirlo.

Quizá solo vio lo que quiso ver, lo que le proporcionaba la excusa que necesitaba.

La mente puede jugar malas pasadas, olvidar lo que necesita, recordar lo que precisa, ver lo que se busca y escuchar lo que se quiere oír. ¿Quién no ha encontrado un enemigo en alguien a quien

detesta? ¿O razones para perdonar a alguien a quien ama? Y si fuera al revés, perdonar a un enemigo o detestar a quien amas, ¿encontraría entonces la mente las mismas razones?

Se detuvo frente a la puerta, con el pomo en la mano, la última barrera a superar, tras esa puerta, su nueva vida esperaba.

Cogió aire, uno, dos, tres; se infundió valor a sí misma, cuatro, cinco; con la mano aún temblorosa, abrió. El aire gélido golpeó su rostro, casi la hace retroceder a la calidez de su habitación. No lo hizo.

Dio un paso, otro y otro más, no estaba segura de la dirección, pero caminó hasta salir de la zona de habitaciones. Le costó dar con el comedor, si no es por uno de los criados, no lo habría encontrado.

El castillo era enorme, laberíntico.

Tercera tarea: hacer un mapa.

El comedor estaba desierto, demasiado tarde para los hombres, que hacía rato habían marchado al trabajo, y demasiado pronto para Leah, que aún dormía.

Frunció el ceño al ver que en el comedor no había nada, ya se había retirado el servicio de desayuno. Caminó sin rumbo hasta encontrar una criada, ella la acompañó hasta la cocina.

Parecía otro mundo, varias personas se movían con rapidez, hablaban algo de forma animada y resuelta. Pasaron unos segundos hasta que repararon en su presencia.

Una de las mujeres le sirvió el desayuno, Eleanor preguntó por qué no había nada en el comedor. Se retiraba tras acabar los chicos, así llamaban a sus señores en las cocinas, Leah solía

desayunar en su alcoba y ella no había salido desde que llegó. La mujer preguntó si debían dejarlo hasta que ella comiera, Eleanor se negó.

—No me gusta comer sola.

Las mujeres se miraron unas a otras, para nada era como habían imaginado. Una primorosa dama inglesa, una tan delicada que necesitaba varios días para recuperarse del viaje hasta allí.

Eleanor había escuchado todas y cada una de las lecciones de su cuñada, «gánate al servicio, ellos lo ven todo, lo escuchan todo, gánate su lealtad o te traicionarán».

Sería difícil, y quizá nunca lo conseguiría, se conformaba con que la sirvieran bien y no traicionaran su confianza.

Sirvieron el desayuno en una bandeja, Eleanor se colocó en el extremo de la mesa en la que trabajaban, la cocinera amasaba, las otras dos mujeres, algo más jóvenes, pelaban y partían verduras.

—No puede comer aquí, señorita.

—¿Les molesto?

—Por supuesto que no, pero ¿no prefiere comer en una de las salas?

—Prefiero comer aquí, si no les importa. Así pueden contarme cosas sobre el castillo y alrededores.

Catherine, la cocinera, sonrió abiertamente, le dijo que la llamara Cath y le contó algunas leyendas sobre el castillo, su preferida era la de que los antiguos señores paseaban por los pasillos protegiendo a sus descendientes del mal.

Se quedó un rato más tras acabar el desayuno, no tenía nada que hacer, y esas historias eran inquietantemente interesantes. Todas eran algo fantasmales y macabras, si no fuera por su enorme sonrisa y entusiasmo, hubiera pensado que quería aterrarla, hacerla huir de allí en el primer coche de posta que saliera rumbo a Inglaterra.

—¿Dónde puedo encontrar al ama de llaves? —dijo levantándose para emprender su primera tarea.

—¿A Lysa?

—Supongo, necesito una doncella.

—Yo te acompaño —dijo una de las ayudantes—. Lysa es algo estricta, no te amilanes.

Algo estricta era quedarse corto, era dura y hosca, no llevaba bien los cambios y peticiones. Eleanor no se acobardó, exigió como esposa y señora.

—Lo hablaré con el señor —dijo

Ante eso no tuvo otra opción que asentir y marcharse, aún tenía otra tarea por hacer.

Leah llegó a su habitación una hora después, eufórica porque por fin había salido. La ayudó un rato a sacar su equipaje, el tiempo que tardó en convencerla para ir a pasear fuera.



Capítulo 29

Kendrick desmontó cansado, las noches de insomnio empezaban a pasarle factura.

Desde que habían llegado al castillo, Eleanor se alojaba en su dormitorio, algo que habría disfrutado enormemente de no ser porque su esposa lo consideraba un hombre vil y mezquino, lo peor de todo es que se entregó a él con esa creencia, lo que le hacía plantearse qué tipo de persona era ella. Cualquier otra mujer habría corrido en sentido contrario, pero ella lo buscó una y otra vez. Se deshacía en sus brazos, le devolvió cada beso y no evitó ninguno de sus avances.

Cuando la invitó a su cama, creía que sentía lo mismo que él. Su corazón se aceleraba en su presencia, su mente no la olvidaba en todo el día, se había metido bajo su piel, tan dentro que no sabía si algún día sería capaz de sacarla. Incluso después de conocer la verdad, su cuerpo seguía reaccionando a ella.

Ni por un segundo se planteó dejarla marchar, como sugirió ella. Era su esposa a todos los efectos, y una parte de él deseaba que estuviera embarazada. No sabía si volvería a tocarla alguna vez,

y de no ser así, si no estaba embarazada, no tendría hijos. Nunca antes le había dedicado más de un pensamiento, eran otros tiempos, otras circunstancias, las suyas eran definitivas.

Suspiró agotado, le apetecía poco volver a tener otra charla con su tío.

Todos en el castillo ya sabían que su matrimonio no iba bien. El encierro de Eleanor pasó desapercibido el primer día, el cansancio, sumado a que eran recién casados, era suficiente excusa y lo habría sido unos días más si el bocazas de su hermano no hubiera metido la pata en la cena de la segunda noche. Un día le dio su tío, al tercero le tocó sermón.

Volvió a suspirar, estaba mejor en la destilería, allí nadie lo importunaba. Desde que volvió, se había dedicado a ponerse al día. Clyde lo acompañó el primer día, vio las nuevas barricas, y le dio a probar de una de ellas, enseguida notó las notas a caramelo, que contrastaba con el ahumado especial de esa partida. Le gustó tanto como a él, en un par de años comercializaría un nuevo *whisky*, especiado y más añejo. Clyde estaba entusiasmado, y él también lo estaría de no ser por Eleanor, ella ocupaba todos sus pensamientos, había enturbiado la ilusión de su nuevo proyecto.

La voz de su primo lo sacó de sus cábalas. Había estado cepillando a su caballo la última media hora, evitando así entrar en la casa.

—Tu charla debió dar resultado, tu esposa ha roto su encierro —dijo Callum, que empezaba a preocuparse, se marchó por la mañana con Leah y aún no habían regresado. La puesta de sol estaba cerca.

—¿Eleanor ha salido?

—Con Leah. Aún no han vuelto.

Kendrick intentó disimular, pero la tensión de sus músculos lo delataban.

—¿A dónde han ido? —dijo colocando de nuevo su montura.

—No lo sé.

Kendrick apretó con fuerza el cuero de las riendas y tiró de su caballo para sacarlo de la cuadra.

—Voy contigo —dijo su primo, colocando la montura sobre Trueno.

Salieron en busca de las damas sin saber bien por dónde empezar. Cabalgaron por los alrededores, el cálido aliento se mezclaba con el gélido aire que les cortaba frente y mejillas. Estaban teniendo un inusual mes de poca lluvia y de mucho frío.

No había ni rastro de ellas, no se lo pondrían tan fácil. Callum propuso acercarse al pueblo, quizá hubieran ido a visitar a alguna amiga de Leah o a hacer algunas compras.

Kendrick apretó las riendas, el pueblo no era un buen lugar para dos jóvenes solas. Podrían intentar asaltarlas para robarles, o cualquier desalmado podría intentar algo con ellas. Todos allí conocían a Leah, nadie se atrevería a tocarla, pero era un pueblo muy transitado por turistas, y a Eleanor nadie la conocía, nadie sabía que era una Campbell y estaba bajo su protección.

La sola idea de que algo le pasara a alguna de ellas le contrajo el estómago. Un nudo que estrangulaba y dificultaba la respiración.

Tomaron el camino principal, tras unos minutos de exigente cabalgada, divisaron dos mujeres a la salida del pueblo, andando en su dirección. No podía verlas con nitidez, aunque estaba seguro de

que eran ellas, lo notó en los huesos y el nudo se aflojó dejándolo respirar con normalidad. Cambiaron a un ligero trote hasta llegar a su altura.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Leah, algo molesta, no le gustaba que sus hermanos y primos la controlaran.

—La pregunta es qué hacéis vosotras aquí, solas, a estas horas. El sol ha empezado a ponerse. —La mirada de Kendrick iba de una a otra.

—Se nos ha ido el santo al cielo —respondió Leah, como si nada, agitando la mano al aire.

Callum le ofreció ayuda a su prima para que montara con él. Kendrick hizo lo mismo con Eleanor.

—No llevo traje de amazona —dijo contemplando cómo el vestido de Leah se subía y dejaba sus pantorrillas a la vista.

—No creo que a nadie le importe —dijo Kendrick aún más cabreado tras su rechazo.

—Ya que estoy aquí, iré a ver al herrero. Tengo que hacer un encargo —dijo Callum.

Su primo lo miró interrogante, ya era tarde, era evidente que su intención no era aprovechar el viaje, sino dejarlo a solas con su esposa. Por su enorme sonrisa, Leah también era consciente.

—No te demores, ya está anocheciendo.

—Descuida. Conozco el camino —dijo con expresión triunfal y emprendió un paso ligero.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Kendrick a su esposa, que seguía de pie en el camino.

Eleanor aceptó su mano y subió al caballo con cierta dificultad. Si no fuera por el impulso y la fuerza que él ejerció, no lo hubiera logrado. Leah lo había hecho con tanta soltura que le había parecido fácil, no lo fue. Se agarró a la cintura de su marido con las dos manos para no caerse.

Por inercia, Kendrick puso la suya sobre las de ella, una vez que inició un ligero trote y comprobó que no se caía, la devolvió a las riendas.

Sus manos eran fuego sobre su piel, sentía el calor que emanaba de su cuerpo atravesando todas las capas de ropa. Su cara descansaba en su espalda y su mente no dejaba de pensar en ella tan cerca, pero sin ropa alguna.

Apartó la imagen de su esposa desnuda bajo su cuerpo del mejor modo que se le ocurrió.

—Tu encierro ha terminado. ¿Por qué? —dijo tratando de distraer su mente.

—Esta es mi vida ahora, no voy a pasarla en tu habitación.

Kendrick sopesó sus palabras.

—Ayer también lo era.

Ninguno dijo nada durante unos minutos. Eleanor se esforzaba por contener las lágrimas.

Había ido a buscarla, quizá solo fuera por deber, o se hubiera visto arrastrado por Callum, pero allí estaba. Notaba la tensión en

sus músculos, pero no se deshizo de su abrazo y sus palabras eran distantes, mas eran mejor que el silencio.

Aspiró con fuerza, su olor inundaba sus fosas nasales, lo había extrañado. Fue curioso, cuando llegó a las Highlands, pudo notar un aroma en el aire parecido al de Kendrick, en ese momento anheló poder olerlo y ver si era real o solo su olfato gastándole una broma de mal gusto. Nunca había pisado suelo escocés; no obstante, era muy posible encontrar las mismas notas en Inglaterra. Ambas compartían vegetación.

—Sí, ayer tenía la posibilidad de que me dejaras marchar.

—No, no la tenías —dijo apretando los dientes.

—Ahora lo sé —susurró para sí.

La escuchó, identificó el anhelo en su voz, sin embargo, confundió el motivo y el nudo en el estómago volvió.

—¿Y qué pensabas hacer? ¿Volver con tu hermano? ¿Pedir a tu hermana que consiguiera la nulidad? ¿Volver al mercado matrimonial a buscar un marido que pasase por alto que fuiste de otro? ¿O pensabas ocultarlo? —escupió apretando tanto las riendas que Rayo relinchó.

Eleanor afianzó su agarre. Echaba de menos perderse en sus brazos.

—Ya no importa.

El silencio se instauró entre ellos hasta divisar el castillo en lo alto de la colina. Era muy diferente de las mansiones que había visitado, y había estado en unas cuantas. Grandes casas, lujosas y rurales, de dos y tres plantas. Cairn Donn era una fortaleza inexpugnable con su alto torreón de piedra gris, grande y

majestuoso. Lo rodeaba un halo de misterio que le gustaba e intrigaba en la misma medida.

—Es enorme —dijo—. Tanto que voy a necesitar un mapa para no perderme.

La sonrisa le duró poco, no le había enseñado el castillo, tampoco lo haría, se lo pediría a Leah, ella estaría encantada de hacerle un *tour*.

La dejó en la puerta de la entrada, Clyde, que esperaba en uno de los bancos de fuera, la ayudó a bajar. Eleanor respondió a sus preguntas mientras lo acompañaba al interior.

—¿Llegarán para la cena?

—Callum dijo que no tardarían.

Eleanor se disponía a marchar a su habitación para cambiarse para la cena cuando Clyde la detuvo.

—Cena con nosotros.

—Voy a cambiarme.

—No hace falta. Esto no es Inglaterra. Vamos —dijo extendiendo el brazo para que enlazara el suyo.

Eleanor sonrió al recordar cuánto detestaba Elizabeth cambiarse de vestido, ella habría encajado muy bien allí. Heida también, la pregunta que se hacía constantemente era si ella encajaría algún día.

Aceptó su brazo y aprovechó la ocasión.

—Hoy he ido a ver a Lysa para solicitar una doncella, me ha dicho que debía consultarlo con el señor. ¿Crees que tu tío se opondrá?

Clyde se carcajeó. Lysa era una vieja urraca, no llevaría bien la presencia de Eleanor, quien a todos los efectos era la primera señora de casa, y como tal, tendría el poder que tanto le gustaba ostentar a Lysa.

—Por supuesto que no. Hablaré con mi tío para…

—No —interrumpió Eleanor—. Te lo agradezco, pero debo hacerlo yo. En unos días te irás y no estarás aquí para ayudarme con cada problema que surja.

Se pararon en la puerta del salón, tras ella estaban Blair y Edwin.

—Para eso está Kendrick. —Eleanor forzó una sonrisa, no respondió—. Dale tiempo, se le pasará. Mientras tanto, Leah te ayudará con todo lo que necesites. Todos lo harán, pero quizá con ella te resulte más fácil.

Esta vez sonrió de verdad, una sonrisa plena que dejaba a la vista ese hoyuelo que tanto le gustaba a su marido y había estado escondido durante días.

Entraron al salón. Blair se sintió orgulloso, la charla con su sobrino había dado sus frutos.

—Y bien, muchacha, háblame de ti. ¿Qué te gusta hacer? —preguntó el cabeza de familia.

Cuando sus sobrinos llegaron, le contaron la buena nueva, le presentaron a su nueva sobrina y se retiraron, estaban cansados del

viaje. Esa fue la única vez que la vio, las únicas palabras que cruzaron fueron un saludo escueto.

Clyde y Leah le habían hablado de ella, pero quería conocerla por sí mismo.

—Siempre me han apasionado los misterios, espero poder encontrar en la biblioteca algún libro del género,

—¿La has visitado ya?

—Aún no.

—Mi sobrino te llevará después de cenar —dijo bastante alto mirando a Kendrick, que acababa de entrar al salón—. Seguro que encontrarás algo de tu gusto.

—¿A dónde tengo que llevarla?

—A la biblioteca, tu esposa me ha contado que es amante de los misterios.

—Me temo, tío, que no son los misterios escritos los que le interesan —dijo Kendrick mirándola con frialdad.

—Además de leer, ¿qué más te gusta? —preguntó Blair, ignorando a su sobrino.

—Bordar no me gusta especialmente, aunque me resulta relajante.

—Sí, sí, sí —dijo agitando las manos frente a su cara—, todas las damas leen, bordan, pintan y tocan el piano. Lo que quiero saber es qué te gusta a ti.

Kendrick se sentó junto a ella, así evitaría mirarla. Las comisuras de Eleanor se elevaron sin remedio.

—No tengo destreza en la pintura, y prefiero el violín.

Las cejas de Blair subieron arrugando su frente en tres grandes pliegues. Kendrick giró la cabeza y la miró con curiosidad.

—¿Tocarás para nosotros? —preguntó Edwin.

—Estaré encantada, pero aún no he terminado de deshacer el equipaje.

Clyde le dio un pequeño toque en el hombro, esa era una buena ocasión para solicitar la doncella. El gesto no pasó desapercibido para nadie.

—Si tuviera una doncella, podría ayudarme, no solo con el equipaje, necesito ayuda con…

Blair levantó la mano mostrándole la palma, una clara señal para que callara, así lo hizo.

—Entiendo. Díselo a Lysa, ella se encargará.

—Ya lo he hecho —dijo.

—Debe de ser algo muy alucinante si has conseguido que todos se sorprendan —dijo Callum cruzando el umbral al lado de Leah.

Kendrick, sentado a su lado, la miraba con las cejas alzadas, Clyde, apoyado en el reposabrazos, tenía esa sonrisa ladeada de la que tanto alardeaba, y su padre y hermano tenían los ojos abiertos como platos.

—Le ha pedido a Lysa una doncella —dijo Clyde.

—Oh, por supuesto, necesitas una. Debería haberme dado cuenta y haber hablado con Lysa yo misma —dijo Leah, caminando hasta ella. No se sentó, ya estaban todos. Pasarían al comedor de un momento a otro.

—Se encargará ella misma —dijo Blair—. Ya es hora de que las mujeres Campbell se hagan cargo de este castillo, eso os incluye a las dos, y espero que pronto se multipliquen por dos —dijo mirando a todos los Campbell solteros—. Cenemos, estoy hambriento.

En la mesa, Eleanor pudo observar a los hermanos, Callum y Edwin, eran muy parecidos y diferentes a la vez. Ambos eran pelirrojos y llevaban el mismo corte de pelo, el rojo de Callum era casi inapreciable en la oscuridad, mientras que el tono de Edwin le recordaba al de las zanahorias. Ojos grandes, los de Callum profundos y expresivos, una cualidad reservada para los primogénitos, Kendrick y Edward también la poseían, los de Edwin eran dulces y aniñados. Su porte era robusto como el de todos los Campbell, Edwin era el más delgado de los cinco, Clyde el más tocho, aunque si Blair fuera joven, estaba segura de que lo superaría.

No le dieron mucha tregua, apenas unos minutos y empezaron a hacerle preguntas, la preguntona era en ese momento la interrogada. Eleanor respondió encantada, se sentía arropada, la trataban como a una más, sin formalidades ni distinción. A ratos se sentía como en casa, segura y despreocupada de apariencias, aceptada tal y como era, como hacía una familia.

Se sentía tan a gusto que terminó por contarle a Blair su pasión por las extrañas formaciones rocosas, llevaba intentando desentrañar quién y cómo las hizo desde que las vio por primera vez.

El rostro de Kendrick se ensombreció, él ya sabía eso, lo leyó en el mismo cuaderno en que anotó todo lo que sabía o creía saber de él.

Blair le habló sobre unas ruinas cercanas, aunque no reveló su ubicación por mucho que ella insistió. Estaba cerca de la propiedad de los Drummond, lo último que quería era que se topara con alguno de ellos sin la protección de un Campbell.

—Kendrick te llevará —dijo Clyde, ganándose una mirada asesina de su hermano, pero no lo contradijo.

—Eso sería maravilloso —dijo Eleanor esperanzada.

Su esposo mantenía la distancia, pero no la ignoraba, quizá fuera por apariencia, mas fue él quien le pidió que saliera.

—No preguntes a la cocinera, o te llenará la cabeza de absurdas leyendas —dijo Edwin.

—Las leyendas no surgen solas, parten de un hecho, hay verdad en ellas —dijo Eleanor con entusiasmo.

—Y mucha fantasía también —añadió Callum.

Eleanor le pidió permiso para usar uno de sus caballos. Callum había heredado la misma pasión que su abuelo, quien empezó con la cría de caballos más por amor que por empresa, pero con el tiempo, fueron demasiados. Blair tenía demasiado trabajo con las ovejas, los habría vendido todos de no ser porque su hijo relevó la labor de su padre.

—¿A dónde piensas ir para necesitar un caballo? —le preguntó Kendrick bajito cerca de su oído para que nadie más le escuchara.

—Me gustaría explorar la zona. Leah me ha dicho que al otro lado de la colina está el acantilado con una playa preciosa.

—No irás sola —dijo secamente.

—Iremos juntas.

Lo habían hablado esa tarde, al día siguiente irían al acantilado. Kendrick asintió no muy convencido.

La cena terminó con el postre.

Leah salió del salón del brazo de Eleanor y bajito le preguntó si quería que enviara a su doncella para ayudarla, se negó, tendría que esperar a que asistiera a Leah y estaba cansada.

Kendrick la seguía de cerca, observando su contoneo al andar, su inseguridad al caminar por el oscuro pasillo sin más luz que la vela que portaba. Él estaba acostumbrado, conocía el castillo tan bien que era capaz de moverse por él con los ojos vendados. En dos zancadas se colocó tras ella, cogió la palmatoria y la adelantó. Enlazó sus manos para que no quedara atrás, no la soltó hasta llegar a su habitación.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Kendrick al cerrar la puerta.

Eleanor pensó en aceptar, quizá fuera su forma de acercarse a ella, pero había tirantez en su voz.

—Puedo sola —dijo finalmente.

Se desnudó sola frente al espejo, no se ocultó ni se dio prisa, sabía que Kendrick la observaba, veía su mirada a través del espejo.

No buscaba provocarle, solo hacerle entender que no tenía nada que ocultar, esa era ella, dispuesta a desnudarse frente a él en

cuerpo y alma.

Se puso el camisón y prescindió de la bata, fue directa a la cama, donde se cubrió con las mullidas y cálidas mantas.

Kendrick esperó junto al fuego con una copa a que su respiración fuera más lenta y profunda. Entonces y solo entonces se unió a ella.



Capítulo 30

El sangrado llegó como un reloj, y ensanchó la indiferencia de Kendrick. El universo parecía estar burlándose de ella, ese mismo día, unas espesas nubes grises se posaron sobre el castillo, desde entonces, la lluvia acechaba. No era aconsejable salir, la suave llovizna podía cambiar en cualquier momento. los días pasaban sin poder hacer otra cosa que leer y bordar.

Las cenas eran el único momento donde Kendrick no la ignoraba, y estaba segura de que era por su tío. En dos ocasiones se habían encontrado sin su presencia, y solo le dedicó un escueto saludo, no le importaba guardar las apariencias en ausencia de la familia.

Era la última noche de Clyde, se marchaba al día siguiente y Eleanor estaba especialmente nerviosa, tocaría para toda la familia por primera vez.

Había estado practicando por las tardes, con Leah como única espectadora. Si no fuera por ella, Eleanor estaría sola todo el día.

Tocaron a la puerta, era Molly, una de las criadas más jóvenes, Lysa la había ascendido a doncella.

—¿Necesita ayuda? —preguntó mientras entraba. Eleanor asintió frente al tocador.

Molly no tenía experiencia, pero tenía buena disposición, sabía coser, y peinar no se le daba mal.

Eleanor no se lo tomó demasiado bien, pensó que Lysa lo hacía por molestarla, estaba aceptando con poco agrado que ella y Leah se implicaran en el funcionamiento del castillo. Quizá lo hiciera con ese propósito, aunque en cuanto la conoció, decidió darle tiempo para que aprendiera, desprendía una energía revitalizante y era parlanchina como ella. El segundo día, Eleanor ya sabía los nombres de todos los que trabajaban en Cairn Donn, con algún que otro jugoso cotilleo.

Se estaba integrando mejor de lo que ella misma esperaba, aunque echaba de menos a su familia, Heida, Edward, Elizabeth y la pequeña Susan; la noche anterior soñó con ella. Era más grande, ya andaba y comía solita, Eleanor portaba un bebé en sus brazos, un bebé pelirrojo, de piel rosácea y ojos claros. Se lo enseñaba a Susan, quien arrugó la nariz, se rio con la gracia de una niña de cuatro años y besó la frente del bebé.

Eleanor despertó con una sonrisa que se borró en cuanto comprobó que el otro lado de la cama estaba vacío. Nunca tendría un hijo si Kendrick seguía encabezonado. Una sombra se instauró en su corazón, aún teniendo un hijo, este no conocería a su familia.

¿Cómo un sueño tan bonito y feliz puede hacerte sentir tanta tristeza? De la alegría a las lágrimas, en unos pocos minutos.

—Me gusta más cómo le queda el pelo no tan tirante —dijo Molly.

—Heida siempre lo lleva así —dijo nostálgica.

—¿Su gemela?

Eleanor asintió con una media sonrisa más triste que alegre.

—¿Es cierto que pueden comunicarse sin hablar?

—Sí, aunque no es como la gente piensa. No tenemos telepatía ni nada de eso. Hemos pasado las veinticuatro horas del día, todos los días de nuestra vida, juntas, nos conocemos muy bien, puede que mejor que a nosotras mismas. ¿Tienes hermanos, Molly?

—Dos. Varones. Son buenos y protectores, pero nunca se han interesado mucho por mi.

—Los hermanos son así.

Molly terminó de colocar la última horquilla justo cuando la puerta se abrió sin previo aviso.

Kendrick había subido para cambiarse. La lluvia lo había calado hasta los huesos. Eleanor mandó a Molly para que subieran agua para un baño, Kendrick se negó, no le hizo caso y Molly dejó claro que a ella quien le daba las órdenes era la señora.

—Para cuando suban, ya me habré cambiado —dijo inclinado frente al fuego mientras frotaba sus manos.

Se había quitado todo excepto el pantalón,

—No tardarán, y les irá bien a tus huesos entrar en calor.

—No necesito un baño para eso.

Eleanor no sabía si se refería al fuego, o a ella, que solo llevaba una fina camisola semitransparente bajo la bata entreabierta. No había dejado de mirarla desde que entró.

Cuando llegó al castillo, creyó que sería lúgubre y frío, pero las grandes chimeneas siempre encendidas iluminaban y caldeaban el ambiente.

—Ya lo he pedido.

—Porque tú has querido. Báñate tú.

—Ya lo he hecho.

Tocaron a la puerta, eran un par de mozos con grandes tinas de agua. La bañera aún seguía cerca del hogar, vaciaron las cubas dentro, no estaba del todo llena, pero los mozos sí aceptaron la orden de no traer más.

Suspiró y terminó de desnudarse, estaba cansado y solo le apetecía tumbarse en la cama y dormir durante tres días seguidos. El insomnio había arraigado bajo sus ojos, que se negaban a cerrarse por las noches. Los únicos momentos que podía contemplar a su esposa sin ser visto ni juzgado, solo por él mismo.

Se metió en la bañera con la mirada atenta de su esposa, el agua subió lo suficiente como para cubrir la mitad de su cuerpo.

Dejó caer la cabeza hasta apoyarla en el filo y cerró los ojos. Escuchó pasos acercarse a él.

«Muy bien, si quieres verme, aquí me tienes», pensó. No varió su posición ni un centímetro, tampoco abrió los ojos. Su imaginación cobró vida propia y la imagen de su esposa metiéndose en la bañera con él hizo reaccionar a una parte de su anatomía.

Eleanor se sonrojó. El cofre en que guardaba sus útiles de aseo aún estaba abierto, ciertamente, a Molly le quedaba mucho por aprender, o era muy despistada. Cogió su esponja, vertió un poco de gel y añadió unas gotas de aceite.

Kendrick pensó que estaba recogiendo sus cosas, ni por un instante se planteó lo que ella pretendía. Dio un pequeño respingo, casi imperceptible, al sentir algo frío y suave acariciar su piel.

No abrió los ojos, dejó que ella pasara la esponja por su pecho, cuello, brazos y piernas. Sentía las yemas de sus dedos alrededor de la esponja, cálidos y suaves. Deseaba volver a sentir sus caricias, su miembro se enfureció aún más, él también extrañaba sus atenciones.

Después hundió la esponja en el agua y la estrujó sobre su pecho enjabonado, dejando que el agua descendiera en cascada por su fibroso torso y arrastrara la espuma con ella. Eleanor arrastró lo que quedaba con una última pasada. Repitió la acción tantas veces como fueron necesarias hasta retirar toda la espuma.

—Me falta la espalda.

Entonces abrió los ojos, para encontrarse con los de ella. Una mirada tan llena de deseo como la suya.

No dijo nada, agarró con sus manos los fríos bordes de la bañera y se enderezó, dejando su espalda separada.

Eleanor volvió a verter gel y aceite sobre la esponja, había perdido todo el producto en el enjuague, esta vez, bajo la atenta mirada de su esposo.

Se mordió la lengua para no preguntar qué eran esos líquidos, volvió hacerlo cuando notó la esponja en sus doloridos

hombros, él usaba un áspero paño para enjabonarse, cómo iba algo tan suave y delicado a asearle.

Kendrick volvió a su posición inicial tras el enjuague, pero a Eleanor no se le pasó el pequeño quejido al frotarle. Colocó ambas manos sobre sus hombros, Kendrick se tensó, ella comenzó a masajearle la zona.

Su mente era un auténtico hervidero de contradicciones, una voz le gritaba que la apartara, que le pidiera que parase, pero otra le gritaba que se levantara, que le quitara la bata y la metiera con él en la bañera, o que la tomara en sus brazos y volviera a hacerla suya.

Ignoró todas las voces, se quedó quieto, con los ojos cerrados, mientras recibía la atención de su esposa. Sus fijos y cálidos dedos presionando sus doloridos músculos. Deslizaba sus manos hacia el cuello, descendía por la columna hasta llegar al borde de la bañera, entonces volvía a subir y en la nuca sus manos se separaban una para cada hombro. Repitió los movimientos ejerciendo un poco de fuerza una docena de veces hasta que le puso fin.

—Se hará tarde —dijo mientras retiraba sus manos y el frío le invadía la piel, los músculos y el corazón.

Kendrick se puso en pie, se secó y se vistió en silencio. Eleanor estaba sentada en el tocador, no sabía de dónde había salido, tampoco la silla en la que se sentaba, el espejo, la cómoda o el armario nuevo. Todo aquello estaba en un rincón, apiñado, nada que ver con sus cosas, más espaciadas y masculinas.

Abrió la boca para decirle que no tenía por qué hacer eso, que podía cambiar lo que quisiera, poner el tocador en un lugar más luminoso y su armario junto al suyo, pero fueron otras las palabras que salieron de sus labios.

—Le diré a tu doncella que venga a ayudarte.

Aún estaba dolido.

No era capaz de superar que le creyera capaz de cometer fratricidio.

No pretendía ser cruel, pero cuando la ira afloraba, sus palabras se tornaban frívolas e hirientes. Leah le regañó en dos ocasiones durante el trayecto en carruaje, Clyde lo hizo otras tantas más. El silencio era su mejor recurso, pero eso también les molestaba.

¿Y qué había de lo que le molestaba a él?

Nadie estaba teniendo en cuenta sus sentimientos.

Su tío le presionaba.

Edwin se burlaba de él cada vez que podía.

Leah no paraba de insistir en que tenían que hablar y Clyde para que la perdonase.

Callum era el único que se mantenía al margen, estaba demasiado ocupado con los caballos como para dedicarle más de un pensamiento.

Malhumorado, bajó al salón donde se reunían antes de pasar al comedor. Solo faltaban las chicas y Callum.

—Creí que a estas alturas ya estarías a bien con tu mujer —dijo Clyde sin disimular ni un pelo.

—La relación que tenga con mi mujer —dijo enfatizando el «mi»— no es asunto tuyo.

—Tengamos la noche en paz —dijo Blair mirando a los dos con severidad.

Blair no era especialmente sabio, pero conocía a los suyos, y no reaccionaban bien a las presiones y exigencias, ninguno de ellos, empezando por él mismo.

—Estarán bien, puedes irte tranquilo, en tu próxima visita estarán escondiéndose por los rincones. ¿Cuándo volverás?

—No lo sé —contestó Clyde, aunque sí lo sabía, volvería en las próximas Navidades, como llevaba haciendo los últimos años.

—Cuando te dejé ir, pensé que un par de años fuera te despejarían la mente, pero ya es hora de que vuelvas a casa, chico.

—Ya no soy un chico, tío. Y esta ya no es mi casa.

Blair golpeó los reposabrazos con las palmas de las manos, agarró los bordes y se irguió.

—Esta siempre ha sido y será tu casa.

Ninguno dijo nada, Clyde no quiso contradecirlo más, al día siguiente se marchaba y ese problema sería para otro día, otro año, su vida estaba en la capital, aunque su familia no lo entendiera.

Leah y Eleanor llegaron, y con ellas la atmósfera se relajó considerablemente. Edwin acaparó la atención de su nueva prima, hablaron sobre la pieza que tocaría esa noche. Era un amante de la música, aunque no sabía tocar y odiaba bailar.

Callum fue el último en llegar.

—Menos mal que te has cambiado —dijo Clyde.

—Te has vuelto muy refinado con esas camisas de seda —respondió a modo de burla.

—Al menos yo no me siento a la mesa oliendo a mierda de caballo.

Edwin y Kendrick escondieron la risa con una tos muy falsa, Leah le dio un manotazo a Clyde y Blair negó con la cabeza mientras Eleanor observaba a los que se habían convertido en su nueva familia. Apenas llevaba unos días allí, Callum nunca estaba en casa, Edwin se escaqueó de la mitad de las cenas, Blair le causaba bastante respeto, por lo que mantenía las distancias; con los que más había tratado eran Clyde, que se marcharía y no vería en una buena temporada, y Leah, a la que empezaba a conocer bien.

—El olor es seña de trabajo.

—Yo también trabajo y no huelo a mierda —dijo Kendrick.

Lo miró de mala manera, esa tarde, una de sus yeguas se había partido una pata, si para el día siguiente no se levantaba, tendría que sacrificarla. Estaba cansado, y de muy mal humor como para aguantar chorradas.

—Cenad sin mí, bajaré cuando no huela a mierda.

Salió del salón, dejando a todos mirando la puerta por la que se había ido. Blair suspiró y casi los obligó a pasar al comedor, no tardaría más de quince minutos en bajar.

—Os habéis pasado —dijo Leah tomando asiento frente a Clyde.

Blair presidía la mesa, como cabeza de familia; a su derecha, siempre estaba Callum; seguido de Edwin y Clyde. Al otro lado, Kendrick; junto a él, su esposa, y junto a ella, su hermana.

—Solo he dicho la verdad —dijo Clyde.

—Dejadlo ya. No podemos cenar una noche en paz en esta casa.

—Castillo —dijo Eleanor de pronto.

Todos estallaron en carcajadas, todos excepto uno, que la miraba de forma muy intensa, casi sin parpadear.

Eleanor se negó a empezar hasta que no estuviera Callum, esperaron mientras Leah los ponía al día del porqué de su mal humor.

—No puede seguir con los caballos —dijo Clyde.

—No, si no deja las ovejas —añadió Kendrick. Conocía bien la pasión y debilidad de su primo, lo admiraba por su entrega y dedicación, pero no podía hacer dos trabajos.

Blair se sintió culpable, cuando su hijo quiso seguir con el emprendimiento de su padre, solo aceptó si lo hacía tras sus horas de trabajo. Desde entonces había estado así, llegaba el último y se iba el primero, no se quejaba, pero Blair sabía bien donde estaba su entrega y dedicación.

—Si Clyde estuviera aquí, podría ayudarle, rebajar su carga —dijo Blair.

—O podrías contratar un mozo y eximirlo de su trabajo con las ovejas.

—Y que este se invente cualquier tontería para que lo exima también —dijo señalando a su hijo menor.

—Yo estoy bien como estoy —dijo el pequeño de los Campbell.

—Mi abuelo tuvo cinco hijos, todos ovejeros, de la última generación, solo uno. El legado de los Campbell merma —dijo con pesar.

—Si su abuelo tuvo tantos hijos, ¿cómo es que no está el castillo lleno de primos y sobrinos? —preguntó Eleanor sin poder contenerse.

—Dos de ellos murieron antes de engendrar hijos, el tío Dougal tuvo dos hijas, ambas se marcharon al casarse, lo del tío Niall fue una tragedia, su mujer y sus tres hijos murieron en el parto, no volvió a ser el mismo después de aquello. No pierdo la esperanza de que el castillo vuelva a llenarse de vida como antaño, mi abuelo contaba historias, el Clan Campbell fue un gran clan.

—Dejemos esa historia para otro día —dijo Clyde.

—Preferiblemente uno que no esté yo, he oído esa historia demasiadas veces —dijo Callum tomando asiento—. No hacía falta que me esperaseis.

La cena fue amena, Blair terminó contando la historia del clan, Eleanor sentía mucha curiosidad, para ella todo era nuevo, quería conocer sus tradiciones y costumbres.

En el salón, tomaron asiento cerca del hogar, a Eleanor le gustaban esos ratos, conversaban entre ellos, contaban anécdotas de su día, problemas en el trabajo, un poco de todo.

Esa noche sería un poco diferente, iba a tocar para ellos, Clyde insistió en escucharla antes de irse. Había pasado toda una mañana ojeando partituras hasta decidir cuál tocar. Quería que fuera

especial, sería la primera vez que Kendrick la escucharía, quería estar perfecta.

Había elegido uno de sus mejores vestidos, quizá algo excesivo para las circunstancias, usó aceites olorosos en el baño y el pelo, Molly se esmeró en su peinado. Como último detalle, se puso el conjunto que sus hermanos le regalaron para su boda. Un collar precioso, con una piedra rosa, y pendientes a juego.

Edwin sirvió *whisky* para ellos y jerez para ellas, ninguna solía beber, pero Eleanor estaba nerviosa y Leah la acompañó.

Kendrick no le quitaba la mirada de encima, le fascinaba verla entre los suyos como una más, como si hasta hace unas semanas no hubiera sido una fina dama inglesa. Esa noche lo parecía, no le había pasado desapercibido su atuendo.

Eso lo llevó a plantearse si quizá su mujer necesitase ropa más adecuada a su actual vida, prendas destinadas a la comodidad y de abrigo. Lo necesitase o no, no se lo plantearía, como tampoco le dijo lo del mobiliario de su habitación; él tampoco la invitó a visitar la destilería con él. Cada día, al llegar, lo pensaba, quería llevarla allí, enseñarle qué y cómo lo hacía. Un pensamiento que terminaba como todos los demás, maldiciéndose a sí mismo por estúpido.

—Es hora de nuestro concierto privado —dijo Edwin sacándolo de sus cábalas y rompiendo la conversación que mantenía Eleanor con Callum y Blair.

Eleanor se puso de pie, fue hasta el rincón donde esa tarde había dejado el violín y la partitura, no tenía atril, así que Leah la sostendría. Se sabía la mayor parte de memoria, pero había partes que se le olvidaban. Se frotó las manos por puro nerviosismo, abrió con delicadeza el estuche de cuero negro y sacó su precioso violín, con él en una mano, la partitura en la otra y la mirada fija en Kendrick, se acercó a la familia.

Leah se cambió de sitio, un poco más alejado. Eleanor le entregó la partitura y le mostró el gesto con el que debía cambiar la página. Una vez estuvo todo preparado, colocó el violín sobre el hombro izquierdo, inclinó ligeramente la cabeza para fijarlo con la barbilla.

Cogió aire, cerró los ojos unos segundos y los abrió despacio.

Comenzó a tocar, las notas fluían por el aire, adentrándose en todos los rincones de la habitación.

Eleanor se entregó a la música, no era una apasionada, pero había algo mágico en el modo en que las notas hilaban unas con otras formando una perfecta sintonía. Ella la creaba, con sus movimientos envolventes y exigentes.

Kendrick estaba hipnotizado, su cuerpo se mecía al ritmo del arco. No podía dejar de mirarla, era preciosa y muy talentosa. Quería que tocara para él, solo para él, desnuda, mientras él acariciaba y besaba su dulce y cremosa piel.

Comprendió entonces que estaba perdido, no podía seguir luchando contra él mismo, contra sus deseos y sentimientos. Caería, más tarde o más temprano.

El ritmo se aceleró y con él los movimientos de Eleanor, más rápidos y precisos. Vio la tensión que acumulaba en su hombro, su torso y brazos. De repente, frenó, una nota suave, otra un poco más larga, otra más y bajó el arco y el violín. Kendrick no podía dejar de pensar en acortar la distancia, echársela al hombro y huir de allí.

No lo hizo.

Eleanor recibió alabanzas de todos excepto de uno, del único que las quería. No es que no apreciara la opinión de los demás, es

que para ella la de él era la más importante. Nada de lo que hacía surtía efecto.

Sus ojos se humedecieron, usó la emoción como excusa, se despidió y se marchó.

Esa noche Kendrick no durmió con ella.

No podía.



Capítulo 31

Leah y Eleanor celebraban que por fin el sol brillaba en el cielo escocés. Habían sido días de encierro, en los que solo salieron para dar cortos paseos alrededor del castillo bajo la suave lluvia.

—¿Qué pensáis hacer hoy? —preguntó Catherine. Leah solía desayunar en su habitación, hasta que descubrió que Eleanor lo hacía en la cocina, desde entonces, ella también lo hacía.

La cocinera no lo llevó bien al principio, las señoritas no debían estar allí, pero esas dos chiquillas eran tozudas y no le quedó otra que desistir.

—Voy a llevar a Eleanor a Mound Junction —dijo Leah con energía. Ya había mandado una nota a Callum para que le preparase dos caballos.

—Os prepararé una cesta.

—Oh. Será maravilloso hacer un pícnic —dijo Eleanor.

—Sí que lo será —afirmó Leah poniéndose en pie.

Se marchó rápido, sin dar ninguna explicación, Eleanor miró interrogativa a Catherine, quien se encogió de hombros.

Leah llegó pocos minutos después con una tela gigante.

—Los colores de la familia —dijo orgullosa, mostrándole el hermoso tartán que tantos años había acompañado a la familia.

Catherine cogió una gran cesta, la llenó de fruta, pan, queso, jamón dulce y unas galletas que aún estaban calientes. La acercó hasta Leah para que colocara la tela para el picnic.

—Pesa demasiado —dijo Eleanor.

—Un mozo la llevará y subirá al caballo.

—No estará para bajarla.

—Entre las dos podremos, tras comer será más ligera —dijo Leah.

Eleanor aceptó no muy convencida, terminó su té y juntas salieron hasta los establos.

Callum estuvo protestando mientras terminaba de preparar sus monturas, no debían ir tan lejos solas, sin la compañía de alguno de ellos.

Eleanor lo invitó a acompañarlas, Leah arrugó la nariz en señal de protesta, no podrían conversar con él presente. Callum declinó la oferta, tenía mucho que hacer.

Solas, las vio salir del establo.

—Avisa a Kendrick, dile que su mujer y su hermana van camino de Mound Junction, solas.

Eleanor se quedó fascinada en cuanto divisaron el círculo a lo lejos, solo tenía ocho años cuando visitó por primera vez un círculo de piedra, era mucho más grande que ese, pero tenía el mismo halo misterioso y mágico.

Le encantaba.

Ataron los caballos a un roble cercano, Eleanor caminó hipnotizada hacia el centro, Leah la siguió con una sonrisa.

Se paró frente a la roca más grande, inclinó la cabeza hacia adelante con los ojos como platos y la boca entreabierta. Se quitó el guante y subió su mano hasta el grabado, lo recorrió con parsimonia, notando el frío filo limado. La cabeza tendía a seguir el recorrido de la mano. Estuvo un rato observando los grabados, recorriéndolos con sus dedos, no los había visto nunca.

«¿Quién los haría?, y ¿por qué?».

«Este parece un sol, y este otro una hoz».

«¿Qué significará?».

—¿Sabes qué son? —preguntó a Leah.

—Símbolos celtas, pero no sé qué significan, son muy antiguos.

«Quizá en algún libro aparezcan».

Eleanor se acercó al caballo, en la alforja llevaba su cuaderno y unos carboncillos. Copió los que estaban más claros, muchos de ellos se habían deteriorado tanto que apenas eran legibles.

Leah empezó a aburrirse, cuando le propuso ir, creyó que su visita sería diferente, más divertida.

—¿Me ayudas a bajar la cesta? Iré preparando el pícnic.

Eleanor dejó el cuaderno en el suelo junto a la piedra y se encaminó con Leah hacia donde descansaban los caballos.

Intentaron bajarla cogiendo una de cada lado, era demasiado pesada. Lo intentaron otra vez, una tiraba de las asas y la otra de la base. Se movió un poco.

Unos cascos resonaron a sus espaldas.

Eleanor y Leah dieron un paso atrás y giraron sobre sí mismas para ver quién cabalgaba hacia ellas.

—¿Necesitáis ayuda?

Eleanor miró a Leah, no sabía quién era aquel apuesto hombre, ¿amigo o enemigo?

Su cuñada elevó el mentón.

Amigo no era.

—Es el mayor de los Drummond —dijo Leah como si eso significase algo que debía saber.

—Ian —dijo con una sonrisa ladeada.

—Quizá podría ayudarnos con…

—No hace falta —la interrumpió Leah.

Ian vio la cesta de pícnic sobre uno de los caballos, sumó dos más dos y supo qué había pretendido decir esa joven.

—¿No me presentas a tu amiga? —preguntó una vez que desmontó.

Con buen porte, Ian era tan alto como Kendrick, aunque un poco más corpulento. Su pelo rizado y oscuro caía por su cara. A pesar de tener el característico mentón cuadrado y firme de los Drummond, la barbilla partida en dos lo hacía destacar del resto de hermanos.

Ian era el más atractivo, o eso decían las muchachas solteras del pueblo y alrededores, excepto una, la que estaba frente a él.

—Es la mujer de Kendrick.

Los ojos de Ian se abrieron de par en par, acto seguido, una sonora y profunda carcajada escapó de su garganta.

—¿Kendrick casado?

A Eleanor no le gustó su reacción.

—¿Podría bajar nuestra cesta antes de seguir su camino?

—Por supuesto —dijo encaminándose a ello—. ¿Inglesa?

—¿Qué me ha delatado?

—El acento, o puede que la disimulada forma de intentar echarme de aquí.

—Yo no he hecho tal cosa —mintió, era justo lo que pretendía hacer.

Ian bajó la cesta como si de una ligera pluma se tratase, Eleanor le indicó que la dejara dentro del círculo, a la sombra de una de las piedras.

—Extraño lugar para un pícnic, y muy alejado de Cairn Donn.

Ninguna respondió, él dejó la cesta y ellas esperaban que se marchara, pero no se movía.

—¿No me invitáis como agradecimiento?

—No —respondió Leah, sin darle tiempo a Eleanor a hacerlo.

Ian volvió la cara a ambos lados, recorriendo con la mirada los alrededores.

—¿Kendrick sabe que estáis aquí, solas, sin ninguna protección?

—Claro, viene de camino, nos hemos adelantado para prepararlo todo —contestó Leah, esquivando su mirada.

—Mientes fatal, Leah.

A Eleanor le parecía extraño que se llamaran por su nombre. En Inglaterra eso era impensable, solo los más allegados te llamaban por tu nombre de pila. Debía acostumbrarse a las costumbres escocesas si no quería seguir desentonando.

—Podrás saludarlo cuando llegue, aunque imagino que estarás muy ocupado —dijo Eleanor, siguiéndole la corriente a su cuñada.

—Sí que lo estoy, pero yo no dejaría que mi hermana y mi esposa vinieran solas hasta aquí.

—Es una suerte que no seamos hermana y esposa de un hombre tan machista —dijo Leah—. Qué pena de tu futura esposa, se convertirá en un pajarito enjaulado.

Eleanor le dio con la pierna, no sabía quién era exactamente ese hombre ni de qué era capaz, provocarlo no le parecía una buena idea.

—Mi esposa será muy afortunada —dijo molesto.

Leah fue incapaz de morderse la lengua.

—Una jaula de oro sigue siendo una jaula.

Eleanor abrió la boca para intentar mediar y acabar con ese enfrentamiento, volvió a cerrarla sin decir nada al escuchar unos cascos aproximándose.

Kendrick y Callum cabalgaban en su dirección, a Eleanor se le secó la boca.

Al llegar, se toparon con unos ojos divertidos.

—¿Qué haces tú aquí? —escupió Kendrick.

—Pasaba por aquí cuando las vi, no podía dejarlas solas con los peligros que acechan por esta zona.

—Muy honorable por tu parte —dijo Callum con tono jocoso.

Las familias Campbell y Drummond eran rivales y su enemistad era conocida de norte a sur. No fueron pocas las ocasiones que terminaron en puños.

Ian dedicó una sonrisa lobuna a Eleanor y Leah. Quería molestar a Kendrick, se lo debía de su último encuentro.

—Os dejo con vuestro pícnic —dijo. Comenzó a caminar hacia su caballo, a medio camino se volvió—. Ah, se me olvidaba. Enhorabuena por tus nupcias. ¿Quién lo habría dicho? Kendrick Campbell con una *sassenach*.

Callum agarró del brazo a Kendrick, que ya había dado la primera zancada hacia él.

Ian agitó su mano como despedida, montó y se marchó sin mirar atrás.

Kendrick dejó las apariencias y su furia salió como un tsunami.

—i¿Se puede saber en qué pensabais para venir solas hasta aquí?! —preguntó gritando.

—Solo hemos venido a hacer un pícnic —respondió Leah.

—¿Un pícnic? —inquirió con la mandíbula apretada. Se volvió hacia su primo—. Llévala a casa.

—Aún no hemos almorzado.

—¡No me importa! Súbete al caballo y ve con Callum.

Leah miró de reojo a Eleanor, esta asintió. Se fueron juntos, preocupados por la pareja que dejaban atrás, de pie, uno frente al otro, con las miradas entrelazadas, pero sin decir ni una sola palabra.

—¿No podías esperar? —preguntó en tono tan cortante que podría competir con el filo de una espada.

—No sé a que te refieres —respondió Eleanor manteniendo la calma.

—¡Acordamos que yo te traería! Pero tú no podías esperar. Has puesto tu vida y la de Leah en peligro.

Eleanor dio un paso atrás, estaba muy enfadado, incluso más que cuando descubrió su cuaderno.

—¿Acordamos? —preguntó. No recordaba que hubiera acordado eso, y no era difícil recordar sus conversaciones, casi no habían hablado desde que llegaron.

—La noche que mencionaste los círculos de piedra, Clyde te dijo que yo te traería. Lo sabes perfectamente.

Eleanor volvió a dar un paso atrás. Con cada paso que ella retrocedía, él avanzaba con el ceño fruncido y la mandíbula apretada.

—No parecías muy contento con la idea de salir conmigo a ningún lado.

Con su actitud dejaba claro día a día que no la quería a su lado, ni dentro ni fuera del castillo.

—¿Y me culpas? Me tomaste por un fratricida —dijo con la voz ronca de ira.

Hacía solo una hora que uno de los mozos le dio el recado de su primo. Se cabreó con él por dejarlas marchar, no solo eso, él había ensillado sus caballos.

Eran unas inconscientes, cómo se les ocurría irse solas.

Dejó lo que estaba haciendo, su primera intención fue ir directo hasta Mound Junction, finalmente, decidió buscar a Callum, ante problemas, dos Campbell eran mejor que uno.

—Estás siendo injusto, ni siquiera me has dejado explicarme.

—Fui sincero contigo, y solo obtuve mentiras. Me casé contigo, te traje a mi casa y tú solo pensabas en abandonarme. ¿Y yo soy el injusto?

—Eso no es así —dijo con los ojos vidriosos.

—¿Y cómo es, Eleanor?

—Cuando dispararon a tu hermano, yo… —Eleanor abandonó los ojos de Kendrick para mirar al suelo, se sentía avergonzada.

—¿Tú qué?

—Hice lo que hago siempre, traté de averiguar quién lo hizo. Tú solo eras una opción, no te conocía, escuché una conversación con Leah y lo malinterpreté todo. No planeé nada de lo que pasó, solo pasó. No te haces una idea de lo mal que lo pasé, me estaba enamorando de un posible… —no se atrevió a decirlo—. Cada noche me acostaba pensando que debía alejarme de ti, pero al levantarme solo quería volver a verte.

—Me conociste, Eleanor, y seguiste pensando que sería capaz de matar a mi hermano. ¿Por qué? ¿Por una empresa? —dijo Kendrick más derrotado que enfadado.

Eleanor no respondió. Las lágrimas recorrían sus mejillas descontroladas.

Odiaba verla llorar, odiaba ser el causante, pero lo enfurecía de tal forma que no siempre podía controlarse.

Miró la cesta aún en el suelo, se agachó y la abrió, extendió la tela en el suelo y se tumbó sobre ella.

—Querías venir, ya estamos aquí. —Eleanor se volvió para mirarlo. Recostado sobre una de las rocas, rebuscando en la cesta—. Haz lo que has venido a hacer —dijo Kendrick.

Sacó pan, queso, un cuchillo y comenzó a comer con la mirada perdida en el horizonte.

Eleanor no sabía qué hacer, en ese preciso instante todo lo que quería era tumbarse en su cama a llorar. No tenía apetito. Fue a por su cuaderno y siguió copiando símbolos uno tras otro, lo hizo sin pensar demasiado.

Después de un rato, se sentó junto a él, ya no comía, estaba tumbado boca arriba, con las manos tras la cabeza. Cogió algo de fruta y, en silencio, con el sol perdiéndose en el horizonte, se la comió.

—¿Qué ves de interesante en estas rocas? Son iguales que cualquier otra.

Terminó de masticar y tragar, con la manzana a medio comer, comenzó a narrar lo que sus ojos veían. No eran simples rocas, alguien las colocó ahí, alguien grabó símbolos en ellas, y quien lo hiciera debía de tener un buen motivo, no era trabajo poco laborioso.

A Kendrick le gustó escucharla, aunque fingiera lo contrario.

—Aun así, siguen siendo piedras inservibles.

—Que desconozcamos su funcionamiento no significa que sean inservibles, solo que no sabemos usarlas.

Kendrick alzó la ceja izquierda, y su sonrisa se ensanchó.

—A ver si adivino, Catherine te ha contado historias.

Eleanor no podía creerlo, casi parecían un matrimonio bien avenido, recostados sobre el tartán familiar, conversando animadamente junto a las antiguas piedras que tanto le gustaban.

Quizá sí fuera un lugar mágico, quizá escucharan de algún modo los deseos más profundos de quien estaban en su interior y los hicieran realidad.

—Algunas, mi favorita es la que dice que las piedras te transportan hasta tu amor verdadero.

—¿A dónde? —preguntó jocoso. Kendrick no creía en nada de eso, absurdos y fantasiosos mitos.

—Allí donde este se encuentre, a través del tiempo y el espacio.

Kendrick se carcajeó, sus palabras sonaban poéticas, pero del todo ridículas.

—¿Cómo funciona? ¿Dices unas palabras mágicas y te hundes en la tierra para aparecer en otro lugar? ¿O debes bailar desnuda entre las piedras y estas te harán volar hasta tu destino?

—No te burles de mí —dijo haciendo un mohín.

—Podrías probar.

—¿El qué?

—Bailar desnuda entre las piedras y ver si te llevan hasta tu verdadero amor —dijo las últimas palabras con desdén.

—Podría, pero si no pasa nada, nos quedaría la duda de saber si realmente no funciona o ya lo encontré.

A Kendrick se le borró la expresión burlona del rostro.

—Nos vamos —dijo sin dejar opción a replica.

Eleanor asintió, guardó todo en la cesta y esperó a que él la cogiera, seguía pesando para ella.

El sol casi se había puesto y la temperatura descendía rápido, Eleanor tiritó.

Como para danzar desnuda con ese frío, si en algún momento alguien lo había intentado, debía de estar muy desesperado.

Recogió la tela del suelo y comenzó a doblarla mientras su marido fijaba la cesta a la montura. Volvió a tiritar al acercarse al caballo.

Kendrick suspiró.

—Dame eso —dijo extendiendo la mano.

Eleanor le dio la tela y se dirigió a su caballo. Kendrick la detuvo, la hizo subir al suyo, delante de él, la cubrió con la tela del pícnic, la misma que lucía los colores de la familia. Eleanor no sabía lo que significaba, pero ese gesto la hizo sentir arropada.

Quizá el hombre del que se enamoró no se había ido para siempre.

Quizá solo estuviera escondido, esperando para volver con ella.

Kendrick, ajeno a sus pensamientos, cogió ambas riendas e inició el paso.

En el castillo volvió la indiferencia, y con ella, la decepción de Eleanor. La esperanza de que estaban un paso más cerca de solucionar sus problemas se hizo pequeñita, seguiría esperando, tenía fe en que algún día serían un matrimonio feliz.

Leah no tardó en abordarla.

—Habéis tardado mucho.

—Nos hemos entretenido.

—¿Qué ha pasado? Por tu cara sé que no estáis mejor que ayer y es imposible que hayáis estado discutiendo todo el tiempo —dijo tratando de arrastrarla a su dormitorio, donde podrían conversar tranquilas hasta la hora de la cena.

Eleanor no tenía muchas ganas de hablar, estaba dolorida, no era una gran amazona y no montaba con asiduidad, y aún tenía frío.

Se excusó, y con la promesa de contárselo todo esa noche, se marchó a su dormitorio, no sin antes pasar por la cocina en busca de Molly.

Kendrick estaba allí cuando Eleanor entró seguida de Molly, cogió algo del armario y, sin decir nada, se fue.

Eleanor suspiró cansada. Molly se acercó a la chimenea, alguien había añadido leña recientemente, en poco tiempo la habitación estaría toda caldeada. No había terminado de desvestirse cuando varios mozos llegaron con cubas de agua hirviendo, casi llenaron la bañera.

—Puedes irte, Molly. Y tómate la noche libre, no bajaré a cenar.

—Diré que te preparen una bandeja —dijo. Se marchó preocupada. Hacía mucho que Eleanor no se perdía una cena, ¿estaría enfermando? Se convenció a sí misma de que, de ser así, le habría expresado su malestar.

Eleanor sacó de la cómoda el regalo que le hizo Elisabeth en Navidad, aún no lo había usado, lo reservaba para una ocasión especial. No lo era, pero echaba de menos a su familia, estaba frustrada con Kendrick y tenía frío.

Era tan buen momento como otro cualquiera.

Acercó la vela a su nariz antes de encenderla, le encantaba el olor a lavanda. Echó unas gotas de aceite al agua, no olía demasiado y añadió un par más.

Preparó todo lo que necesitaba, se desnudó completamente y se metió en la bañera.

El agua aún quemaba, no se movió ni un ápice. En pocos minutos estuvo perfecta, se recostó sobre el respaldo dejando caer su pelo por fuera. Todavía estaba limpio.

Cerró los ojos y recordó a Kendrick en la misma posición días atrás. Repasó cada palabra que se habían dicho horas antes, buscando algún mensaje oculto, algo que se le hubiera pasado que la ayudara a seguir pensando que su relación no se había marchitado, solo estaba alicaída, con un poco de sol recobraría su esplendor como los árboles en primavera.

Quería creerlo, mas era difícil. Con cada paso que avanzaba, retrocedía dos.

Molly entró cuando el agua empezaba a enfriarse.

—¿Todavía no te has ido a casa?

—He estado ayudando a Jena, si no me necesitas, me marcho ya.

Eleanor se quedó unos minutos más, se levantó y envolvió en una gran toalla granate. Con un pie dentro y otro fuera, la puerta volvió a abrirse, no lo esperaba y casi resbala del sobresalto. Se agarró al borde de la bañera para pasar por encima de ella la pierna que faltaba.

—¿Has olvidado algo? —preguntó con los dos pies en el suelo.

—No —dijo Kendrick.

—Creí que eras Molly.

No dijo nada más. Caminó hacia su cómoda secando sus partes húmedas con la toalla, la dejó caer, sacó uno de sus camisones de la cómoda y se lo metió por la cabeza.

—¿Por qué no bajas a cenar? —preguntó sin rodeos.

Eleanor caminaba hacia el sillón junto a la chimenea mientras se trenzaba el pelo. Allí estaba la que sería su cena.

—Estoy cansada.

Kendrick no se tomó bien su respuesta, se marchó cerrando la puerta con demasiada fuerza, aunque sin llegar a dar un portazo.

Cuando volvió, Eleanor dormía plácidamente, observó su perfil durante unos minutos con ganas de acariciarla.

No lo hizo.

Nunca lo hacía.



Capítulo 32

Eleanor entró en la cocina, no pudo identificar a qué olía, demasiados olores entremezclados. No era habitual que estuviera allí a esa hora, pero se había encontrado molesta desde el desayuno y esperaba que Catherine pudiera prepararle una tisana que le asentara el estómago.

—Oh, por supuesto. Niña, pon agua a calentar —ordenó la cocinera a una de las muchachas más jóvenes—. ¿Puede que estés…? No es asunto mío —añadió al ver cómo negaba con la cabeza y se apagaba su rostro—. Hay hierbas que no son buenas en ese estado.

Apartó la sartén del fuego y se fue hacia una repisa donde tenía un montón de tarros llenos de diferentes hierbas.

—¿Cómo las diferencias? —preguntó Eleanor, que había seguido sus movimientos con la mirada. Ningún tarro tenía nombre, a ella todas le parecían iguales. Verdes y secas.

Una olla cayó al suelo provocando un estruendo terrible, una de las criadas gritó, otra rio fuerte, Catherine negó con la cabeza.

—Soy vieja —dijo como si eso lo explicara todo—. Le diré a alguien que te lo lleve a tu habitación.

Eleanor no se negó, aunque hubiera preferido no tener que esperar. La cocina era caótica y ruidosa a esa hora, y si permanecía mucho tiempo, su ropa olería a comida una semana.

Recorría uno de los pasillos de servicio que conducía a la escalera principal cuando escuchó la voz de Molly.

Hablaba de un hombre, intrigada, se acercó a la puerta entreabierta. Molly le contaba a una de las criadas la discusión que tuvo con su hermano la noche anterior.

Perdió el interés, solo era una riña familiar. Se alejó con cuidado de no hacer ruido y siguió su camino.

Un ruido llamó su atención, algo golpeteaba el suelo. Se inclinó para mirar con atención, una perla rodaba por el suelo, instintivamente, se llevó la mano a los pendientes, una se había caído. Siguió la perla de izquierda a derecha, hasta pararse junto a la puerta. Se agachó, le costó sacarla, se había colado en la junta. Se mareó al enderezarse demasiado deprisa, apoyó su mano en la puerta durante unos segundos para mantener el equilibrio.

—Otra vez escuchando tras las puertas, pequeña *brathaidh*.

Eleanor dio un respingo, y con él, su cuerpo se unió al de su marido. Sus reacciones fueron muy distintas, los músculos de él se endurecieron con el contacto, los de ella sufrieron el efecto contrario.

Se dejó caer sobre su pecho, sintió el calor que emanaba, el latido de su corazón acelerado.

El olor floral llegó hasta Kendrick, no pudo luchar contra su instinto, inclinó la cabeza y hundió la nariz en su pelo.

Eleanor sonrió envuelta por su marido, en ese instante todo era perfecto, se sintió plena y feliz.

Sus ojos se humedecieron por las emociones que la embriagaban.

—Nunca has escuchado que la curiosidad puede ser la chispa que enciende la sabiduría o el fuego que consume al imprudente —susurró sin moverse ni un ápice.

Eleanor cerró los ojos, el fuego de su interior ya la estaba consumiendo, y no era por la curiosidad.

—Kendrick.

—Eleanor —dijo con ese acento tan suyo que le encantaba. ¿Por qué no le sonaba igual en sus labios?

—No quiero seguir con esto.

—¿Y por qué sigues aquí? —le preguntó lo mismo que se preguntaba él desde que la encontró. ¿Por qué no se alejaba de ella? ¿Por qué la mantenía en sus brazos, sobre su pecho?

—No me refiero a esto. Quiero que vuelva el hombre del que me enamoré —dijo con los ojos cerrados. Se movió nerviosa y sintió la prueba de su deseo en la espalda.

—¿Quieres que satisfaga tus deseos? ¿Quieres que vuelva a hacerte mía? ¿Eso es?

Él también lo deseaba, a cada instante. Podría complacerla, darle lo que ambos querían, al fin y al cabo, era su esposa.

—No, Kendrick, quiero a aquel que me besaba por los rincones, que me escuchaba con interés, que me hablaba de su hogar con entusiasmo, que no me dejaba sola en la cama, quiero que me hables de este castillo, de tus historias en él, de tu infancia aquí, quiero que salgamos a pasear juntos o cabalgar si lo prefieres, quiero conversar contigo hasta altas horas de la noche, quiero que vuelva el hombre al que amo —dijo mientras las lágrimas escapaban incontrolables.

Kendrick inspiró con fuerza.

—Este también soy yo, Eleanor, soy rencoroso y no perdono fácilmente.

En toda persona hay un lado oscuro, una parte que no gusta o desagrada, Kendrick era muy consciente, las aceptaba y no pretendía cambiarlas.

Eleanor giró en sus brazos, obligándolo a enderezar su cabeza, sus miradas se encontraron.

—Al menos dime que lo harás. Que algún día me perdonarás.

Sus cabezas se acercaron, sus alientos se entremezclaban, sus labios se buscaban.

Iba a besarla, Eleanor estaba segura, lo haría; y entonces escucharon un ruido, unos pasos acercándose.

Kendrick dio un paso atrás, el frío invadió cada poro de su piel y sintió el vacío de su ausencia, agarró su mano y tiró de ella, emprendiendo el camino por el pasillo y arrastrándola con él hasta su habitación.

Llevaba manteniendo una lucha consigo mismo demasiado tiempo.

No se casó con ella por honor o un posible embarazo, lo hizo porque la quería.

No la dejaba marchar porque, desde el momento en que la besó, fue suya, y jamás permitiría que otro la tocase. Casi le parte la cara a Ian cuando lo vio con ella en el círculo de piedra.

Lo conocía, era muy popular entre las mujeres, zalamero y embaucador. Todas caían presas de sus encantos, le robó un par de conquistas el año anterior.

En cuanto cruzaron la puerta, Kendrick estampó sus labios en los de Eleanor. La besó con el hambre que había estado conteniendo, no fue suave ni delicado.

No le importó. Volver a besarlo era maravilloso, todo cuanto había ansiado en los últimos días, su corazón latía de nuevo al compás de una canción que nunca olvidaría.

De puntillas, llevó las manos a su nuca, quería retenerlo con ella, detener el tiempo así como estaban, unidos por un beso furioso y exigente. Las manos de Kendrick se deslizaron dejando un rastro cálido a su paso. Estrujó sus cachetes, y Eleanor mordió su labio inferior como respuesta.

Kendrick rompió el beso, alejó la cabeza sin separar sus cuerpos. Unos ojos suplicantes llenos de anhelo y deseo le devolvían la mirada.

Apretó su culo hasta elevarlo, y volvió a besarla con ímpetu. Eleanor intentó levantar las piernas para rodear las caderas, pero el vestido era demasiado pesado. Kendrick la dejó de nuevo en el suelo, separó sus labios de los suyos y la hizo girar. Hundió la cabeza en su cuello mientras sus manos desesperadas deshacían los nudos de su vestido.

Eleanor inclinó la cabeza, dándole mejor acceso, gemía con cada beso, lametón y mordisco que le dedicaba. Su estómago era un nido de pájaros hambrientos, piando y revoloteando ansiosos.

El vestido se aflojó, segundos después se deslizó por su cuerpo hasta el suelo. Sus manos recorrían su cuerpo estrujando aquí y allí. Le gustaba acariciarla, notar la suavidad de su piel, camisa y pololos eran finos, tanto que sentía el calor de su cuerpo, aun así no era su piel, y no le gustaba toparse con barreras.

Eleanor gritó cuando su marido tiró tanto de la tela que la rajó y lanzó al suelo los trozos insalvables.

Besó su nuca desnuda, su pelo aún seguía recogido en un moño alto.

Besó su hombro, quería más, mucho más. Agarró con firmeza sus caderas y la hizo girar de nuevo.

Besó su clavícula, con las manos en sus posaderas y los labios intentando alcanzar su pezón. Sediento de ella, necesitaba beber de su pecho, se inclinó un poco más, no era suficiente.

La levantó del trasero y, esta vez sí, Eleanor le rodeó la cadera con sus piernas y el cuello con sus brazos.

Se metió uno de los pezones en la boca, lo lamió y succionó hasta que Eleanor lo estrechó tanto con las piernas que creyó que se fundirían de un momento a otro.

Dejó escapar el erecto pezón para tomar su boca mientras andaba hacia la cama y se desabrochaba el pantalón.

Eleanor estaba demasiado extasiada y concentrada en que no le fallaran los brazos o las piernas para no caerse que no se percató

de que iban en otra dirección hasta que su espalda chocó contra el armario.

A ninguno les importó, Kendrick agarró sus caderas y ejerció la presión justa para que su cuerpo se deslizara.

Notó su humedad con el primer roce, la miraba fijo, sus pupilas estaban tan dilatadas que apenas tenían color.

De una estocada la penetró, Eleanor gritó de placer, repitió la acción más rápido y más fuerte, una vez y otra.

Ahí, de píe, junto al armario, la hizo suya de nuevo. Eleanor se entregó por completo, como la primera vez, la segunda y todas las veces que yacieron juntos.

Los besos ahogaron los gemidos, se habían ansiado y reprimido. Juntos alcanzaron la liberación.

Tenían la respiración agitada y el corazón aún acelerado cuando Kendrick se encaminó a la cama.

La dejó caer y comenzó a desnudarse.

Sus impulsos y deseos habían escapado de cada contención. Campaban libres, dominando todo a su paso.

El tiempo parecía haberse ralentizado en aquella habitación, pero fuera transcurría como lo había hecho desde que llegaron.

Molly subió a preguntarle si necesitaba ayuda, algunos días se cambiaba para bajar a cenar, normalmente, cuando salía y su vestido se manchaba o humedecía. Kendrick la despachó rápido y sin explicaciones.

Quince minutos después, toda la servidumbre era consciente de que Eleanor y Kendrick habían dejado atrás las rencillas que trajeron con ellos.

Media hora más tarde, Leah sonreía al escuchar el jugoso cotilleo de la boca de su doncella.

La cena llegó y el matrimonio no bajó, y no quedó nadie en el castillo que no conociera la buena nueva.

—Me alegro por ellos —dijo Edwin.

—Ya era hora, Kendrick estaba demasiado irascible —dijo Callum con la mirada en el trozo de carne que partía. El cuchillo resbaló por el plato. Todos arrugaron el rostro con el molesto chirrido.

—Esperemos que dure, o por lo menos que sirva para tener un crío por aquí en nueve meses.

Callum miró a su padre, desde hacía un tiempo no dejaba de hablar de llenar el castillo de niños.

—He oído hablar de mujeres que sienten la llamada de la maternidad, pero nunca había escuchado que los viejos la sintieran para con los nietos.

—¿A quién llamas viejo? —preguntó Blair al tiempo que le daba una colleja en el morrillo.

A sus cincuenta y tres años, estaba como un roble, fuerte y curtido.

—Ya es hora de que sentéis la cabeza y os caséis.

—Solo tengo veintitrés —dijo el más joven de los Campbell.

—Puede que haga como Kendrick, me vaya y vuelva casada —dijo Leah con mirada soñadora.

—¿Aún sigues con esa tontería de ir a Edimburgo? —preguntó Blair con los ojos puestos en el plato de su hijo mayor, casi vacío, y él aún no había empezado a comer. Ese chico vivía a ritmo frenético, su cuerpo se había habituado a ir tan rápido que ni comer tranquilo podía.

—Clyde y Kendrick están de acuerdo.

—Yo no estoy para nada de acuerdo —replicó, como si su opinión y criterio fueran más válidos. Así había sido cuando eran niños, y más tarde adolescentes. Ya no lo eran, eran hombres y una mujer con pensamientos y convicciones firmes.

—¿No quieres que me case?

—No con un *lowlander* que te aleje de aquí.

—Kendrick se ha casado con una inglesa —dijo Edwin.

—Sí, que vive aquí. Un señorito de Edimburgo no se va a venir aquí a criar ovejas.

Había estado pensando en ello largo y tendido, quería casarse, formar su propia familia, pero no estaba lista para despedirse de los suyos. Casi ninguna mujer permanecía en su hogar familiar tras casarse, y aunque no perdía la esperanza de pertenecer a las pocas que sí lo hacían, era muy consciente de la realidad que se avecinaba.

—Eso no puedes saberlo —dijo enfurruñada.

Blair suspiró mirándola con las cejas alzadas mientras asentía. Se volvió hacia su hijo antes de hablar:

—Por edad, tú serás el siguiente.

—Eso no funciona así, padre —protestó Callum.

—Lo hará. Si te casas, contrataré a alguien que te releve con las ovejas, podrás dedicarte por entero a los caballos, y a tu esposa, claro está.

La mesa se sumió en un silencio sepulcral. Era un chantaje en toda regla.

Callum no dijo nada, se puso en pie, tiró la servilleta de malos modos sobre la mesa y se marchó. Sin decir nada ni tomar el postre.

No subió a su habitación, tampoco se refugió en la biblioteca o uno de los salones que apenas usaban; a pesar del viento gélido, salió fuera.

Caminó hasta los establos, podía pasar todo el día allí y no sentirse cansado, a nivel emocional, el cansancio físico lo sentía cada día. Muchas horas y mucha sobrecarga tenían la culpa.

Cogió una carda y entró en la cuadra de Trueno, el caballo con el que aprendió a montar, ya estaba viejo, pero seguía siendo su predilecto.

Cepilló su lomo con cariño, a cada pasada de la carda le seguía su mano.

—¿Tú qué harías? —preguntó al caballo.

Siguió cepillándolo, con calma. El viento se intensificó, golpeaba con fuerza el establo, causando un efecto en cadena, los caballos más jóvenes y asustadizos relinchaban.

—Necesito tiempo para conocer a esa chica especial y solo lo tendré si renuncio a ella. Un dilema interesante, ¿no crees?

Trueno relinchó.

—¿Eso qué significa? —preguntó con una amplia sonrisa.

Le ayudaba hablar con ellos, aunque nunca le dieran respuesta o consejo, le ayudaba a aclarar las ideas, se serenaba cuando estaba nervioso o enfadado.

—Si sigo igual, podrían pasar años y no encontrarla.

Cambió a un cepillo más suave y con delicadeza peinó su crin.

—Si me caso, tendré más tiempo para vosotros y para la mujer con la que me case, pero no será ella.

Cogió aire por la boca, lo retuvo unos segundos y lo soltó de golpe.

Terminó de peinarlo, dejó cada cepillo en su lugar, cerró el establo y se marchó. Recorrió el camino hacia el castillo mirando las estrellas, un sinfín de puntitos brillantes que palpitaban en el cielo, preguntándose si tendrían vida, y pensamiento. No entendía mucho de estrellas ni constelaciones, pero le gustaba mirarlas y pensar que, como él las observaba a ellas, ellas lo observaban a él.

Eleanor abrió los ojos, era noche cerrada. Se acomodó en los brazos de Kendrick y los cerró de nuevo.

—¿Duermes? —preguntó en un susurro casi inaudible.

—¿Cómo? Si no paras de moverte —dijo Kendrick. Eleanor intentó volver a su lado de la cama, él no la dejó, le gustaba tenerla cerca—. ¿Qué ronda por esa cabecita tuya? —preguntó tirando de ella hasta colocarla sobre él.

—Me pregunto si esto será un sueño y mañana al despertar ya no estarás.

No habían hablado, no con palabras. Estaba preocupada, no quería volver atrás y que Kendrick se alejara de nuevo.

—No es un sueño, esto es muy real —dijo él levantando la cadera.

Eleanor notó su dureza en el vientre y sonrió, era insaciable. Ya habían hecho el amor tres veces, la última vez la dejó tan exhausta que se durmió sin darse cuenta.

—Algún día te cansarás de mí —dijo sin pensar.

—¿Por qué lo dices? Acaso te has cansado de mí.

—No podría, eres demasiado atractivo —dijo acariciando su mentón cubierto de una oscura y cerrada sombra. Kendrick no cuidaba tanto su aspecto como en Inglaterra, la barba le sentaba bien, aunque lo prefería sin ella, sobre todo a la hora de besarlo. Con ella, sus labios terminaban irritados.

—¡Demasiado atractivo, eh! —dijo con una sonrisa lobuna. Pellizcó su desnudo trasero.

—Ay.

Rodeó su trasero con las manos y la hizo deslizarse hasta que sus labios estuvieron a su alcance.

Fue ella quien inició el beso, lento y cálido, pausado, sin prisas. Degustó sus labios, se enredó en sus caricias y olvidó todo lo demás.

Solo él y ella en esa cama, sus cuerpos unidos, sus respiraciones entrecortadas y sus corazones sincronizados.

Eleanor cambió su postura subiendo las rodillas flexionadas hasta sus caderas, movió la pelvis y encontró lo que buscaba. Acarició su pecho, de norte a sur, allí sujetó su miembro con suavidad y lo colocó a las puertas de su cavidad.

—Jamás me cansaré de ti —dijo Kendrick con voz grave.

Eleanor volvió a besarlo, un beso corto que rompió al enderezarse.

Kendrick la miraba con deseo, esa noche la luna era plena y la luz se filtraba por la ventana, iluminando sus turgentes y níveos pechos. Surcó sus caderas, cintura y costillas, estrujó sus pechos y su esposa gimió.

Eleanor comenzó el descenso, lo acogió despacio en su interior, sin perderse detalle de su rostro, ambos se contemplaban, con ojos vidriosos, mejillas sonrosadas y labios entreabiertos que dejaban escapar las evidencias del placer que sentían.

Se contoneó, las caderas danzaban con movimientos circulares, silenciosas, avanzaban y retrocedían buscando la fricción en ese punto que le daba placer.

Kendrick dejó caer sus manos hasta ellas, las apretó y la obligó a ir más rápido, más intenso, más placentero.

Había muchas maneras de amarse, ellos lo hacían a través de sus cuerpos, cada caricia era un grito de anhelo; cada apretón, un

deseo oculto; cada mordisco, una explosión descontrolada, y cada beso, un «te quiero» no pronunciado.

Eleanor dejó caer la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, su espalda se arqueó sin poder evitarlo, su cuerpo cobraba vida propia cuando la corriente de placer lo recorría para morir en su sexo, donde las palpitantes contracciones estrangularon el miembro de Kendrick hasta derramar su simiente.

Se precipitó sobre su sudoroso pecho, le faltaba el aliento. Estaba exhausta, pero se negaba a dormir.

El amanecer llegaría pronto, y con él, la rutina y responsabilidades. Kendrick se marcharía, y ella necesitaba respuestas.

No sería Eleanor si no hiciera preguntas indiscretas.

Tardó un tiempo en serenarse, no estaba lista, disfrutaba del calor de su esposo, de su ritmo acompasado, su cálido aliento sobre la cabeza, sus manos recorriéndole la espalda formando formas indescifrables. Lo había intentado, seguir el recorrido de sus dedos y averiguar qué dibujaba, ¿letras?, ¿símbolos? fuera lo que fuese, no lo resolvió.

—Kendrick.

—Mmmm —murmuró sin dejar de acariciarla. No la conocía desde hacía mucho tiempo, pero sí lo suficiente para saber que era una mente curiosa que no aguantaba mucho sin resolver sus dudas. Estaba medio adormilado, pero escuchaba con atención.

—Quiero saber qué pasará mañana. Volveré a ser invisible o… significa esto que me has perdonado —dijo con la barbilla en su esternón.

Kendrick guardó silencio durante unos segundos, meditó su respuesta. Había llegado el momento de volver al suelo.

—Nunca has sido invisible, no para mí.

Desde que la vio por primera vez, en la boda de los duques, una extraña fuerza lo imantaba hacia ella. Sus ojos la perseguían, su oído se endulzaba con su voz, su nariz se preguntaba a qué olería, debía controlar sus manos para no tocarla y se moría por besarla a todas horas.

—Quizá no, pero me tratabas como si lo fuera.

No pudo negarlo, había estado tan enfadado, una parte de él seguía estándolo. ¿De que servía tratar de alejarla, o ignorarla? De nada, seguía buscándola en cada habitación al entrar, seguían alterándose mutuamente con su presencia, y para ser sincero consigo mismo, no le era fácil resistirse. Fueron muchas las noches que no durmió en su habitación porque no lograría mantenerse alejado. Conocía sus limitaciones, sucumbiría a ella como lo hizo horas antes. Necesitó de toda su convicción para no ceder, y ¿cuánto había durado? Escasas semanas.

Puede que hubiera llegado el momento de hacer caso a su tío, era su mujer, lo seguiría siendo al día siguiente, un mes más tarde y el próximo año.

En algún momento debían solucionar sus problemas y seguir adelante, luchar por un futuro juntos, crear una familia.

—No es cuestión de perdonar, Eleanor. No dejo de pensar que te casaste con alguien que solo existe en tu retorcida imaginación.

Dos lágrimas solitarias brotaron de sus cuencas, para tortura de su marido.

—Ya te lo he explicado. Me autoflajelaba al pensar que podías ser tan avaricioso y cruel. Me aterraba esa parte de ti, aun así, el miedo no pudo desligarme —dijo tratando de hacerle entender, que comprendiera su punto.

—Esa parte de mí no existe.

—Ahora lo sé. No sabes el peso que me quité al saber que no fuiste tú. Me atormentaba esa parte de ti, Kendrick.

Quería creerla, pero una voz le susurraba que no diría la verdad de no ser así.

—Y aun así, te casaste conmigo —dijo con pesar.

—Mi mente estaba enturbiada con estúpidas ideas, pero no mi corazón, él siempre te vio.

Una sonrisa afloró en los labios de Kendrick.

—Ya lo veremos.

—¿Significa eso que no volverás a ignorarme?, ¿que seremos un matrimonio de verdad? —preguntó demasiado rápido y con voz alzada.

Se mordisqueó el labio inferior mientras Kendrick la observaba con interés.

—¿Un matrimonio de verdad? —El tono burlón hizo que Eleanor le golpeara sin fuerza en el hombro.

Él le dio una cachetada en el trasero y presionó hasta que sus labios estuvieron a su alcance, apenas a unos centímetros de los suyos.

—Vuelves a burlarte de mí.

—Eres muy graciosa, mi pequeña *brathaidh.*

Sus labios se rozaron, un preludio de lo que estaba por acontecer, Eleanor estiró el cuello e interrumpió el contacto.

—Es importante para mí. No quiero perderte de nuevo.

—No lo harás.

Eleanor sonrió victoriosa, una sonrisa plena, colmada de la felicidad que sentía en cada poro de su piel. Kendrick dio tres golpecitos suaves sobre la marca de su mejilla.

—No sabes cómo me gusta. Tus ojos brillan cuando aparece.

—¿Más que mis posaderas? —preguntó juguetona.

—Me gusta todo de ti.

La besó largo y tendido, volvieron a amarse una vez más antes de caer rendidos sobre las sábanas.



Capítulo 33

Habían pasado dos días desde que Eleanor y Kendrick se reconciliaron. Dos días en los que habían sido descubiertos más de una vez con las manos entrelazadas, besándose donde creían que nadie podría verlos, y en alguna posición un tanto comprometida.

Blair estaba más contento que ellos mismos, esos chicos eran su responsabilidad, no solo cuidarlos, mantenerlos y procurarles un porvenir, quería verlos casados y con hijos antes de morir.

A todos ellos.

Aunque tuviera que jugar sucio y chantajearlos.

—¿No veis su cara? ¿Cuándo habéis visto a este mentecato tan feliz? Es obra de Eleanor, ¿acaso no queréis lo mismo? —cuestionó Blair, tratando de convencer a sus hijos para que buscaran esposa.

—Dudo mucho que Kendrick esté de acuerdo en que su mujer nos haga igual de felices a nosotros, padre —dijo Edwin.

Kendrick no se molestó, se rio con Eleanor de la ocurrencia de su primo. Callum se sorprendió, ciertamente su primo parecía disfrutar de una felicidad plena, ni siquiera se picó con el comentario de Edwin.

Quien sí se molestó, y mucho, fue Blair, no por la fea insinuación, sino porque no le tomara en serio.

Ya no era tan joven, con su edad él ya era padre de Callum.

—No olvides, tío, que Kendrick decía lo mismo antes de viajar a Inglaterra —dijo Leah. Llevó su copa hasta la boca y dio un pequeño sorbo. Debía beber con moderación, no estaba acostumbrada y si bebía demasiado, más tarde le dolería la cabeza.

—¿Insinúas que tengo que mandar a estos dos mendrugos al sur? —dijo clavando el tenedor con saña en el trozo de carne de su plato. La rasgó con el cuchillo bien afilado y se lo llevó a la boca.

—No me importaría pasar una temporada con Clyde —dijo Edwin.

Blair dio un golpe sordo en la mesa, con la boca aún llena. Todos lo miraban esperando que hablara, no lo hizo hasta después de tragar.

—Tú no irás a ningún lado, tienes trabajo aquí.

—Lo que digo es que, cuando llegue la mujer adecuada, no tendrán nada que hacer, caerán rendidos como lo hizo Kendrick —dijo Leah con ensoñación. Deseaba ser testigo de sus historias como lo había sido de la de su hermano y Eleanor, quizá pudiera poner su granito de arena, o darles un empujón, como hizo Heida con su gemela.

—Yo no caí rendido como dices —replicó su hermano, esta vez sí se había picado.

Blair alzó la copa.

—Brindemos por Eleanor, que hizo caer al primer Campbell —dijo lo último con sorna.

Todos rieron y levantaron sus copas, excepto Edwin, que la tenía vacía. Esperaron con ellas en alto a que terminara de rellenarla y se uniera al resto.

Las copas tintinearon al chocar, salpicaron algunas gotas de vino en la mesa, Kendrick y Blair casi rompen las suyas por poner demasiado ímpetu.

—Mañana podríamos bajar al pueblo —propuso Leah a Eleanor.

—Iré con Kendrick a la destilería —informó con una sonrisa que le llegaba a los ojos.

—Oh.

—A Leah nunca le gustó.

—Es muy aburrido, *whisky*, *whisky* y más *whisky*.

—Para ti, para ella será todo nuevo —replicó Kendrick.

—Y poco interesante.

Solo ella podría decidir lo interesante que sería.

Esa noche se durmió ilusionada. No solo iba a conocer el lugar de trabajo de su marido, su empresa, también a sus

trabajadores. Sería la primera vez que la presentaría como su mujer, además de a su familia.

Todo iba bien entre ellos, Kendrick se marchaba por la mañana a trabajar, no volvía tarde y desde entonces estaban juntos.

Eleanor era muy consciente de que Kendrick no había olvidado, no hablaron más sobre el tema, tenía esperanza de que con el tiempo quedara atrás, solo una anécdota de su comienzo.

Sí hablaron de otras cosas, como el futuro y la familia, aunque ambas iban ligadas entre sí. Ambos querían tener hijos, aunque no pronto, él quería disfrutar de ella solo para él durante un tiempo, ella no se sentía preparada. Kendrick prometió tener cuidado, mas no era una ciencia exacta y podría quedar en cinta igual.

Hicieron planes, visitar la destilería, un par de ruinas cercanas, un altar celta no tan cercano y uno de los círculos de piedras más grande de Escocia. Este último sería su luna de miel, irían a final de la primavera.

Kendrick la despertó más temprano de lo planeado, pasaron un tiempo en la cama antes de levantarse. Eleanor no se arregló demasiado, estaba muy impaciente.

Fue el primer día que desayunó en el comedor con los demás, Callum ya se había ido, siempre era el primero en empezar la jornada.

Lo vieron en los establos, les había preparado los caballos, Rayo y Tormenta, una yegua preciosa y dócil.

Cabalgaron animados, Kendrick le habló de todas las personas que conocería, la mayoría mayores, contratados por su padre tiempo atrás.

No tardaron mucho en llegar, Eleanor no se esperaba algo así, era un complejo con varios edificios de piedra interconectados, no eran altos, aunque si bastante grandes. Kendrick posó la mano en su cintura y comenzó el *tour*.

El primer edificio era una especie de *hall*, una puerta a la derecha daba acceso al despacho de Kendrick, a la izquierda había una estantería grande con muchos compartimentos que los empleados usaban de casillero.

Comenzaron por el edificio de malteado. Eleanor intentó contener la nariz para no arrugarla por el fuerte olor a alcohol, su marido se rio, le presentó a varios trabajadores mientras le iba contando qué hacía cada uno. Remover la cebada en grandes tinas, moler el grano y prepararlo para secarlo en un gran horno en la sala colindante.

Conforme se iban acercando al horno, el ambiente se caldeaba y el olor del alcohol se mezclaba con el terroso de la turba.

Llegaron a otra sala, se parecía mucho a la anterior, llena de tinas con un líquido ligeramente dulzón, al fondo, un montón de barriles de madera. Allí conoció a Fred, que vaciaba el contenido de las tinas en tanques de madera, donde fermentaba.

Todos los trabajadores lo apreciaban y respetaban, Eleanor lo notó enseguida. Se había ganado su confianza día a día, trabajando codo con codo con ellos. No solo conocía las elaboraciones, sabía hacerlo a la perfección.

Recorrieron un largo pasillo hasta la sala de destilación, era grande, con una especie de olla gigante de cobre con forma extraña,

la parte superior se estrechaba hasta convertirse en un tubo que conectaba con un bidón enorme.

—Se llama alambique —dijo Kendrick antes de explicarle para qué servía. Ella escuchó con atención, aunque no entendió demasiado.

Eleanor empezó a sentir un poco de hambre, ya había pasado media mañana.

Kendrick la llevó hasta la siguiente parada. Movió un barril hasta situarlo junto a un saliente y se sentaron.

Eleanor comenzó a sacar lo que Catherine le había preparado esa misma mañana al enterarse de que estaría fuera todo el día. Se lo agradecería nada más llegar, había estado tan emocionada que obvió por completo el almuerzo.

Aprovechó la pausa para preguntar todo lo que se había callado por no parecer indiscreta delante de los trabajadores.

—No tienes que contener tu curiosidad, nadie te juzgará aquí.

La besó, allí nunca había nadie, solo barricas y más barricas apiladas por estaciones.

Tras el descanso, fueron al último edificio; la primera sala, dedicada al embotellamiento, y la segunda, a su almacenaje.

Kendrick le habló de su nueva receta, el acuerdo con su hermano no era la única novedad en la empresa. En unos meses empezaría a vender un nuevo *whisky*, con una maduración más larga y tonos avainillados.

—¿Te gustaría probarlo?

—No lo apreciaría —respondió sincera—. Veo cuanto te apasiona esto, pero el *whisky* no es lo mío.

—Me conformo con gustarte yo —dijo capturando su cintura y atrayéndola hacia él.

Sus cuerpos quedaron a escasos centímetros. Eleanor estiró el cuello y miró para todos lados en busca de ojos indiscretos. No había nadie en esa parte de la destilería.

Se relajó en sus brazos y se puso de puntillas para poder besarlo.

—No hay nada que me guste más que tú.

La besó con ardor, y sus manos cobraron vida propia. Tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no hacerle el amor allí mismo.

—Me ha gustado —dijo Eleanor mientras se recolocaba el vestido—. Pasar el día contigo aquí, poder conocer esta parte de ti.

—Esto es lo que soy, un aprendiz aún.

—Dudo que un aprendiz sepa llevar a cabo cada procedimiento, y sea capaz de crear un nuevo *whisky*.

Kendrick sonrió, era posible que su época de aprendizaje hubiera terminado, pero mantenía la sensación de que aún le quedaba mucho por aprender.

—A mí también me ha gustado —dijo con el pomo en la mano—. Traerte aquí, que veas esta parte de mí.

Finalmente, abrió la puerta y el frío les golpeó en el rostro.

Había dos formas de llegar a su despacho desde allí, desandar lo andado, o por un camino en el exterior.

Eligieron la segunda opción, un paseo con las últimas luces del día sonaba más romántico para unos recién casados.

—Kendrick.

Se giró y vio su mirada vidriosa justo antes de tiritar, se quitó la chaqueta y la colocó sobre sus hombros; protestó, pero finalmente la aceptó.

—¿Qué ibas a decir?

Eleanor dio otro tiritón, olvidaron la conversación y aceleraron el ritmo, sus abrigos estaban dentro, los necesitaban con ese frío invernal.

Kendrick no quería entretenerse, mientras Eleanor hacía un barrido a todo a su alrededor, echó un vistazo a su correspondencia, no había nada urgente, la devolvió a donde estaba, ya la leería al día siguiente.

Cogió los abrigos, ayudó a Eleanor y después se puso el suyo.

—Volvamos a casa.

Eleanor se mordió la lengua para no replicar, Cairn Donn no se parecía en nada a una casa, pero era su hogar.

Eleanor estornudó por tercera vez consecutiva.

—¿Estás enferma? —preguntó Leah.

—No, aunque me duele un poco la cabeza.

—Te prepararé una tisana de hierbas —dijo la cocinera. Dejó de pelar patatas, ordenó a una de sus ayudantes que calentara agua mientras ella seleccionaba y mezclaba hierbas en un saquito de tela.

—¿Dónde aprendiste tanto de hierbas? —preguntó Eleanor.

Llevaba días preguntándoselo, los conocimientos de Catherine iban más allá de lo convencional.

—Vivió con una bruja —dijo Leah.

Un cazo cayó al suelo llamando la atención de las Campbell. La chica estaba pálida como la nieve, supersticiosa, sin duda.

—No digas tonterías, señorita. Hay muchas chiquillas impresionables por aquí —dijo mirando el cazo, el agua se había derramado y se filtraba por las juntas de la piedra.

Catherine preparó ella misma la tetera y se la sirvió con unas galletas que acababan de salir del horno.

—Acaba de llegar y la mimas más que a mí —dijo Leah risueña.

—He puesto galletas para las dos, y tú té está entero.

La cocinera la conocía desde su nacimiento, llevaba toda la vida sirviendo a los Campbell, hablaba con confianza y naturalidad con Leah, como lo haría una tía.

—Cuéntame, ¿cómo fue la visita? —preguntó Leah mientras movía la cucharilla en círculos. Un tintineo que pasaba desapercibido en la ruidosa cocina.

Eleanor ignoró el malestar y le contó lo bien que lo pasó el día anterior. Llegaron cansados y cenaron en su habitación.

Leah estaba algo decepcionada, cuando supo que otra mujer viviría allí, creyó que por fin disfrutaría de la compañera que tanto ansiaba. Y en ocasiones la tenía, solo en ocasiones.

Habían pospuesto la visita al pueblo, y ese día, dado el estado de Eleanor, tampoco irían.

Suspiró con fuerza.

—¿Te pasa algo? —preguntó Eleanor.

—No, es solo que… —no se atrevió a seguir. Se sentía miserablemente egoísta queriendo que le prestara más atención.

—Dímelo —susurró.

Le costó un poco, pero se lo contó y se sintió mejor, Eleanor no la juzgó, sabía lo que era no tener nada que hacer en todo el día, no tener con quien hablar, ver las horas pasar en soledad. Ella solo lo padeció un tiempo, Leah toda su vida.

—¿Te parece si damos un paseo? —propuso.

—Sé que te encuentras mal, otro día.

—Un poco de aire fresco me vendrá bien —insistió. Leah sonrió pletórica—. ¿Te adelantas para que preparen los abrigos mientras me termino este brebaje?, está malísimo.

Una vez estuvo sola, pidió a Catherine hablar en un lugar más privado. Se encerraron en la despensa, lejos de miradas y oídos indiscretos.

Eleanor se retorció las manos mientras pensaba antes de hablar. Catherine tuvo que presionarla para que empezase a hablar, quizá la señora no tenía prisa, pero ella tenía mucho por hacer.

—Es algo delicado, dado tu conocimiento de las hierbas, me preguntaba si sabrías de alguna para… —hizo una pausa, la cocinera la animó a continuar con la mirada— no quedar en cinta.

Catherine clavó los ojos en su cara, tratando de descifrar qué ocurría. Normalmente, las muchachas pedían todo lo contrario, potenciar la fertilidad. Algunas lo hacían pasado un tiempo de casadas, otras, muy impacientes, a los pocos meses. En todos sus años, ninguna mujer había acudido a ella por esa índole.

—¿No quieres ser madre? —preguntó sin tapujos.

—Sí quiero, mas no todavía. No estoy lista.

—Nadie lo está.

Eleanor no dijo nada más, se cruzó de brazos y esperó a que Catherine continuara.

Las hierbas eran una cosa compleja, tenían muchos beneficios y propiedades en uso y dosis correcta, en altas cantidades podrían causar daños irreparables. Como le pasó a Alina, abusó tanto de la adormidera que un día ya no volvió a despertar. Se sintió responsable, desde entonces era muy cuidadosa con los pocos pueblerinos que seguían acudiendo a ella.

—Si hay algo así, yo no lo conozco. Podría averiguarlo, pero no estoy segura de que sea lo mejor —dijo con sinceridad.

Eleanor soltó todo el aire de golpe e inspiró de nuevo con fuerza hasta llenar sus pulmones.

—Mi hermano tuvo un bebé este año, sé lo que es, solo quiero disfrutar de mi esposo antes de que lleguen los niños. ¿Es eso tan malo?

—¿Tu marido…?

—Está de acuerdo con esperar, lo de hablar contigo ha sido improvisado.

—Entiendo —dijo la cocinera—. Podría ser peligroso, y causar daños irreversibles.

—Si es así, no lo quiero —dijo con la mano en el vientre—. Quiero ser madre, formar mi propia familia, solo me gustaría retrasarlo un poco, no correré riesgos.

Catherine asintió complacida. Le prometió hacer las averiguaciones. Si había algo que pudiera tomar sin suponer un problema para su futuro, lo averiguaría.

Eleanor salió de la cocina con un hormigueo en el estómago, pero su dolor de cabeza era muy leve, casi inexistente.

Leah la esperaba junto a la puerta, con el abrigo puesto y el de ella en la mano.

—Hoy hace más frío —dijo Eleanor ajustando la bufanda en su cuello, impidiendo el paso del aire gélido.

—Sí, quizá nieve. Todos se quejarán, pero a mí me gusta. Los días de nieve no pueden hacer mucho, pasan el día en casa y yo no estoy sola.

—Ya no estás sola —dijo Eleanor, enredando sus brazos y pegando el cuerpo al suyo.

Caminaron por los alrededores y pronto vieron los establos, Callum estaba fuera, dándole indicaciones a uno de los mozos que trabajaba con él.

—¿Crees que cederá? —preguntó Eleanor.

—¿Al chantaje? No lo sé, pero debería.

—Quizá tengas razón, Ed se casó porque mi padre lo chantajeó con desheredarlo. Ahora no puede vivir sin Elizabeth.

Ambas sonrieron con la mirada puesta en él. Leah se alegraría de tener otra mujer en el castillo y de que su primo no trabajase tanto. Eleanor imaginó que podría tener la misma suerte que su hermano, pero y si no…, y si no nacía el amor entre ellos.

Su sonrisa se borró y expresó su preocupación.

—La mayoría de las personas no se casan por amor, Eleanor, tu familia ha sido bendecida y ojalá la mía también lo sea, pero Callum trabaja en exceso desde hace años, es demasiado y tiene que parar.

—No tiene que casarse para eso.

—Puede que no, pero es la única baza de mi tío, si no la usa, Callum se pasará la vida entre caballos, no se casará jamás.

Unos puntitos blancos empezaron a flotar en el aire, Eleanor levantó la mano con la palma extendida, un copo se posó en ella.

—Tenías razón. Deberíamos volver.

—Sí, esta tarde haremos muñecos de nieve —sonó demasiado infantil.

Los días de nevadas eran de esos en los que la familia se permitía olvidar sus responsabilidades y madurez para comportarse como críos malcriados. Los muñecos solo eran el principio, ángeles en la nieve, tirarse desde lo alto con un trineo o guerra de bolas eran sus entretenimientos favoritos. Desde niños fue así, Leah creció viéndolos sin poder jugar. Cuando fue lo suficiente mayor, ellos más, y aun así, jugaban; por ella decían, pero lo cierto es que les encantaba a todos.

Leah también creció, y ninguno dejó de jugar, hasta Clyde lo hacía cuando estaba en el castillo.

Esa tarde serían uno más.



Capítulo 34

Kendrick llegó pronto, Eleanor había estado algo alicaída los últimos días. Una sorpresa tal vez la animaría.

Entró en el salón donde tomaba té con Leah casi todas las tardes. Eleanor leía tan concentrada que no lo escuchó entrar, su hermana le hizo señas, era otra carta de Heida. Siempre había recibido sus misivas con regularidad, hasta que hacía un mes se intensificaron. Las primeras la alegraban, pero las últimas eran la causa de su tristeza.

—Has llegado pronto —dijo Leah.

Eleanor levantó la mirada y se encontró con esos profundos ojos que la envolvían. Dobló la carta por la mitad y la dejó sobre la mesa antes de ponerse en pie y besar a su marido.

—¿Todo bien? —Kendrick limpió una lágrima de su mejilla derecha.

—Sí, no es nada.

—No parece nada —dijo.

Eleanor cogió aire, lo mantuvo unos segundos y lo soltó de una vez antes de dejarse caer sobre el sillón.

—¿Es una carta de tu hermana? —preguntó tomando asiento a su lado.

—Yo me voy —dijo de pronto Leah. Ninguno hizo por retenerla.

—Sí.

Recogió la carta, la dobló bien y la guardó en el sobre, la había leído dos veces seguidas.

—Te gustaría estar allí.

No fue una pregunta, le gustaba la capital y lo que ofrecía la temporada. Bailes, paseos por Hyde Park, té con las amigas y visitas a la modista.

—Sí y no.

Kendrick sonrió complacido suponiendo que él era la causa de ese «no».

—No me importaría que pasaras allí un tiempo, pero no puedo estar tanto tiempo sin ti —dijo Kendrick, tiró de ella hasta colocarla sobre su regazo, sus brazos rodearon su cintura.

—No pienso ir a ningún sitio sin ti.

Eleanor apoyó la cabeza en su hombro y se dejó mimar. Estuvieron así unos minutos, sin más sonido que el de la brisa y el piar de los pájaros que se colaba por la ventana.

Era un silencio cómodo, reconfortante.

—Heida está sobrepasada, se desahoga en sus cartas y sé que le hace bien, pero a mí me deja un sabor amargo, me mata no poder ayudarla.

Kendrick la abrazó más fuerte, besó su frente y después su delicada nariz.

—Tiene al duque con ella, si estuviera mal, se la echaría al hombro y volverían a Henderfield —dijo tratando de aportar cierto consuelo a su esposa.

—Heida es muy buena ocultando sus sentimientos y preocupaciones.

—¿Qué le preocupa? —No pretendía inmiscuirse, pero le intrigaba qué podría ser tan importante como para tener tan alterada a una duquesa.

Eleanor volvió a inspirar hasta llenar sus pulmones por completo y retuvo el aire unos segundos, esta vez lo expulsó despacio.

—Violet no está teniendo suerte esta temporada, la han relegado a florero, y Heida no sabe qué hacer para que algún caballero muestre interés. Dani ha conocido a un lord que no le da buena sensación.

—Dani tiene a los duques y sus hijos pendientes de ella. Heida no debería cargar con eso —interrumpió su marido. Si todos los Hardwild eran como Cillian, pobre de aquel que intentara jugársela a Danielle.

—Lo sé, y ella también; pero cuando quieres a alguien, no puedes dejar de preocuparte, por muchas personas que también la

quieran y protejan. Es algo visceral, nace dentro de ti.

—Estas muy preocupada, ¿por Heida o Danielle?

—Quién más me preocupa es Prim. No la conociste en Navidad porque su familia es horrible, no le permitieron asistir, no le permiten hacer nada que le suponga un poco de felicidad —dijo Eleanor con lágrimas en los ojos.

—Pobre muchacha.

—Es horrible cómo la tratan, y ahora un amigo de Jamie se ha fijado en ella y el monstruo de su prima está celosa.

—Quizá todo cambie para ella, se case con él y pueda vivir lejos de su familia.

—Ojalá.

Estuvieron otro tiempo en silencio, abrazados. Eleanor había estado tan inmersa que no se había interesado por su marido.

—Has venido muy pronto, ¿ha pasado algo? —preguntó.

—Quería darte una sorpresa, estás algo tristona desde que empezó la temporada.

Eleanor leyó entre líneas. Era la segunda vez que insinuaba que estaba decaída por no estar en Londres.

—La echo de menos, no la capital, a mi familia. Sé que ahora tu familia es también la mía, pero no me he olvidado de ellos, los sigo queriendo y extrañando. ¿Tú no echarás de menos a Leah cuando se vaya?

Su hermana se marchaba en unos días. Pasaría lo que quedaba hasta terminar la temporada con Clyde, en Edimburgo. Había costado convencer a Blair, no aceptó hasta saber que Clyde iría a recogerla y llevarla él mismo.

—Siento haberte separado de ellos —dijo Kendrick con pesar.

Eleanor envolvió su rostro con las manos, sus miradas se entrelazaron como siempre hacían, conectadas por unos hilos invisibles.

—Puedo vivir echándolos de menos, pero no puedo vivir sin ti. Te quiero demasiado, mi sitio siempre será a tu lado.

—¿No serías más feliz si viviéramos allí, y lo tuvieras todo?

Una lágrima se derramó de cada uno de sus ojos.

—Ya lo tengo todo.

—Pues yo pensaba que echabas de menos Londres y te he comprado un regalo.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Un regalo? ¿Para mí?

—Sí, está en nuestro dormitorio.

Eleanor intentó levantarse, mas no pudo. Kendrick la tenía bien abrazada, no la soltó hasta que le dio un beso y otro y otro más.

La siguió de cerca, por primera vez su paso era más raudo. Estaba emocionada, no podía esperar a llegar para saber qué era, nunca le había regalado nada antes.

No le costó encontrarlo, sobre la cama había una caja grande. Se acercó despacio, con las manos temblorosas agarró la tapa y la abrió.

Era un vestido.

Compuesto por dos piezas, vestido rosa de muselina y una chaqueta de tartán. Eleanor la acarició con dulzura, era de lana fina, muy suave.

—Son los colores de la familia.

Las lágrimas amenazaban con derramarse. No era un simple regalo, era mucho más, él quería que llevara el tartán que los había acompañado durante siglos.

—Lo sé.

—Es precioso, pero es demasiado —dijo. Allí no tendría ocasión para ponérselo.

—No lo es.

—Me da pena ponérmelo para andar por el barro, o bajar a cenar —explicó con aflicción.

Kendrick la abrazó por detrás, besó su cuello y dejó sus labios allí.

—Te lo pondrás en Edimburgo.

Eleanor dio un respingo.

—¿Iremos?

—Acompañaremos a Leah y pasaremos unos días allí.

Eleanor se deshizo de su agarre, se giró y lo abrazó con fuerza.

—Es lo más bonito que me han regalado nunca.

—La modista me ha dicho que si hay que hacerle algún retoque, no te demores o no le dará tiempo a tenerlo antes de que nos marchemos.

—Si me ayudas, me lo pruebo ahora.

Kendrick la ayudó a desvestirse, intentó contenerse, no acariciar su piel, ni besarla, falló estrepitosamente. Antes de estar desnuda, se habían enredado entre las sábanas.

Su pasión seguía tan viva como el primer día, con una minúscula diferencia, Eleanor era aún más atrevida.

—Quiero probármelo —dijo Eleanor desprendiéndose del abrazo de su marido.

—No se va a ir a ninguna parte —dijo tirando de ella para que volviera con él.

—Ni tú tampoco.

Kendrick suspiró derrotado. La ayudó, primero a meterse el vestido.

—Me gusta más desvestirte —dijo mientras apretaba las cuerdas traseras.

—Lo sé —dijo frente al espejo, parecía que le estaba bien, el largo era perfecto y las mangas también, quizá le sobraba medio centímetro, no tenía importancia.

—Creí que tú aflicción era por estar perdiéndote la temporada, de ahí que decidiera pasar un tiempo en la capital.

—Ya te he explicado, no es nada de eso. ¿Te arrepientes?

—¿De qué? —preguntó Kendrick. Anudó los dos extremos de las cuerdas y miró por encima de su hombro para ver a su mujer reflejada en el espejo.

—De ir a Edimburgo.

—No.

Besó la curva de su cuello y fue hasta el sillón donde descansaba la chaqueta. Sujetó la parte de arriba para que ella metiera las manos. La deslizó por sus brazos hasta amoldarse en sus hombros, le quedaba como un guante.

Perfecta.

—Me favorecen tus colores.

Sujetó su barbilla y la obligó a que dejara de mirarse para enfrentarlo a él.

—Nuestros colores.

—Significa mucho para mí —dijo llorando.

El día había sido un sube y baja de sensaciones, preocupación con la carta de Heida, entusiasmo con el regalo, excitación con las atenciones de su marido y la emoción por las palabras.

Kendrick era atento, gentil, cariñoso, pero aún se preguntaba si la habría perdonado. No volvieron a hablar de nada relacionado

con que ella le creyese un fratricida, lo enterraron el día que se reconciliaron.

Su relación era buena, se atraían muchísimo, compartían lecho cada noche, se divertían juntos, hacían planes, confiaban el uno en el otro, y hablaban de todo, o casi todo.

Ofrecerle llevar sus colores, compartirlos con ella para que los hiciera suyos, era romper la última barrera.

—Eres mi mujer.

—Lo sé.

—Te quiero, Eleanor.

Lloró con más fuerza, era la primera vez que lo decía. Todos en el castillo sabían lo mucho que se amaban, pero escucharlo de su boca, un «te quiero» junto a su nombre, con ese acento que la enloquecía, la desestabilizó.

—Y yo a ti —dijo con la voz quebrada.

—No te pongas así, odio verte llorar.

—Es de felicidad, nunca antes me lo habías dicho.

Sostuvo su rostro entre las manos y le dio un suave beso, un leve roce de labios.

—No creí que fuera necesario. —La besó en la punta de la nariz—. ¿Acaso lo dudabas? —preguntó antes de besarla otra vez.

—No. Puede que un poco sí —dijo apartando la mirada—. A veces pienso que aún no me has perdonado, que esa mancha entre

nosotros lo estropeó todo y que quizá solo te comportas como se espera de ti —dijo de forma atropellada.

—No hay ninguna mancha entre nosotros, mi pequeña *brathaidh*.

Kendrick deslizó los pulgares por las mejillas para limpiar sus lágrimas. La besó con dulzura, pero enseguida se tornó voraz y posesivo, y, sin pretenderlo, volvieron a enredarse.



Epílogo

Eleanor curvó los labios dibujando una sonrisa que iluminó su rostro.

Acababa de recibir la confirmación de Elizabeth, había sido la última en responder.

Hacía diez años que llegó a Cairn Donn, cada vez que invitó a Ed y Eli a conocer su nuevo hogar, no fue posible, pero después de mucho tiempo, irían.

—¿Buenas nuevas? —preguntó su esposo contemplándola tan radiante como la estrella más brillante.

Tras años de matrimonio, cualquiera pensaría que la llama se habría apagado, no con ellos. Seguía ardiendo como el primer día, muestra del profundo amor que se profesaban.

—Mi hermano y Elisabeth vendrán finalmente —dijo con una sonrisa amplia que mostraba todos sus dientes mientras dejaba su misiva sobre la pequeña mesa de madera.

Kendrick se sentó en uno de los sillones junto al hogar, el otro estaba ocupado por su esposa.

—Los niños se pondrán muy contentos.

Rory y Ailsa, con siete y cinco años respectivamente, adoraban a sus primos, a los que no veían desde hacía dos años, puede que Ailsa ni los recordara.

—Sí, el castillo se llenará de alegría.

En un mes llegarían Edward y Elizabeth con Susan, Edward y David. Heida y Jamie con Helena, Josh y Tommy. También los visitarían Danielle, su esposo y sus dos hijos, Finn y Cole, aunque ellos llegarían una semana más tarde, sería la primera visita de Dani a Escocia. Por su última carta sabía que estaba muy emocionada.

Eleanor estaba pletórica, hacía mucho tiempo que no se juntaban todas bajo el mismo techo.

—¿Más? —cuestionó arrellanándose en el sillón y subiendo los pies sobre la mesa.

—Los niños son portadores de ella y nunca ha habido tantos en Cairn Donn.

—La última vez que Leah nos visitó, nos juntamos con nueve críos, ¿te parecen pocos portadores de alegría? —dijo Kendrick contando con los dedos.

—Nueve escoceses y siete ingleses, va a ser toda una aventura.

Kendrick soltó una carcajada, una de esas que suenan genuinas y auténticas.

—No, lo que va a ser es una locura.

—Una preciosa y maravillosa locura —dijo acariciando su vientre.

A su esposo no se le escapó el gesto, sus ojos se abrieron evidenciando su sorpresa. Hacía mucho que su mujer no se quedaba en cinta y a esas alturas ambos creían que no tendrían más hijos.

—Mi pequeña *brathaidh*.

—Pronto seremos uno más.

—¿Uno?

Ambos se sostenían la mirada, con una sonrisa tierna en sus caras.

—Creo que es un niño.

—Mi amor, cuando te quedaste embarazada la primera vez, estabas convencida de que sería una niña, erraste; después estabas segura de que sería otro niño, volviste a errar, así que mientras tú buscas nombres masculinos, yo buscaré femeninos.

Eleanor se carcajeó, la intuición no era lo suyo, aun así no dejaba de intentarlo, algún día tendría que acertar en algo, aunque fuera por pura suerte inmerecida.

—Está bien. Si es niño, elegiré yo; si es niña, tú.

—No te creo —dijo Kendrick

Les costó mucho encontrar los nombres de sus hijos, no se ponían de acuerdo, Kendrick quería que fueran nombres escoceses y a Eleanor le sonaban extraños.

—¿Aceptarás tú de buen grado el que yo elija? —preguntó ella.

—Seguramente no.

—Afortunadamente, aún quedan unos meses para decidir —dijo subiendo los pies al borde del sillón.

Presionó el empeine con el pulgar, para aliviar el dolor.

—Déjame a mí.

Estiró la pierna y su pie quedó sobre el regazo de su esposo. El día anterior se le había caído un pesado libro en el pie, en el momento no le dolió en exceso, fue más tarde cuando el dolor se agravó. Aún le dolía.

Kendrick comenzó a masajearlo, pronto se cansó de no poder acariciar su piel. Le quitó la media.

Eleanor gimoteó al sentir cómo sus manos recorrían su pierna desde la parte alta del muslo hasta el tobillo.

—Si no dejas de hacer esos ruiditos, te llevaré a la cama.

—Mmm, ¿cuándo te volviste tan aburrido, esposo? Recuerdo cuando no necesitábamos de una cama para amarnos —dijo Eleanor con voz seductora y sonrisa pícara.

—Así que esas tenemos, esposa.

Kendrick se inclinó y subió su otro pie sobre el regazo, recorrió el camino desde el tobillo hasta el final de la liga, la agarró y tiró de ella para recorrer el camino de vuelta. Esta vez fue más lento, las manos acariciaban sus piernas sin disimulo.

No se detuvo ahí, las manos volvieron a hacer el mismo recorrido para quitar los pololos y dejar a su esposa expuesta ante él.

Juguetearon durante un rato, hasta que Eleanor no pudo más y montó a su esposo cual amazona salvaje.

—¿Recuérdame por qué dejamos de hacer esto? —preguntó jadeante aún dentro de Eleanor.

—Porque te volviste aburrido —bromeó.

Kendrick le dio un mordisco en el lóbulo, ella rio divertida.

Cada día, su marido la hacía sentirse dichosa y feliz.

—No importa. Solo olvidemos la cama por un tiempo.

—Encantado, mi pequeña *brathaidh.*

Nota de autora

Espero que hayáis disfrutado con Eleanor y Kendrick, han intentado resistirse el uno al otro, pero cuando Cupido te atraviesa, no hay mucho que hacer.

Me ha encantado volver a Cursed Manor y descubrir de dónde surgió el nombre, así como los rumores que de ella circulaban, han tenido a Eleanor muy entretenida, aunque debemos admitir que como detective no se iba a ganar la vida, vaya metedura de pata.

Os confieso que hasta ahora Kendrick es mi favorito, no he podido resistirme a añadir unos capítulos extra en los que adentrarme en las Highlands y en la familia Campbell. Como dice el refrán, cuando una puerta se cierra, una ventana se abre. ¿Volveremos a Cairn Donn? Por supuesto, aunque no abandono Londres, ya habéis leído lo complicado que lo tiene Heida… pobrecita, habrá que echarle una mano, ¿no os parece?

Gracias a todas las que me habéis acompañado desde el primer Blackwood, y a las nuevas también, compartir mis historias con vosotras es lo que me anima a continuar.

El próximo no se va a hacer tanto de rogar, en primicia os adelanto que bailaremos, pasearemos por Hyde Park y ya habéis conocido a los dos protagonistas.

¿Quiénes creéis que serán los afortunados? ¿Hay algún secundario que queráis conocer más a fondo?

Déjamelo en comentarios, junto con qué te ha parecido esta historia. Leo todos y cada uno de los comentarios que me dejáis, también podéis escribirme por redes, siempre es un gusto saber qué opinan mis lectoras.

Puedes seguir mi perfil de Amazon, y también mis redes sociales para estar al día de todas mis publicaciones y nuevos proyectos.

Facebook: Mónica Steller

Instagram: @Mónicastellerautor

[SC1]lo de cortarse un pelo suena demasiado moderno para la época.